



se

Cuando las luces se apagan **Erika Mann**



Lectulandia

El presente libro reúne los relatos escritos entre 1934 y 1937 por Erika Mann, hija del insigne novelista y premio Nobel Thomas Mann, y periodista y narradora ella misma. Son cuentos elaborados después de su desesperada huida de Alemania, ante el ascenso del poder nazi, y en su mayoría reproducen, precisamente, ese momento: el exilio, el mundo que se deja atrás, la esperanza perdida, la noche oscura que empezaba a cubrir Alemania.

Con una prosa certera y de gran capacidad evocativa, Erika Mann nos lleva a seguir el destino de tantos alemanes que, sin ser perseguidos por el régimen de Adolf Hitler, decidieron abandonar un país donde la libertad y los derechos de los ciudadanos habían desaparecido. Sus relatos, que pueden leerse como una información de primera mano sobre una de las páginas más negras de la historia contemporánea de Europa, son, además, una lección de literatura y un inolvidable testimonio.

Erika Mann

Cuando las luces se apagan

ePub r1.0

Titivillus 06.02.2023

Título original: *Wenn die Lichter ausgehencite / When the ligths go down*

Erika Mann, 2005

Traducción del inglés: Carles Andreu Saburit, 2009

Ilustración de cubierta: Composición de una fotografía de H. Armstrong Roberts sobre la base de *The Capitalist*, caricatura aparecida en la revista *Ogonyok* en 1958

Ilustraciones: John O'Hara Cosgrave II

Colección: Áncora & Delfín, n.º 1161

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



La ciudad

La vida continuaba en nuestra ciudad. La antigua plaza del mercado, con sus casas de colores agrupadas alrededor de la famosa estatua ecuestre, no había cambiado desde hacía siglos; para un visitante desprevenido, aquella era una escena idílica, encantadora.

Un forastero paseaba por la ciudad. No contaba con ningún conocido entre sus habitantes y tampoco sabía adónde conducían sus calles. Subiendo por la estrecha Glockenstrasse llegó de improviso a la plaza del mercado, con sus casas de tejado con gabletes y su estatua ecuestre. Lo impresionó su aletargada belleza y un profundo silencio que a aquella hora, las nueve y media de la noche, le pareció extraño. Tan solo se oía el leve ondear de las banderas rojas que pendían de todas las ventanas. Se oyó el ladrido de un perro. ¿O acaso era la voz de un hombre procedente de un lejano altavoz?

El forastero se sentó en el pedestal de la estatua y miró al cielo. La noche de octubre era fría y clara. Las imágenes sagradas de todos los colores que había en el escaparate de la tienda de la esquina tenían un brillo plateado bajo la luz de la luna. Era prácticamente la única luz en toda la plaza del mercado: ya habían apagado las farolas de los arcos o tal vez ni siquiera las habían encendido. El forastero, en cuyos oídos retumbaba aún el clamor del viaje, y a cuyo corazón volvía una y otra vez la agitación de la partida y la llegada, respiró con profundas bocanadas de paz.

«Esto es Alemania —pensó—. Así son las viejas ciudades alemanas: llenas de dulzura y encanto». La imagen de Berlín, el día anterior, había sido muy distinta. Ahí sentía uno el potente pulso, la inagotable energía de su gente, que está convirtiendo la noche en día y levantando de nuevo este país, devolviéndole la grandeza y el poder tras la calamitosa derrota sufrida. Berlín era grande y tumultuosa; los restaurantes estaban llenos de gente que reía y nadie parecía estar preocupado. No había síntomas de miedo en ninguna parte. «Detesto toda esa cháchara —se dijo, sacudiendo la cabeza con

violencia—. Detesto el parloteo y todas esas sandeces sobre la “violencia de la dictadura”. Ese tal Hitler ha hecho grandes cosas y si los sacrificios que ha impuesto a los alemanes no les suponen una carga excesiva, tampoco nosotros hemos notado su peso. ¡Qué hermosas las banderas rojas! También encima de aquella tiendecita, con sus imágenes sagradas, ondea la esvástica. Estoy contento de estar aquí y pienso quedarme dos o tres días, aunque no tenga nada que hacer en la ciudad. El viento es refrescante, como si llegara directamente de las montañas. A decir verdad, no quedan demasiado lejos; se podría llegar a ellas en un par de horas. Y ahora... finalmente se acerca alguien, caminando al paso. ¿Serán soldados, marchando a la luz de la luna?».

Dos soldados de las tropas de asalto, hombres fornidos ataviados con un elegante uniforme marrón, llegaron por la calle del mercado y cruzaron la plaza en dirección al forastero. Este permaneció sentado tranquilamente en el pedestal.

—¡Heil Hitler! —gritaron, plantándose frente a él.

—¡Heil Hitler! —respondió el forastero, aunque no levantó el brazo, presa de un súbito acceso de timidez.

—¡Levántate y haz el saludo hitleriano! —le ordenó uno de los hombres.

El forastero se levantó, obediente.

—¡Heil Hitler! —exclamaron de nuevo los soldados, levantando el brazo.

En esta ocasión el forastero respondió levantando el brazo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el mismo que le había hablado antes.

—Nada —respondió el forastero.

—¿Nada? —repitió el soldado, con desprecio—. No quieras fingir ser más estúpido de lo que eres, sabes perfectamente a qué me refiero. ¿Por qué no estás escuchando? Eso es lo que quiero saber. ¿Acaso no hay suficientes altavoces en la ciudad?

El forastero se encogió de hombros, desconcertado.

—¿Escuchando a quién? —preguntó—. ¿Qué altavoces?

Solo entonces los soldados notaron su acento extranjero.

—Le pido disculpas —dijo el portavoz—. Es usted extranjero, no lo sabíamos. Estamos de guardia esta noche, buscando transeúntes que no estén escuchando al *Führer*. Todos los alemanes tienen el deber de escuchar al *Führer* cuando habla. Con los extranjeros es distinto, claro. Disculpenos, por favor.

El forastero sonrió.

—Desde luego que le habría escuchado —dijo— si hubiera sabido que Herr Hitler estaba dando un discurso. Díganme, por favor —añadió,

volviéndose hacia el más callado de los dos—, suponiendo que yo hubiera sido realmente un alemán y me hubieran descubierto aquí, ¿qué me habría sucedido?

El soldado se encogió de hombros.

—Pues de momento no gran cosa —dijo—. Nos lo habríamos llevado al cuartel. Allí tenemos una radio y habría podido oír el discurso. Entonces le habríamos soltado con un aviso. Pero un aviso así no es nada agradable, claro: a la que sucediera algo después de eso, pongamos que alguien sospechara de usted y lo denunciara a la policía, ¡al campo de concentración! Y...

El primero que había hablado, que no parecía aprobar el tono de confianza con el que se expresaba su joven camarada, intervino para interrumpir con un gesto brusco aquel torrente de palabras.

—¡Ya basta! —dijo—. A este caballero no le interesan los campos de concentración. Le pedimos disculpas de nuevo. ¡*Heil* Hitler!

Hicieron sonar los tacones al unísono, dieron media vuelta y se marcharon al paso. Se detuvieron un breve instante frente a la tiendecita de imágenes sagradas y el forastero los oyó reírse; sus voces juveniles resonaron por toda la plaza. A continuación, el silencio volvió a tragarse sus pasos marciales.

«¡Qué pena! —pensó el forastero—. Realmente me habría gustado oír ese discurso».

Sin embargo, algo había alterado su buen humor. Los dos muchachos eran apuestos y se habían mostrado corteses y, sin embargo, aquel encuentro había ensombrecido su estado de ánimo. ¿Y por qué se habían reído al pasar frente a la tienda? Cruzó la plaza y, pegado al escaparate, vio un pasquín que pasaba desapercibido desde lejos.

«¡Alteradores del orden público! —decía—. ¡El *Führer* necesita soldados, no santurrones! ¡Abajo los enemigos hipócritas del pueblo! ¡Fuera los clérigos! ¡Fuera! ¡*Heil* Hitler!».

A medida que leía, el forastero se fue enfadando y disgustando, pero finalmente decidió que los canallas de esa índole existían en todas partes. En todo el mundo, los jóvenes cometían estupideces. «En mi país comen peces de colores —pensó—. Eso no es mucho mejor». Y, sin embargo, ¿por qué los soldados no habían arrancado el cartel? Probablemente porque eran demasiado jóvenes y les había parecido divertido. «Da igual, no pienso dejar que ese cartel me ponga de mal humor y estropee mi opinión sobre esta ciudad encantadora». De pronto sintió un escalofrío y pensó que le vendría bien un coñac.

En la pequeña taberna de la Glockenstrasse atronaba el estruendo de los altavoces. Unos cuantos clientes escuchaban en silencio las palabras del *Führer* con la jarra de cerveza frente a ellos. «¿Por qué tiene que decir tantas palabrotas?», se preguntó el forastero. Comenzó a comprender que el discurso trataba sobre el progreso económico en el tercer *Reich*, un tema que difícilmente podía despertar esa acritud, esa ira. ¿Cuántas personas habían pasado por los hoteles alemanes durante el año anterior? ¿Cuántos rollos de papel higiénico producían las fábricas alemanas? ¿Cuántas excursiones a las montañas se habían organizado? Pero el hombre del micrófono daba esos datos como si quisiera arrollar y hacer añicos a sus oyentes.

Detrás de la barra el tabernero bostezó ostensiblemente. El coñac alemán sabía a alcohol de quemar perfumado y la hogaza de pan que el forastero había pedido estaba húmeda y era gris y pastosa.

—¿Tiene huevos? —preguntó uno de los clientes.

—No —respondió el posadero—, pero puedo ofrecerle el *Völkischer Beobachter*.

—Setecientos setenta mil ochocientos cuarenta y un obreros —bramó la voz de la radio.

El cliente al que le habían ofrecido el *Völkischer Beobachter* en lugar de los huevos se levantó, se desperezó y miró el reloj.

—Una hora y media —dijo— y aún no ha mencionado a nuestros hermanos de los Sudetes Alemanes.

«Pero ¿qué es esto? —se preguntó el forastero—. Nadie parece tener verdadero entusiasmo. Tipos impasibles, estos bávaros; una gente impasible y ponderada que no muestra sus pasiones».

En una esquina, cerca del horno, había una niña sentada, escribiendo.

—Mañana tiene un examen en el colegio —dijo el tabernero—. Tiene que tomar nota y aprendérselo todo de memoria, o la castigarán.

—¿Cuántos obreros eran? —preguntó la niña.

Nadie respondió.

El forastero escuchó el discurso hasta el final. Cuando el furioso *Führer* hubo terminado y después de que sonaran las últimas notas de la canción de Horst Wessel^[1], permaneció en su taburete junto a la barra para ver qué impresión había causado el discurso y para charlar con el tabernero, que parecía un tipo agradable y simpático. Su hirsuto bigote podría haber sido el de una foca, pero sus ojos claros y su rostro colorado hablaban un alegre lenguaje universal. Sin embargo, era un hombre más bien taciturno. Tampoco

en las mesas se hablaba demasiado; nadie se refirió en modo alguno al discurso del *Führer*.

—¿Has visto los gonfalones de la iglesia? —le preguntó una mujer a su marido—. Yo he contado por lo menos ocho, cinco de ellos tan solo en la Bärenstrasse.

El hombre asintió y esbozó una sonrisa maliciosa.

—¡Menuda insolencia! —dijo—. ¡Colgar gonfalones cuando está expresamente prohibido!

Y como para resaltar su rencor, golpeó la mesa con la mano. Sin embargo, el forastero tuvo la impresión de que el hombre estaba encantado.

—¡Qué gran impudicia! —repitió con una mirada alegre al tabernero.

Los minutos pasaron y los clientes se fueron retirando. El forastero, ansioso por si aún podía pescar algo, permaneció en la taberna.

—¿Cuántos habitantes tiene esta ciudad? —le preguntó al tabernero con la esperanza de iniciar una conversación.

—Ciento veinte mil —respondió este—. Pero una de cada cinco familias no tienen casa. Tenemos pocas casas y muchos barracones. No es que importe —añadió rápidamente al ver que el forastero arrugaba la frente en gesto de desaprobación—. Además, solo es algo temporal, hasta que hayamos terminado de rearmarnos. La industria militar tiene preferencia, es natural. La política es lo primero, la vida privada viene después.

—¿Una de cada cinco familias? —preguntó el forastero—. ¿Cómo lo sabe con tanta precisión?

El tabernero se repantigó aún más encima de la barra. Para empezar, dijo, su hijo y toda su familia vivían en casa de él porque no podían permitirse una vivienda propia.

—Y además —prosiguió, dedicándole una amable mirada con sus ojos azules—, además, al fin y al cabo leo la prensa. Hay veintiuna mil familias en la ciudad, de las cuales solo diecisiete mil tienen casa. Y los que no tienen se lo toman mal, claro. Pero eso es ser egoísta y corto de miras; hoy en día hay que ser inteligente y estar al tanto de las necesidades políticas.

—Este lugar es encantador —dijo el forastero—. Es la primera vez que visito su ciudad y debo admitir que me gusta muchísimo.

El tabernero se mordió el bigote y se frotó las manos con satisfacción.

—Especialmente hoy —respondió—, con todas esas banderas.

Una vez más, el forastero tuvo la sensación de que el hombre no hablaba sinceramente. Le vinieron a la mente los gonfalones y la nota que había visto en el escaparate de la tienda católica.

La puerta se abrió y entró una mujer.

Era fornida, tendría unos cincuenta años y vestía una chaqueta militar, pantalón marrón y botas altas de goma que le llegaban hasta la rodilla.

—Guardia antiaérea —dijo el tabernero—. Una taza de té para los protectores de la patria —dijo en dirección a la cocina—. Le apetece una taza de té, ¿verdad, señora Murks?

La señora Murks asintió.

—Desde luego —dijo—, o me voy a caer muerta con este frío de perros.

La mujer, cuyos dientes ya repiqueteaban solo de pensar en el simulacro, se sentó en la barra, junto al forastero.

—El de hoy es el séptimo —dijo—. El séptimo simulacro de ataque antiaéreo del otoño.

El tabernero le dio un golpe en el hombro para animarla.

—¡Felicidades! —exclamó—. El séptimo ya. Eran diez hasta el uno de enero; eso significa que ya solo quedarán tres. Estoy seguro de que los soportará, señora Murks.

—Tal vez sí, tal vez no —respondió la mujer—. En cualquier caso, el discurso del *Führer* ha sido tan largo que el simulacro durará menos que de costumbre. Teníamos la esperanza de que lo suspendieran en su honor, pero no ha habido manera: hay que hacer el simulacro, aunque no empecemos hasta pasada medianoche.

El forastero pidió la cuenta y la señora Murks le dirigió una mirada de desconfianza mientras removía el té con una mueca de rencor.

—El caballero es extranjero —dijo el tabernero—. Es la primera vez que visita nuestra ciudad, pero le ha gustado; desde luego ha elegido el mejor momento, con este clima... y todo lo demás.

—Vaya —dijo la mujer, cuya mirada se volvió más cordial—. ¿Así que viene de fuera?

La mujer se calló, pero se notaba que tenía ganas de añadir o de preguntar algo. El forastero, que estaba más que dispuesto a proporcionar a la mujer cualquier información que deseara, asintió con un gesto alentador. Pero la señora Murks se volvió de nuevo al tabernero.

—¿Sabe qué le ha ocurrido a mi cuñada? —preguntó—. A esa mujer le han echado un mal de ojo. Se ha puesto enferma; nada serio, no, una gripe o algo así. Pero no podrá presentarse al simulacro esta noche. Solo seremos tres para arrastrar la pesada manguera hasta la bomba, con el frío que hace.

El forastero pensó que el mal de ojo se lo debían de haber echado a ella, a la señora Murks, y no a su cuñada, que podría permanecer en cama, bien

calentita, mientras los demás tenían que encargarse de la bomba. Pero el tabernero lo sacó de su error.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué mala suerte! ¡En el séptimo simulacro! Ahora tendrá que empezar de nuevo, qué desgracia.

La señora Murks sacudió la cabeza, compungida.

—Además, mi cuñada no es especialmente fuerte —dijo—. Ni joven, puestos a decir; va a cumplir cincuenta y ocho el mes que viene. Y ahora tiene que volver a empezar los diez simulacros desde el principio; los seis que ha hecho hasta hoy no cuentan, y todo porque se va a perder el de hoy. Si por lo menos pudiéramos hacerlos durante el día... Pero no, durante el día no hay tiempo para esas cosas. Y por la noche hace un frío que tumba de espaldas.

El forastero dejó un billete encima de la barra. Eso es duro, pensó; es bastante duro para una mujer de cincuenta y ocho años. Aunque, por otra parte, está bien que la población sepa exactamente qué hacer en caso de guerra. Además, seguro que se lo pasaban bien durante los simulacros. Parecía una persona jovial, la señora Murks; y muchas veces la gente hacía excursiones igual de frías y fatigosas.

Casi como si le hubiera leído el pensamiento, la señora Murks siguió diciendo:

—Pero da igual, yo me entrego al trabajo en cuerpo y alma. Quiero que lo sepa, señor Schindhuber, y usted también —añadió, volviéndose hacia el forastero—, tiene que saberlo, para su artículo.

El forastero le dedicó una mirada de extrañeza.

—¿Artículo? —preguntó—. Yo no soy periodista.

—¿Y yo qué sé? —replicó la mujer—. En todo caso si está escribiendo algún tipo de artículo, yo estoy al cien por cien con el *Führer*, no le quepa duda. ¿Se hacen simulacros de ataques aéreos en Londres? —preguntó de pronto.

El forastero explicó que él era americano y que jamás había visto uno de esos simulacros. Le constaba que se hacían algunos en Londres, aunque dudaba que con tanto rigor como allí.

—Desde luego, si una mujer de cincuenta y ocho años se pone enferma en Londres, no la castigan con más simulacros.

Al oír eso, la señora Murks se indignó.

—¡Pues ahí lo tiene! —exclamó—. Es que no hay disciplina en las democracias. El otro día, nuestro ministro de propaganda dijo que todas las democracias le parecen un hatajo de carcas. Y yo me lo creo; están podridas y corrompidas hasta la médula. ¿Qué daño le pueden hacer a mi cuñada unos

simulacros de ataque aéreo? Y suponiendo que le sentaran mal, suponiendo que muriera de neumonía, ¿qué daño le haría eso a nuestro pueblo? Sería la muerte de un soldado como cualquier otro, que inspiraría orgullo a quienes se quedaran:

El forastero no dudó de que en esta ocasión la señora Murks estaba hablando en serio. «Menuda confusión mental tiene la pobre mujer —pensó—. Qué forma de cambiar de opinión: primero se queja y pone el grito en el cielo, pero luego asegura estar “al cien por cien con el *Führer*”. Es gracioso. Al principio hablaba con precaución para que no la mencionara en mi “artículo” y luego se ha ido entusiasmando con sus propias palabras». Entonces intervino también el tabernero, acariciándose el bigote.

—Lo siento por usted —declaró, volviéndose hacia el forastero— pero la señora Murks tiene razón. Las democracias liberales están acabadas. Además, el mundo pertenece ahora a la raza superior.

El forastero que, en el fondo, formaba parte de la misma «raza superior» que el señor Schindhuber, el posadero, y que la uniformada señora Murks, cuyos prominentes pómulos revelaban claramente su origen eslavo, no quiso enzarzarse en una discusión.

—En cualquier caso —dijo—, su *Führer* ha logrado muchas cosas. Y si abandonara su actitud agresiva hacia el mundo... —pero se tragó lo que iba a decir; le habría gustado mencionar, por ejemplo, las crueldades contra los judíos—, si por lo menos se comprometiera a respetar la paz, les aseguro que nadie tendría nada en su contra.

—Pero si nos tienen rodeados —exclamó la señora Murks, acalorada y con ganas de jaleo—, bien tenemos que poder defendernos.

Sin embargo, el tabernero, en cuyo rostro volvía a brillar aquella expresión maliciosa, se apoyó en la barra y le susurró al forastero:

—¿Ha visto nuestra nueva fábrica de metal? Sí, me refiero al espléndido edificio de la otra orilla del río. ¿Quiere saber qué fabrican allí?... ¿Municiones? ¡No, por Dios! Fabrican ángeles de la paz, única y exclusivamente hermosos y relucientes ángeles de la paz.

Durante la última media hora, el señor Schindhuber había estado bebiendo un vaso de *whisky* tras otro. El forastero tenía la sensación de que no estaba del todo sobrio; además se estaba haciendo tarde, por lo que se volvió para marcharse.

—¡*Heil* Hitler! —dijo, levantando precipitadamente la mano.

—¡*Heil* Hitler! —exclamó la señora Murks, que se levantó del taburete para saludar.

Sin embargo, el señor Schindhuber se limitó a decir:

—Que tenga usted muy buenas noches.

Y entonces vació otro vaso.

Ya en el exterior, el cielo se había encapotado. Caía una lluvia fina pero que calaba; la calle relucía. La estación de trolebuses de la plaza del mercado estaba abarrotada de figuras negras. Había algunos taxis esperando en la parada, pero al parecer nadie quería utilizarlos. El forastero decidió regresar a casa en trolebús, pues así podría llevarse otra impresión de la población local. El señor Schindhuber y la señora Murks lo habían dejado confuso. Tiritando de frío, esperó ocho o nueve minutos.

Cuando el trolebús se acercó, la multitud se abalanzó hacia él como si huyera de la muerte. Los hombres apartaban a las mujeres para subir primero; una niña, cuya madre ya había logrado subir al vehículo y que se había perdido entre aquel bosque de extremidades, se echó a llorar. El forastero se abrió paso a empujones y rescató a la pequeña, la levantó por encima del gentío, que se zarandeaba sin parar, y finalmente logró tendérsela a su madre, que estaba de pie en la plataforma, agitando los brazos. El trolebús atestado se marchó, con una multitud de gente agarrada a los asideros y a los estribos.

¿Debía regresar a pie? Pero el tiempo había empeorado. Además, él enfermaba con facilidad y tenía la cabeza hecha un lío. Le hizo un gesto a un taxi, que se acercó rápidamente.

—Al hotel Reichshof, por favor —dijo el forastero.

—Antes se llamaba hotel Bavaria —dijo el taxista en un tono que parecía culpar al forastero del cambio de nombre.

Durante todo el viaje el taxista no dejó de hablar por encima del hombro; el forastero tenía el corazón en un puño mientras cruzaban a toda velocidad las estrechas callejuelas. «¿Por qué no se concentra en conducir, en lugar de darme conversación?», se preguntó.

—¿No ha podido subir al trolebús? —preguntó el hombre con una sonrisa maliciosa—. Bueno, bueno, en su caso no tiene más que tomar un taxi al hotel Bavaria. Pero es duro para la gente de aquí. Antes teníamos ciento veinte trolebuses y no era por gusto. Hoy solo hay sesenta y dos. Ha habido que apartar los viejos de la circulación, pero no hay material para producir nuevos. Toda la materia prima tiene que destinarse a fabricar ángeles de la paz.

¡Otra vez esos ángeles de la paz!

—Además, tampoco disponemos de los hombres necesarios para conducir el número de trolebuses que hacían falta. ¡Ni siquiera hay personal para los

tristes sesenta y dos coches restantes! Los pocos conductores que quedan trabajan a destajo y van medio locos tratando de abrirse paso entre el tráfico. Pero ¿cómo van a conducir un trolebús si apenas disponen de lugar en la cabina? Especialmente cuando hay algo que hacer, pongamos un discurso del *Führer*, y todo el mundo quiere regresar a casa a la misma hora para evitar los altavoces públicos. Los trolebuses son como manicomios y, sin embargo, nadie coge el taxi. Solo los ricos pueden permitírselo, pero esos ya tienen sus limusinas Mercedes-Benz.

El forastero arqueó las cejas.

—En Nueva York —dijo— nuestro metro también va abarrotado a veces, pero no ponemos esas caras.

El taxista pisó el acelerador. La calle del hotel era ancha y recta, pero el asfalto estaba resbaladizo, y el forastero deseó estar ya en su habitación.

—¡Esas caras! —exclamó el hombre—. ¿A quién le importan nuestras caras? A nosotros nos basta con que no haya guerra. ¿Usted cree que estallará? —preguntó, mirando por encima del hombro mientras el coche aceleraba de forma aterradora—. ¿Usted cree que los ingleses irán a la guerra?

—Nadie quiere una guerra —respondió el forastero—. Además, todo el mundo tiene un gran respeto por Alemania.

Aquello no era una respuesta. El taxista suspiró.

—Tengo tres hijos —dijo— y cada día espero que me «barran». ¡Que me barran! ¿Sabe a qué me refiero? Hay demasiados chóferes en la ciudad y la gasolina escasea. Por si eso fuera poco, necesitan trabajadores en la Línea Sigfrido^[2]. Cualquiera día pueden despedirme, lejos de mi familia, y mandarme a trabajar en la fortificación de la Línea Sigfrido. Pero yo quiero quedarme aquí, en mi ciudad; me da igual que todo esté fatal, mi lugar es este, con mi mujer y mis hijos. ¡Yo no soy ni prusiano ni albañil de fortificaciones, soy un taxista bávaro!

«Es increíble la franqueza con la que habla —pensó el forastero—. Por lo menos ahora sé que todo lo que se oye sobre el miedo es injustificado. ¿Cómo puede saber este hombre que no voy a denunciarle? Es evidente que no tiene nada que temer de las autoridades». El taxi se detuvo, el forastero pagó y le entregó al taxista una generosa propina.

—Muchísimas gracias —dijo el taxista— y, por favor, no le cuente a nadie lo que he dicho si he hablado demasiado. A veces uno tiene que soltarlo para no explotar. Y, además, si llevas a un extranjero, pues no da tanto miedo. Porque si me denuncia, estoy listo, desde luego. Pero no dirá nada, sé que no

lo hará. Usted no ganaría nada si me arrestaran y me pusieran fuera de circulación. Con nuestros camaradas compatriotas es distinto, por supuesto; ellos sí ganan algo, obtienen promociones y recompensas. Pero ¿un extranjero?

El forastero sacudió la cabeza, con gesto tranquilizador.

—No diré una sola palabra —dijo—. Además, tampoco conozco a nadie aquí a quien pudiera contárselo. Pero permítame un consejo: no se lo tome tan a pecho. Todo esto es solo temporal, en unos años ya no hará falta ni la disciplina, ni vivir hacinados, ni trabajar en la Línea Sigfrido.

—¿Lo dice en serio? —preguntó el taxista, con una mezcla de alegría y miedo en el rostro—. ¿De veras lo cree?

El forastero asintió.

—Buena suerte —añadió antes de cruzar la puerta giratoria del hotel Reichshof.

Ya en su habitación, salió al balcón y contempló la ancha avenida principal. La mayoría de ventanas aún estaban iluminadas. Ahí estaban, los habitantes de la ciudad, y si lo que le habían mostrado aquella noche al forastero era lo habitual, lo que les corría por la cabeza era extraño y confuso. «Ciertamente extraordinario —pensó el forastero—. Lo que uno lee en los periódicos alemanes es tan simple e inequívoco... La limpieza de judíos y comunistas es deseo expreso del *Führer*. No es algo bonito, desde luego, pero si se hace por el bien de la gente, es parte del precio que hay que pagar. Además, la nación está unida bajo el símbolo del amor por la patria y su rehabilitación. Y qué duda cabe que este pueblo orgulloso y en su día humillado ha logrado recuperar el honor. Además, el paro ha desaparecido; la juventud del país crece fuerte y sana; y los ciudadanos, que bajo la república no mostraron ni inclinación ni talento para el autogobierno, sienten ahora la mano dura del gobierno triunfal. El hecho de que nosotros, desde nuestra libertad democrática, no veamos el atractivo de la situación está de más. Por otro lado, el *Reich* en expansión amenaza nuestros intereses, es cierto, pero ellos, los alemanes, tendrían que estar satisfechos. Y de hecho, en general, lo están».

Había dejado de llover. Unas cuantas estrellas brillaban pálidamente por entre los jirones de nubes esparcidas por el cielo en dramáticas formaciones. ¡La ciudad! ¡Aquella ciudad, hermosa y antigua, con su aire de montaña, sus casas pintadas y sus gentes trabajadoras, esperanzadas y decentes, con sus risas, sus maldiciones y sus chistes! «¡Ay, si existiera una capa de mago para volverse invisible! ¡Ojalá me la pudiera poner y colarme con ella en las casas!

Cómo me gustaría ver a los hombres en el trabajo, a las mujeres en sus labores domésticas. Me pregunto si la hija de Schindhuber va a convencer mañana a su maestro con la repetición del discurso del *Führer* y si el fabricante de los “ángeles de la paz” (no creo que su empresa le reporte una fortuna) es un hombre feliz y satisfecho. Mañana, antes de marcharme de la ciudad, tengo que volver a echar un vistazo a la tienda donde he visto las imágenes sagradas y esa nota tan fea. Sí, partiré mañana, a primera hora si es posible, pues sin la capa de mago no creo que tenga demasiada suerte en mi exploración. Podría quedarme aquí días, semanas, meses, y seguiría sin conocer la ciudad. Es hermosa, de eso no hay duda. Y, en el fondo, estoy a gusto aquí, en Alemania. Es decir: me gusta para los alemanes. Pero no estamos solos en el mundo y cada hombre debe vivir de acuerdo con su propia luz».

En sus sueños, que destilaron una confusión caótica a varios niveles, oyó a un perro que ladraba indignado a unas siluetas, vio a una mujer viejísima y enorme con una manguera de bombero en las manos, un hombre con uniforme de taxista metido en una fosa hasta la barbilla, mientras las balas silbaban sobre su cabeza. Una encantadora ciudad en las montañas, pequeña como el juguete de un niño, se extendía ante sus ojos, pero de repente surgió una mano gigantesca y la cubrió. En la tela roja que la mano extendió sobre la ciudad se formó una enorme, tremenda esvástica tridimensional negra que se convirtió en un signo de interrogación. Y, una vez más, se oyó al perro que ladraba a las siluetas...

El forastero hundió la cabeza en la almohada. Aquella noche lloró en sueños.



I

Por culpa de un error

A un lado de la plaza había una tiendecita.

En su escaparate iluminado, una serena Virgen gótica con las manos levantadas bendecía a los transeúntes.

Marie quería ser maestra. Los padres de la joven tenían una tienda en la plaza del mercado donde vendían biblias, libros religiosos, imágenes sagradas y estampitas. Sin embargo, su negocio no «encajaba con la época», y apenas lograban ganarse la vida. Vivían con el temor permanente a que su negocio fuera declarado *verboten* (prohibido) o, cuando menos, a recibir los insultos y tal vez los ataques de los jóvenes nazis.

El seminario de magisterio donde planeaba estudiar Marie acababa de cerrar para las mujeres hasta nuevo aviso. Además, aún debía cumplir el «año de servicio», por no hablar del dinero que iba a necesitar mientras estudiara y del que Marie no disponía. Después de mucho hablar con sus padres y con la todopoderosa oficina de empleo, Marie fue asignada como sirvienta del hogar de la familia Pfaff. Debía cuidar de cuatro niños, aunque Marie, que era pequeña y no especialmente fuerte, habría preferido otro trabajo que no fuera tan duro ni con un sueldo tan escaso. Las sirvientas del hogar se habían convertido en una rareza y tenían mucho trabajo, por lo que Marie se llevó una desagradable sorpresa cuando la oficina de empleo desestimó la lista de tentadoras «ofertas de empleo» que había llevado consigo y la asignó a la familia Pfaff, como si fuera un soldado que se enrolara a un regimiento. Su salario sería de veintidós marcos al mes y debería cocinar, cuidar de los niños, realizar labores de costura para toda la familia y limpiar la casa. Además de

todo eso, debería asistir al servicio nocturno de la Organización de Mujeres nacionalsocialistas.

—Pero ¿no puedo ir a trabajar donde yo quiera? —preguntó Marie cuando vio sus recortes de prensa desaparecer en un cajón—. Quiero decir, ¿no puedo elegir?

La funcionaria de la oficina de empleo, una mujer de huesos grandes y rasgos severos aunque no antipáticos, soltó una carcajada cortante.

—Ni hablar —respondió, y le tendió un periódico a Marie, como si fuera una compensación por sus recortes.

Marie leyó el titular: «UN NIÑO PROBLEMÁTICO DE PRIMER ORDEN». Le bastaron las primeras líneas para darse cuenta de que el artículo iba dirigido personalmente a ella, a Marie, la futura sirvienta del hogar. Leyó el nombre del periódico y sintió un escalofrío de miedo: se trataba del *Schwarze Korps*. Sabía que cualquier cosa que se publicara en aquellas páginas, cualquier amenaza y advertencia que contuvieran, tenía el peso de una autoridad incuestionable. El *Schwarze Korps*, órgano del escuadrón de élite hitleriano, la *Schutzstaffel*, con sus temibles uniformes negros, mostraba siempre una seguridad absoluta en sí mismo. Meses antes de que se aprobara una ley o se proclamara un decreto, el *Schwarze Korps* era puntualmente informado del hecho. En realidad, no era simplemente informado, sino que tomaba parte en el proceso de los acontecimientos. Bastaba con que se exigiera algo desde sus columnas, que se «revelara» alguna «vergüenza pública», para que la exigencia fuera satisfecha y la «vergüenza» puesta fuera de circulación.

«El problema de la sirvienta del hogar —leyó Marie— está íntimamente ligado a las leyes y decretos de los que depende el éxito de nuestra política demográfica y, en último lugar, el futuro de nuestro pueblo».

—Pero ¿cómo? —se preguntó Marie—. ¿Dónde está la conexión?

Continuó leyendo. La situación, según el artículo, era más o menos como sigue: las sirvientas no querían trabajar en familias con demasiados niños a los que vigilar a cambio del miserable sueldo estipulado. Pero si las familias con demasiados niños no disponían de sirvientas, se negarían a tener más hijos y eso ponía en peligro el futuro de nuestro pueblo. «Las medidas blandas son inútiles —aseguraba el *Schwarze Korps*— pues nos encontramos ante una situación de emergencia nacional de consecuencias imprevisibles». A continuación seguían un segundo y un tercer titular en negrita: «IGNORAR EL PROBLEMA NO VA A RESOLVERLO» y «HA LLEGADO LA HORA DE TOMAR MEDIDAS RADICALES». Las infatigables labores educativas

del Estado, leyó Marie, habían dado un resultado escaso, por lo que se imponía una «intervención enérgica». La reciente decisión de una corte de magistrados de Weimar sería una «advertencia demoledora» para aquellas «criaturas inmorales», «carentes de todo sentido de la responsabilidad y el deber», que dejaban un trabajo para aceptar otro menos agotador y mejor pagado. Una sirvienta que había renunciado malintencionadamente a su puesto de trabajo había sido condenada a dos meses de cárcel. «Aplaudimos esta sentencia, pues “el libre juego de fuerzas” no debe ser un pretexto para poner en peligro nuestra política demográfica».

Aturdida, Marie le devolvió el periódico a la gruesa representante de la oficina de empleo.

—¿Lo ha leído, señorita? —preguntó la funcionaria—. Dos meses de cárcel; es un caso de emergencia nacional. Así pues, ¿va a ir a casa de los Pfaff?

Marie asintió:

—Sí, tengo que ir, por supuesto.

Ya en casa, cuando se hubo recuperado del susto, Marie pensó: «No me va a hacer ningún mal. Me gusta trabajar y este año de “entrenamiento práctico” me será útil más adelante tanto en mi profesión como en la vida conyugal».

En cuanto al matrimonio, de hecho, había perspectivas y planes concretos. Marie estaba comprometida con un joven, el hijo de un obrero que había llegado a la categoría de capataz. El joven novio de Marie tenía la ambición de ser abogado. Por las noches trabajaba en la fábrica de metal donde su padre lo había empleado y durante el día estudiaba para el examen preliminar de abogacía. Marie admiraba el tesón y amaba la valentía, la entereza y el optimismo radiante de su Peter, que conservaba un inquebrantable buen humor ante todas las circunstancias y adversidades. Ni que decir tiene que Peter pertenecía a la asociación de estudiantes nacionalsocialistas. Ella, por su parte, ya había abandonado la asociación de chicas alemanas y había ingresado en la organización de mujeres nacionalsocialistas. A pesar de ello, ambos tenían sus motivos para estar descontentos con los nazis. ¡Tenían tan poco tiempo para dedicarse a sí mismos y a las cosas que realmente les importaban! Tenían que estar siempre haciendo ejercicio, o adquiriendo una «ideología», o cumpliendo con alguna obligación cuando, en realidad, habrían preferido estar juntos, o leer, o estudiar. Y los domingos, cuando no habrían querido otra cosa que salir a caminar por la montaña, siempre había alguna

«marcha campo a través» o alguna otra actividad obligatoria de naturaleza «deportivo-militar».

Marie era una buena católica y desde niña le había gustado contemplar las imágenes sagradas y las estampitas de la tienda de sus padres, o escuchar a su padre cuando contaba aquellas historias bíblicas a las que tanto brillo confería su vehemente forma de hablar. Pero como Peter era un ardiente patriota y un nacionalsocialista convencido, ella se había acomodado a la nueva situación y nunca sentía el impulso de oponerse activamente o siquiera de pensamiento al estado nazi y sus órdenes. En el fondo, igual que su prometido, estaba llena de esperanza por el futuro. Pero incluso Peter tenía dudas de vez en cuando. Los líderes del comité de estudiantes del *Reich* planeaban reducir los estudios de abogacía de tres años a uno.

—En este asunto —le dijo Peter— me temo que estamos exagerando un poco las cosas. Teniendo en cuenta que durante ese año hay que cumplir también con las obligaciones oficiales dentro del partido y, además, pasar cuatro semanas de instrucción en un campamento, en fin, es simplemente imposible. A los nacionalsocialistas nos ponen exámenes más fáciles, desde luego, pero si realmente quieres ser un buen abogado, tienes mucho que aprender. A veces me asusto —y, mientras hablaba, a Marie le pareció que estaba realmente asustado—, me asusto al pensar que pueda terminar siendo uno de esos hombres que convierten su patriotismo en un sustituto de sus aptitudes profesionales. Pero bueno, ya nos apañaremos —dijo finalmente y le preguntó a Marie qué tal le iba con los Pfaff.

—Pues los Pfaff también cargan con su cruz —dijo—. Cuatro hijos y unos ingresos mensuales de doscientos marcos. Pero claro, siendo funcionario del Gobierno el señor Pfaff no puede tener menos de cuatro hijos.

El gesto de Peter se endureció de pronto.

—Por Dios —dijo—, hablas como si no entendieras nada, o como si nuestros líderes insistieran en fomentar las familias numerosas solo por gusto.

Marie, con el brazo alrededor de su cuello, acarició suavemente con la mano aquellos rasgos duros, infantiles.

—Y tú —respondió ella— hablas como si fueras el *Schwarze Korps* en persona y no mi querido Peter, que es mío y de nadie más.

Pero Peter se apartó de su lado.

—No, no, esto es un asunto serio. Además, sabes perfectamente que no solo soy tuyo; antes que nada, pertenezco y me debo a nuestra patria. Y hablando de los Pfaff, se limitan a cumplir con su obligación, nada más. El *Reichsführer* Himmler lo dejó bien claro el otro día: «Cada joven alemán sano

—dijo— es culpable de un serio crimen contra su pueblo si entre los veinticinco y los treinta y cinco años no contribuye con cuatro o cinco hijos al futuro de Alemania».

Marie sonrió y le preguntó:

—¿Te lo has aprendido de memoria?

Peter, que había comenzado a andar de un lado a otro de la habitación, como si estuviera dando una lección, respondió gravemente:

—Apunté esas palabras porque son casi una ley. No lo olvides, soy abogado y también seré padre.

En sus palabras no había ni ternura ni ironía. Marie, a pesar de sentirse conmovida por la juvenil seriedad de su prometido, notó cómo un escalofrío le recorría el espinazo.

—No te lo tomes tan mal —dijo—. Solo digo que no es fácil hacerlo con doscientos marcos al mes.

Peter, que estaba poco menos que furioso, exclamó:

—«La cuestión de los hijos no es en primer lugar un problema económico». Y no lo digo yo, es el mismo discurso del *Reichsführer* Himmler. Y sí, me lo he aprendido de memoria, te guste o no. Y a continuación dijo esto: «¿Acaso vuestros antepasados, en tanto que padres de familias numerosas, se plantearon en su día, y cuando estas se daban por sentadas, que estaban renunciando a determinados placeres? Porque ese es el trasfondo de todas las excusas cobardes en el sentido de que “uno” es incapaz de criar y mantener cuatro o cinco hijos. Las objeciones de esa índole no solo son deshonestas y asociales, sino también síntoma de la actitud insoportablemente impura y egoísta de quien no se preocupa por nada más que por eludir las responsabilidades o elevar su nivel de vida, que es lo mismo que decir que se come y se bebe el dinero que pertenece a los hijos».

Siguió andando de un lado para otro y recitando. Marie podría haber presentado muchas objeciones. Nuestro nivel de vida, podría haber dicho, es tan bajo, ha caído de forma tan dramática en estos últimos años, que ciertamente no sería ni «insoportablemente impuro» ni «egoísta» o «asocial» tratar de elevarlo un poco. Aunque ¿de verdad lo elevaremos no trayendo más de dos o tres niños al mundo? No, no, estaremos simplemente tratando de evitar que siga cayendo, que se despeñe por el abismo con los cuatro o cinco hijos que *Herr* Himmler insiste en que tengamos por lo menos. Todo eso podría haber respondido. Pero la verdad es que ni siquiera pensó nada de todo eso.

Porque también ella estaba más o menos al corriente de las palabras de *Herr Himmler* que, como cualquier discurso importante, habían sido publicadas en el *Schwarze Korps*. «Traidores» nacionales y «criminales» eran las palabras que había empleado *Herr Himmler* para referirse a aquellos que preferían «desoír la imperiosa llamada de la naturaleza» y se negaban a tener por lo menos cuatro hijos. Y a continuación, sorprendentemente, había añadido: «Por encima de todo, aquellos alemanes que deseen ser un modelo de rectitud de pensamiento y acto deben velar porque el reconocimiento de este peligro para nuestra existencia nacional no quede circunscrito al ámbito de la mera fraseología».

Marie suspiró y sacudió la cabeza. En Alemania a los traidores a la patria se los ponía fuera de circulación rápidamente. Tal vez los Pfaff tuvieran razón, pensó. Tal vez era mejor tener cuatro hijos y mil preocupaciones que «desoír la imperiosa llamada de la naturaleza», que no era otra cosa que lo que decía el *Reichsführer Himmler*.

Pero también aquello se lo guardó para sí. Peter se sentó en el brazo del sillón, apoyó las manos en las rodillas y se calmó un poco.

—Bueno, pero tú no te preocupes, Marie —dijo—. Al fin y al cabo, ¿qué nos importan a nosotros los Pfaff? Nosotros —dijo con gesto orgulloso—, nosotros lo lograremos. Espera a que termine de estudiar y me ponga a trabajar.

Marie asintió y dijo:

—La comida es cada día más mala. A veces no sé ni qué cocinar —serio—. ¿Sabes qué me pasó ayer? Fui a comprar, pero se ve que era un mal día. No había ni mantequilla, ni huevos, ni harina. Le pedí al tendero mantequilla, luego huevos y luego harina, pero a todo respondió «no» y, al final, me dijo: «Oiga, señorita, ¿por qué no me deja en paz? ¿A qué ha venido? ¿A comprar o a entablar una discusión política?». Y entonces me ofreció una sémola de avena nueva que se ve que es muy buena. Pero yo no quería avena.

—Pero en serio —intervino Peter, inquieto—, tienes que ir con cuidado, Marie. Ya sabes que no tienes que empezar discusiones políticas en las tiendas.

A Marie le dio la risa.

—Escucha —dijo—, si a *esto* lo llamas una discusión política...

Peter cambió de tema y preguntó por los hijos de la familia Pfaff. En realidad quería saber si Marie ya había aprendido lo suficiente para criar a sus propios hijos.

—El pequeño Fritz está enfermo —dijo Marie—. Siempre está llorando y tiene un herpes la mar de fea en la cara. Dice el doctor que es por culpa de la margarina; no se puede hacer gran cosa.

Peter arqueó las cejas.

—¡Estupideces! —exclamó—. Seguro que por la margarina no es; tal vez le estés dando de comer algo que no le conviene.

Ambos, Peter y Marie, iban de uniforme, pues tenían turno de noche.

—Hoy tendré que esforzarme —dijo Marie—. Anteayer llegué la última en dos de las carreras de fondo. La líder estaba indignada conmigo, ya te digo.

Peter, que era un deportista de primera, estaba de bastante mal humor aquella noche.

—Pues sí —le dijo—, más te valdrá esforzarte para que se terminen las quejas.

Durante los últimos dos días, Marie no se había encontrado demasiado bien. Le dolía la espalda y no tenía apetito. Además, la situación en casa de los Pfaff no era precisamente agradable. Y no solo porque el pequeño Fritz estuviera enfermo y se pasara el día llorando: el señor Pfaff trabajaba demasiado y estaba irritable, y los había abroncado a todos por la mala calidad de la comida. La señora Pfaff se había echado a llorar y ayer Marie había intentado preparar un apetitoso *soufflé* de patatas y pudín de pan con crema de mermelada en lugar de pulpa, porque no había fruta fresca. Además, los Pfaff estaban a punto de perder la casa. El edificio donde vivían lo necesitaba el partido, de modo que el señor Pfaff debía dedicar el poco tiempo libre que le quedaba a ir por ahí buscando una nueva casa. Le habían dado una lista con los nombres de los judíos que vivían en la ciudad. Si encontraba una casa o un apartamento de su gusto, los judíos tendrían que largarse y los Pfaff podrían instalarse allí. El señor Pfaff se sentía muy mal por todo aquello.

«No quiero poner a esa gente de patitas en la calle, por muy judíos que sean —había dicho—. En cualquier caso, ¡menuda forma de perder el tiempo, tener que correr de una casa judía a otra, como un mercachifle!».

En opinión de Marie, el señor Pfaff desbarraba: los judíos eran infrahumanos y él lo sabía tan bien como ella. ¿Cómo iban a tener casa unos judíos mientras los Pfaff, que eran unos buenos alemanes, tenían que dejar la suya? Pero ¿qué más daba? Estaba de mal humor y se encontraba mal. Aquella noche fue otro fracaso y su líder la volvió a reprender durante los ejercicios de salto de longitud. Marie decidió ir al médico al día siguiente: él sabría qué recetarle. La líder de grupo le recomendó el joven doctor Killinger.

—Es un camarada del partido —dijo—. Es auxiliar primero en el hospital de la ciudad, pero tiene su propia consulta por la tarde. Yo la ayudaré.

Marie regresó de la visita con el camarada del partido Killinger más muerta que viva. Para empezar, había tenido que esperar dos horas y luego el joven médico nazi se le había insinuado y se había mostrado indignado cuando ella lo había rechazado. Pero lo peor (¡muchísimo peor!) aún estaba por llegar. Tras un apresurado examen superficial (Marie solo se había tenido que desnudar de cintura para arriba) le había «diagnosticado» su enfermedad.

—¿Sabe cuál es su mal? —le había preguntado, riéndose—. Que no tiene ningún mal, señorita: está embarazada, eso es lo que le pasa.

La consulta había comenzado a dar vueltas a su alrededor. Un miedo y una angustia atroces hicieron que se le atragantaran las palabras.

—Pero no... no puede ser... esto es imposible... —fue todo lo que acertó a decir.

¿Cómo iba a vivir aquel niño, por el amor de Dios, si ni ella, ni sus padres, ni Peter tenían medios para mantenerse? Tras una noche espantosa en la que no pudo dejar de llorar, decidió contárselo a Peter.

—Pues yo no me lo creo —dijo este—. ¿Sabes qué? —añadió—; te voy a mandar a Munich. Tengo un tío allí que dirige una clínica para mujeres. El tipo no me gusta demasiado, es un liberal de la vieja escuela, pero por lo que sé es un buen médico. Este doctor Killinger no ha estudiado lo suficiente. Además, tiene demasiado que hacer aquí en la ciudad, estoy seguro de que ha equivocado el diagnóstico.

Marie se fue a Munich. Aquel anciano y cordial caballero, que era el tío de Peter además de «un liberal de la vieja escuela», la examinó con un esmero que inspiraba confianza.

—Ni rastro de embarazo —dijo finalmente—. Pero está usted desnutrida, señorita. Trabaja demasiado y está débil.

Decidió ingresarla unos días en su clínica. Le pondría unas cuantas inyecciones tonificantes y la sometería a una buena dieta fortalecedora. Pronto volvería a estar en forma. Marie aceptó la propuesta encantada. Desde luego, la líder de la organización de mujeres nazis se enfurecería al percatarse de su ausencia, pero Marie pensó que volvería sana y fuerte, obtendría buenos resultados en las pruebas atléticas y todo acabaría bien.

Peter la llamó por teléfono y se mostró exultante de alegría:

—¡Lo ves! —exclamó—. ¿Qué te dije yo? ¡Ese Killinger tendría que pedir que le devolvieran las tasas universitarias!

A Marie le incomodaba pensar en el camarada del partido Killinger. Seguro que a aquellas alturas la odiaba: primero se había resistido a sus avances y luego había acudido a otro médico, un «liberal de la vieja escuela», que había contradicho el diagnóstico del camarada del partido Killinger. «Aunque, en realidad, ¿qué puede hacerme?», pensó, y decidió concentrarse en disfrutar de la buena dieta.

¿Qué podía hacer, el joven y gravemente injuriado doctor Killinger?

Cuando Marie, tras tres días de ausencia, reapareció en la organización femenina para el servicio nocturno, la líder le dio la bienvenida con una mala mirada.

—¿Así que ha estado en Munich? —dijo, aunque estaba bastante claro que sabía perfectamente dónde había estado Marie, que se limitó a asentir—. Esperemos que la cosa no termine demasiado mal —prosiguió la líder—. Aunque, después de todo, Dachau es un lugar bastante bonito.

Marie, cegada por el terror, no entendió en un primer momento a qué se refería aquella mujer. Fue Peter quien le aclaró el sentido de aquella frase terrible.

—Cree que estabas embarazada y que mi tío te ha operado en Munich.

Entonces se sucedieron días y semanas de miedos, pesadillas y conversaciones marcadas por la impotencia, que no llevaban a ninguna parte.

—No nos puede pasar nada —dijo Peter—. Somos completamente inocentes y, al fin y al cabo, se trata de la palabra de mi tío contra la de Killinger, un joven ignorante que ni siquiera te examinó como es debido.

—Pero Killinger es un camarada del partido —replicó Marie— y tu tío no. Además, hay otra cosa en mi contra: he pasado tres días en la clínica.

Peter, concentrado en sus textos legales, respondió:

—De acuerdo, si Killinger demanda a mi tío, puede ser que suceda algo. Pero, aun en ese caso, en el juicio saldrá a la luz la verdad.

Marie, a quien trataban en la organización femenina como si fuera una criminal, sacudió la cabeza con desesperación.

—La verdad... —dijo—. No sé, pero me temo que la verdad no tiene demasiado poder entre nosotros. Tengo miedo —exclamó, y se echó a llorar—. ¡Siento tal terror que no te lo puedes ni imaginar!

Peter tenía la frente perlada de sudor, pero intentó tranquilizarla.

—No debes tener miedo —le dijo mientras le acariciaba el pelo con dulzura—. Y, por encima de todo, no debes mostrar que tienes miedo. En el momento en que lo muestres, estamos perdidos.

Era aterrador oír a Peter, siempre tan optimista y valiente, siempre con los pies en el suelo, decir algo que sonaba tan increíble: «¡... estamos perdidos!». Marie, que ya había dejado de llorar, se lo quedó mirando horrorizada, con los ojos como platos. Lo miró como si Peter fuera un espectro.

Y entonces sucedió.

Un día la señora Pfaff llamó a su doncella y le dijo:

—Marie, siento tener que hacer esto y sabes que te necesito mucho pero... tienes que entenderme... he oído una serie de cosas, cosas terribles, y... todo esto puede terminar tan mal que...

Marie respondió con voz trémula, una voz que transmitía poca convicción:

—Pero si no es cierto, si no tiene una sola palabra de verdad...

La muchacha, de pie en medio de la sala, se tambaleó. La señora Pfaff, torpe y bienintencionada, intentó consolarla a pesar de que estaba convencida de que la chica mentía:

—Es mejor admitirlo, Marie —le dijo—. Piensa en tus padres, en Peter... Si al final hay juicio, se va a montar un escándalo tremendo. Y creo que hoy en día lo llaman alta traición, o asesinato, o algo así, no sé...

La pobre mujer lo había confundido todo, pero Marie sintió como si la apuñalara una y otra vez con aquellas palabras. Recogió sus cosas y se marchó de allí, pero no podía ir a su casa por miedo al efecto que aquello tendría en sus padres. Tampoco podía decirle a Peter que la habían despedido «sin previo aviso». Dejó el equipaje en la consigna de la estación del ferrocarril y se pasó varias horas deambulando por la ciudad.

Aquella noche, en la organización femenina, se repitió la misma escena, la misma vergonzosa acusación, pero en esta ocasión en presencia de la tropa al completo, frente a todas aquellas chicas y mujeres que cuchicheaban y se reían. Algunas de ellas se mostraron compasivas, aunque la mayoría la trataron con malicia.

—¡Suspendida hasta próximo aviso! —fue la sentencia que la líder leyó ante la formación militar—. Eso es todo hasta que el asunto se haya aclarado completamente... ¡si es que hay algo que aclarar!

«Trataré de escondérselo a Peter —decidió Marie—. Tal vez no tenga que enterarse nunca; además, últimamente casi no habla con nadie».

Pero tenía que regresar a casa, eso era inevitable. Durante el camino de vuelta se acordó de que dos días antes alguien había pegado una nota en el escaparate de la tienda de sus padres: una nota amenazadora sobre las imágenes y las figuras sacras. Debía de ser obra de algún joven cachorro nazi

con exceso de confianza; el partido no tenía nada que ver con aquello, desde luego, pero era igualmente horrible y sumamente inquietante. Por la mañana sus padres habían arrancado la nota después de mostrársela al policía de la esquina. Le habían pedido si sería tan amable de vigilar la tienda por la noche, nunca se sabía qué podía suceder. Pero aunque se había mostrado disgustado con la nota, el policía se había limitado a sacudir la cabeza.

—Lo siento —dijo—, lo siento de veras, pero nada en el interés público requiere que proteja su tienda. Yo también tengo mis instrucciones y me expongo a medidas disciplinarias si no las cumplo.

Entonces sus padres habían decidido cambiar los escaparates. Una fotografía del *Führer* ocupaba ahora el lugar donde había estado la Virgen María con su hermoso manto azul y, en lugar de la Biblia, había un ejemplar del *Mein Kampf* en la ventana amenazada. La noche anterior no había sucedido nada.

Marie regresó a casa a pie; los trolebuses estaban saturados de nuevo. Temía poder encontrarse con algún conocido que formulara preguntas incómodas.

«Si muestras que tienes miedo —le había dicho Peter—, estamos perdidos».

Pero ella no estaba acostumbrada a disimular y no lograba ocultar el terror que la atenazaba.

La plaza del mercado estaba abarrotada de gente. Debía de haber pasado algo. Tal vez un trolebús había descarrilado (había sucedido en varias ocasiones últimamente). A Marie se le aceleró el pulso a medida que se fue acercando y se dio cuenta de que la multitud se arremolinaba alrededor de la tienda de sus padres. De repente algo crujió bajo sus pies; eran fragmentos de cristal. «¡El escaparate! —pensó—. ¡Han reventado el escaparate! ¡Menudo estropicio!». Jamás se hubiera imaginado que una sola ventana pudiera romperse en tantos fragmentos. En el suelo había también las imágenes de santos, rasgadas y hechas jirones, entre los restos del crucifijo roto (el viejo y hermoso crucifijo tallado ante el que Marie se había arrodillado de niña) y las páginas de las Escrituras, ennegrecidas y mojadas. Esparcidas por todas partes, las cuentas del rosario brillaban como lágrimas. Los muebles de la tienda estaban rotos, calcinados y empapados por el agua que habían echado para evitar que el incendio se propagase al resto de casas.

Marie, que se encontraba al límite de la razón, se abrió paso a empujones por entre la multitud que, al ver de quién se trataba, se abrió dejando un pasillo. Si hubiera sido capaz de percatarse de algo más que de las ruinas que

la rodeaban y el pavor que le embargaba el corazón, se habría dado cuenta de que ninguna de las miradas que le dirigían sus conciudadanos era hostil. Al contrario, eran miradas amistosas y cargadas de compasión. Sí, muchos estaban furiosos por su situación, llenos de rabia por lo que había sucedido. De repente apareció un joven policía de las SS. La multitud fingió no verle. El policía se encogió de hombros, como si le hubiera caído encima una fría ráfaga de lluvia.

—¿Dónde están mis padres? —preguntó Marie.

El policía, en una voz que sonó casi humilde, respondió:

—Sus padres se encuentran bajo custodia protectora. La multitud estaba encendida contra el catolicismo político en el que desgraciadamente sus padres se habían mezclado; no habríamos sido capaces de garantizar su seguridad. Cálmese, señorita —añadió, pues Marie parecía estar a punto de desmayarse—, la custodia protectora no es ninguna vergüenza; además, la vida de los arrestados no corre peligro. Se trata de una simple medida estatal en aras de la seguridad, eso es todo.

Un obrero que se encontraba unos cinco metros detrás del agente soltó de repente un grito atronador:

—¡Hatajo de cabrones! ¡Matones! ¡Lárgate de aquí, ahora mismo, maldito... maldito nazi... o...!

No tuvo necesidad de terminar su amenaza: el agente, en lugar de sacar su silbato para solicitar refuerzos y arrestar al hombre, huyó como si el diablo le pisara los talones. Su hermosa gorra negra cayó al suelo mientras se alejaba a grandes zancadas de la muchedumbre. Lo dejó allí, entre los fragmentos de cristal y los cascotes. Las calaveras del reborde de la gorra brillaron como las cuentas esparcidas del rosario.

Sin saber cómo, Marie logró llegar a la habitación de Peter. Se lo encontró sentado en el escritorio, leyendo una carta. Parecía como si llevara allí horas, petrificado.

—¡Es el aviso! —dijo al ver entrar a Marie—. Han llamado a mi tío a declarar en el juicio; y a nosotros también, mira...

Y le tendió a Marie la carta en la que su tío, con una caligrafía elegante, ancha y rápida, le contaba lo sucedido.

—Han reventado nuestra tienda —dijo Marie—. Mis padres se encuentran bajo custodia protectora y el crucifijo...

Solo entonces estalló en lágrimas, como si el crucifijo, aquel hermoso crucifijo antiguo y tallado fuera en realidad lo que diera más lástima de todo.

—El crucifijo... —sollozó y se tumbó sobre un sillón, como si alguien la hubiera golpeado en la cabeza.

Peter, que no movió ni un músculo para consolarla, dijo:

—Nada tiene sentido, no vamos a salir de esta; todo está en nuestra contra. A mi tío lo odian, Killinger es un tipo poderoso y a mí ya me han echado del comité de estudiantes nacionalsocialistas...

(«Y yo quería ocultarle un secreto a él», se dijo Marie).

—Nada tiene sentido, no tiene ningún sentido —repitió sin bajar el tono de voz.

Marie asintió y se ahorró tener que poner sus pensamientos en palabras. Marie sabía que había llegado la hora de lo inevitable.

—Sí, será lo mejor —dijo solamente.

—Ven —dijo Peter—, no tenemos por qué asustar a los demás de la casa.

Sacó el revólver del cajón y tomó el abrigo de invierno del colgador. «Aún se le ocurre pensar en el abrigo», pensó Marie, que palpó el bolsillo de la chaqueta, donde guardaba la llave fría y angulosa que abría la puerta principal de la tienda. Era un candado de seguridad, se dijo, pero ahora puede entrar quien quiera; cualquiera puede pasearse por entre las ruinas...

El estrecho caminito junto al río estaba desierto a aquellas horas. Peter y Marie se apoyaron en los pilares del viejo puente, sus pálidos rostros vueltos el uno hacia el otro. No había lágrimas en sus ojos, solo un terrorífico, inmenso asombro porque todo hubiera terminado así y nada, nada tuviera ya sentido. Peter jugueteó con el emblema del partido de la chaqueta de Marie.

—Me he esforzado tanto —dijo Marie—. No fui ni mala ni insubordinada; Peter, di que no fui mala...

Peter le rodeó los hombros con un brazo.

—No —dijo—, no fuiste mala, pero hay muchos que... —iba a decir «han muerto» pero no fue capaz de pronunciar las palabras— que ya no están entre nosotros que tampoco eran malos, ni insubordinados, ni culpables de nada...

Marie apoyó la cabeza en el hombro de él y dijo:

—No me lo digas, cuando lo hagas no me lo digas y así no tendré que saberlo.

Peter la besó y se sacó el revólver del bolsillo. Marie tenía los ojos cerrados. Peter la cogió del hombro derecho con la mano izquierda y la apartó de él, como si quisiera observarla cariñosamente, con toda la atención. Entonces disparó.

Sonaron dos disparos, dos detonaciones vacías que resonaron en las arcadas del puente. Marie murió al instante; Peter, de camino al hospital.

A pesar de la ausencia de dos de los acusados, el juicio tuvo lugar puntualmente el día fijado. El otro acusado, armado con pruebas aplastantes, logró demostrar su absoluta inocencia. La enfermera jefe de su clínica, una alta funcionaría del partido, testificó a su favor, mientras el joven camarada del partido Killinger era incapaz de presentar a un solo testigo. El juez dictó que había «actuado con frívola irresponsabilidad» presentando una demanda que no se «sostenía».

—El estado nacionalsocialista —concluyó— ha perdido dos vidas jóvenes, diligentes y llenas de esperanza... por culpa de un error. ¡*Heil* Hitler!

El caso estaba cerrado. Los reunidos se dispersaron.



II

Controles recíprocos

Nuestra ciudad presentaba el aspecto gris y ajetreado de costumbre. Después de hacer la compra, nuestras diligentes amas de casa se reunieron para chismorrear. A pesar del cansancio y la depresión que reflejaban algunos de los rostros, su animada chachara no resultaba en absoluto inquietante.

Por la noche, el comerciante Hannes Schweiger estaba en su oficina haciendo números. En lugar de luz eléctrica, tenía encendido un viejo y humeante candil. El mes anterior, las autoridades le habían cortado la luz por falta de pago. El hombre, envuelto en un abrigo grueso pero extrañamente rígido, estaba helado hasta los huesos. Trabajaba en silencio absoluto. Junto a los gruesos libros de contabilidad que le ocupaban había una pequeña cuchilla de borrar. Inicialmente había intentado modificar con cuidado las limpias columnas de cifras, pero el papel era de tan mala calidad que no le había quedado otro remedio que volver a escribirlo todo, copiar el volumen entero. Trabajaba minuciosamente, con la frente apoyada en la mano izquierda a medida que introducía los cambios decisivos en los datos.

Los rasgos del hombre, fuertes y honestos en sus líneas básicas, contrastaban vivamente con su ocupación momentánea. Hacía cinco años que Hannes Schweiger, hijo del fundador de la empresa Schweiger & Co., había asumido la dirección del almacén de la vieja Rabengasse, que comercializaba productos importados: té, café, cacao y demás. Hasta el momento de entrar en el negocio, que se había producido inmediatamente después de casarse con su prima Elsie, Hannes había sido estudiante y deportista. Como esquiador, había logrado una cierta reputación a escala nacional y su piel siempre bronceada era más propia de los tiempos pasados que de los actuales, en los que le suponía una carga intolerable: el comerciante Schweiger parecía un habitante del sur, o incluso un judío. Las personas de piel oscura, ojos negros

y nariz aguileña eran bastante comunes en nuestro barrio. Hasta que logró trazar una incuestionable línea de descendencia con antepasados arios de la Edad Media, el comerciante Schweiger vivió momentos incómodos por culpa de su apariencia. Por la calle, los niños le gritaban «¡Cerdo judío!» y algunas personas de «arriba» lo miraban con recelo.

Afortunadamente, todo aquello formaba ya parte del pasado, pero ahora tenía otras preocupaciones. ¿Cómo iba a conciliar su carácter esencialmente honesto con lo que tenía entre manos en aquel momento? Era bastante evidente que estaba amañando sus cuentas, modificando sus ingresos para evadir impuestos. Por Dios, ¿acaso no podía gastar un poco menos y darle al Estado lo que le pertenecía? ¿Qué sumas estaba deduciendo de sus ingresos?

¡Lo extraordinario, lo desconcertante de la situación era que no estaba deduciendo nada! El hombre estaba realizando una estafa en sentido inverso. ¡Estaba sustituyendo cantidades menores por cantidades mayores! Lo que se proponía era pagar más impuestos en lugar de pagar menos. La facturación anual, según constaba en el libro de cuentas que estaba copiando con cambios, ascendía a 8456 marcos. Pues bien, esa suma fue aumentada hasta los 10 216 marcos. Laboriosamente fue alterando una de cada dos entradas, añadiéndole unos cuantos pfennigs y, de vez en cuando, introducía una entrada ficticia. Entretanto, iba consultando diversos libros, periódicos y hojas de instrucciones, pues no quería declarar que había vendido mercancías a precios más elevados que los prescritos por la comisión de precios. Eso sí, el comerciante podía entrar libremente determinados artículos raros que no estaban sujetos al control de precios y que se podían comprar y vender en el libre mercado.

¿Había perdido Hannes Schweiger la razón? Eso parecía, pues mientras iba pasando las páginas, calculando, sumando y anotando, no paraba de sacudir la cabeza con desesperación. «Jamás podré pagar todos esos impuestos —murmuró—. No sirve de nada; a pesar de haber facturado tanto, quedaré 216 marcos por encima del mínimo, tendré que cerrar la tienda».

¡Ahí estaba la solución al enigma! Corría el riesgo de que su tienda fuera catalogada de «negocio no rentable que no podía ser asumido por la totalidad de la comunidad». Debía demostrar una facturación anual mínima de diez mil marcos y por eso había decidido estafarse a sí mismo.

Se trataba de «barrer la venta al por menor», así era como las autoridades se referían a la cruzada de destrucción dirigida a los pequeños empresarios y fabricantes independientes. Una vez más, el *Schwarze Korps* se había entregado con gran entusiasmo a aquel proceso de «barrido».

«Sobre la base exclusiva de una consideración serena de la economía nacional», el periódico solicitaba la liquidación de todas las empresas «no rentables», señalando que «el mantenimiento de una existencia independiente» no era «relevante para la nación». Teóricamente, «el objetivo final» era llevar a cabo «una reestratificación fundamental» y «desmercantilizar» el pueblo alemán. El artículo expresaba su desprecio por «la mentalidad liberal» que consideraría esa medida como «un serio ataque contra los derechos personales del individuo». «El estado nacionalsocialista —continuaba diciendo el *Schwarze Korps*— no considera responsabilidad suya garantizar la libertad de elegir una profesión a aquellas personas que han optado por una profesión improductiva, pues eso, aquí como en todas partes, solo conviene a los vagos».

El Estado no solo no se sentía en la obligación de garantizar a los ciudadanos la libertad de elegir una profesión o un negocio, sino que iba mucho más allá; mucho después de que un hombre hubiera elegido y practicado su profesión durante años, cuando ya la conocía y ya no sabía hacer nada más, el Estado seguía sin sentirse en la obligación de garantizarle la libertad de seguir ejerciéndola.

Hannes Schweiger sabía que era un empresario trabajador, esforzado y capaz, pero tenía que aguantar que le llamaran «vago». Había elegido una profesión «improductiva» y, en consecuencia, no era «relevante para la nación».

Entre los libros y los documentos que se amontonaban en su escritorio había dos fotografías. Desde una de ellas, con un estrecho marco de plata, le llegaba la sonrisa de su mujer. Sostenía a su hijo menor en brazos, con los dos mayores agarrados a ambos lados del vestido. ¡Qué bella había sido! ¡Qué cara tan redonda! Entonces su mirada se posó en la otra fotografía, la de su padre. Hannes Schweiger padre tenía la misma tez que su hijo, la misma nariz larga y aguileña. En cambio, tenía la frente más chata y ancha, el mentón más poderoso y el cráneo más rústico. En sus ojos negros había una mirada desafiante.

El hijo inclinó la cabeza hacia la fotografía, en un gesto a la vez cariñoso y triste, y le habló casi sin darse cuenta:

—¿Cómo eran las cosas en tu época? —le preguntó—; ¿en tiempos de la república, cuando las cosas iban tan mal y todos esperábamos la salvación del *Führer*? Decían que iban a dismantelar todas las grandes empresas, que iban a cerrar todos esos grandes establecimientos y centros comerciales a favor de la clase media, ¿verdad? Oí esa plegaria en tus labios un centenar de veces,

padre, ¡y nos la creímos! ¡Por supuesto que nos la creímos! ¿Acaso no formaba parte del programa de los nacionalsocialistas? Estaba escrito bien claro en nuestra «Biblia», en *Mein Kampf*. La de veces que nos leiste esos pasajes. A veces —continuó diciendo Hannes Schweiger al tiempo que acercaba más la fotografía— me pregunto por qué siempre insistimos en leer los fragmentos que eran más prometedores para nosotros y no los otros, los que nos habrían mostrado lo que de verdad nos cabía esperar. Me pregunto por qué nunca reparamos en las contradicciones, todas esas contradicciones que hacen que hoy esté aquí, falsificando el libro de cuentas.

Se levantó, se acercó a la estantería y sacó el libro con la imagen del líder divino del *Reich* en la portada, un rostro al tiempo sombrío y endeble.

—¡Mira! —dijo Hannes Schweiger cuando encontró la página que buscaba—. ¡Fíjate! ¿Cómo encaja esto con los fragmentos que nos enseñaste?

Colocó el libro encima de la mesa, donde daba la luz, y dejó la fotografía de su padre en la penumbra. Leyó:

—«Durante los años de mi rebelde juventud, nada me entristecía más que haber nacido en una época en la que solo se erigían templos de gloria en honor de tenderos y jefes de Estado. Las oleadas de acontecimientos históricos parecían haber remitido de tal modo que el futuro parecía realmente en manos de la “competencia pacífica entre naciones”, que significa engañarse mutuamente a escondidas y la exclusión de medidas contundentes... Esa evolución, sin embargo, no solo parecía perpetuarse, sino que pretendía transformar el mundo (con la aprobación general) en unos grandes almacenes, en el vestíbulo de los cuales iban a instalarse a perpetuidad los más astutos especuladores y los funcionarios públicos más inofensivos... ¿Por qué no podría haber nacido cien años atrás? ¿Durante las guerras de liberación, por ejemplo?... A menudo me sentía embargado de una amarga irritación por lo que yo consideraba mi aparición tardía en la Tierra, y veía aquel período de paz y orden que me esperaba como un regalo inmerecido de un vil destino. Ni siquiera de niño fui “pacifista” y todos los intentos de la educación en este sentido resultaron inútiles».

Hannes Schweiger cerró el libro con un gesto violento, furioso, y contempló el rostro antipático del autor en la portada.

—¡Ahí está! —dijo de nuevo enérgicamente—. ¡Ahí lo tienes!

Y, ya para sus adentros, añadió: un hombre que considera un «período de paz y orden» una vileza del destino y que describe la «competencia pacífica entre naciones» y la «exclusión de medidas contundentes» como si fueran pesadillas... ¿cómo va a convertirse un hombre así en la salvación de un

pequeño tendero cuando ascienda al poder? Los comerciantes y los hombres de Estado son para él «astutos especuladores» y «funcionarios inofensivos»; y nótese que utiliza la palabra «inofensivo» para mostrar su absoluto desprecio.

Así son las cosas. El *Führer* aborrece el comercio, igual que aborrece la «competencia pacífica entre naciones» y la paz en general. Moral, democracia y religión, he aquí las tres cosas que desprecia el *Führer*. Y con motivo, por lo menos desde su punto de vista, pues todas estas cosas aspiran a un mismo objetivo: conducir a una humanidad de inclinaciones progresistas hacia un futuro mejor y más pacífico. Dicen que el *Führer* es un genio porque ha dejado la impronta de su personalidad en su tiempo, ahí donde el hombre de verdadero talento se limita a servir al espíritu de su tiempo de forma positiva y útil. Pero los genios, creo yo, modifican el espíritu de su tiempo haciéndolo progresar. Tal como yo lo veo, un genio que admite estar haciendo retroceder el espíritu de su tiempo hacia un pasado bárbaro es un genio bastante peculiar.

Hannes Schweiger repasó con pesimismo todas aquellas ideas, que ya se habían gastado de tanto pensarlas. A pesar de todas las esperanzas depositadas en el advenimiento del *Führer*, el programa del nacionalsocialismo va a conducir a una guerra de aniquilación contra la clase media. El programa de rearme totalitario y de autosuficiencia económica, combinado con un estado de guerra perpetuo en tiempos de paz, no es compatible con el desmantelamiento de las empresas más grandes en pro de una clase media saludable. La mejoría de la economía alemana, la eliminación del desempleo y la recuperación del honor alemán iban de la mano de la desaparición de Alemania del comercio mundial, la desaparición simultánea del mercado interior de todos aquellos productos de primera necesidad en caso de guerra (que debían ser almacenados), la escasez progresiva de alimentos y la ausencia de materias primas. Y, como consecuencia inevitable de la «economía de guerra» alemana, yo y mi clase debemos ser barridos.

Hannes Schweiger, el comerciante en apuros, el indefenso estudiante de economía, apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados.

—Yo no soy judío —murmuró aterrorizado, sintiendo el movimiento de los labios en la piel de la muñeca—, no soy comunista ni un traidor de mi patria y, sin embargo, tengo que ser destruido. ¿Por qué?

No dijo nada más, pero su mente agitada le dio la respuesta: porque la racionalización de la industria alemana, llevada a cabo según la fórmula del rearme nacional, clasifica las industrias únicamente en función de su valor militar, y porque aquellas industrias que ya no resultan útiles a la

militarización del país y al establecimiento de la autosuficiencia económica total deben ser suprimidas de forma implacable.

Schweiger sabía que en materia de producción, una economía de guerra establecía dos requisitos esenciales: volumen y rapidez. La furiosa aceleración de la producción en masa no dejaba lugar para las empresas pequeñas, dirigidas de forma individual. Y en cuanto a la «distribución» (es decir, el abastecimiento de la población con los suministros imprescindibles de comida y otros bienes de consumo), debía fundamentarse en una centralización y un control estrictos. Eso implicaba una dictadura de precios, la fusión de unidades económicas menores en cárteles y compañías fiduciarias y, por encima de todo, el «barrido» de todo lo que se considerara superfluo en el «masificado» ámbito de la venta al detalle. Así lograban matar dos pájaros de un tiro: suprimían numerosos distribuidores detallistas con el argumento de que interferían en la regulación estatal de la distribución y resolvían el problema del empleo, pues el crecimiento febril de la industria de guerra había producido una escasez de mano de obra. La política de «desmercantilización de la nación», que permitía destruir cientos de miles de pequeñas empresas independientes, garantizaba al mismo tiempo la llegada de cientos de miles de trabajadores a las fábricas.

El comerciante Schweiger sabía todo eso. Lo sabía desde hacía tiempo, pero solo ahora, cuando él mismo parecía estar perdido, confesaba saberlo. «¿Qué voy a hacer ahora? —se preguntó—. ¿De qué voy a vivir? ¿Qué trabajo me van a asignar cuando me cierren la tienda y me “barran”? ¿Dónde me van a mandar?».

Sus pensamientos no lo llevaban a ninguna parte, pues no era un hombre capaz de extraer conclusiones revolucionarias de su situación desesperada. Solo sentía impotencia y desilusión. Y aunque acababa de desentrañar el enigma de su propio fracaso, no entendía cómo se le habían ocurrido aquellas ideas conversando con la imagen silenciosa de su padre.

Era ya muy tarde, pasada la una, cuando Hannes Schweiger devolvió el ejemplar de *Mein Kampf* a la estantería, escondió su viejo libro de cuentas en el cajón, colocó el nuevo en el estante y volvió a ordenar su escritorio. Estaba a punto de marcharse del despacho cuando oyó unos pasos al otro lado de la puerta. Se quedó petrificado de miedo. Miró de reojo el candil y se preguntó si el brillo de la luz por debajo de la puerta habría delatado su presencia a quienes estaban al otro lado, pues por los pasos supo que había dos personas en las escaleras.

«Es el supervisor del bloque —pensó—. Pues claro que es el supervisor, al acecho. Pero ¿quién está con él? ¿Una chica?».

Los pasos de la segunda persona sonaban como los de una mujer. A medida que las dos personas fueron acercándose a su puerta, Schweiger distinguió claramente el sonido de unos zapatos de tacón sobre el linóleo, los pasos más rápidos.

«Si llama a la puerta —pensó, hundiendo la cabeza—, tendré que abrir. Y entonces estaré acabado».

Los pasos se perdieron en el piso superior. Schweiger regresó a su escritorio y se sentó como si acabara de realizar un gran esfuerzo físico. Una puerta se abrió en alguna parte y se volvieron a oír pasos: la chica regresaba. Sin duda había acompañado al supervisor del bloque a su casa y ahora se marcharía. Hannes Schweiger esbozó una sonrisa a medida que los pasos se acercaban a su puerta. Pero la sonrisa se le heló cuando los pasos se detuvieron. «¿Y ahora qué? —pensó—. ¿Ahora qué?». Era incapaz de pensar nada más.

Llamaron a la puerta. Schweiger se quedó inmóvil.

—¡Abre! —dijo su mujer. No había ninguna duda, era ella, pero el comerciante no se movió de la silla—. Que abras, te digo —insistió ella con impaciencia—. Sé que estás ahí... y el supervisor del bloque también —añadió, bajando la voz.

Hannes Schweiger abrió. Su mujer, con una gabardina encima de los hombros y boina, entró precipitadamente. Schweiger señaló la única silla cómoda de todo el despacho, pero su mujer no quiso sentarse; se quedó de pie en el centro de la habitación y olisqueó, como si su sentido del olfato le dijera que algo estaba mal.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —preguntó finalmente.

Hannes Schweiger amaba a su mujer. Habían crecido juntos, casi como hermanos. Entre ellos jamás había habido secretos y a él siempre le había parecido que la plácida confianza que los unía era mejor que la pasión, que nunca había formado parte de su matrimonio.

En aquel momento Schweiger tuvo la sensación de que si alguien tenía que hacer preguntas, era él, y aunque no albergaba la menor sospecha de que su mujer le pudiera ser infiel o traicionarlo, le pareció bastante raro que anduviera por ahí con el supervisor del bloque en lugar de estar en casa con los niños.

Echó un vistazo nervioso a los libros de cuentas y estuvo a punto de explicarle a su mujer lo que había hecho, cuando algo le hizo cambiar de idea:

mi mujer se lo cuenta todo a nuestro hijo y este, a su vez, no tiene secretos para su líder de las juventudes hitlerianas.

Finalmente, en lugar de responder a la pregunta, dijo:

—¿Se ha portado bien contigo el supervisor del bloque?

Su mujer se rio.

—Ha sido muy instructivo —dijo—. Toma...

Y le tendió una hoja de papel, un documento oficial, como quedaba inmediatamente claro por los numerosos sellos.

Schweiger leyó:

CUESTIONARIO PARA TODOS
LOS SUPERVISORES DE BLOQUE

Confidencial

Oficina de información:

Razón de la investigación:

Información solicitada sobre:

Residencia:

Fecha y lugar de nacimiento:

Miembro del partido de los Trabajadores nacionalsocialistas de Alemania:

Miembro de la Sociedad nacionalsocialista:

Miembro de otras organizaciones y asociaciones:

Oficialmente activo:

Actitud política anterior:

¿Cómo se expresa?

Actitud política actual: (Comportamiento en los mítines, en días de la bandera, en los cursillos; descripción de sus relaciones económicas y familiares).

Confesión:

Actividad religiosa:

Observaciones del supervisor de bloque y líder de celda:

Para obtener la información se seguirán las siguientes directrices:

1. ¿Actitud política antes de 1933?
2. ¿Actitud desde el acceso de los nazis al poder?
3. ¿Se exhibe la bandera con la esvástica?
4. Si no, ¿por qué no?
5. ¿Asiste a las reuniones del partido?
6. Domingos de plato único^[1] y recolectas.
7. ¿Qué periódico lee?
8. ¿Lee la circular de instrucciones?
9. ¿Qué reputación tiene?
10.
 - a. Beneficios e ingresos
 - b. Fiabilidad
 - c. Relaciones familiares
 - d. Número de hijos; trato dispensado; educación
11. Dimensiones de la vivienda; relación con el número de hijos; ¿condiciones de la vivienda?
12. ¿Medio judío? ¿Judío?

13. ¿Relación con judíos?
14. ¿A qué actos del partido asiste (si asiste a alguno)?
15. ¿Capacidades técnicas y formación?
16. ¿Desempeña un papel político destacado?
17. ¿En qué sentido?
- 18.

- a. Oposición abierta
- b. Resistencia
- c. Indiferencia
- d. Oposición pasiva
- e. Tímido entusiasmo
- f. Cooperación honesta
- g. Devoción absoluta.

19. Residencia anterior:

Informe policial:

Conclusiones:

1. Bajo ninguna circunstancia debe informarse de la investigación al miembro del partido o al ciudadano alemán interesado.
2. La información incompleta relativa a cambios de residencia debe completarse mediante investigación personal.
3. Se establecerá inmediatamente contacto con el supervisor de bloque del partido nacionalsocialista y, si fuera necesario, con la organización femenina pertinente.
4. Se recurrirá a los miembros del partido de la localidad para completar la información.
5. El supervisor de bloque debe mostrarse hábil e ingenuo en la obtención de información, y si la situación lo exige, inventará métodos para lograr las respuestas más claras y directas a las preguntas antes formuladas.
6. Si el supervisor de bloque no consigue obtener información completamente documentada en relación con las convicciones previas, la pertenencia a logias masónicas y orígenes raciales, deberá indicarlo. La información proporcionada deberá basarse en hechos; expresiones como «parece que» o «se dice que» son tan solo una muestra de falta de responsabilidad.

La mujer se había sentado finalmente y, desde la butaca del rincón, observó a su marido mientras leía.

—¿Has terminado? —preguntó cuando su marido dejó el papel.

No había el menor atisbo de humor en la carcajada que soltó.

—«Bajo ninguna circunstancia debe informarse de la investigación al miembro del partido o al ciudadano alemán interesado». Debes de tener una relación bastante íntima con el supervisor del bloque si decide «informarte de la investigación» —dijo.

La mujer se encogió de hombros.

—Y quítate esa boina —añadió él—. Ya sabes que no puedo verla.

La señora Schweiger se quitó obedientemente la boina, se levantó y se acercó al escritorio.

—¿Que si tengo una relación íntima? —preguntó—. Le gusto y me avisa cada vez que pasa algo. ¿Acaso crees que no hubiera venido a ver qué te traes entre manos, si no le gustara?

Schweiger suspiró. Le daba rabia que su mujer anduviera por ahí con el supervisor de bloque a altas horas de la noche, que él hubiera tenido que pasar todas esas horas falsificando sus cuentas, le daba rabia no poder explicárselo todo y que la razón de sus reticencias fuera que su hijo pudiera contárselo a su líder, que la presencia de su mujer, que le «gustaba» al supervisor del bloque, hubiera evitado que este se presentara en su oficina a intentar descubrir qué se traía entre manos. Detestaba aquella oficina, los libros de cuentas, se detestaba a sí mismo, su abrigo grueso y rígido, y la gabardina que llevaba puesta su mujer y que le resultaba tan detestable como la odiosa boina que estrujaba entre las manos. Y, al mismo tiempo, lo conmovía verla allí de pie. Sabía que también ella se enfadaba con facilidad, se conocían demasiado bien para que pudiera ocultárselo. Pero ¿qué era lo que la atormentaba tanto?

—Quiero que me enseñes el libro de cuentas en el que has estado trabajando —dijo ella—, por favor. No, no el viejo, el de este año. Quiero saber cuál ha sido la facturación real.

Schweiger le dio el libro.

—Vaya —dijo ella—. Fue de 10 216 marcos, pero tú me dijiste que había sido de 8456. ¿Por qué me mentiste? —exclamó de repente, y en su voz, generalmente suave, resonó un deje histérico—. ¿Tenías miedo de que me comprase un vestido, o un regalo para el supervisor del bloque, si sabía que éramos ricos? ¡Ricos! —repitió, casi gritando—. Somos ricos, pero tú me mientes y me traicionas de la manera más escandalosa.

Schweiger tuvo que morderse la lengua.

—Elsie —dijo—, te lo ruego; estás cansada y alterada. Sé que todo eso no lo dices de corazón.

Pero la mujer no quería calmarse.

—Pues sí, estoy cansada —gritó—. ¿Y sabes por qué estoy cansada? Porque tengo que trabajar como una mula y luego ver que mis hijos apenas tienen qué comer, porque no le puedo comprar a mi hijo el uniforme del grupo de jóvenes y porque tú te marchas de casa por la noche, porque tienes secretos que me ocultas y porque ya no puedo confiar en ti. Y por eso estoy cansada y harta, harta de esta vida.

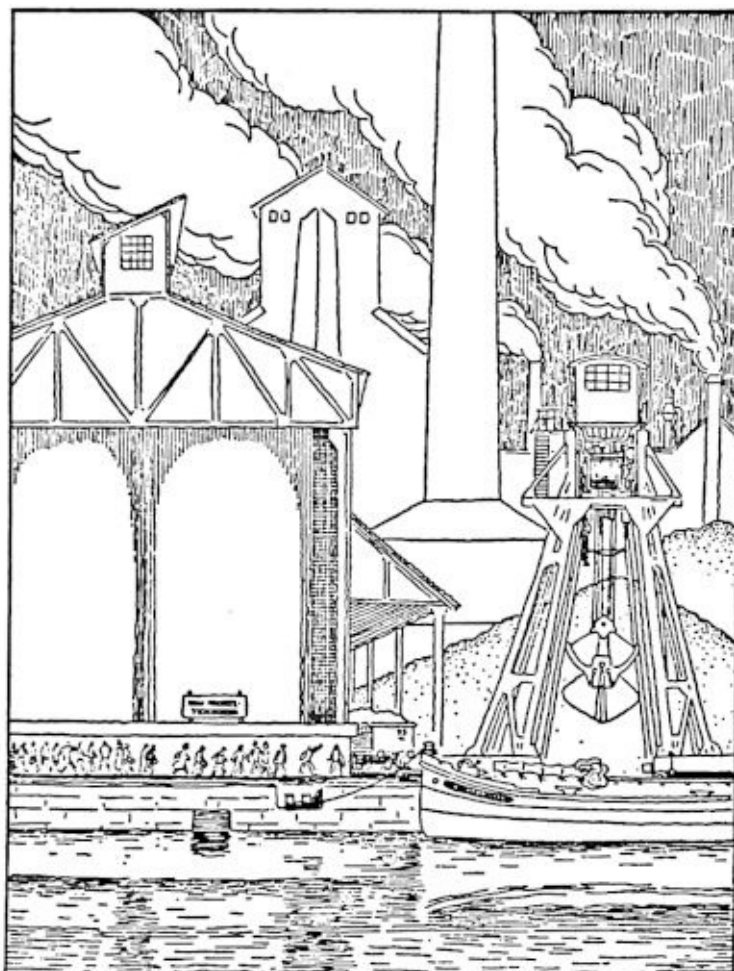
Schweiger pensó: tal vez haya algo entre ella y el supervisor del bloque. ¿Cómo lo voy a saber? Tal vez le ha prometido algo, dinero, un trabajo, una

promoción. Tal vez debería contarle lo de los diez mil y los ocho mil marcos. Pero no me atrevo, no me atrevo.

Le ardía la cabeza. Se levantó lentamente.

—Vámonos —dijo, y apagó el candil. Mientras su mujer se acercaba a tientas hasta la puerta, tomó el libro de cuentas viejo del cajón. Con mucho cuidado escondió el corpus delicti bajo su abrigo... Tengo que quemarlo, pensó.

Bajaron las escaleras juntos, pero él no osó pasarle el brazo por la espalda. La desconfianza entre ellos iba creciendo por momentos, una sensación sucia y paralizante. Los siguió por la calle hasta su casa; se metió en su casa y se arrastró hasta su cama, donde se echaron cada uno en su lado, como si los separase un abismo.



III

El señor Huber, empresario

Parecía que nuestra ciudad había mejorado en muchos sentidos. De momento, y para empezar, el desempleo había desaparecido y la gran fábrica del otro lado del río estaba más activa que nunca, produciendo las armas necesarias para la defensa de nuestra patria.

Alfred Huber, el empresario cuya fábrica de metal del otro lado del río producía los «ángeles de la paz» de los que tanto se hablaba en nuestra ciudad, estaba pasando una mala época. Sí, había un flujo constante de pedidos gubernamentales y el señor Huber había ganado un montón de dinero. Pero, para empezar, no podía invertir ese dinero como él quería; tenía que hacerlo como le indicaba el Estado. Además, el corazón le daba un vuelco cada vez que pensaba en el futuro, pues el señor Huber era un hombre inteligente y veía más claro que el agua que aquel despilfarro de recursos naturales, aquella fiebre armamentística y aquella autarquía no podían durar eternamente. ¿Qué iba a pasar con las pistolas si al final no había guerra? Y si la había, ¿cómo iban a ganarla si «el enemigo» ya empezaba a ser, al parecer, más fuerte que ellos? Además, el señor Huber sabía que «nuestras armas» estaban empezando a deteriorarse por culpa de las condiciones en que se producían. La materia prima no era buena, la mano de obra no era buena (¿cómo pretendían que estanqueros y tenderos se convirtieran en obreros cualificados de un día para otro?) y la velocidad de producción comenzaba a pasar factura. Observando su propia fábrica, el señor Huber veía claramente el daño que se estaba causando.

Mantenía a menudo largas conversaciones con su joven secretaria, con quien discutían con todo detalle los problemas que ponían tal peso sobre sus

espaldas.

—No vamos por el buen camino, Annie —le dijo en una de esas conversaciones—. Nuestro material falla a todos los niveles. Mira, fíjate en los resultados de las dos grandes carreras automovilísticas de este año. Analízalos objetivamente, no a la luz de nuestra propaganda que, cómo no, solo muestra lo mejor de la situación. ¿Sabes qué sucedió en realidad? De los siete coches alemanes que tomaron la salida, solo tres lograron llegar a la meta. ¿Sabes qué significa eso? Tres de siete, un cincuenta y siete por ciento de nuestros coches no terminaron por culpa de problemas técnicos. ¿Y los coches franceses? Empezaron tres y terminaron tres; un rendimiento del cien por cien. Eso fue en el gran premio de Francia. Al poco se celebró la carrera en Núremberg, el gran premio de Alemania. ¿Cuál fue el resultado? Nueve coches alemanes tomaron la salida, pero solo dos cruzaron la meta. ¡Dos de nueve! Un setenta y ocho por ciento de los coches se atascaron, se quedaron en la cuneta o se averiaron completamente. En cambio los franceses, que empezaron con tres coches, igual que en la carrera de Reims, llegaron con tres coches: ¡cien por cien!

Annie, que solo había leído los periódicos en los que habíamos («nosotros») vuelto a barrer todo lo que se nos ponía por delante, replicó:

—Usted siempre ve las cosas peor de lo que son, señor Huber. Los dos coches alemanes que llegaron, lo hicieron destacados. ¡Fuimos mucho más rápidos que los franceses!

El señor Huber sonrió.

—Por favor, Annie, deja de llamarme señor Huber —dijo—. ¿Cuántas veces tengo que pedirte que me llames Alfred?

Hizo una pausa y le dedicó una mirada afectuosa. Luego tosió con afectación y prosiguió:

—Esos récords de velocidad no significan nada. ¿Sabes qué dijo la prensa francesa de nuestra «victoria»? «Un desastre para la industria alemana», lo titularon, y hablaron de «los riesgos y fracasos de la producción alemana». Y es la verdad, querida, créeme. «Riesgos y fracasos», esa es la descripción exacta de nuestra lamentable producción.

Annie, evitando dirigirse directamente a su jefe, respondió:

—Pero los automóviles no son lo más importante en una guerra; el factor decisivo son los aviones. ¡Y nuestros aviones son de primera clase!

—¡De acuerdo, escucha! —dijo el señor Huber—. Hace poco un avión de la Swiss Air Lines tuvo un accidente. Pero no era un avión de producción suiza: era alemán, modelo Ju 68, un Junkers, ya me entiendes: nuestro orgullo

y esperanza. Les vendimos a los suizos otra máquina hace un año y nos la devolvieron por su pobre rendimiento. Y aún hubo otro, que vendimos hace dos años: lo quitaron de circulación al cabo de unas semanas. Descubrieron un pequeño defecto tras otro, hasta que al final surgió un fallo grave y decidieron retirar el avión. Annie, ¿cuántos aviones crees que les hemos vendido a los suizos? Tres. Ni más ni menos. ¿Y cuántos han sido un fracaso absoluto? Tres. Todos ellos, sin excepción. Los periódicos suizos han insistido en la «obvia e innegable relación entre los accidentes y la mala calidad del material, que no satisface las especificaciones técnicas». ¡Es un desastre, un desastre y un desengaño comprobar el estado de los estándares de producción alemanes!

El señor Huber puso la mano sobre el pelo rubio de Annie, que se quedó inmóvil, sentada con el bloc de notas sobre las rodillas, como si esperase a que le dictara algo. El señor Huber comenzó a acariciarle el pelo, pero se detuvo cuando Annie sacudió la cabeza, incómoda.

—Señor Huber —dijo, y el hombre apartó la mano—. Todo eso puede ser una coincidencia, señor Huber... los accidentes, quiero decir. Además, por importantes que sean los aviones en la guerra... que lo son y mucho, desde luego... en realidad las armas en sí mismas son aún más importantes: la artillería, los tanques. Y nadie osaría decir que nuestros tanques no son buenos.

El empresario hizo una mueca.

—¡Pues sí, querida! —exclamó—. ¡También nuestros tanques son horribles! Y desde que la fábrica Skoda es nuestra, incluso los tanques Skoda son malos. Así de rápido van las cosas: en dos años hemos logrado echar a perder algo que tenía prestigio en todo el mundo. Durante los primeros meses de 1938, la fábrica Skoda entregó cuarenta tanques al ejército suizo, que se mostró totalmente satisfecho con ellos. Un material espléndido, unos motores fiables al cien por cien. Por eso Suiza decidió hacer otro pedido el pasado verano. Primero les enviamos un tanque de muestra. Dos oficiales alemanes condujeron el aparato hasta Thun, donde lo iban a probar. En apariencia, era idéntico a los cuarenta tanques que se habían enviado hacía unos meses. Pues bien, para pasar la prueba tenía que cruzar una colina bajo tres líneas de fuego cruzado de la artillería ligera. Nuestros oficiales ocuparon su lugar y dieron la orden de empezar. Sin embargo, los suizos, que ya habían comenzado a desconfiar de nuestro material, solicitaron que se activara el piloto automático y que el tanque avanzara sin tripulación. Tras un largo tira y afloja, nuestros oficiales accedieron a salir del tanque y el juego pudo

comenzar. ¿Y qué crees que sucedió? Al recibir el primer impacto directo, el tanque estalló, saltó por los aires en pedazos. Nuestros oficiales habrían sido hombres muertos si sus prudentes colegas suizos no les hubieran salvado la vida. Uno de los dos oficiales me lo contó personalmente. Es una historia preciosa, ¿no crees? Muy instructiva. ¿Qué me dices?

—¿No quería dictarme algo? —respondió Annie.

Pero Huber estaba disgustado. No solo por los asuntos de Estado de su país, sino también porque aquella chica era tremendamente irresponsable.

—No —le espetó el señor Huber—, no quiero dictar nada, estoy demasiado agitado para trabajar esta mañana. Vayamos de compras, Annie. ¿Qué te parecería si te comprara un vestido nuevo?

Annie echó una ojeada compungida a su andrajoso atuendo y dudó por un instante; era imposible conseguir telas decentes sin gastarse una fortuna.

—No, no puede ser —respondió—. Para empezar, no estaría bien que aceptara regalos suyos. Y además —añadió con una tímida sonrisa—, en el partido se habla contantemente del «consumo irracional de prendas de vestir». Dicen que es absolutamente incompatible con los planes de desarrollo de la economía nacional. ¿No leyó usted el discurso del doctor Ley? Dijo que había que llevar la ropa hasta que estuviera inutilizable y que no se podía descartar solo porque pasara de moda. Aseguró que si una mujer estaba encantadora todo un año con un mismo vestido de primavera, podía estarlo igual al año siguiente, y al otro, y al otro *también* —dijo con una mirada maliciosa.

El señor Huber no estaba de humor y quería comprarle un vestido a Annie por mucho que dijera el doctor Ley.

—Todo eso es muy bonito y muy razonable —respondió solemnemente—, pero no me dirás que te da miedo ponerte ropa nueva solo porque nuestros amos y señores te hayan dicho «picarona, picarona», ¿verdad? Además, si se trata tan solo de un asunto económico, sin implicaciones políticas, no puede ser una ofensa tan grave.

—Pero es que sí tiene implicaciones políticas —respondió Annie, que había vuelto a ponerse seria—. Yo no sé mucho de política, pero sé que lo dijo en sentido político. Y no lo dijo en un tono de «picarona, picarona»; el doctor Ley hablaba con total seriedad. ¡Imagínese que acabó hablando de las democracias! Dijo que su ideal de belleza femenina no tenía nada que ver con la camaradería y la maternidad. Que el ideal de las democracias son... ¡las prostitutas! Eso es bastante político, ¿no cree? Terminó diciendo que esa evolución del gusto alemán era «una de las obras maestras de la infección

judía» que aún azota nuestra patria. Si eso no es político, señor Huber, no sé qué lo es.

El señor Huber se acercó a ella.

—¡Tonterías! —exclamó—. Todo eso es propaganda. No va dirigido al individuo, sino a la comunidad en general. Además, francamente, ese comentario sobre la «infección judía» es una estupidez absoluta. Y te lo dice alguien que no puede ver a los judíos.

Annie se puso colorada y le empezó a temblar el labio inferior.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el señor Huber—. ¿Y ahora qué sucede?

Annie no respondió y trató de controlarse.

—Escucha —dijo el señor Huber, algo más calmado—. Nuestra economía de guerra y nuestros planes de autosuficiencia económica implican ciertas restricciones, eso es cierto. Pero todo ese rollo sobre la «infección judía» no es cierto... en este caso. Por mucho que quiera, no entiendo por qué una camarada y una madre no pueden ir medianamente bien vestidas sin que se las compare con una prostituta... ¡Annie! —exclamó, y se le acercó tanto que la chica notó su aliento—. ¡Quiero que lleves un vestido hermoso! Y quiero que seas una camarada y una madre... ¡*Mi* camarada y la madre de *mis* hijos, Annie! Tú lo sabes, ¿verdad? Quiero decir... ¿no sientes que...? —Le costaba encontrar las palabras—. Annie —dijo dulcemente, poniéndose colorado—. Annie, ¿quieres casarte conmigo?

La chica soltó un grito.

—¡No! ¡No! —exclamó abruptamente—. ¡Lo sabía! No, no puede ser, querido, no puede ser.

Se apartó de él de un salto y antes de que él pudiera detenerla, se marchó del despacho sollozando. El señor Huber se quedó de piedra, paralizado de ira e impotencia.

—Pero ¿qué...? —jadeó, y finalmente se sentó tras el escritorio, con la vista clavada en la mesa—. Pero ¿qué mosca le ha picado?

Alguien llamó a la puerta, pero el señor Huber no lo oyó. Los golpes sonaron de nuevo y el señor Huber levantó la mirada. Iba a gritar que no quería ver a nadie, pero ya era demasiado tarde. La puerta se abrió y entró un hombre.

—Mi nombre es Schweiger —dijo—, Hannes Schweiger. Tengo una cita, usted me pidió que viniera a verle.

El señor Huber se encogió de hombros, con gesto cansino.

—No fui yo quien concertó la cita —aclaró—, sino mi secretaria. ¡Annie! —gritó de pronto, olvidándose por completo de la presencia del señor Schweiger—. ¡Annie! ¡Vuelve aquí!

Hannes Schweiger tragó saliva.

—Tengo que hablar con usted un momento —dijo con la voz entrecortada—. Por favor. Usted es uno de nuestros clientes más antiguos...

El señor Huber estaba al corriente de la visita y como Annie no regresaba, decidió zanjar personalmente el asunto con el señor Schweiger de una vez por todas.

—Ya lo sé —dijo—, le han cerrado la tienda. Pero ¿qué quiere que haga yo? No tengo ninguna influencia en ese departamento del gobierno. Además, no tengo ni idea de cuál es su línea de negocio.

—Señor Huber, yo soy un economista y un contable con experiencia —suplicó Hannes Schweiger—. Tengo mujer y tres hijos... No sé qué será de mí...

El señor Huber contempló largo rato aquellas facciones delicadas, aquel rostro moreno que se debatía entre el temor y la esperanza.

—Amigo mío —dijo—, sé a qué ha venido. Pero ni con la mejor de las voluntades puedo hacer algo por usted. Imagino que desea que le dé trabajo, pongamos que como contable, asesor financiero o algo así.

Schweiger asintió.

—Pero ¿no se da cuenta de que tengo más contables de los que puedo emplear —siguió diciendo el señor Huber— y que no oso despedir a ninguno? ¿No sabe acaso que mi único asesor financiero es el Estado y que me metería en un buen lío si prestara atención a los consejos que usted me daría? ¿No ve que todo lo que ha aprendido es irrelevante hoy en día? Señor mío —añadió el señor Hubert, torciendo una sonrisa—, todo lo que aprendimos cuando éramos jóvenes e inocentes anda patas arriba, ya no tiene ningún sentido.

Hannes Schweiger, que parecía haber perdido varios centímetros de golpe, murmuró:

—Lo siento, tenía que intentarlo. Verá usted, me habría gustado quedarme aquí en la ciudad, ejerciendo mi profesión.

—Hay otras profesiones que no están mal —respondió en un susurro el señor Huber— y muchas ciudades donde uno puede vivir.

Pero Schweiger estaba como paralizado.

—Tenía que intentarlo —repitió. Y entonces, haciendo un gran esfuerzo, se marchó.

El señor Huber cruzó el despacho precipitadamente en dirección a la sala contigua, donde había varias chicas escribiendo a máquina. La cruzó también y entró en la recepción. Encontró a Annie acurrucada en un rincón, llorando.

—Annie —la llamó con voz temblorosa y ronca—. Pero... ¿qué sucede?

Casi arrastrándola, indiferente a las miradas de asombro del resto de muchachas, llevó a Annie de vuelta a su oficina.

—Siéntate —le ordenó el señor Huber—. Y mírame. Annie, te... te quiero.

Pero Annie no paraba de llorar.

—Annie —dijo el señor Huber con dulzura—. Es increíble, no lo entiendo. Dime, ¿qué sucede? Tú sabes que te quiero, que te deseo... Anne, te lo preguntaré por última vez y no lo volveré a repetir: ¿quieres casarte conmigo o no?

Lo dijo con tal dureza que la pregunta sonó más bien como una amenaza. Annie finalmente apartó las manos de su rostro lloroso.

—No puede ser —dijo, tratando de que no le temblara la voz—. Por favor, se lo pido, déjeme sola. No puede ser, ya se lo he dicho.

—Pero ¿por qué no?... ¿Es... por mí?

Pero la muchacha sacudió la cabeza.

—Entonces ¿por qué no? —preguntó el señor Huber, subiendo la voz—. Vamos, Annie, dímelo. ¡Tengo que saberlo! ¡Tengo derecho a saberlo! ¡Quiero saberlo!

El señor Huber estaba casi fuera de sí. Amaba a aquella chica y ella había dado muestras de que, cuando menos, él le gustaba. ¿Era por otro hombre? No, eso era imposible, estaba seguro; conocía a Annie desde hacía años y ni una sola vez la había visto con otro hombre. Entonces ¿había perdido el juicio? Él la amaba y podía darle tanto...

Tras su arrebató se produjo un instante de silencio. Entonces, como si estuviera pronunciando su propia sentencia de muerte, Annie dijo:

—Soy medio judía.

Herr Huber retrocedió involuntariamente.

—¡Oh, Dios mío!

Y a continuación se lo contó todo: el padre de Annie era un ario puro, un oficial que se había retirado y jubilado antes de las leyes de Núremberg^[1] y antes de que se conociera su vergonzoso matrimonio judío. Gracias a ello, Annie había podido mantener aquella desgracia inconfesable en secreto. Pero en cada ocasión que a aquella muchacha hermosa y capaz se le abría una

nueva oportunidad, temblaba solo de pensar que alguien pudiera revisar sus archivos.

El señor Huber, que se había quedado sin aliento del susto, se acordó de cuando había querido nombrar a Annie directora de oficinas y ella había rechazado la propuesta.

—Eres demasiado buena para trabajar como mecanógrafa —le había dicho—. Te voy a promover, vas a hacer carrera.

También entonces Annie se había echado a llorar y había dicho:

—No, no, no puedo.

En aquel momento había interpretado que prefería quedarse como taquígrafa y estar cerca de él que emprender una «carrera» que la habría apartado de él. Lo había tomado como una prueba de su amor y lo había recordado largo tiempo. ¡Y ahora le contaba aquello! ¡La imposibilidad definitiva, el desastre irreparable!

—No se lo cuentes a nadie, Alfred —le dijo y por primera vez, ahora que todo había terminado y que el matrimonio había quedado descartado, le habló de tú—. Quiero seguir trabajando aquí hasta que pueda. No será demasiado; antes o después saldrá a la luz y entonces no sé lo que voy a hacer. Pero una cosa es segura: no puedo vivir del modo que se obliga a los judíos.

Herr Huber asintió con un gesto tranquilizador. Incluso en aquel momento estaba tentado de tomarla en sus brazos y decirle que no le importaba la raza de su madre. Pero el señor Huber era el amo de una fábrica y era muy consciente de sus responsabilidades. De ninguna forma podía dejarlo todo por una chica que lo había estado engañando durante tantos años. Le pasó la mano por el pelo, carraspeó y dijo:

—De acuerdo, no diré nada; pero tendrías que habérmelo contado antes.

Deprimido y abatido, el señor Huber entró en el pequeño restaurante de la Glockenstrasse donde iba a comer siempre. La comida era regular, eso ya lo sabía; sin embargo, el propietario tenía una receta propia que bien valía la visita: de algún modo, había logrado producir una especie de nata montada artificial. Naturalmente, tanto para él como para cualquier otra persona, era imposible conseguir nata de verdad en la ciudad; estaba prohibida en Alemania y no se encontraba en ninguna parte, pero el dueño de aquel restaurante había logrado producir (el señor Huber no sabía cómo, ni era su problema) nata artificial, y el empresario acudía allí a diario.

Ni siquiera aquel día, después de todo lo sucedido, fue capaz de reprimir la emoción que sentía cada vez que pensaba que iba a comer nata montada. «No creo que tengan ternera asada —se dijo—, pero por lo menos siempre

hay nata montada». Entonces, de repente, pensó en Annie y en las peligrosas complicaciones que podían derivarse de aquella situación, pero no estaba dispuesto a dejar que aquello le arruinara el apetito. Además, ahora que reflexionaba sobre el asunto con el estómago vacío se dio cuenta de que había cometido un error garrafal. ¿Qué demonios le había dado para arremeter de aquella forma contra la muchacha? Además, ¿debería haberse dado cuenta de que tenía el pelo demasiado rizado para ser una aria!

Al entrar en el restaurante, se le acercó la camarera con expresión llorosa.

—¡Se lo han llevado! —exclamó—. ¡Han arrestado al señor Schindhuber! Los otros fondistas lo han denunciado, tenían envidia de que supiera preparar ese tipo de nata. Ahora deberá presentarse ante el juez y explicarlo todo, pero hasta entonces debe permanecer en la cárcel a pesar de su inocencia.

El señor Huber sacudió la cabeza.

—Mal asunto —dijo—. ¿De veras es inocente? La nata sabía de lo más auténtica...

—Pues claro que es inocente —respondió la camarera—. La conseguía mezclando margarina, clara de huevo de pato, aceite de hígado de bacalao, azúcar y unas gotitas de...

—¡Puaj! —se estremeció el señor Huber—. Me pongo malo solo de pensar la de veces que tomé «nata» en este restaurante.

Se sentó y leyó malhumorado la carta.

—¿Cómo? ¿De nuevo no tienen carne de ternera? —preguntó.

La camarera le dio la respuesta de manual: en los últimos años se había comido demasiada carne; sin embargo, con el «relanzamiento económico» la economía nacional experimentaría una gran mejoría y habría carne en cantidad para todos.

—Pues qué bien —respondió el señor Huber—. En ese caso, tráigame el plato del día y el *Frankfurter Zeitung*.

Mientras engullía el *soufflé* de pasta negruzco acompañado de cuatro trozos escuálidos de carne de carnero, leyó su periódico favorito. «De hecho, la libertad de los empresarios se ha visto ya muy reducida en muchos sentidos, desde el suministro de mercancías hasta la compra de materias primas, pasando por la construcción y la ampliación de las instalaciones, la fijación de los precios o la contratación de personal. El peligro es que el incremento de las medidas dirigistas por parte del Estado en todos los ámbitos de la economía sea visto de antemano como un síntoma de burocratización».

—Actuaciones auxiliares, como si se tratara de centros de primer auxilio... muy bien, hombre —murmuró el señor Huber sin levantar la cabeza

del plato—. Fantástico.

Se acordó de que había pasado varios meses esperando la llegada de una materia prima que necesitaba para satisfacer los pedidos que le había realizado el gobierno. La fábrica había estado prácticamente parada durante meses. Y entonces, cuando el material ya estaba a punto de llegar y él no quería otra cosa que ponerse a producir a toda marcha, le habían arrebatado a un tercio de la plantilla por orden oficial. Los trabajadores, operarios metalúrgicos calificados, eran requeridos para otra «industria de interés bélico».

El señor Huber sabía perfectamente de qué «industria de interés bélico» se trataba, la única que era más importante que la suya. Estaban mandando a cientos de miles de operarios a la Línea Sigfrido, donde realizaban sencillas labores de movimiento de terrenos. Aquella nueva disposición se había encontrado con una oleada de oposición. Los trabajadores partían de la estación central, pero las escenas que allí se producían eran bastante desagradables. Las esposas lloraban y chillaban al verse separadas de sus maridos sin saber si regresarían. Los propios trabajadores soltaban maldiciones e improperios como si los estuvieran mandando al exilio. En uno de aquellos viajes, los pasajeros habían tirado del freno de emergencia cuatro veces antes de que el tren abandonara la ciudad. En cuatro ocasiones el tren se había detenido ruidosamente al tiempo que los vagones chocaban entre sí, y se rumoreaba que había habido un accidente. Finalmente, las autoridades decidieron poner remedio al asunto y reabrieron la vieja estación, en desuso desde hacía años, para el transporte de los trabajadores. Al mismo tiempo se publicó un decreto que dictaba que nadie, ni esposas, ni hijos, ni hermanos, podía acudir a despedir a los trabajadores. A partir de aquel momento, las deportaciones tuvieron lugar en secreto y al cobijo de la noche.

Pero las quejas llegaban también del *Arbeitsfront*^[2]. El salario por hora era de entre veinte y setenta pfennigs. Los trabajadores calificados, acostumbrados a cobrar hasta diez marcos por una jornada de ocho horas, se veían ahora obligados a pasarse hasta catorce horas al día dándole al pico y la pala para, además, cobrar mucho menos de lo que les pagaban en las fábricas. Teóricamente, las oficinas de trabajo locales debían abonar las diferencias de salario a las familias de los trabajadores; pero, los pagos no llegaban y las esposas acudían en vano de un funcionario a otro, cada vez de peor humor.

La política gubernamental no solo provocaba nuevos problemas a los fabricantes, sino que también se estaba entrometiendo en el mercado. La oficina del comisario del *Reich* para fijar los precios gozaba de amplios

poderes para determinar los precios «sobre la base de una economía nacional justa». Se había eliminado el último vestigio de los principios económicos liberales, el que dicta que la estructura de los precios vendrá determinada por la oferta y la demanda; el comisario del *Reich* para fijar los precios se había convertido en un dictador de los precios. Poco antes había hecho público el siguiente decreto: «A partir de este momento, los precios se calcularán en función al salario establecido, y donde no esté implantado dicho salario, se regirán por el salario medio, que se basa en la economía nacional regulada... El consejo de confianza determinará los precios máximos. Los gastos en previsión social para los trabajadores solo se podrán traducir a los precios en la medida en que se encuentren entre los parámetros previstos. Las contribuciones sociales voluntarias no se pueden tener en cuenta a tal efecto si son parte habitual de un determinado negocio... Las reducciones de precios contempladas en el presente decreto se aplicarán inmediatamente en todas las fábricas».

El señor Huber soltó un largo suspiro al pensar en esa nueva «intervención» del gobierno y en las consecuencias que acarrearía. «He subido los salarios para conseguir el número necesario de trabajadores —se dijo—, y por eso ahora mis “precios” no se ajustan a los salarios establecidos. Además, mis “contribuciones sociales voluntarias para los trabajadores” superan con diferencia las cantidades prescritas. Y no soy yo el único; en la fábrica Siemens-Schuckert, por ejemplo, las contribuciones sociales ordinarias ascendieron a 11,6 millones de marcos el año pasado. Sin embargo, al mismo tiempo pagaron 14,2 millones de marcos para mejoras sociales voluntarias (que, en realidad, no eran tan “voluntarias”). Los salarios bajos, la escasez de alimentos y las cargas tributarias amenazan y fatigan a los trabajadores. Además, deben asumir los costes de pensión y el seguro médico para aquellas enfermedades que no “acepta” el médico de empresa, que suele negarse a reconocer las enfermedades más serias. Pero ¿cómo vamos a conseguir un incremento constante de la producción con una plantilla mal alimentada y sobreexplotada, que siempre está de mal humor y predispuesta al sabotaje? ¿Y cómo vamos a satisfacerlos, cómo vamos a introducir mejoras sociales si no se nos permite trasladar los costes de esas mejoras a los precios? En realidad, pronto nos quedaremos sin trabajadores si no podemos ofrecer salarios más elevados que las tarifas de vergüenza que establecen las leyes. Y sí, pueden obligar a los trabajadores a acudir a la fábrica aduciendo una situación de emergencia nacional, pero ¿cómo van a obligarles a trabajar?

»¡Todo es una trampa! El gobierno no quiere que alteremos nuestros planes de inversión; las inversiones deben continuar por el bien del programa de rearme y por la crisis que desencadenaría la suspensión de dichas inversiones. Pero, al mismo tiempo, el gobierno pretende provocar una reducción drástica de gastos mediante un método indirecto como el recorte de precios. Quieren controlar una inflación que cada mes que pasa resulta más evidente. Este año hay el doble de dinero en circulación que en 1936 y, al mismo tiempo, la cantidad de productos en el mercado se ha reducido y su calidad ha empeorado. Si eso no es inflación, ¿qué es entonces? Y todo eso sin contar los nuevos cupones de impuestos, que circulan como moneda de curso y representan cientos de millones de marcos.

»Al final, ¿quién se beneficia de nuestra economía de guerra?». Alfred Huber rememoró los tiempos en que los nacionalsocialistas se presentaban como el baluarte de la salvación de los industriales. «¡Pues no somos nosotros, los fabricantes, quienes se benefician! Y, desde luego, el pueblo tampoco: ni los trabajadores, ni los agricultores, ni mucho menos una clase media que estamos intentando destruir. El sistema no beneficia a nadie y hace sufrir a todos, con excepción tal vez de quienes viven en y por el poder, y cuya mayor felicidad consiste en su ejercicio sin control ni restricciones. Este sistema conduce al bolchevismo en su peor forma. Es una vergüenza, una auténtica vergüenza. Pero ¿qué podemos hacer?».

Hacía un buen rato que no pensaba en Annie. Había logrado quitársela de la cabeza durante veinte minutos, pero de pronto volvió a acordarse de ella. Vio sus hermosos ojos gris verdoso, su cabello rubio ceniza y aquellos labios curvados que tanto habían temblado hacía un instante. ¿Cómo? ¿Hacía tan solo un instante?

—Me pregunto si estaré corriendo un riesgo dejando que conserve el trabajo —se dijo—. Por supuesto que estoy corriendo un riesgo ahora que sé que es medio judía. Tendré que despedirla —decidió—. No la denunciaré, pero tendrá que irse. Pobrecilla, me sabe mal... pero hoy en día un hombre tiene que pensar en sí mismo.

Se preguntó si, tras el despido, tendría que vivir como vivían todos los judíos. «No podrá ir al teatro ni al cine, ni la dejarán sentarse en los bancos del parque. ¿O acaso los medio judíos tienen permitido sentarse en los bancos públicos? No lo sé. Sé que no les está permitido a los judíos y la madre de Annie es judía».

Sintió un escalofrío recorriéndole la piel, como un niño al que le cuentan que una de sus tías es una bruja de verdad. De repente el señor Huber se

acordó de Hannes Schweiger, que había visto cómo le cerraban la tienda y al que iban a mandar a quién sabe dónde a hacer un trabajo para el que no estaba preparado. «Y él no es judío —pensó el señor Huber—; tiene tan poco de judío como el señor Schindhuber, el propietario del restaurante al que han arrestado, o como yo mismo. Y se supone que yo vivo bien. Personalmente no tengo nada, absolutamente nada de qué quejarme. Es más, pienso encargarme de que siga siendo así. ¡Sí señor! ¡Voy a tener mucho cuidado, a partir de ahora voy a vigilar mis pasos! Tenlo presente —se dijo Albert Hubert—. No cometas ninguna locura, no te precipites».

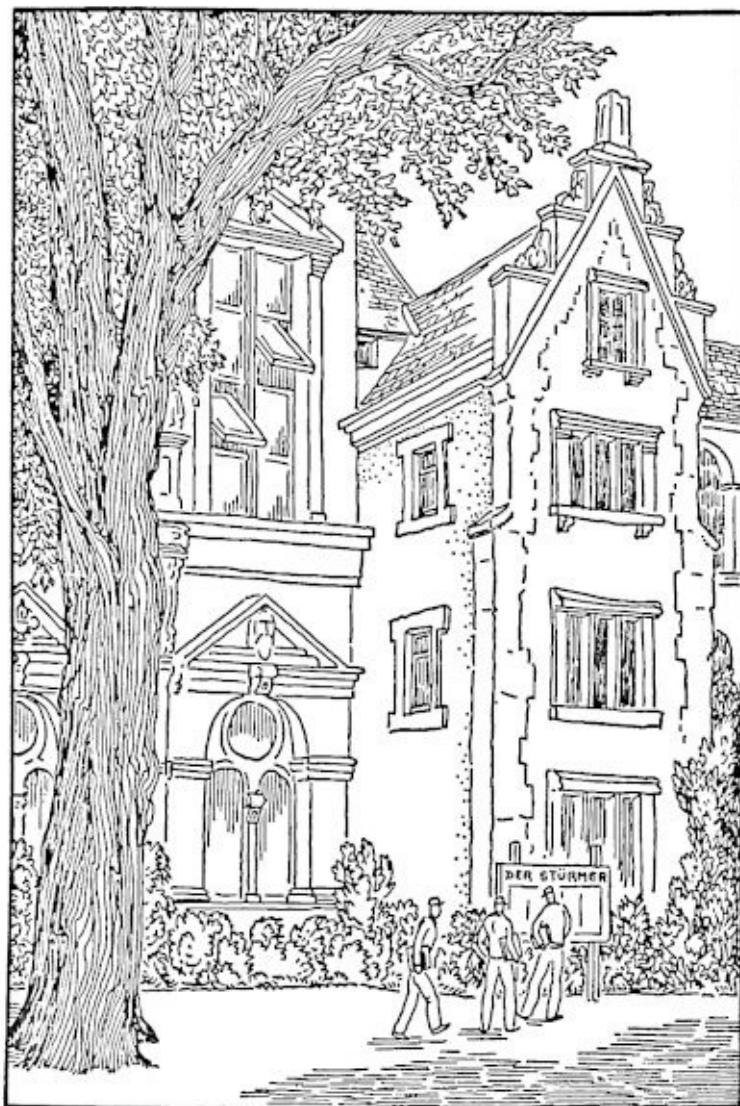
La semana siguiente (eso era seguro) viajaría a Holanda, donde conseguiría unos pedidos que le costaría trabajo satisfacer. Los retrasos en la entrega provocarían más de una situación desagradable y entonces, cuando finalmente hubiera despachado los pedidos, comenzarían los verdaderos problemas y vejaciones por culpa de la mala calidad de los materiales.

«Sea como sea, voy a comer nata montada, montones de nata montada —se prometió el fabricante, y se relamió los labios—. Y me encargaré de que mis colegas holandeses se enteren lo mínimo posible de las dificultades en las que nos vemos obligados a desempeñar nuestro trabajo. En primer lugar, porque si supieran demasiado, dejarían de realizar pedidos y, en segundo lugar, porque no soy imbécil; la cárcel no me atrae, y menos aún el campo de concentración. Y allí es donde terminaré si hablo más de la cuenta en el extranjero».

Ese es el panorama que se dibuja en la mente del fabricante Huber: un panorama triste y sumamente confuso en el que las ideas decentes se alternan con reflexiones «prudentes» y «de sentido común»; el miedo y la amargura se combinaban con la lealtad y un «patriotismo» que solo conocía una divisa: «¡Sigan el juego!».

El señor Huber, el fabricante, era el ciudadano típico de nuestra ciudad. Los otros también se sentían como él, desdichados y confundidos, «víctimas de las circunstancias». Es el destino, pensaban, nuestro destino, el destino de Alemania. Y solo en raros momentos de lucidez se formulaban la pregunta de cuya respuesta dependía todo. ¿Por qué? —se preguntaban en esos momentos—, ¿por qué seguimos con obediencia ciega un destino llamado Adolf Hitler? ¿Por qué obedecemos?

Pero como no obtenían respuesta, continuaban (de momento) obedeciendo.



IV

«La justicia es aquello que sirve a nuestros propósitos»

Por lo general, nuestra universidad estaba atestada de jóvenes audaces con libros bajo el brazo, estudiantes entusiastas que opinaban y debatían, ocupados indudablemente en la eterna búsqueda humana de la verdad.

En la universidad de nuestra ciudad, el profesor Habermann ocupaba la cátedra de derecho penal. Habermann, la viva imagen del prototipo «germánico», gordo, rubio, con varias cicatrices de duelo en el rostro y un cogote corto y ancho afeitado, rosado y reluciente como un jamón cocido, tenía cuarenta y ocho años cuando Hitler llegó al poder. Hasta aquel momento no había pasado del rango de profesor asistente en universidades de segunda categoría, una circunstancia debida no tanto a una falta de conocimientos y capacidades como a una actitud general de indiferencia hacia su propia carrera. El doctor Habermann, nacionalista alemán hasta el tuétano, había sentido aversión por la república alemana. Eso lo había llevado a esconderse en ciudades pequeñas y ocupar el tiempo libre con sus libros o reuniéndose con los amigos para tomar una copa de vino y criticar al régimen en lugar de buscar fama en la ciudad, para así no tener que complacer a los líderes de la Alemania republicana.

Entonces, a principios de 1935, Habermann había obtenido una cátedra en nuestra universidad. Un colega medio judío del ramo había sido despedido para dejarle lugar a él y Habermann estaba satisfecho con aquella medida. También los estudiantes tuvieron que reconocer que, visto con perspectiva, su nombramiento no había resultado tan malo como pudiera parecer.

La universidad estaba situada más allá del laberinto de callejuelas que rodeaban la plaza del mercado. Las fuentes del campus se oían desde todas las aulas que daban al patio, incluso con las ventanas cerradas. Era un sonido soporífero pero, aun sin él, la interminable repetición de los principios básicos e invariables de la «filosofía vital» nazi bastaba para provocar la somnolencia de un gran número de estudiantes. El profesor Habermann era uno de los pocos profesores que, en cada lección, se guardaba una o dos sorpresas en la manga para que los estudiantes consideraran que valía la pena mantenerse despiertos y prestar atención.

—Caballeros —dijo—, les presento el siguiente caso.

Entonces describía un asesinato que se habría producido bajo tales y cuales circunstancias. Los hechos eran tales y cuales y, en consecuencia, los sospechosos del crimen eran tales y cuales personas. Ninguna de ellas había sido sorprendida *in flagrante delicto*. Las pruebas eran todas circunstanciales, pero las pruebas circunstanciales no constituyen prueba más allá de la duda razonable.

—El fiscal solicita la pena de muerte para el sospechoso acusado del crimen, un tal Lissauer. Lissauer es judío y vive cerca del lugar donde se ha cometido el crimen. El acusado es incapaz de alegar una coartada convincente. Caballeros, ¿defenderían ustedes bajo juramento la acusación de asesinato y la condena a pena de muerte?

Los estudiantes lo meditaron a fondo. Habermann había levantado la voz e incluso los que dormían por el sonido de las fuentes se habían despertado. Sin embargo, no tenían que responder, aquello era una clase, no un seminario; era el propio Habermann quien debía dar una respuesta.

—¡Caballeros! —exclamó, y dos chispas furiosas brillaron en aquellos ojos pardos que juntaba hasta adquirir un aspecto más parecido al de un calmuco que al de un graduado germánico de un cuerpo estudiantil de duelistas—. ¡Caballeros! En un caso de esta índole, y quiero que tomen nota de que los casos de esta índole son de lo más frecuentes en nuestra práctica legal, es una idiotez, ¿comprenden?, una absoluta idiotez, innecesario y, por lo tanto, ilegal, exigir más que pruebas circunstanciales. Porque, ¿qué es lo que tenemos entre manos en este caso?

Llegados a este punto, el profesor fijó la mirada en un estudiante de la primera fila que, con la cabeza inclinada, estaba haciendo dibujos en la libreta.

—Tenemos entre manos nada más y nada menos que el llamado «saludable instinto popular». Y a eso, nada más que a eso, apela el fiscal. Así

las cosas, ¿no resulta obvia la solución del caso? Se ha cometido un crimen y hay que encontrar a alguien que lo haya cometido: la ley debe aplicar un castigo. Un judío que parece estar involucrado es incapaz de demostrar su inocencia. La vieja máxima romana según la cual, en caso de duda, se fallará a favor del reo ha perdido su validez. La nueva ley alemana no tiene piedad a la hora de defender la integridad nacional. Caballeros, forman ustedes parte de un sistema legal soberbio, fundamentado en la filosofía vital correcta e instilado con la fuerza emocional y la trascendencia del concepto nacionalsocialista de justicia. Les resultará muy sencillo, o *debería* resultarles muy sencillo defender el veredicto de culpabilidad. Su sentencia, caballeros, debe lograr que todos los miembros del jurado sientan vergüenza ante la mera idea de declarar inocente a Lissauer. ¡Los miembros del jurado, todos, deben considerar peligroso, para ellos y para sus familias, retirar los cargos contra Lissauer!

El joven de la primera fila dejó el lápiz encima del pupitre con un ruido seco. El doctor Habermann le dirigió una mirada y vio cómo reprimía una sonrisa de aprobación. Entonces el estudiante echó la cabeza hacia atrás y soltó una breve pero sonora carcajada. La clase entera se puso a patear el suelo; esa era la forma tradicional en que los estudiantes expresaban su aprobación y aplauso. Estaba bastante claro: Habermann acababa de hablar en contra de los nazis y la clase estaba con él.

—Caballeros —continuó el profesor Habermann—, es necesario que se deshagan de todos los prejuicios e ideas frívolas relacionadas con la «justicia objetiva». Hace poco nuestro ministro de Justicia, el doctor Frank, nos ofreció una reveladora formulación de la nueva realidad: «El espíritu que debe dominar nuestros tribunales e irradiar desde ellos —dijo— es el del fanático deseo de supervivencia y autoafirmación de nuestra nación». Algunos de ustedes pueden haber sentido la tentación de poner objeciones y preguntar: «Pero ¿cómo puede uno esperar que la nación sepa exactamente qué servirá a su deseo de supervivencia?». Eso, caballeros, sería una pregunta completamente estúpida y tengo la satisfacción de poder decir que el ministro de Justicia me ha ahorrado el problema de tener que responderla. «Es el partido nacionalsocialista —declaró— quien determinará lo que conviene al pueblo alemán. En el ámbito de la ley y la justicia, como en todos los demás, la decisión y las opiniones del partido nacionalsocialista son la fuente del auténtico sistema germánico de conceptos jurídicos. Así pues, será necesario considerar los fundamentos de nuestro sistema legal a la luz de nuestra filosofía universal: ¡debemos reprimir la objetivación excesiva!

»Ya lo ven, caballeros —exclamó Habermann, mirando a su amigo, el joven de la primera fila—, ya ven hasta qué punto eran justificadas mis advertencias sobre una concepción caduca y poco alemana de la “justicia natural”; entre una “objetivación excesiva” y “nuestra filosofía universal” no hay elección posible, porque todo el mundo aquí sabe que lo que manda es nuestra “filosofía universal”, independientemente de las reivindicaciones de la llamada “justicia objetiva”. —El profesor se interrumpió y dedicó una larga y severa mirada a los rostros que tenía frente a él, como si tratara de leer los pensamientos que ocultaban—. Percibo una nueva incertidumbre en sus ojos, como si quisieran preguntar: “Pero ¿cómo vamos a aceptar que la base de nuestro sistema legal sea una filosofía universal que está sujeta a cambios constantes y cuyos fundamentos varían en función de la necesidad y los acontecimientos políticos? ¿No es acaso cierto que el deseo fanático de supervivencia de la nación exige que esa filosofía universal se adapte a lo que el *Führer* considere ventajoso, útil y *justo* en cada momento dado?”.

»Caballeros, ¡les felicito por la pregunta! —exclamó el profesor Habermann como si los estudiantes la hubieran formulado en realidad—. ¡Se trata de una cuestión cargada de lógica y perspicacia! Sin embargo, también en este caso el Estado se ha adelantado a todas las dificultades posibles y, de nuevo, me ahorro tener que formular una respuesta. En la vida del Estado hay un principio inmutable al que deberán adaptarse los demás principios, y ese es el principio de poder. Me remito una vez más al discurso de nuestro ministro de Justicia: “La lamentable situación del ideario jurídico en el ámbito de la política mundial queda demostrada por el hecho de que los llamamientos a la justicia internacional resultan vanos a menos que estén respaldados por la determinación y los medios prácticos necesarios para que dicho llamamiento surta efecto”. Así pues, la demanda de justicia es aquella demanda (cualquier demanda) que va acompañada del poder para cumplirla. Eso, desde luego, hace que el estudio del derecho resulte más complejo de lo que ha sido hasta este momento. Los pedantes y las ratas de biblioteca, que extraen sus conocimientos jurídicos de lo que han escrito los especialistas sin haber estudiado el “saludable instinto popular” no llegarán demasiado lejos en nuestra nueva Alemania.

»Creo conveniente recordarles, caballeros, que mi superior, el ministro de Justicia, actúa con todas sus energías contra las sugerencias de que el estado nazi “puede otorgar a un erudito o un especialista el derecho a limitar los poderes del *Führer* o del partido nazi en el ámbito legal”. Nada, de hecho, puede definirse de tal modo que constituya una opinión fija, pues los

conceptos y emociones que alimentan nuestro imaginario legal son demasiado cambiantes. Si “la justicia es aquello que es útil al pueblo alemán” y lo que es útil hoy puede no serlo mañana, deberemos concluir que la justicia de hoy puede ser la injusticia de mañana. No solo eso: como una demanda justa es la que va acompañada de la voluntad y los medios para aplicarla, la misma demanda deja de ser justa y, de hecho, queda invalidada en el momento en que el poder para aplicarla deja de existir o pasa a otras manos. ¿Me he expresado con claridad, caballeros? ¿Me han comprendido todos?

La clase pataleó con ganas. El joven de la primera fila pensó: «¡Dios mío! Casi me ha convencido una o dos veces. Ha sonado tan serio cuando ha hablado de “los pedantes y las ratas de biblioteca”... Pero en realidad está atacando el sistema, solo que de una forma nueva. El tipo va al grano, desde luego».

En el rostro de Habermann reapareció fugazmente la mueca que ya le había deformado cuando había logrado «demostrar» la culpabilidad del judío Lissauer. Entonces se volvió hacia un grueso libro que había sobre su escritorio.

—A pesar de la advertencia formulada por el ministro de Justicia —dijo el profesor Habermann—, veo que un hombre que se llama a sí mismo «erudito o especialista» ha osado delimitar o, por lo menos, definir los poderes del partido y del *Führer* en el ámbito legal, y dotarlos de algo así como una forma. Esta contribución, si bien está relacionada con la ley, no forma realmente parte de nuestro currículum hoy. Sin embargo, y a su manera, ofrece tantos apuntes valiosos que he decidido introducirla en mi lección.

«¿Lo ha dicho en serio?», pensó el joven de la primera fila y se estremeció de miedo.

—Estoy hablando de este libro —continuó el profesor Habermann y mostró el tomo a la clase, sosteniéndolo entre sus dedos índice y pulgar como si se tratara de un objeto hediondo—. Se llama *La ley constitucional del gran Reich alemán*, publicada recientemente por la *Hanseatische Verlaganstalt*; su autor es Ernst Rudolph Huber, profesor de derecho en la Universidad de Leipzig. Caballeros, no puedo recomendar esta brillante obra lo suficiente. Se trata de un logro increíble, más aún si tienen en cuenta, y deberían hacerlo, las dificultades con las que el autor se ha encontrado durante su producción. Entre esas dificultades, la mayor con diferencia, especialmente para un jurista, yace en el hecho de que la ley superior, superior a la llamada verdad, es la decisión del *Führer* que, a su vez, viene dictada por el ya mencionado «fanático deseo de supervivencia» de la nación. Para ofrecerles un anticipo de

los placeres y provechos que les deparará su lectura, caballeros, me permitiré un breve resumen de la obra maestra de Ernst Rudolph Huber.

En la clase las opiniones estaban divididas. La mayoría de los estudiantes creían que Habermann admiraba genuinamente aquel libro que había elogiado en términos tan entusiastas. Tendrían que leerlo, seguro que aparecería en el examen, y ya no tenían necesidad de escuchar al profesor ahora que había terminado de bromear. Otros, entre quienes se contaba el alumno de la primera fila, habían estado más atentos y habían comprendido claramente la astuta pero devastadora condena de Habermann de aquel libro que fingía alabar como una obra maestra. «¡Dios mío! —pensó el estudiante de la primera fila—, ¿cómo va a terminar esto?».

Habermann hojeó el libro precipitadamente:

—Las tesis de este sabio profesor —dijo— se pueden resumir de la siguiente forma: 1) La tradición jurídica que Alemania ayudó a fundar durante el siglo XIX ha sido arrojada por la borda, rechazada de plano. Y la «soberanía popular», que un gran alemán, Johannes Althusius, definió en su día como «inalienable», ha saltado por la borda con ella. El Estado, como ya saben, es omnipotente y se ha investido de autoridad para satisfacer sus demandas «totaliter» en todos los ámbitos de la vida. El autor, para quien cualquier «objetivación excesiva» resulta repugnante, afirma 2) que el Estado no es otra cosa que «la personificación de la voluntad popular». «El carácter y las ideas esenciales del pueblo —escribe—, son los datos fundamentales para la existencia política y jurídica del *Reich*... La unidad popular implica la unidad de una filosofía de la vida política con validez única y exclusiva». Encontrarán ese fragmento en la página 158. Así, no existen la «libertad y la conciencia religiosa» como tales, página 405, ni tampoco los «derechos individuales de la libertad frente al poder del Estado», página 361. El derecho a la libertad, nos dice, «no puede reconciliarse con el principio del *Reich* popular».

»¡Y ahora, caballeros, pido su atención! —exclamó el profesor, alzando la voz—. ¿Puedo solicitar la cooperación de aquellos que muestran ya una clara inclinación a caer dormidos? Debo advertirles que a la hora de corregir sus exámenes no voy a tener piedad con quienes no se hayan aprendido de memoria el siguiente pasaje de *La ley constitucional del gran Reich alemán*: “No existe ninguna libertad individual anterior al Estado, ni exterior al Estado que el Estado esté obligado a respetar”. Subrayen esas palabras, caballeros, ustedes son los futuros administradores de la ley en Alemania. El pueblo alemán estará en sus manos y en las de aquellos para quienes ustedes

interpretarán las leyes. El profesor Huber se refiere a esta situación como “el principio de totalidad”, un principio que exige que la “unidad de perspectiva política” se extienda a todas las actividades e iniciativas humanas “como un fenómeno universal, que todo lo abarca y todo lo invade”.

El profesor Habermann hizo una pausa y sus entrecerrados ojos azules recorrieron toda la clase.

—Espero no tener que explicarles —añadió— qué conclusiones deben desprenderse natural e inevitablemente de la obra que estamos tratando, pues ustedes ya conocen esas conclusiones. De hecho, no creo que esas conclusiones escapen a ninguno de sus compañeros estudiantes, independientemente de la facultad a la que pertenezcan, ya sea la de matemáticas o la de política y economía. En palabras del propio autor: «En el pueblo entendido como entidad política, solo puede haber un único portador del poder político efectivo. Y ese es el *Führer*, de quien emanan todo poder y toda autoridad política».

»Sí, sí, caballeros —exclamó el profesor Habermann, uniéndose a la carcajada general—, no han elegido ustedes una profesión sencilla y el Estado hará todo lo que esté en su poder para asegurarse de que son fieles a su elección hasta el final. El secretario del ministerio de Justicia, el doctor Roland Freisler, se ha expresado de forma rotunda sobre este particular: “Más que cualquier otra cosa —afirma—, el jurista debe ser un hombre íntegro”. Caballeros, comparto totalmente su opinión; la expresión utilizada por el doctor Freisler cubre perfectamente mis esperanzas y mis deseos: ¡un hombre íntegro! Naturalmente, podríamos discutir qué constituye “un hombre íntegro”, pero por desgracia no tenemos tiempo de entrar en un análisis más detallado de la idea que el doctor Freisler tiene al respecto.

Los estudiantes echaron un vistazo a sus relojes. Era una clase de dos horas y aún no había pasado ni siquiera una. La falta de tiempo, pues, difícilmente podía explicar la negativa del profesor a estudiar el concepto del «hombre integral» freisleriano.

—Sin embargo —continuó diciendo el profesor Habermann—, cabe señalar que, según el secretario del ministerio de Justicia del *Reich*, «en toda promoción será la actividad efectiva de un hombre, ya sea en la guerra mundial o en la batalla del movimiento nazi, en el servicio militar o en sus capacidades como cabeza de familia, la que dará la medida última de su mérito». A continuación, el doctor Freisler añade: «Las consideraciones políticas nacionales hacen deseable que, cuando las capacidades y los logros de dos hombres sean similares, se opte por el que tenga más hijos».

Caballeros, ya comprenden qué significa eso: «... cuando las capacidades y los logros de dos hombres sean similares...», es decir, si un juez es ligeramente inferior a otro que tiene menos hijos, ¿será el juez inferior el que ascienda obedeciendo a las «consideraciones políticas nacionales»!

»Actualmente, sin embargo, nuestros líderes no lo tienen fácil a la hora de determinar quién es “superior” y quién “inferior”. El doctor Freisler, sin embargo, realiza una valiosa contribución para la resolución del problema al enumerar las cualidades que habrá que tener en cuenta a la hora de evaluar la “actividad efectiva” de un jurista: en primer lugar, su actividad en la guerra mundial; en segundo lugar, su contribución en la batalla del movimiento nazi; en tercer lugar, su actitud en el ejército; y en último y cuarto lugar, sus aptitudes como cabeza de familia. No habrá escapado a su atención que la “actividad efectiva” de un hombre en un tribunal ni siquiera se tiene en consideración.

Habermann tomó el panfleto *Justicia alemana* que estaba citando, y lo agitó en el aire como si fuera una bandera. Las páginas se abrieron y el profesor las sostuvo un instante ante sus ojos antes de proseguir con la lección.

—Después de establecer que la disposición de los alumnos a casarse pronto es uno de los requerimientos básicos de la profesión legal, el doctor Freisler añade la siguiente observación: «La nueva política de la personalidad debe anular gran parte de las formas de pensar tradicionales y anticuadas; deberán sobreponerse a hábitos profundamente arraigados *para poner en peligro la nueva obra*».

Llegados a aquel punto, Habermann subió el tono de voz.

—El énfasis de esa última frase se lo he puesto yo, pero las palabras son del secretario Freisler y ciertamente creo que es mi deber advertirles del riesgo de malinterpretarlas. Todos sabemos, por supuesto, que el secretario quiso decir exactamente lo opuesto de lo que dijo. Pero el idioma alemán no es precisamente sencillo y no todo hombre íntegro posee la habilidad necesaria para dominarlo.

El profesor Habermann se rio como un chiquillo y varios estudiantes soltaron una sonora carcajada. Sin embargo, el joven de la primera fila frunció el ceño con gesto exasperado y sacudió la cabeza sin ser plenamente consciente de que lo hacía. «¡Tenga cuidado! —pensó entonces—. ¡Por el amor de Dios, no se pase! ¡Ahí ha ido un poco demasiado lejos!».

Pero Habermann parecía tener la conciencia muy tranquila. Dejó el panfleto, se sacó del bolsillo un periódico doblado y lo abrió.

—Sí —repitió—, la lengua alemana no es precisamente sencilla y muchos de nuestros estudiantes de derecho parecen haberle declarado la guerra abiertamente. La junta jurídica estatal ha estado siguiendo esa guerra con creciente preocupación y todos haríamos bien en dedicarle algo más de atención. El director de la junta jurídica, el doctor Palandt, realiza la siguiente crónica desde el campo de batalla: «No es infrecuente que la parte crucial de muchas de las tesis presentadas por los estudiantes esté expresada de forma tan ininteligible que ni siquiera un estudio atento logre desentrañar ningún significado plausible. Es bastante evidente que la principal dificultad de los candidatos estriba en producir un documento redactado de forma sencilla y legible. El hecho que utilicen verbos como “afirmar”, “establecer”, “citar”, “objetar”, etc., sin ninguna distinción entre sus significados no dice demasiado en favor de la inteligencia de los estudiantes de derecho; eso es lo mínimo que deberían haber aprendido en los últimos tres años. En la mayoría de los casos, los estudiantes no saben cómo utilizar las pruebas presentadas por sus propios testigos y son manifiestamente incapaces de explicar y justificar una decisión legal. Esa inoperancia a la hora de demostrar o echar por tierra un argumento es sencillamente incomprensible».

Habermann, que había dedicado considerable energía y sentimiento en aquella cita, dejó caer el periódico.

—¡Cuánta verdad! —exclamó—. ¡Cuánta precisión! Sin embargo, también aquí me gustaría adelantarme a un posible malentendido.

Colocó las manos sobre el escritorio, se inclinó hacia delante y escudriñó seriamente el rostro del joven estudiante de la primera fila.

—Es bastante fácil imaginar a un estudiante capaz de distinguir entre los verbos «afirmar», «establecer», «citar» y «objetar» y que, no obstante, sea sencillamente incapaz de establecer la validez de algunas decisiones con las que se ve confrontado. En otras palabras, debemos liberarnos de los conceptos viejos y caducos sobre qué constituye la «validez de una decisión». Caballeros, ha llegado la hora de regresar a la tesis con la que comenzamos esta lección: «La justicia es aquello que sirve a nuestros propósitos».

Si algo no se podía decir de la lección del profesor Habermann, es que le faltara variedad y colorido. Ciertamente, un oyente superficial habría podido acusar al docto profesor de saltar de un tema a otro sin ton ni son, pero de repente había sabido devolver la lección a la tesis inicial. Tal vez ese método y esa mentalidad tan peculiares, esa diversidad y discontinuidad tan suyas explicaran su indiferencia hacia la «carrera» antes de la llegada de Hitler al poder. Y ahora que se le abría una carrera, no parecía estar demasiado

interesado en seguirla. Antes o después su comportamiento llegaría a oídos de las autoridades y, entonces, ni su carácter cien por cien germánico ni su popularidad entre los estudiantes lo salvaría de caer en el abismo al borde del cual seguía jugando a aquel peligroso juego.

La segunda hora de la lección comenzó y Habermann sacó a colación el tema de la delincuencia juvenil. Hablaba despacio pero de forma imponente. Parecía estar disfrutando de lo que decía.

—Deben tener todos muy presente que el desempleo sostenido que sufrió el país durante los espantosos años de la decadencia alemana y la consiguiente desmoralización de la juventud tenía que traducirse necesariamente en un incremento de la delincuencia juvenil. Nosotros, estudiosos del código jurídico, siempre hemos considerado un hecho incuestionable que solo una pequeña minoría de delincuentes, que es aún menor entre los delincuentes juveniles, se inician en la carrera criminal en respuesta a un impulso criminal. En realidad, y como ustedes ya saben, por lo común lo que hace al ladrón es la oportunidad y también la desesperación. Pero, por encima de todo, es el mal ejemplo lo que espolea la delincuencia. Por todo ello, no es de extrañar que durante la extinta república se produjera un importante incremento de la delincuencia juvenil. Sin embargo, y por desgracia, observamos que en la Alemania nacionalsocialista se da un fenómeno extraño y sumamente inquietante. Caballeros, la delincuencia juvenil no solo no ha disminuido, sino que durante los últimos años ha experimentado un aumento de proporciones amenazantes. He aquí una serie de datos comparativos:

CRÍMENES DE CARÁCTER GENERAL

Berlín.....	1934: 948 casos	1936: 1485 casos
Hamburgo.....	1934: 566 casos	1936: 979 casos
Colonia.....	1934: 328 casos	1936: 549 casos

CRÍMENES DE NATURALEZA SEXUAL

Berlín.....	1934: 22 casos	1936: 72 casos
Hamburgo.....	1934: 26 casos	1936: 107 casos
Mannheim.....	1934: 10 casos	1936: 48 casos

CRÍMENES CON VIOLENCIA FÍSICA

Berlín.....	1934: 30 casos	1936: 75 casos
Hamburgo.....	1934: 21 casos	1936: 47 casos
Breslau.....	1934: 1 caso	1936: 47 casos

»Ya lo ven, caballeros: durante los últimos años, el número de condenas a delincuentes juveniles se ha doblado prácticamente en las grandes ciudades.

Sin embargo, resulta especialmente preocupante que la medida de los crímenes con violencia física, los crímenes sexuales y los casos de agresión y lesiones se haya triplicado. De pasada, caballeros, habrán observado que en la ciudad de Breslau los casos se han multiplicado ¡por cuarenta y siete! En relación con este tema tan sumamente interesante, les recomiendo la lectura de un artículo aparecido en *Jung Deutschland* donde encontrarán las cifras que he citado y que, de hecho, han aparecido en numerosas publicaciones legales. Este artículo en particular, sin embargo, apunta que “el desempleo ha dejado de ser en Alemania un factor significativo en la desmoralización de la población joven”.

El profesor Habermann, con el rostro contraído en una mueca de mongol, formuló una serie de preguntas retóricas a la clase:

—¿No habríamos dicho todos que el nuevo orden de nuestra vida nacional, la nueva inspiración moral que emana del *Führer*, sus altos ideales y los medios admirables y rigurosamente alemanes que invoca para lograrlos se habrían traducido en una limpieza del país? Pues la realidad es que, miremos donde miremos, vemos inmundicia, putrefacción y una recaída tan desvergonzada en la criminalidad como ni siquiera la Alemania de la decadencia habría tolerado. ¿Qué explicación podemos ofrecer, caballeros, para este fenómeno de degradación, este cáncer en el cuerpo del pueblo alemán?

El profesor hizo una pausa. El estudiante de la primera fila esperaba que el docente, con su increíble audacia, respondería a aquella pregunta retórica con las frases estereotipadas de la propaganda nazi: «¡La influencia extranjera!», o «¡La vergüenza del Pacto de Versalles!», respuestas que provocarían, desde luego, un irresistible efecto paródico. El joven notó un cosquilleo en la piel. «Va a producirse un escándalo —pensó—. De una forma u otra, esto terminará en escándalo. O bien alguien denunciará al ingenioso Habermann o se montará tal revuelo en la clase, tal arranque de aplausos con los pies, que mandarán al decano; y entonces nos interrogarán y tendremos que contar la verdad. Dios mío, ¿qué sucederá entonces?».

Habermann, con los ojos entrecerrados y fijos en el alumno, permaneció callado. Se hizo un silencio mortal en el aula. Tensos, expectantes, los estudiantes esperaban oír a su profesor estallar en una denuncia apasionada y furiosa del régimen y sus guardianes. En aquellos segundos que duraron una eternidad, cada uno de ellos tomó una decisión. ¿Qué voy a hacer?, se preguntaron todos. Y casi todos pensaron: sería un alivio. Todos sabemos lo que puede decir, lo que debería decir, pero sería un verdadero alivio oírlo de

sus labios y que sus palabras resonaran en este auditorio de nuestra vieja universidad, una reivindicación de nuestra dignidad, comprometida por tantas mentiras serviles.

Pero la tensión se desvaneció con un portazo seco y sonoro. Dos jóvenes con uniforme de las tropas de asalto entraron en el aula.

—¡*Heil* Hitler! —exclamaron, y la clase se puso en pie de mala gana para saludarles. Terminada la ceremonia, los soldados se acercaron a Habermann, que estaba de pie junto a su escritorio.

El profesor escondió la cabeza entre los hombros. Parecía un toro ante una bandera roja. ¿Qué había pasado? ¿Lo habían oído desde detrás de la puerta los guardianes del orden nacionalsocialista? ¿Acaso uno de los estudiantes se había escabullido fuera de la clase y lo había denunciado? En ese caso, ¡que se fuera preparando! Los demás estudiantes le iban a dar una lección que no olvidaría jamás. Uno de los soldados subió a la tarima y se colocó frente a la clase, dándole la espalda a Habermann y ocultándolo. El estudiante de la primera fila se había puesto de pie, su atractivo y enojado semblante miraba de perfil hacia la clase, y observaba de reojo, amenazante, al soldado, que carraspeó y comenzó a hablar.

—Camaradas y amigos —dijo el soldado—, en esta hora decisiva para el destino de nuestra patria...

«¿Cómo? —pensó el estudiante—. ¿Otra hora decisiva para el destino? ¿Vamos a dejar atrás esa hora algún día? ¿Qué quieren ahora los nazis?».

—... en esta hora decisiva me dirijo a vosotros, camaradas del partido, y también a vosotros, quienes servís al *Führer* sin pertenecer aún al partido...

En ese momento, el estudiante de la primera fila volvió a sentarse ruidosamente. El soldado continuó:

—... me dirijo a vosotros —dijo, subiendo el tono de voz— como representante y administrador local del ministerio de Alimentación del *Reich*, y como tal...

El estudiante de la primera fila comenzó a aplaudir; no aplaudió una sola vez, sino que prorrumpió en un aplauso constante, insistente, feroz e inusual para un estudiante, ya que era costumbre entre ellos aplaudir con las manos.

El soldado se detuvo, sobresaltado, y prosiguió con su discurso, tratando de sobreponerse al aplauso.

—Caballeros —chilló—, el deber de cosechar nos llama...

Pero el resto de la clase se fue uniendo al aplauso y ya eran la mitad de alumnos quienes aclamaban al soldado. También el profesor Habermann, que estaba detrás del soldado y al ser de menor estatura, quedaba casi oculto a

ojos de la clase, aplaudía como un loco; levantó las manos y se puso a aplaudir por encima de la cabeza. De hecho, era una especie de director que dirigía a la clase en aquel concierto extraordinario. El estruendo de los aplausos fue aumentando de intensidad y ya no había ni un solo estudiante que no se hubiera unido al clamor. Sus caras (y eso era lo más sorprendente) reflejaban una seriedad mortal; para ser más exactos, se trataba de una expresión de desafío furioso y obstinado. Costara lo que costase, estaban decididos a no dejar que aquel intruso uniformado, aquel oficial del ministerio de Alimentación del *Reich*, les soltara su discurso. ¡No! No iba a hablar ni aunque a la mañana siguiente mandaran a la clase entera a un campo de concentración.

El soldado, indefenso ante aquel acto espontáneo de resistencia organizada, exclamó a voz en grito:

—¡Caballeros, os agradezco esa expresión de apoyo y sé que, durante los próximos meses de vacaciones, ninguno de vosotros dejará de presentarse voluntario al servicio de cosecha!

Pero sus palabras no lograron traspasar aquel muro de aplausos que se elevaba frente a él; la voz del mensajero.

—¡Prusia Oriental! —se desgañitó, como si se tratara de palabras mágicas con las que esperaba disipar el tumulto—. ¡Van a mandaros a la Prusia Oriental, camaradas del partido, en esta hora decisiva para el destino de nuestra patria...!

Estaba rojo como una langosta y las venas hinchadas de la frente amenazaban con estallar. El profesor Habermann, que aún aplaudía con las manos por encima de la cabeza, comenzó a bajar el ritmo de los aplausos y la clase lo siguió. Finalmente, a espaldas del soldado, el profesor director dio la señal para que cesaran los aplausos. Aquel silencio repentino cogió por sorpresa al soldado que, a voz en grito, ya no sabía ni qué decía:

—Nuestra íntima y orgánica relación con el espíritu agrícola de Alemania...

Su voz llenó el auditorio como el aullido de una presa. Se detuvo abruptamente y miró a su alrededor como un hombre que hubiera perdido el sentido. Habermann sacó la cabeza por detrás del uniforme marrón, su rostro estaba contraído en una expresión taimada. Sus ojos pardos sonreían.

El soldado se quedó callado. Le había llegado el turno al estudiante de la primera fila, que se puso en pie y con una inclinación muy digna y casi elegante, dirigida en parte al soldado, en parte al resto de la clase, subió a la tarima.

—En nombre del estudiantado deseo agradecer al representante del ministerio de Alimentación del *Reich* sus iluminadoras observaciones. En realidad, el representante del ministerio de Alimentación del *Reich* no necesita de mis palabras: podrá juzgar por nuestros aplausos nuestro pleno apoyo a su persona y a la del *Führer*. Si, como resultado de nuestra irreprimible expresión de entusiasmo —la clase se rio— se nos han escapado algunas observaciones decisivas, el ministerio de Alimentación del *Reich* puede estar convencido que somos ciegos, sordos y mudos en nuestra devoción a sus órdenes y que ni siquiera nos detenemos a preguntar qué se espera de nosotros en esta hora decisiva para nuestro destino, en aquella o en la de más allá.

Hizo otra reverencia y regresó a su asiento. El soldado de las tropas de asalto, absolutamente incapaz de captar el fondo de aquel ingenioso e irónico discurso, levantó el brazo.

—¡*Heil* Hitler! —exclamó.

—¡*Heil* Hitler! —repitió su compañero en la que fue su única contribución al incidente.

La clase no respondió. El profesor Habermann acompañó a los dos uniformados hasta la puerta y los despidió con una gentil reverencia. Entonces regresó y, como si no hubiera pasado nada, subió a la tarima y prosiguió con la lección.

—Estábamos diciendo —señaló al tiempo que estudiaba la clase con su mirada fría; notó cómo la recorría un estremecimiento apenas perceptible—, estábamos discutiendo, si lo recuerdo bien, las dificultades que pueden plantearle a nuestro nuevo Estado autoritario los actos de sabotaje llevados a cabo no por parte de individuos, sino de grupos organizados.

Una vez más, se hizo un silencio mortal en la clase. El joven de la primera fila miraba fijamente el rostro del profesor, en sus ojos pardos se advertía el brillo fruto de la admiración y el amor. Pero también sus compañeros, los jóvenes sentados a su lado y tras él, en las gradas del anfiteatro, escuchaban con una devoción casi religiosa. Todos ellos sabían perfectamente que su profesor no había «recordado bien»; de hecho, estaba «recordando mal». El tema que habían estado discutiendo anteriormente no tenía nada que ver con los actos organizados de sabotaje. Pero acababan de ser testigos, testigos y participantes en uno de esos actos y había algo magnífico en el hecho de que aquel hombre, que había sido su líder silencioso, tuviera ahora la osadía de definirlo y llamarlo por su nombre, de describirlo en el sobrio lenguaje del auditorio.

—Nosotros, estudiosos de la ley criminal del tercer *Reich* —dijo Habermann—, no conocemos nada tan peligroso para el Estado como la resistencia pasiva de las masas, o incluso la resistencia pasiva de determinados grupos reducidos.

Hizo una pausa, consultó el reloj e hizo sus últimos comentarios en un tono de voz de lo más despreocupado.

—De acuerdo con las instrucciones, me gustaría pedirles a los caballeros que tengan intención de presentarse voluntarios para el servicio de cosecha en la Prusia Oriental que se levanten.

No hubo ni un sonido, ni un movimiento entre el auditorio. El joven de la primera fila, presa de un pánico repentino, miró a su alrededor, pero nadie se movió.

El profesor Habermann, después de recrearse dos o tres segundos en aquel silencio, hizo un breve gesto.

—Les doy las gracias, caballeros —dijo, y en aquella frase convencional resonó, sin lugar a dudas, el volumen inconmensurable de su orgullo, su triunfo y su gratitud. No se oyó nada aparte del somnoliento ruido de la fuente del patio mientras el profesor, con porte erguido, sumamente tenso, abandonaba la clase.



V

En memoria de un héroe

Como sucede incluso en las ciudades bombardeadas, la vida en nuestra ciudad seguía adelante. Jóvenes miembros de las SS, con sus elegantes uniformes, desfilaban con total disciplina. Nadie habría sospechado que se estuvieran produciendo disturbios en alguna parte, si bien un leve olor a quemado flotaba en el aire.

El 10 de noviembre de 1938, la siguiente orden fue enviada a todas las oficinas políticas de nuestra ciudad y al inspector jefe de la región:

POLICÍA CRIMINAL MUNICIPAL
CUARTEL GENERAL DE LA POLICÍA CRIMINAL
SERVICIO DÍA Y NOCHE

10 de noviembre de 1938

Acción sobre la cuestión judía:

El inspector del cuartel general de la policía municipal, doctor Hansmann, telefoneó a las siete y media de la tarde para transmitir el siguiente comunicado:

En respuesta a las preguntas telefónicas formuladas repetidamente por la Policía Criminal al cuartel general de la Policía Secreta, se hace saber la siguiente información por vía telefónica:

Se da la orden para la captura de judíos influyentes y adinerados, varones y con ciudadanía alemana, de edad no excesivamente avanzada y que parezcan gozar de un buen estado de salud.

Asimismo, las oficinas políticas locales deben comunicar, por teléfono y en secreto absoluto, instrucciones estrictas para que las propiedades de los judíos con ciudadanía alemana sean reducidas a escombros. En esos casos, la policía no va a intervenir. La quema de edificios solo se permite allí donde no exista peligro de propagación de las llamas y, por lo tanto, no debe practicarse en zona urbana. El número total de judíos a capturar es de aproximadamente quinientos.

El 10 y 11 de noviembre de 1938, el infierno se desató en nuestra ciudad, igual que en el resto de ciudades del *Reich*. Llamas, ruinas, sangre y lágrimas; pequeños grupos de rufianes que se dedicaron a robar y atizar el látigo; jóvenes que aún no habían cumplido dieciocho años y a quienes se les ordenó que llevaran a cabo una tarea que los redujo a niveles infrahumanos. Mandaron a los soldados más duros en camión para quemar las sinagogas. Llevaron consigo picos y palas y, obedeciendo las órdenes al pie de la letra, se ensañaron con las propiedades de los judíos no extranjeros, que «redujeron a escombros». Mudos e impotentes, los habitantes de nuestra ciudad recorrieron aquel infierno de destrucción. Las débiles voces de las atormentadas víctimas se mezclaban con las imperiosas órdenes que salían de las gargantas de los agentes del gobierno.

Los niños sacaron juguetes y prendas de ropa de entre las ruinas de los escaparates arrasados. En un edificio, debajo de un piano de cola que había sido destruido, podía verse el brillo dorado de una trompeta infantil. Un niño, atraído por el juguete, se arrastró bajo el piano aplastado, apartándolo con todas sus fuerzas mientras intentaba alcanzar la trompeta. Entonces su mano agarró algo blando y frío. En el bolsillo, junto con canicas, anzuelos de pesca, piedras de colores y piñas, tenía una caja de cerillas. El niño prendió una y de repente se encontró frente al rostro demacrado y manchado de sangre de una mujer, sobre el cuerpo de la cual estaba arrodillado. Al oír su penetrante alarido varios transeúntes acudieron a rescatarle. Dos soldados uniformados lo sacaron medio inconsciente de debajo del piano. Uno de los soldados, muy joven, estaba lívido tras la visión de la mujer muerta.

—¡Qué asco! —dijo claramente antes de ponerle al niño el brazo encima de los hombros, en gesto protector.

Pero el otro, el mayor, se rio:

—¡Buen trabajo! —dijo—. ¡Muy buen trabajo, muy limpio!

El soldado joven, tras devolver el niño a una mujer que, al parecer, era su madre, le dijo a su risueño compañero:

—¿Sabes de qué me alegro? De que el extranjero con el que hablamos la otra noche, aquel inglés o lo que fuera, no estuviera aquí para ver esta asquerosidad. Me pareció que aún tenía una buena opinión de nosotros.

Entonces regresó al interior de la tienda, arrastró el cadáver hasta un rincón y lo cubrió con los restos chamuscados de una cortina morada con muchos flecos. Salió tambaleándose de aquel lugar de desolación, avanzó dando tumbos por la calle, torció la esquina, se apoyó en la sombría pared de una casa y vomitó.

En la mañana del 10 de noviembre un gran número de judíos de nuestra ciudad (un número extraordinariamente grande) ya habían abandonado sus hogares. Durante los días que precedieron al diez, muchos judíos habían sido liberados del campo de concentración y gran parte de ellos huyeron a las montañas. Cargadas con mochilas verdes, recuerdo de alegres excursiones, las madres arrastraban a sus pequeños. Entre las rocas cubiertas de nieve, los ancianos buscaban grietas donde refugiarse de la furia desatada contra ellos. Muchos de los fugitivos tenían pasaportes y visados extranjeros. En nuestra ciudad, los soldados enviados por el gobierno se comportaron como un ejército invasor, pero muchos de aquellos cuyos nombres figuraban en la fatal lista negra corrían ya cerca de las fronteras del país vecino.

Las tropas del gobierno estaban furiosas. Habían llegado en camiones, perfectamente equipados para los trabajos de destrucción. Apenas bajarse en las estaciones a las que estaban destinados (vestidos de civil, naturalmente, pues eran «una explosión espontánea de cólera popular») sonaron las alarmas antidisturbios y apareció inmediatamente la policía de la ciudad. La policía impidió el paso a aquella horda salvaje de jóvenes mafiosos, los dispersó por la fuerza y, desafiando abiertamente el acuerdo secreto, protegieron la propiedad de los judíos. Y, lo que aún daba más rabia, muchos de aquellos judíos inhumanos no se encontraban en sus casas. Decepcionados y engañados, los soldados, que habían tenido la esperanza de hacerse con un espléndido botín, descargaron su ira insultando y agrediendo a los transeúntes, muchos de los cuales expresaron su satisfacción de que «los nidos estuvieran vacíos» y que «los pájaros hubieran volado a tiempo».

Solo en los lugares donde los jóvenes matones estaban en manifiesta superioridad numérica se produjeron conflictos sangrientos con brigadas antidisturbios. Donde las brigadas eran superiores, iguales o ligeramente inferiores en número, los «cachorros de Hitler» declinaban prudentemente entrar en batalla; se tragaban la rabia, regresaban a los camiones y recorrían las calles a toda velocidad, con la esperanza de tener más suerte en otra parte. Sin embargo, cada vez que llegaban al siguiente lugar de acción asignado, encontraban ya esperándoles a las brigadas antidisturbios, que los recibían con fulgor de revólveres. Entonces adoptaban una actitud más o menos civilizada y esgrimían órdenes escritas de arresto contra ciudadanos judíos que residían en aquella calle. Los policías asentían con gesto adusto y escoltaban a los soldados, que parecían más bien prisioneros, hasta la vivienda en cuestión. Pero también en esos casos (tal como sucedió en

numerosas ocasiones) tenían que regresar a sus camiones con las manos vacías: las víctimas se habían marchado.

Franz Deiglmeier, supervisor de distrito de la Gestapo en nuestra ciudad, era un hombre de cuarenta años recién cumplidos, miembro del partido nacionalsocialista desde hacía más de quince. Poco después de la llegada de los nazis al poder, el experimentado policía fue transferido a la Gestapo donde, tras destacar por su inteligencia, diligencia y fiabilidad, se ganó un rápido ascenso. En el verano de 1938 había alcanzado ya el rango de supervisor de distrito. Eso significaba que estaba al cargo de la Gestapo de la ciudad y también del campo de concentración cercano. Las «oficinas políticas» del distrito, que incluían las brigadas de asalto locales y las unidades de las SS tenían orden de transmitirle toda la información y someterse a su autoridad.

Deiglmeier tenía esposa y cuatro hijos, dos niños y dos niñas entre los tres y los doce años. Amaba a su familia y amaba su país. También amaba su profesión, que le daba la oportunidad de servir a su patria haciendo lo que mejor sabía y velar por que sus hijos tuvieran la oportunidad de crecer como buenos hombres y mujeres, buenos patriotas y buenos alemanes. Desde que Hitler mandaba en Alemania, Franz Deiglmeier había tenido mucho en qué pensar; siempre tenía la mente ocupada con conflictos de una u otra clase. A su alrededor estaban pasando cosas que le habían provocado una secreta decepción. La obediencia absoluta e incuestionable que debía al Estado entraba en dolorosa contradicción con lo que le debía a su conciencia en tanto que hombre y en tanto que cristiano. En los años transcurridos entre 1919 (cuando con apenas veintidós años había accedido al cuerpo de policía aún bajo la república) y 1933 (año del fin de la república) había servido fielmente al Estado. Había sido fiel pese a sentirse insatisfecho con ese estado, en su opinión le había faltado autoridad, esplendor e incluso fe en sí mismo. Se había unido al movimiento hitleriano porque este había prometido restablecer al Estado parte de su prestigio perdido.

Pero apenas se hubo asentado, el nuevo régimen comenzó a dar abundantes muestras de unas maneras inquietantes. Comenzaron a imponerse la injusticia y un despotismo salvaje y si el viejo Estado había mostrado una inaceptable falta de orgullo y autoestima, el nuevo exigía de sus ciudadanos una adoración y deificación que rayaba en la blasfemia. Franz Deiglmeier no se había preocupado demasiado por el tema de los judíos. En fin, tampoco a él le merecían una opinión demasiado favorable y le parecía una idea sensata reducir su influencia y su número dentro del país. No tenía demasiado claro

cuál era la mejor forma de hacerlo sin incurrir en graves injusticias. «El gobierno ya encontrará la manera», se dijo, pues estaba acostumbrado a confiar en sus superiores en todas las cuestiones políticas.

Franz Deiglmeyer cumplió sus deberes con diligencia, fidelidad y fiabilidad. Intentó suavizar las duras penas que debía infligir en el ejercicio de su labor. Cuando, como oficial de la Gestapo, le ordenaban arrestar a un ciudadano, algún católico, demócrata o judío, hacía cuanto estaba en su mano para que al prisionero el trago le resultara más soportable. Era generoso con los permisos de visita a los familiares del prisionero, permitía que el arrestado se llevara consigo paquetes de comida y ropa y, por encima de todo, actuaba con la consideración y la cortesía que los «prisioneros políticos» recibían en todos los países civilizados. Al hacerlo, no era consciente de estar incurriendo en ningún delito: al contrario, cumplía con su deber y lo hacía del modo que le dictaba la conciencia.

Hasta aquellos días de noviembre de 1938, y a pesar de haber vivido conflictos internos puntuales, nunca había actuado en contradicción explícita con las órdenes del gobierno. Desde luego, era consciente de que muchas cosas que hacía no cuadraban con el espíritu del gobierno, pero siempre había obedecido escrupulosamente las instrucciones al pie de la letra. Las autoridades aprobaban su forma de hacer, lo habían ascendido y le habían concedido cierto poder, pero no se dio cuenta de cuánto poder para hacer el bien y el mal le había sido confiado hasta que leyó las órdenes que daban inicio a la «acción contra los judíos» del 10 de noviembre.

Durante unas horas sumamente difíciles, Franz Deiglmeyer, miembro de la Policía Secreta, luchó consigo mismo hasta que finalmente tomó la determinación de dar efectivamente la contraorden a las instrucciones recibidas. «No puedo hacerlo —se dijo a sí mismo—, es demasiado vil, demasiado horrible; no me atrevo a asumir esa responsabilidad. Ni quiero ni pienso hacerlo».

No habló con nadie, ni siquiera su mujer, cuya vida estaba íntimamente unida a la suya, supo del plan desesperado que estaba decidido a llevar a cabo en solitario. «Por el bien de mi país —pensó—, sí, especialmente por el bien de Alemania, debo intentar evitar esta abominación y salvar lo que pueda salvarse. Si por lo menos en nuestra ciudad y en nuestro distrito no se produjera una orgía de asesinatos y saqueos en nombre del Estado... Sí, sí —se dijo, incapaz de poner freno a sus pensamientos—, lo que estoy planeando es “alta traición” es “espionaje en favor de los enemigos de Alemania”; lo estaré poniendo todo en peligro. Si llevo a cabo lo que planeo,

me estaré jugando la vida y el honor...». Le temblaron los dientes al pensar en su mujer, en el amor que esta le profesaba, en sus hijos y en lo orgullosos que estaban de él. «La vida y el honor —se repitió—. ¿Mi honor también?». Y entonces comprendió que, en realidad, era su honor lo que estaba salvando, limpiándolo de todo aquello que lo pudiera haber mancillado durante los últimos años. Lo que estaba a punto de hacer, lo haría por su honor y acabó de convencerse al pensar que sus seres más próximos y queridos le amarían por ello si lo sabían, aunque terminaran descubriéndole y tuviera que pagar por «alta traición» con su vida. Su esposa y sus hijos conocían la diferencia entre el bien y el mal, y lo que se proponía llevar a cabo era bueno aunque las consecuencias para él y los suyos pudieran ser efectivamente muy malas.

Franz Deiglmeyer, supervisor de distrito de la Gestapo, se calzó las botas de civil, se caló el sombrero y se acercó con disimulo a la cabina telefónica de la plaza del mercado. Sacó la lista con los nombres y direcciones de los ciudadanos judíos que, tal como le había informado el comandante local de las tropas de asalto, iban a ser arrestados el día siguiente y cuyas propiedades iban a ser «reducidas a escombros». Los llamó uno a uno y les dio siempre su nombre, sabiendo que eso los atemorizaría, pero que también haría que sus palabras resultaran más convincentes. Puso a los afectados sobre aviso y les dio instrucciones.

—¿Tiene pasaporte? —preguntó—. ¿No? Acuda esta tarde a las oficinas de la Gestapo, despacho número seis; yo le daré uno.

Tenía que llamar a mucha gente y cambió de cabina una docena de veces para no llamar la atención. Al mediodía regresó a su oficina, expidió numerosos pasaportes y dio orden de poner en libertad a los prisioneros judíos del campo de concentración.

—Quieren matarlos —se dijo—. Quieren matar a todos los judíos y dejar sitio para nuevos prisioneros, pero yo pienso liberarlos; que salgan, que se marchen donde quieran. Un traidor los ha liberado y ese mismo traidor va a hacer más cosas: tratará de salvar sus propiedades para que puedan reclamarlas más tarde, cuando...

Pero no quería pensar más allá. «¿De verdad tendré que pagar por esto con mi vida? Estoy salvando la vida de seres humanos, seres humanos que no han hecho nada, que no han cometido ningún crimen, ningún pecado. ¿Tendré que morir por ello?».

Aquella mañana, cuando llamó a casa del doctor Wolf nadie había respondido al teléfono. «Tengo que avisarlo como sea —pensó el supervisor de distrito—. Hay que avisarlo, está en la lista».

El doctor Wolf abrió la puerta personalmente (claro, recordó Franz Deiglmeier: es un judío, no puede tener sirvienta) y se asustó cuando vio al temido oficial de la Gestapo, al que reconoció a pesar de que iba vestido de civil.

—Abandone la ciudad —fue lo primero que dijo el supervisor de distrito—. Hoy mismo. Aquí tiene su pasaporte, sellado. Márchese ahora mismo.

Todo el mundo conocía al doctor Wolf por la devoción que sentía hacia su ciudad natal. Sin duda podría haber encontrado la forma de emigrar hacía mucho tiempo si lo hubiera deseado y ahora sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué debo marcharme? Soy inocente de todo crimen y, de acuerdo con la ley, no pueden hacerle nada a un judío inocente.

Fue una escena extraordinaria: un judío mostrando su fe inquebrantable en la honestidad del estado nacionalsocialista mientras el superintendente de la Gestapo intentaba convencerle de la necesidad de la desconfianza absoluta y la huida inmediata.

—Se lo suplico —dijo el oficial, retorciendo nerviosamente el sombrero—, se lo suplico desde el fondo de mi corazón: sálvese.

—Me quedaré donde estoy —respondió el judío—. Y ahora, me tomo la libertad de suplicarle a usted que se marche. Reconozco sus buenas intenciones y le doy las gracias por ello, aunque me parezcan extrañas.

—Aquí tiene su pasaporte —dijo el oficial de la Gestapo y se volvió hacia la puerta—, por si cambia de opinión y desea marcharse...

Y con eso se fue. El doctor se quedó plantado en medio de la sala, sacudiendo la cabeza.

Para el supervisor de distrito Deiglmeier, el día pasó como una sucesión de sueños. En un momento parecía como si un poderoso viento lo empujara y sus acciones se volvieran más ligeras y veloces y, al siguiente, se sentía como si llevara pesos en todas las extremidades y le costara un esfuerzo sobrehumano incluso responder al teléfono.

—Oficina del supervisor de distrito de la Gestapo —dijo con voz tensa—. Haga el favor de mandar inmediatamente dos brigadas antidisturbios al número 14 de la Marktstrasse. Para evitar un saqueo. Diga a los hombres que utilicen las armas si es necesario. Sí, sí, está hablando con el supervisor de distrito Deiglmeier. Devuelva la llamada en cinco minutos para confirmar la orden.

El 10 de noviembre pasó y llegó el 11, pero no se produjo nada de naturaleza decisiva. El daño causado por la «acción» en nuestra ciudad no fue nada en comparación con lo que «ellos» habían planeado. Ciertamente era que la sinagoga ya no se mantenía en pie y que algunas tiendas y fábricas que figuraban en la lista negra estaban en ruinas. Las brigadas antidisturbios no siempre habían logrado llegar a tiempo, no se había podido evitar todo. «Pero la gente —pensó el jefe de la Gestapo—, la gente se ha salvado». Aunque no todos se habían salvado.

El doctor Wolf, por ejemplo, había sido arrestado. Con la cabeza desnuda, sin abrigo y totalmente desconcertado, lo arrastraron por las calles de nuestra ciudad hasta la cantera. El frío era intenso aquellos días y los prisioneros que tenían la desgracia de tener que trabajar en la cantera de día y dormir allí por la noche, no tenían dónde resguardarse. Los vigilantes, ataviados con sus gruesos capotes y con botellas de *whisky* asomando en los bolsillos, se aseguraban de que ningún prisionero recibiera ropa de abrigo ni se acercara al fuego que estaba reservado exclusivamente para su comodidad. Durante la primera noche al doctor Wolf se le congelaron ambas manos y casi perdió la cabeza de dolor y desesperación. En las noches que siguieron se le congelaron los brazos y las orejas, pero los vigilantes lo obligaron una y otra vez a seguir trabajando. Finalmente, cuando el hombre estaba ya paralizado, lo agarraron, lo colocaron contra el muro de la cantera y le escupieron en la cara. El doctor Wolf cayó al suelo, desvanecido, y se quedó inmóvil bajo los reiterados golpes de sus torturadores. Inconsciente, temblando de fiebre, se lo llevaron finalmente al hospital, donde los médicos consideraron necesario amputarle los brazos y las piernas. Recuperó la conciencia en una ocasión, debido probablemente a un dolor insoportable. Pero la infección actuó rápidamente y el hombre murió como el miserable resto de un cuerpo que había dejado de latir.

Franz Deiglmeyer, que había intentado salvarle, no conoció su fin. El 12 de noviembre recibió la orden de personarse en la oficina número diez para dar parte de un error menor cometido por uno de sus subordinados. Sin embargo, el supervisor de distrito sabía perfectamente que la oficina número diez no se encargaba de casos menores: la oficina número diez estaba reservada exclusivamente para casos de «alta traición» y «espionaje en favor de fuerzas enemigas». Decidió huir. La separación de su familia fue precipitada y dolorosa.

—No lloréis —les rogó con los ojos empañados de lágrimas—. Un día volveré, seguro que vuelvo.

Los niños también lloraron al ver a su madre tan triste. Solo la hija mayor, una niña de doce años, comprendió lo que estaba sucediendo:

—No creáis nada malo que cuenten sobre mí —les dijo a sus hijos.

—¡Jamás! —respondió la niña entre llantos—. Yo sé que no has hecho nada malo.

Día tras día, noche tras noche, el fugitivo siguió las vías del tren a través de las montañas. Luego recorrió caminos embarrados y cruzó lagos helados hasta que, finalmente, encontró uno de los puestos fronterizos sin vigilancia que andaba buscando. Estaba bastante seguro que el pequeño país al que estaba huyendo no iba a deportarlo: era un «refugiado político» y en su país le esperaba tan solo una muerte segura y espantosa. Fue detenido una noche bajo un puente y, al no tener los papeles en regla, lo consideraron un tipo sospechoso y lo arrestaron.

Ante mí tengo las cartas que escribió y las cartas que otros escribieron por él. Esas cartas cuentan el final de la historia, la historia de nuestro héroe perdido.

Muchos de aquellos que le debían la vida habían hallado refugio en el mismo país donde el hombre que les rescató se encontraba ahora arrestado. Se enteraron de su situación y demostraron que ni habían olvidado ni eran desagradecidos. Hicieron todo lo posible por salvarle y el comité de refugiados judíos, al que recurrieron, entregó su petición al gobierno. El caso estaba en suspenso, aún había esperanza.

Una mujer que, de no ser por Franz Deiglmeyer, se habría contado ya entre los muertos le escribe a un hombre que también seguía entre los vivos solo porque Franz Deiglmeyer se había sacrificado por él.

Querido Rudolph,

Estos últimos días no he tenido noticias de él por lo que, como puedes imaginarte, ando preocupadísima por lo que pueda sucederle a este ángel (no hay otra forma de llamarle). Según lo último que he oído, las cosas no le van demasiado bien. Un tal señor X. llamó aquí a la señora Y. e intentó saber cuáles habían sido realmente los hechos y si de verdad aquel hombre había hecho todas esas cosas maravillosas. Por desgracia, la señora Y. tuvo miedo de que el señor X. fuera un soplón y no le dio la información. El señor Z. lo visitó en dos ocasiones en la cárcel. Se echó a llorar, pero aún no cree posible que puedan deportarle a Alemania, donde se arriesga a la pena de muerte.

Bueno, querido Rudolph, no hace falta que te diga lo que quiero; en definitiva, este hombre también te salvó la vida a ti. Ahora nos toca a nosotros ayudarlo. No podemos fallar. El hombre sucumbirá víctima de la desesperación, ¿qué sabe él de las miserias de los judíos? Nosotros estamos acostumbrados a esas cosas, son parte de nuestra historia. Pero él se ha visto desgajado de la seguridad vital de un oficial alemán, está lejos de su familia y el exilio le resultará muy duro. Si cien personas donaran sencillamente un marco al mes, Franz D. no tendría más preocupaciones de esa índole. Tenemos que hacerlo, nos salvó a todos.

A poco que puedas, deja tu cama de enfermo y haz algo por ese hombre. Le proporcionará un gran apoyo moral saber que su sacrificio no fue en vano. Su huida salvó las vidas de cientos de personas a las que iban a arrestar por cargos injustos. Al ausentarse, los arrestos no tuvieron lugar. Querido Rudolph, te lo ruego de todo corazón: haz algo por el pobre Franz D. Algún día te compensaré por todo, pero esta incertidumbre sobre su futuro no me deja descansar. A él le debo mi existencia, la existencia de mi marido, todo y ni puedo ni quiero serle ingrata. No puedo olvidar lo que este hombre supuso para todos nosotros en nuestro momento de mayor necesidad y desesperación, y estoy dispuesta a proclamarlo a los cuatro vientos. Tú también puedes hacerlo, en tu nombre y en el mío. También F. le debe su vida. Me encontré al joven recadero de F. en la estación de ferrocarril y le mandé un mensaje, de modo que también F. va a testificar sobre lo que hizo Franz D. Su decisión se debe a la simple decencia, porque no podía quedarse de brazos cruzados sabiendo que se estaba perpetrando semejante injusticia. No es ningún traidor, es un ángel y debemos ayudarlo.

Tenemos que presentar una protesta formal a la policía. No podemos permitir que un hombre así esté sufriendo en la cárcel, un hombre que arriesgó su vida para ayudar a los perseguidos. También tú sabes que evitó que cientos de casas fueran destruidas, avisándonos a tiempo de los ataques que había planeados para que pudiéramos llamar a las brigadas antidisturbios. En algunos casos fue él mismo quien las mandó a los lugares en peligro. Donde se presentaban las brigadas, las bandas no podían hacer nada porque se suponía que las autoridades no estaban implicadas. El chalet de N. se salvó, aunque en la ciudad dijeron que se había quemado, pues eso era lo que estaba previsto. Por favor, por favor, querido Rudolph, sal de la cama y salva a este hombre. Te mando adjunta una letra de pago. Un día, cuando tu situación sea mejor que la mía, ya me la cobraré. Y no te ofendas: es con la mejor de las intenciones. Por favor, respóndeme *a vuelta* y espero que sea con buenas noticias. Espero que todo lo demás te vaya bien. Pronto te escribiré contándote cosas de nosotros; ahora mismo estoy demasiado preocupada por Franz D.

Saludos afectuosos,

Tuya,

S. L.

Reproducimos esta larga carta palabra por palabra, con todas sus apremiantes repeticiones, su sincera ansiedad y su franca gratitud. Disponemos de muchas cartas, todas ellas escritas en el mismo tono, llenas de la misma gratitud, la misma desesperación, el mismo desconsuelo. El propio Franz Deiglmeyer escribió desde la prisión. Sus cartas no incluyen ni una sola palabra de queja, ni una sola petición de ayuda por las «cosas maravillosas» que él hizo por otros. Solo en una ocasión se pregunta: «¿Qué he hecho para merecer tanto sufrimiento?». ¡Había salvado la vida de cientos de personas y aún se preguntaba qué había hecho!

El comité de refugiados judíos siguió recibiendo desalentadoras informaciones en relación con el caso del ciudadano alemán Franz Deiglmeyer. Inicialmente, el gobierno del país libre y democrático expresó su estupefacción por el hecho de que un «comité judío» pretendiera asumir la defensa de «un caso ario». Desde «las altas instancias» se recomendó poner la defensa en manos de un «consejo ario», esgrimiendo que «eso evitaría

situaciones desagradables en el contacto con oficiales alemanes». Finalmente, el consulado alemán emitió un comunicado oficial en el que aseguraba que «la Policía Criminal de Alemania no tiene constancia de que existan cargos contra el inspector Franz Deiglmeyer». Se tomó la decisión de que el citado Franz Deiglmeyer sería liberado para poder ser devuelto libremente a su país, pero el interesado se negó y dijo que no iba a regresar por propia voluntad.

«Los no iniciados —escribe— no comprenderán tal vez mi forma de actuar, más aún teniendo en cuenta que “no existen cargos” contra mí. Pero con usted, querido señor D., puedo hablar con franqueza; no me cabe duda que detrás de las magníficas promesas del consulado, me esperan las feroces órdenes de la Policía Secreta Estatal y de la cúpula de las SS, cuerpos intocables y contra los que no hay protesta que valga... Antes de tomar esta determinación, a saber, la de no regresar por propia voluntad bajo ninguna circunstancia, tuve que librar una feroz batalla interior, pues me di cuenta de que me estaba separando de mi amada esposa y de mis queridos hijos, tal vez para el resto de mi vida. Pero así debe ser. Aunque el futuro se me aparece completamente negro, no voy *a perder* el valor; pienso agarrarme a mi fe, pues esa es la única forma de salir adelante: con la cabeza bien alta, los hombros erguidos y el paso firme al frente...».

Los días pasaron y las demandas del consulado alemán para que el oficial alemán fuera entregado a las autoridades de su país fueron cada vez más y más insistentes. El gobierno del país democrático, que nunca le había negado el asilo a un refugiado político, aceptó la ficción de que aquel era un «caso completamente apolítico»; en realidad, determinó, se trataba tan solo de un malentendido, y desestimó las peticiones y las apelaciones desesperadas de aquellos a los que «el ángel» había salvado y que ahora intentaban salvarlo a él de una muerte segura.

Franz Deiglmeyer fue entregado a las autoridades nazis. Su última carta, escrita en la cárcel a las cuatro y media de la madrugada, es un documento manchado de lágrimas. La caligrafía es temblorosa, pero sus palabras revelan toda la calma interior y el autocontrol del héroe perdido:

Son las cuatro y media de la mañana. Le escribo apresuradamente para comunicarle que ha sucedido lo peor. Vienen a por mí y dentro de pocas horas, al llegar a la frontera, me van a entregar a las autoridades alemanas. Desconozco lo que sucederá a continuación. Aquí se hizo todo lo posible para garantizar mi bienestar, pero mi ánimo, que sigue dando vueltas como en un torbellino, ha sufrido mucho. Quisiera despedirme de usted, de su familia y de todos aquellos que tanto afecto me

han demostrado, y desearles un futuro feliz. Pongo toda mi fe en Dios, que es quien me ha protegido hasta ahora.

Fervientemente suyo,

FRANZ DEIGLMEYER



VI

Un campesino se fuga a la ciudad

Uno de los lugares más encantadores de nuestra ciudad era el Alte Rabenschänke. La taberna estaba situada en la plaza del mercado y quienquiera que se sentara allí con un buen amigo y una gran jarra de cerveza solo podía tener pensamientos agradables y mantener conversaciones prolijas y despreocupadas.

El tren nocturno que llegaba a nuestra ciudad sobre las once se detenía diariamente en la pequeña estación de Holzhausen poco después de las tres de la tarde. A menudo, ningún pasajero se apeaba ni montaba en el tren. En esas ocasiones el maquinista realizaba una breve parada, casi de cortesía, y enseguida retomaba la marcha con un estridente silbido. El correo y las mercancías llegaban al pueblo desde un almacén cercano, por lo que la estación de Holzhausen era utilizada tan solo por algún pasajero ocasional, por los campesinos de las granjas cercanas y por el cura del pueblo.

El pasajero, que llegó a la estación veinte minutos antes de la hora de salida prevista del tren y que esperaba en el andén, entre las dos vías, era un mozo joven, de rostro bronceado y extraordinariamente flaco. Su extraño aspecto se debía al hecho de que iba sin duda ataviado con todas las prendas de ropa que poseía. Llevaba un grueso jersey de lana encima de la camisa. Encima del jersey se había enfundado su americana azul y, cubriéndolo todo, una enorme capelina impermeable a pesar de que ni llovía ni hacía frío. Cargaba también con una mochila llena a reventar y un pequeño maletín destartado de fibra artificial. En la mano libre llevaba varios fardos envueltos en papel de periódico.

Había ido solo hasta la estación, sentado en el asiento delantero de la típica carreta campesina. En casa tenían tanto trabajo que nadie había podido ir a despedirle. Al llegar a la estación, había bajado de un salto y había descargado el equipaje. Entonces le había dado media vuelta a la carreta, había pasado las riendas por encima del cuello de la vieja yegua, le había dado una ligera palmada en la tersa ijada y había visto cómo yegua y carreta emprendían el camino de regreso a casa. Liese iba a encontrar el camino de vuelta, se dijo, la guiara él o no.

«¡A casa!», pensó y el corazón le dio un vuelco, pues tenía frente a él, no una excursión corriente, sino un viaje largo, larguísimo. Estaba abandonando su hogar, emigrando, trasladándose a la ciudad, y si bien la ciudad se encontraba solo a cuatro horas, era un lugar extraño para él. Solo había estado allí una vez, de niño. Había pasado toda la vida en el pueblo; por lo que sabía, la suya había sido siempre una familia de campesinos y él nunca había querido ser otra cosa, pues ser un campesino era la cosa más natural, más normal del mundo.

Pero entonces Alemania se había convertido en «el tercer *Reich*» y desde aquel momento todo había cambiado. Primero había parecido diferente y todos los agricultores habían tenido la esperanza de que el cambio fuera a mejor. Pero esa esperanza pronto se había visto sustituida por una amarga decepción. El cambio había sido tan a peor que un campesino tras otro, un mozo tras otro, una muchacha tras otra, todos habían dado la espalda a la que desde tiempos inmemoriales había sido su casa y habían huido del campo para trasladarse a la ciudad, donde uno aún tenía la esperanza de ganarse la vida, ni que fuera precariamente. En casa, y en la situación actual, ya no se podía vivir.

Al mozo la partida le había resultado dura. No era que se hubieran dicho demasiadas palabras: en cuanto tomaron la decisión de que se marchara porque «las cosas no pueden seguir así», habían aceptado lo inevitable. En el momento de marcharse, su padre estaba trabajando en el huerto y su hermano estaba atareado con las vacas en el establo. Solo su madre lo había acompañado hasta la puerta y le había dicho adiós con la mano hasta que la carreta se había perdido de vista. También le había gritado algo, pero no había entendido las palabras porque en aquel momento Nero se había puesto a ladrar furiosamente. Como si hubiera robado algo, pensó él. Como si me estuviera escapando.

En el momento en el que el tren de la tarde llegó a la estación soltando nubes de humo, el mozo volvió a recordar lo que había pensado.

—Como si me estuviera escapando —murmuró de nuevo—. Pues el viejo de Nero tenía toda la razón del mundo —se dijo—, porque me estoy escapando. Hoy en día existe una expresión para lo que estoy haciendo. Los que mandan lo llaman «la fuga del campo», hablan de ello en todos sus discursos y publicaciones oficiales.

En el pequeño compartimiento de tercera clase había cuatro mujeres. Con un silencio hostil, se apartaron para hacerle sitio. Nadie respondió a su educado «buenas tardes». Los rostros de las mujeres eran como tallas de madera, con profundos surcos que les recorrían la frente y las comisuras de los apretados labios. Tres de las mujeres llevaban un cesto en el regazo y la cuarta estaba sentada con los brazos cruzados. No dijeron ni una sola palabra.

Al cabo de un rato el muchacho comenzó a aburrirse. No tenía ningún sentido contemplar por la ventana un paisaje que le resultaba tan familiar como sus propios pensamientos. Para entretenerse con algo, comenzó a desempaquetar sus pertenencias y a alinearlas encima del banco de madera. «Mis recuerdos», se dijo cariñosamente; en realidad era demasiado pronto para empezar a desembalarlos, pero eso era exactamente lo que había hecho desde niño. Cuando por la mañana se iba al campo, se llevaba siempre la comida. Pero en cuanto perdía de vista la casa, se sentaba bajo un árbol, sacaba la fiambarrera y se lo comía todo, a pesar de que acababa de desayunar y antes de empezar a trabajar.

De pronto se acordó de eso. «Soy tan tonto como era entonces», se dijo, y observó tiernamente sus recuerdos de casa. Había el jarrón con el borde dorado y la flor de nieve grabada que su madre le había regalado a los nueve años porque se había pillado la mano con la trilladora y no había llorado; había el cancionero que le había dejado su abuelo y que no abría casi nunca; había las fotos en color de la granja Weber (su granja) sobre la que el artista había pintado un cielo azul nomeolvides y un sol anaranjado. Sentía un apego especial por aquella fotografía en forma de corazón. «Es exactamente el aspecto que tenía», se dijo, y por un momento tuvo la sensación de que llevaba años lejos del hogar y ya no sabía si la casa tenía aún el aspecto que él recordaba de antaño.

Finalmente se fijó en un zapatito de bronce con su nombre escrito: Xaver Weber. Leyó las palabras lentamente y sostuvo el pequeño *souvenir* varios segundos en la mano antes de devolverlo al banco de madera con el resto de sus pertenencias. Sonrió con incredulidad al pensar que él, Xaver Weber, pudiera haber sido un día tan pequeño como sugería aquel zapato.

Entonces, tras pasar concienzudamente revista a sus recuerdos y sin dejarse inquietar lo más mínimo por la presencia de las mujeres que viajaban con él, comenzó a alisar las arrugadas páginas de periódico que había utilizado para empaquetarlos. El joven Xaver no era un lector de periódicos. En casa era siempre su padre quien estudiaba los diversos anuncios y decretos gubernamentales, y luego le decía al resto de miembros de la familia lo que había que hacer. Pero de repente no sabía qué hacer, así que se puso a leer:

«Actualmente —leyó— es un secreto a voces que nuestro pueblo está enzarzado en una batalla heroica por el espacio vital».

Ahogó un grito. «¿Cómo? ¿Qué es eso? —pensó—. ¡Pero si falta mano de obra en las zonas rurales y por eso el gobierno se opone a la “huida del campo”! ¿Cómo va a estar nuestro pueblo enzarzado en una batalla heroica por el espacio vital cuando no hay suficientes campesinos para cultivar el espacio del que ya disponemos?». Sacudió la cabeza y continuó leyendo:

—Nuestro enorme desarrollo económico y el problema de nuestra seguridad política y militar constituyen los elementos más importantes de esa batalla. Esta colosal tarea exige que le dediquemos todas nuestras energías nacionales. Debemos invertir toda la mano de obra que no sea estrictamente necesaria para las tareas ordinarias en esta empresa superior. En la persecución de ese objetivo parece que un gran número de alemanes se han formado la impresión errónea de que Alemania ha tomado la decisión irrevocable de convertirse en un estado puramente industrial y de entregar a su población agrícola al mismo destino que la de la Gran Bretaña. Queremos negar rotundamente ese punto de vista. En el año 1933, nuestro *Führer* declaró ante los representantes de los agricultores del país que el *Reich* alemán sería el *Reich* de los campesinos o perecería; a día de hoy, esa declaración sigue siendo igual de válida y debe constituir uno de los principios políticos básicos del futuro.

Xaver bajó el periódico; la luz escaseaba y cada vez costaba más leer. Además, quería poner algo de orden en sus ideas, que el periódico nazi había dejado algo confusas. Observó las mujeres del compartimiento y le pareció que la que iba sentada frente a él, la que no llevaba cesto, se parecía bastante a su madre. Se inclinó hacia ella, señaló el periódico que acababa de leer y dijo:

—¿Puede explicarme esto, por favor? Aquí dice que en 1933 el *Führer* dijo que Alemania debía convertirse en el *Reich* de los campesinos o perecería, pero Alemania no se ha convertido en el *Reich* de los campesinos. La industria es ya más importante que la agricultura y tiene que pagar nuestro

rearme. ¿Puede explicarme entonces cómo puede ser que las cosas que el *Führer* dijo en 1933 sigan siendo igual de válidas a día de hoy? ¿Significa eso que Alemania va a perecer?

—Yo no entiendo de esos asuntos —respondió la mujer—, pero el *Führer* ama a los campesinos y todo va a ir bien.

Desanimado, el joven tomó otra hoja arrugada y la alisó. Acababan de encender el alumbrado eléctrico y el paisaje quedó de pronto sumido en la oscuridad.

Este periódico se llamaba *Der Deutsche Lebensraum* y Xaver estaba convencido que en él encontraría la información más exacta y oficial. Se puso a leer:

«La distribución, administración y consumo improductivo en Alemania, que asciende a 38,5 millardos de marcos, supera en 6,1 millardos el valor neto en oro de toda la producción alemana, que es de 32,4 millardos de marcos. La mayor parte de la responsabilidad de esa diferencia corresponde a la agricultura, que ha renunciado a la parte de los crecientes ingresos nacionales que legítimamente le pertenece».

«¿Que ha renunciado? —pensó Xaver—. Cualquiera diría que hemos regalado por propia voluntad nuestra parte del aumento de los ingresos nacionales. ¿Lo hicimos? Yo, por lo menos, no lo recuerdo». Continuó leyendo:

«Desde 1933, la agricultura alemana ha estado sujeta a las leyes de herencia de la tierra y a las restricciones dictadas por el departamento de alimentación del *Reich* que, en definitiva, se corresponden efectivamente a un estricto sistema de economía de guerra. La forma a la que se ha visto limitada desde entonces ha impedido que participara de la expansión que han experimentado otras áreas económicas, libres. De hecho, aunque su productividad ha crecido año tras año, su participación en los ingresos nacionales se ha mantenido estacionaria o incluso se ha reducido ligeramente. Eso representa un sacrificio anual de entre cuatro y cinco millardos de marcos, un total de veinte millardos desde 1933. Por diversas razones, esa carga pesa más sobre las pequeñas granjas que sobre las grandes fincas. Este sacrificio, que ha dejado al borde del desplome físico y emocional a un importante número de campesinos y, aún más, a las esposas de estos (que no pueden contar con la ayuda necesaria debido al éxodo a las ciudades), ha sido descrito por el propio *Führer* como fantástico».

«Es verdad —pensó el muchacho—. “Fantástico” es la palabra justa. Y, sin embargo, ¿por qué hablan en esos términos en la prensa gubernamental?

Uno pensaría que aquello lo había colado uno de esos campesinos “al borde del desplome físico y emocional”. ¿Por qué teníamos que tener “un estricto sistema de economía de guerra” en tiempos de paz? ¿Y por qué “por diversas razones” las granjas pequeñas debían verse más afectadas que las grandes fincas?».

En el fondo, sin embargo, el mozo sabía por qué era así. Las exportaciones de harina y centeno habían permitido a las grandes fincas amasar pingües beneficios. Cuando las exportaciones habían caído, habían seguido logrando beneficios gracias a la prohibición de importar forraje, cuyo precio se puso por las nubes. Siempre eran las granjas pequeñas las que sufrían. Las grandes fincas se habían especializado en el cultivo de cereales, mientras que las pequeñas granjas se dedicaban casi exclusivamente a la cría de ganado. ¿Y cómo iban los pequeños campesinos a alimentar a su ganado si no podían pagar el forraje? ¿Cómo iban a competir con el ganado de las grandes fincas si estas podían alimentar a sus animales con el excedente de cereales a precios mucho menores?

«No en vano —pensó Xaver con tristeza—, nuestras ventas de ganado se han desplomado al mismo ritmo que crecían las de los grandes agricultores. Pero ¿por qué lo permite el Estado si tiene el poder de ofrecer a los pequeños un trato más justo?».

El tren se detuvo y tres de las mujeres del compartimiento de Xaver se bajaron; la única que se quedó fue la que se parecía a su madre. El muchacho tuvo la impresión de que la mujer quería entablar conversación con él, que de hecho lo había querido todo el rato, pero se había contenido por la presencia de las otras mujeres.

—Tengo que ir al banco —dijo de repente—. Mi marido me manda a la ciudad porque él no puede marcharse. Es por la hipoteca. Quieren quitarnos la granja, aunque de acuerdo con la ley se trata de una «granja heredada», que debe seguir en poder de nuestra familia durante miles de años. O sea que no nos la pueden quitar, ¿no? O tal vez...

El muchacho no supo qué responderle, por lo que dijo:

—Es que si uno tiene demasiadas deudas... Nosotros tenemos un montón y todo es culpa de los sacrificios que hemos tenido que hacer. Veinte millones de marcos, eso es lo que los agricultores hemos regalado. Lo acabo de leer.

La mujer asintió.

—Todos tenemos deudas —dijo—. Además, nuestros jornaleros han huido a la ciudad por culpa de lo poco que les pagábamos. Aunque siempre hemos pagado los sueldos fijados por el gobierno, y por eso estamos

endeudados. Antes nuestros hombres cobraban catorce pfennig la hora; al final les pagábamos solo siete. No era mucho, desde luego, pero era el sueldo fijado por ley y trabajo y nos costaba pagárselo.

Xaver volvió a envolver sus recuerdos. Ahora que la mujer había entablado conversación con él, le daba vergüenza que los viera.

—A nosotros tampoco nos queda ningún jornalero —dijo él—. Y yo me voy a la ciudad porque en casa no hay bastante que comer. ¡Si por lo menos nos permitieran quedarnos con nuestra leche y nuestras verduras! Pero tenemos que entregarlo todo al ministerio de Alimentación del *Reich* y los controles son cada día más estrictos.

La mujer miró fijamente por la ventana, como si hubiera algo sumamente interesante en la oscuridad exterior.

—Vaya, hombre —dijo sin mirar a Xaver—. ¿De modo que te vas a unir a lo que llaman «la fuga del campo»? Bueno, no te culpo. Si nos quitan la granja, nosotros tendremos que hacer lo mismo. Tenemos suerte de que no nos la quitasen ya hace tiempo. Mi marido dice que el ministerio de la Guerra ha requisado un millón de hectáreas desde 1933. Están construyendo barracones, fortalezas, aeropuertos y carreteras militares. Mi marido dice que tenemos suerte de que nuestro distrito no sea demasiado importante para el ejército.

Pero Xaver no prestaba atención, no lograba quitarse de la cabeza su peor enemigo: el ministerio de Alimentación del *Reich*.

—Sí, claro —dijo—, el país necesita fortalezas y carreteras militares. Eso es evidente. Pero lo que no entiendo es por qué sigue existiendo el ministerio de Alimentación del *Reich*. ¿No se supone que lo crearon para garantizar que todo el mundo recibiera comida suficiente? ¿Qué pasa con toda la gente de la ciudad que se va a los pueblos y se queja de que no tienen suficiente comida? Y lo peor es que ni siquiera en el campo podemos llenarnos la tripa. Dígame —preguntó de pronto—, ¿cuántas vacas tienen ustedes? ¿Tienen leche y mantequilla suficiente?

La mujer respondió que en su granja había veinte vacas, pero que ni por asomo tenían mantequilla y leche suficiente.

—Y la leche que nos toca es descremada, por supuesto —dijo—. Tenemos que entregarlo todo al ministerio de Alimentación del *Reich*, que devuelve un kilo de mantequilla por familia para toda una semana. Pero no nuestra propia mantequilla, sino mantequilla de la ciudad, que muy a menudo llega rancia por culpa de la lentitud del reparto. Si por lo menos pudiéramos

quedarnos con un kilo de nuestra propia mantequilla... ¡Pero no! Tiene que ponerse rancia antes de que nos la den.

Xaver asintió.

—Exactamente lo mismo que nos pasa a nosotros —dijo—. Tenemos vacas de sobras, y buenas vacas, pero las cosas son así.

Tras una pausa, la mujer dijo:

—Es lo mismo en todas partes, pero eso no es ningún consuelo. Mi marido dice que también en el sur, en Austria, los granjeros saben de dónde sopla el viento. Solo durante el primer año tras el *Anschluss*^[1] con el *Reich*, un veintidós por ciento de granjeros y campesinos huyeron a la ciudad. Es lo mismo en todas partes. ¿Te hace ilusión la ciudad?

—Ya casi hemos llegado —fue la respuesta de Xaver. No, no le hacía ninguna ilusión tener que vivir en la ciudad. Le daba miedo y solo de pensar en las ruidosas calles en las que pronto tendría que buscarse la vida, deseaba de todo corazón no haberse marchado de casa, donde todo era tan tranquilo y resultaba tan familiar—. Mi hermano se ha quedado en casa —dijo con envidia—; es mayor y heredará la granja según las nuevas leyes. Pero tengo un primo en la ciudad, lleva ya cinco meses allí. Se llama Kaspar. Espero que esté en la estación.

—En la ciudad nunca te puedes fiar de que alguien vaya a llegar a tiempo —dijo la mujer—. Siempre van con prisas. Yo me quedaré en casa de mi hermana, aunque mañana a primera hora tendré que estar en el banco.

El tren entró en la estación. Xaver notó una punzada por tener que separarse de la mujer. Era su último vínculo con el hogar, aunque viniera de otro pueblo y no supiera qué aspecto tenía la granja Weber.

—Buena suerte —dijo—. Estoy seguro de que no les van a quitar la granja.

A continuación se encontró solo en el andén de la estación, mirando a su alrededor. Había un constante ir y venir de gentes, pero Kaspar no estaba entre ellos.

«Si no estoy en la estación —le había escrito su primo—, ve directamente a la Alte Rabenschänke, en la plaza del mercado».

Xaver, con la pesada mochila en la espalda, toda su ropa sobre el cuerpo, el maletín en la mano derecha y los recuerdos en la izquierda notó cómo le comenzaba a sudar la frente. El pequeño jarrón con las flores de nieve se salió del envoltorio de papel de periódico y estalló en mil pedazos en el andén. Xaver apretó los dientes.

—Vaya forma de empezar —murmuró. Y a continuación se puso en marcha hacia la Alte Rabenschänke.

Tuvo que cruzar por la larga y ancha avenida que llevaba de la estación al centro de la ciudad. Se detuvo un instante a recuperar el aliento frente al hotel Reichshof, que le pareció el símbolo supremo del lujo y la magnificencia de la metrópolis. El portero le vio y le sonrió de oreja a oreja al tiempo que le hacía un gesto a unos botones de uniforme, que en cuanto vieron su vestimenta de campesino se echaron a reír.

Xaver se marchó precipitadamente.

«Ni que fuera un animal que se ha escapado del zoo», pensó. Caminó apresuradamente, como si acabara de cometer un crimen. «¡La fuga del campo! —pensó—. En fin, pronto llegaré a la taberna».

En la Alte Rabenschänke encontró a Kaspar sentado en una larga mesa, con un grupo de trabajadores. Tenía un aspecto tan pálido y urbano que a Xaver le costó reconocerlo. Avergonzado por la presencia de aquellos trabajadores desconocidos, Xaver saludó a su primo desde lejos con un «¡Heil Hitler!». El grupo le dedicó una mirada desconfiada y le respondió con un «Grüss Gott!». Xaver colgó la capelina y la americana y se sentó.

Comenzó a explicarles las insoportables condiciones en las que vivían en casa y, a medida que fue hablando, fue notando la simpatía creciente del grupo.

Xaver pronto descubrió que no solo el aspecto de Kaspar había cambiado, sino también su forma de pensar y de expresarse. Para empezar, era más hablador que cuando vivía en el pueblo.

—¿Quieres unirme a nuestro club? —le preguntó.

El muchacho quiso saber de qué tipo de club se trataba antes de decidirse.

—No te preocupes, encajarás perfectamente; eres uno de los nuestros —dijo Kaspar—. El nombre del club habla por sí solo: Los *Déclassé*.

El muchacho se quedó pasmado; los trabajadores se rieron.

—Sí, sí —dijo Kaspar—. Originalmente, nadie de esta mesa era un trabajador urbano. No somos proletarios, somos campesinos, hijos de oficiales del gobierno, artesanos o provenimos de la «abarrotada clase de los pequeños comerciantes», ¿entiendes? Pero ahora somos trabajadores, somos el Club *Déclassé*.

—No conozco la expresión —dijo Xaver—; es una palabra extranjera, pero de alguna forma no me gusta. Es una especie de insulto, ¿verdad?

—No, en absoluto —dijo Kaspar, negando rotundamente con la cabeza—. No es un insulto, al contrario: estamos muy orgullosos de nuestro título.

Aunque no vamos a olvidar que nos hemos visto forzados a aceptarlo, eso es algo que nadie debe olvidar.

Los otros asintieron. No parecía que tuvieran demasiado que añadir. Kaspar se había convertido en su portavoz; él y un viejo de mirada inteligente que en aquel momento tomó la palabra.

—Yo antes era orfebre —dijo—. Y el nombre del club fue idea mía. Tenía mi propio taller y, mal me está decirlo, no había mejor artesano en toda la ciudad. Ahora trabajo en la cadena de montaje y mi taller está cerrado.

—¿Lo ves? —le preguntó Kaspar—. Era un maestro en su profesión pero lo obligaron a esto.

Xaver pensó un momento y, finalmente, dijo:

—Pues a mí no me ha obligado nadie; a menos... bueno, a menos que fuera el destino.

Todos se rieron.

—¿El destino? —dijo alguien—. Siempre es el destino. ¿Por qué has venido a la ciudad? Tal vez porque en el pueblo no podías llenarte el estómago. ¿Y eso de quién es culpa? ¿Del destino o del ministerio de Alimentación del *Reich*?

—Mañana por la mañana me presentaré a la oficina de empleo —dijo Xaver—. He oído que necesitan trabajadores. Me van a aceptar en vuestra fábrica, ¿verdad?

Kaspar se encogió de hombros.

—Eso espero —dijo—. Aunque te apuesto lo que quieras a que te darán solo dos opciones: un trabajo en las minas o que te unas a las labores de fortificación de la Línea Sigfrido. ¿Cuál te gusta más?

El mozo respondió que ninguna de las dos y que Kaspar no podía estar hablando en serio.

—¡Eso sería casi una pena de prisión! —exclamó—. ¿Por qué iban a condenarme? Saben tan bien como yo cómo está la vida en el campo, no pueden obligar a un ser humano a vivir de esa manera.

Xaver miró a su alrededor.

—Además —añadió—, hay espías del gobierno por todas partes. ¿Queréis que os cuente el verdadero motivo por el que me he marchado del pueblo, lo que me dio el empujón definitivo?

Los trabajadores asintieron.

—Se supone que ya no podemos darles a los pollos comida decente. A ti no hace falta que te lo cuente, Kaspar. Los inspectores del ministerio de Alimentación del *Reich* vienen cada dos por tres a asegurarse de que los

pollos coman solo lo peor de los restos. ¡Y luego se sorprenden de que las pobres bestias no pongan huevos! En fin, os lo podéis imaginar: tratamos de alimentarles lo mejor que podíamos, aunque la verdad es que no teníamos demasiado que darles. Íbamos con mucho cuidado, por supuesto; siempre teníamos a mano un cubo de porquería y sobras para mostrárselo a los inspectores.

»Todo fue bien hasta hace unos días. Nuestros pollos debieron de causarle demasiada buena impresión al espía del gobierno, o tal vez alguien nos delató. Hoy en día no hay forma de saberlo. En fin, la semana pasada vino un hombre de la ciudad y nos contó que su mujer estaba muy enferma y que si no comía algo vigorizante, estaba acabada. Dijo que no podía comprar buena comida en la ciudad y me suplicó de rodillas que le vendiera una gallina, solo una gallina. No iba a dejar que su mujer se muriera, ¿verdad? Yo le dije que necesitábamos todas las gallinas para nosotros y que, además, no podíamos venderlas así como así, que se iba a notar si entregábamos un número de huevos inferior al habitual.

»Pero el hombre continuó porfiando y al final acabó por convencerme. Le vendí una gallina, una de las mejores que teníamos. La había estado alimentando en secreto con cebada para mantenerla bien gorda. El hombre no supo cómo darme las gracias. “¡Esto va a salvar la vida de mi mujer!”, exclamó. ¡El muy canalla! Apuesto a que jamás adivinaréis para qué quería la gallina y para qué la utilizó. Después de matarla examinó el buche en busca de granos de cebada. ¡Espía roñoso! ¡El ministerio de Alimentación del *Reich* lo había mandado para descubrir si, después de todo, les estábamos dando cereales a los pollos!

»Unos días más tarde recibimos una carta del departamento. Habían encontrado granos de cebada en el buche de la gallina. La carta decía que yo estaba bajo sospecha y que iban a tomar las medidas oportunas. Me volví loco, podría haber hecho trizas al espía. Pero opté por hacer trizas la carta y esa misma noche decidí que no tenía sentido quedarse más tiempo. No tengo por qué aguantar que me traten así, como si la vida en la granja no fuera de por sí lo bastante miserable. “¡Se van a tomar las medidas oportunas!”. Pues ahora verán lo que son medidas, me dije. Me largo a la ciudad, eso es lo que voy a hacer. Por lo menos no tendré al ministerio de Alimentación del *Reich* todo el día encima. Aquí podré trabajar y ganarme un salario decente de forma honesta.

El Club *Déclassé* había escuchado su historia con atención.

—Déjame que te cuente algo —le dijo su primo Kaspar—. Es bueno que te hayas marchado del pueblo y nos alegramos de tenerte entre nosotros, pero será mejor que vayas quitándote esas ideas absurdas de la cabeza... si es que pretendes conservarla encima de los hombros. Por lo menos, no dejes que el del sindicato, el director de la fábrica o quien sea se entere de que hablas así. ¿Un salario decente, dices? Escucha: lo primero que tienes que hacer es asegurarte de que consigues lo suficiente para mantenerte vivo. Hace semanas que no veo otra cosa que huevos de pato. Se me estaba haciendo la boca agua oyéndote hablar de esa gallina gorda.

»Algunos de nosotros cuidábamos cabras para, por lo menos, disponer de algo de leche o queso de cabra, pero entonces hubo un brote de fiebre aftosa. No hay suficientes veterinarios y los que hay tampoco disponen de los medicamentos necesarios. Ni siquiera fueron capaces de decretar una cuarentena para evitar la propagación de la enfermedad, de modo que todas las cabras murieron. Y, por si eso fuera poco, nos dieron un “aviso”. Escucha esto, es del ministerio de Alimentación del *Reich*: “El sacrificio de cabras crea un déficit en el suministro nacional de alimentos. El número de cabras ha experimentado una disminución de 122 000 ejemplares”. Y esos matones insisten que no es culpa ni de la fiebre aftosa ni de la falta de pienso. ¿Sabes de quién es la culpa? Te doy tres oportunidades. De acuerdo con el ministerio de Alimentación del *Reich*, la culpa la tienen nuestros elevados salarios. Eso y el hecho de que tengamos trabajo; nos pusimos gallitos y por eso matamos todas las cabras. ¿Qué te parece? Es cierto, desde luego, que cuidar una cabra implica cierto trabajo, pero el ministerio de Alimentación no quiere ni oír hablar de eso. Aunque no queramos cuidar una cabra, pues en el fondo somos trabajadores industriales, tenemos la obligación de hacerlo, nos dicen, “como un servicio a la nación” y por el bien del “suministro nacional de alimentos”. A veces no puedo evitar pensar que los de arriba se han vuelto completamente locos. Porque vosotros y yo sabemos que se puede obligar a los trabajadores a hacer un montón de cosas raras, pero ¿cómo demonios los vas a obligar a cuidar una cabra? ¡No tiene ni pies ni cabeza!

El chico de campo se quedó boquiabierto. ¡De modo que ni siquiera huyendo a la ciudad había logrado zafarse del ministerio de Alimentación del *Reich*!

—Me pintas un gran panorama —dijo—. Pero, de todos modos, hay algo que no podrán quitarme; por lo menos, los domingos por la tarde podré descansar como un ser humano. En la granja... no hace falta que os lo cuente...

Pero Kaspar lo interrumpió:

—Tómatelo con calma. Te voy a contar lo que sucedió el domingo pasado. El sábado nos dieron instrucciones de presentarnos todos en la fábrica el domingo por la mañana. Vale, estamos acostumbrados a eso porque los domingos por la mañana siempre hay algún pez gordo que viene a dar un discurso o tiene lugar alguna celebración política. De modo que nos pusimos el traje de domingo y fuimos a la fábrica como buenos chicos. ¿Para qué crees que nos querían? ¡Para hacer limpieza! Teníamos que barrer los almacenes y recoger los cartones y los sacos viejos que había esparcidos, como contribución al plan cuatrienal. ¡En domingo! Pero en esta ocasión nos plantamos ante los de arriba y nos negamos a hacer el trabajo. Esgrimimos un argumento patriótico al uso: dijimos que, en cumplimiento del plan cuatrienal, no nos parecía apropiado echar a perder nuestros trajes de domingo, pues tendríamos que comprarnos ropa nueva. Y ¿cómo íbamos a comprar ropa nueva con los precios que fijaba la comisión de precios? En fin, que nos negamos todos y nadie limpió nada.

Xaver, que había seguido la explicación con rostro cada vez más pensativo, dijo:

—¿Y dejaron que os fuerais?

El trabajador que había sido orfebre y que se había inventado el extraño nombre del club se volvió hacia el recién llegado.

—Escucha —le dijo—, no creo que logres un trabajo en la fábrica. Kaspar tiene razón: probablemente te manden con el próximo transporte de trabajadores, pero mientras estés en el club puedes aprender cuatro cosas. Te resultará útil en la Línea Sigfrido, también, o en cualquier otro lado, de hecho. Has preguntado que si dejaron que nos fuéramos; sí, nos dejaron marchar, pero antes tuvimos que escuchar un hermoso y largo discurso sobre la necesidad de «intensificar la producción». Verás, desde que aplican todos esos ardides, como no permitir a los trabajadores cambiar de trabajo o ganar más de lo que figura en el listado de sueldos, desde ese momento y por curioso que resulte, la producción ha bajado en todas las fábricas y los peces gordos andan preocupadísimos. Ayer el periódico traía algo al respecto, escucha: «Lo que por desgracia está fuera de control es el descenso de la producción entre los miembros individuales de los sindicatos que están obligados a permanecer en su lugar de trabajo y a trabajar más horas a cambio de menos dinero del que podrían ganar en otro lugar». En eso los peces gordos sí tienen razón: el descenso es imparable.

—Pero ¿vais más despacio a propósito? —preguntó el mozo.

—Ni mucho menos —se rio su primo Kaspar—. No podríamos trabajar más deprisa. No permitas que nadie te diga lo contrario. Con la paga y la comida que recibimos, no podemos trabajar más rápido. ¿Comprendes?

El muchacho asintió.

—Te voy a dar un consejo —dijo el orfebre, que tenía un aspecto demasiado demacrado para ser un trabajador eficaz—. Cuando cojas un periódico, comienza a leerlo por las páginas de economía. Sáltate el editorial y el resto de parloteo y ve a las noticias de economía: allí es donde te harás una idea de lo que realmente sucede. Alguna vez te habrás dicho: sí, es verdad, hay escasez de alimentos y de ropa, pero por lo menos tenemos un montón de carbón y no solo para nosotros, sino que exportamos también muchísimo. ¿No te sorprendiste el día en que, de repente, comenzó a resultar difícil conseguir también carbón? Probablemente te dijiste que el «reparto» era cada vez más difícil y que con todas esas estupideces de la economía planificada ya nadie sabe lo que pasa. Pero eso no explica nada.

»Te diré algo, pero no se lo cuentes a nadie: hay escasez incluso de carbón, ¡la única materia prima en la que creíamos que éramos ricos! Han nombrado a un comisario especial para la economía carbonífera alemana y cuando nombran a uno de esos comisarios especiales es como llamar al médico a la cama de un moribundo: es muy mala señal. Han descubierto que la culpa de la escasez no era del “reparto”, sino del consumo desmedido y el descenso de la producción. Sí, joven, a pesar de los tres cuartos de hora extra que los mineros deben trabajar diariamente ha habido un innegable descenso de la producción. ¿Y sabes qué significa eso? Durante el primer trimestre de este año, en las minas del Ruhr se han producido 63,3 millones de toneladas cuando, el año pasado, se produjeron 64 millones durante el mismo trimestre, y eso a pesar de que cada minero trabaja cuarenta y cinco minutos más al día. Curioso, ¿no crees? Calcúlalo tú mismo. Pongamos que tienes 312 000 hombres trabajando en esa zona y que cada hombre trabaja tres cuartos de hora más al día. Eso significa que por cada mes de veintiséis días te trabajan unos seis millones de horas más. ¿Y cuál es el resultado? ¡Un descenso de la producción!

El viejo hizo una pausa para que las palabras calaran en ellos.

—Por supuesto, alguien podrá decir que han mandado a muchos mineros a trabajar a otra parte, pero no es cierto. Muy pocos mineros han sido trasladados, la minería es demasiado importante. De hecho, el descenso de la producción de carbón no sería tan grave si no fuera acompañado por un incremento desmadrado del consumo; y eso es debido a nuestra «autarquía

económica», tal como ellos lo llaman. La idea es que tenemos que producirlo todo para nosotros mismos. ¿Te imaginas la cantidad de carbón que necesitan para producir toda esa celulosa, fibra artificial, minerales y aluminio? ¿Cuál es el resultado? Pues que hemos llegado al punto de tener que importar carbón. ¡Carbón, nuestra única materia prima! Este año hemos tenido que importar 5,7 toneladas, que supone medio millón de toneladas más que el año pasado, e incluso entonces estábamos importando demasiado. ¡Pero nuestras exportaciones, la única forma que tenemos de conseguir moneda extranjera, sufrieron un descenso de más de diez millones de toneladas! De los 59,6 millones de toneladas a los 49,2. ¡Para que tú veas lo que ha pasado con nuestra principal entrada de moneda extranjera!

Xaver estaba abrumado con tantas cifras.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó—. O sea, ¿qué estás tratando de decirme?

—No quiero llegar a ninguna parte —fue la respuesta—. Solo quería mostrarte las cosas tal como están. Y van a peor, ¿lo ves? A peor y muy deprisa. Eso es algo que deberíamos saber antes de meternos en una guerra. Hemos llegado ya al punto en que los generales se presentan en las fábricas y caldean los ánimos en vistas a la guerra. Debemos pensar por nosotros mismos, tener nuestras propias ideas, y no las que los de arriba quieren meternos en la cabeza.

Kaspar se volvió hacia su primo.

—¿Qué me dices ahora? Después de todo lo que te hemos contado, ¿prefieres regresar al pueblo o quedarte aquí?

El mozo no respondió. La cabeza le funcionaba a cien por hora. Debemos tener nuestras propias ideas, se repetía una y otra vez, no las que los de arriba quieren meternos en la cabeza. ¡El destino habla por boca de nuestros campesinos!, dicen los que mandan. ¡La granja del pequeño agricultor es la patria del alma y el espíritu!, dicen también. Pero las cosas van a peor y deprisa, ese es nuestro propio pensamiento. Y hay escasez incluso de carbón... la única materia prima en la que nos creíamos ricos... por culpa de nuestra absurda autarquía económica... por la producción de celulosa artificial y de aluminio, que requiere tanto carbón... y los trabajadores no pueden (¿o no quieren?) producir tanto como antes... eso es lo que nosotros pensamos. Pensamientos deprimentes... y yo que creía que en la ciudad se vivía mejor.

—Entonces ¿qué creéis? —preguntó en voz alta—. ¿Me presento mañana a la oficina de empleo?

Kaspar le pidió consejo al trabajador veterano.

—Los buenos consejos son un bien escaso —dijo este—. O tal vez es que en este caso no hay buen consejo que valga. Es casi seguro que no te permitirán quedarte donde quieres y que te mandarán a algún lugar al que no quieres ir, probablemente a la Línea Sigfrido.

—Voy a hablarte con franqueza —dijo el mozo—. La verdad es que no entiendo de qué va todo esto. Falta mano de obra en el campo, pero este mismo verano se llevaron a un montón de labradores a trabajar en las fortificaciones y en las fábricas. Y luego, al mismo tiempo, se llevan a los hombres de las fábricas para que echen una mano en las cosechas. En todas partes hay hombres que no conocen su trabajo, deberíais haber visto los jornaleros que nos llegaron al pueblo: ¡no sabían distinguir una pala de un cubo! Nos dieron más trabajo del que nos ahorraron y apenas teníamos comida que darles, pues el reparto no se compensó con el aumento de trabajadores. ¿Alguien puede decirme qué significa todo eso?

Nadie respondió y Kaspar asintió mirando a su primo.

—No significa nada —respondió inmediatamente—. De hecho, es un sinsentido. Pero debes tener presente que las autoridades cuentan con un montón de personas en un sinfín de puestos de mando, y que cada uno de ellos dispone de todo tipo de poderes. Si resulta que a uno de ellos le faltan trabajadores para su tarea particular, manda una solicitud a la oficina de empleo, a la fábrica, a la mina o al pueblo más próximo. Pero claro, los hombres que solicita eran necesarios también en el lugar que ocupaban, por lo que su responsable manda otra solicitud a otra parte y el problema va ampliándose en círculos. ¡Pero no tiene por qué significar nada! —concluyó con una carcajada—. De todos modos —añadió al ver que su primo agarraba ya sus fardos—, esta noche te quedas en mi casa y mañana ya veremos qué hacemos.

Xaver asintió, agradecido, y dijo:

—Tendré que presentarme a la oficina de todos modos. Al fin y al cabo, trabajar no es ninguna vergüenza y quiero ver a qué tipo de esclavitud me van a condenar. Me he marchado de casa, ahora no puedo quedarme parado. Y tampoco quiero morir de hambre, de modo que ¿qué otra cosa puedo hacer? Está decidido, iré a la oficina.

Pero no había nada decidido, y tampoco tuvo ocasión de acudir a la oficina de empleo, pues el destino se cruzó en su camino y se anticipó a sus buenas intenciones.

A la mañana siguiente, un oficial de la Gestapo se presentó en la habitación de Kaspar y le preguntó si el mozo estaba allí. Había obtenido información del pueblo según la cual probablemente estaría viviendo en casa de su primo. ¿Estaba allí o no?

—Venga conmigo —dijo el oficial.

—¿Por qué?

Muy pronto sabría por qué.

En la oficina de la Policía Secreta le entregaron al mozo un documento y le dijeron que lo firmara. Decía así: «Por la presente confieso haber infringido la ley consciente y deliberadamente y haber dado de comer cebada a mis gallinas. Confieso también haber actuado consciente y deliberadamente contra los intereses de toda la nación y en oposición al programa de reconstrucción del nacionalsocialismo».

El mozo se puso muy pálido. Tenía la cara amarillenta y los ojos entrecerrados para no mostrar su enfado. Firmó la declaración.

—Eso es —murmuró—. Deliberada y conscientemente, contra toda la nación. Y ahora ya podéis hacer lo que queráis conmigo.



VII

Compañeros de infortunio

La gente aún acudía a la iglesia de nuestra ciudad siempre que quería. Así pues, era evidente que la libertad religiosa existía en abundancia.

La celda a la que llevaron a nuestro joven campesino resultó ser una habitación bastante espaciosa con olor a sótano. Una luz tenue se filtraba por entre dos ventanas con rejilla. La espera, el examen y la marcha por las calles (esposado) quedaban ya afortunadamente atrás. Sin embargo, y a pesar de lo temprano que era, los otros dos prisioneros que había en su celda ya estaban estirados en sus estrechos bancos de madera. Cuando el nuevo recluso entró, ambos se apoyaron en los codos y siguieron con mirada curiosa a su nuevo compañero de infortunio. Uno de ellos se levantó para ayudar al celador, que arrastraba los pertrechos del nuevo prisionero: un colchón y una manta gruesa y dura que parecía hecha de algún sucedáneo de papel. Al tenderse en el colchón y cubrirse con la manta, Xaver pensó: «Por la noche esto va a pesar como si fuera de plomo, pero poco me va a calentar».

El celador desapareció y el prisionero que se había puesto de pie le ofreció un trozo de pan, pero el muchacho no tenía hambre.

—¿Por qué está usted aquí? —le preguntó al prisionero, amable.

—¡Por imbécil! —respondió—. Me lo tengo merecido. ¿Por qué no podía tener la boca cerrada?

Entonces le contó su historia. La otra noche había ido a una taberna a beber una jarra de cerveza en compañía de varios amigos, hombres y mujeres. El resultado de su indulgencia fue un incontrolable ataque de risa en el transcurso del cual soltó varios chistes subidos de tono sobre el *Führer*. En particular, había prometido que por cada hijo que el *Führer* trajera al mundo,

él engendraría media docena para que combatieran en la batalla por el espacio vital alemán. Entonces se había reído y había añadido que seguramente moriría sin descendencia, pues su modelo era el *Führer* y desgraciadamente, al ritmo que iba, este no iba a tener ningún hijo, eso estaba claro. Todos se habían mostrado de acuerdo y habían reído con él. Todos menos el hombre de la Gestapo que había en el rincón y que fue tomando nota de sus palabras en su libreta.

—No hace falta que le cuente nada más —concluyó—. Ahora estoy aquí, y me lo tengo merecido.

A continuación se presentó: se llamaba Fritz Breuninger y era empresario. Era una pena que lo hubieran apartado de su negocio justo ahora que las cosas le iban tan bien. Le preguntó al campesino qué le había llevado a él a la cárcel.

Xaver contó su historia y afirmó rotundamente que, por lo que a él se refería, no creía que se lo hubiera merecido. Al contrario, era una vergonzosa injusticia. No solo eso, dijo, sino que le sorprendía que el otro aceptara de aquella forma su sino.

—Aunque estuviera bromeando, no dijo nada que no fuera cierto. En todo caso, no pueden meterle en la cárcel por un chiste. Eso no es una injusticia, es una sucia trampa —dijo.

Fritz Breuninger hizo un gesto de terror y se llevó un dedo a los labios.

—Por el amor de Dios, hombre —susurró—. ¡Que las paredes tienen oídos!

El tercer hombre soltó un «¡Shhht!» impaciente y sostenido. Quería dormir, pero Fritz Breuninger y el joven campesino continuaron con su conversación, aunque bajaron el tono de voz hasta que apenas se oyó un murmullo.

—¿Y en qué negocio estaba metido? —preguntó Xaver—. No sería una tienda, ¿verdad?

Le costaba imaginar que en aquellos momentos las cosas pudieran irle bien a un tendero.

—¡Dios nos libre! —dijo el otro—. ¿Sabe a qué me dedicaba? A fabricar esas señales que ponen en las carreteras a la entrada y la salida de los pueblos: «PROHIBIDA LA ENTRADA DE JUDÍOS». Cada señal me costaba dos marcos, pero me serví de un pequeño truco. Fui a la oficina del guarda rural, una de esas agencias de nueva creación, y pedí un certificado que estipulara que mis señales eran una gran contribución a la causa del nacionalsocialismo. Era todo lo que necesitaba. A continuación me subí a mi motocicleta y me

dediqué a ir de un pueblo a otro. En cada pueblo iba a buscar al alcalde y le decía: «Le traigo las señales que el partido quiere que se coloquen a la entrada y a la salida de cada pueblo. Necesitará dos señales y cuestan catorce marcos cada una». Bueno, ¿verdad?

El mozo estaba pasmado.

—Pero... pero... no tenían que ponerlos, ¿verdad?

—Eso es lo que usted cree —se rio Fritz Breuninger—. Pero en cuanto veían el certificado del guarda rural, aquellos palurdos pensaban de otra forma y eso es lo único que importa. Y si uno de ellos se ponía pesado y se negaba a comprar las señales, no tenía más que preguntar, en tono educado y apenado, claro está, por la oficina del jefe de tropa del lugar; eso no fallaba nunca. El alcalde perdía su aplomo y yo me libraba de dos señales más. A veces había cuatro o cinco carreteras que llegaban a la ciudad, eso eran entre cincuenta y seis y setenta marcos que me dejaban entre cuarenta y ocho y sesenta de beneficio neto. Dígame, ¿puede encontrar un negocio mejor en alguna parte? Pero entonces no se me ocurre nada más que irme de la lengua como un burro y echarlo todo a perder.

El campesino recordaba perfectamente las dos grandes señales de PROHIBIDA LA ENTRADA DE JUDÍOS que había a la entrada y la salida de su pueblo.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¿Y nadie puso trabas a su negocio? Quiero decir, ¿no salió a relucir en el juicio?

Fritz Breuninger se rio.

—¿Juicio? Pero ¿usted de dónde sale? No hubo ningún juicio. El tipo de la Gestapo tomó sus notas, me denunció y me metieron en la cárcel. Fin de la historia. Además, el mío era un negocio en marcha, certificado y plenamente en la línea del espíritu nacionalsocialista; nadie podía decir nada en contra. Pero yo no debería haber actuado como un idiota, haciendo esos chistes estúpidos en la taberna. Me daría de cabeza contra la pared por ello.

Xaver experimentó una ligera sensación de asco mientras intentaba poner orden en la confusión que habían provocado las palabras del otro hombre. Ahí estaba un chantajista mentiroso, lleno de arrepentimiento y contrición por haber cometido el crimen de «soltar la lengua como un imbécil». En cambio, en lo tocante a su verdadero crimen, aquel negocio maligno y mezquino de las señales de carretera, lo consideraba un «espléndido negocio» y tenía la conciencia tan limpia como la nieve tierna. Sentado en su banco, el muchacho, que no tenía un carácter especulativo, hizo un esfuerzo por desentrañar aquella situación. «Aquí hay algo que falla —pensó—. Algo no

funciona en Alemania. No puede ser que yo esté aquí por haberles dado cebada a mis gallinas y que este tipo, este tal Breuninger, haya terminado aquí por sus chistes. Y que su “espléndido negocio” fuera perfectamente legal, que nadie pudiera decir nada en contra. Todo esto está mal, está mal y es un pecado total, incorregible».

Temblando de frío, se quedó dormido bajo el peso de su áspera manta.

Por la mañana, los prisioneros recibían tan solo un cuenco de agua para lavarse. A continuación se abría una rendija de la puerta y les entregaban el desayuno, que consistía en un trozo de pan y un brebaje marronoso. Breuninger le contó que al verlo por primera vez había creído que se trataba de café, pero que al probarlo había decidido que se trataba de té. El doctor Gebhardt, el otro prisionero, había intentado convencerle de que era chocolate. Finalmente, el celador había zanjado la discusión diciéndoles que el caldo del desayuno se llamaba «bebida matutina». Quedaba claro que no querían ponerle nombre a la criatura y tal vez fuera mejor así. El mozo descubrió que el pan de la prisión era aún más difícil de digerir que el que se podía comprar en «libertad». No solo era pesado y pastoso, sino también asquerosamente arenoso, pero Breuninger se lo tragó con un apetito voraz.

Xaver se enteró de que el doctor Gebhardt era pastor, pastor protestante.

—¿Y por qué...? —preguntó el muchacho con los ojos como platos.

Desde luego, había oído que habían encarcelado cientos y miles de miembros del clero, tanto católicos como protestantes. Pero saber algo era una cosa y comprobarla empíricamente otra muy distinta. Él se había sentido inclinado a creer algunos de los cargos que el régimen había presentado contra la Iglesia, pero este doctor Gebhardt era inocente, el chico lo supo en el mismo momento en el que lo vio. Era un hombre delicado que transmitía una extraña mezcla de seriedad y alegría, y cuyo rostro reflejaba una callada dignidad que hacía que sintieras simpatía por él antes incluso de que abriera la boca.

—¿Por qué? —preguntó Xaver de nuevo y sacudió la cabeza con incredulidad. Tenía escritos en el rostro los pensamientos que lo habían rondado en sueños, aquella desesperada sensación de que todo en Alemania era un error y un pecado.

—Es una larga, larga historia —dijo el pastor—. Y hubo muchos motivos para mi detención, aunque la razón principal fue mi último sermón. ¿Quieres que te confiese algo?

El muchacho asintió.

—Nunca, ni una sola vez en mi vida, he dicho aún «¡*Heil* Hitler!». ¿Acaso bastará con eso?

Xaver no podía apartar los ojos del sosegado y dulce rostro del pastor.

—Pero ¿por qué? —preguntó una vez más—. ¿Por qué no quiere decir «*Heil* Hitler»? Es el saludo alemán, ¿no?

En aquel momento, Fritz Breuninger interrumpió la conversación.

—Muchacho, no tienes nada que hacer con el doctor. Es obstinado como un demonio. Perdón, doctor; solo quería decir que es usted muy obstinado. Al fin y al cabo, uno tiene que aceptar las cosas como son si quiere sobrevivir.

El campesino observó a aquel tipo de pies a cabeza, con un distanciamiento nada disimulado. «Ese es el problema, ni más ni menos. Ahí es cuando todo se vuelve un error y un pecado. Hay cosas que no se deben aceptar como son y el pastor tiene toda la razón del mundo si prefiere ir a la cárcel antes que hacer algo que considera un pecado. Sin embargo, es cierto que yo mismo he dicho “¡*Heil* Hitler!” bastante a menudo sin pararme a pensar si había algo de malo en ello».

—Dígame, doctor —preguntó entonces—, ¿tuvo alguna vez problemas por culpa del saludo alemán?

—Ya lo creo —respondió el pastor—. Me degradaron, me trasladaron de Frankfurt, donde había ejercido desde hacía años, a vuestra pequeña ciudad. Pero hasta ahora había estado muy a gusto en mi nueva parroquia. Hay apenas dos mil protestantes en esta ciudad, pero es una buena comunidad. Yo llevaba una vida tan retirada como me permitían las circunstancias. En un par de ocasiones me insultaron por la calle y en otra ocasión me atacaron. Pero eso no era lo peor; lo peor era que no tenía paz interior. Era espantoso ver que la gente, casi todo el mundo, cedía casi sin luchar ante cualquier fuerza impía y diabólica. Y era particularmente espantoso ver cómo muchos miembros del clero falseaban la palabra de Dios por obedecer las órdenes del Estado. Predicaban sobre el *Führer* como si se tratara del Salvador y habían olvidado la distinción entre el «bien» y el «mal», pues su único criterio se basaba en lo «útil» y en aquello que era «deseado por los poderes superiores», «favorecido por los poderes superiores» o «prohibido por los poderes superiores». Y cuando hablaban de los «poderes superiores» esos pecadores no se referían ni a los poderes del cielo, ni a la religión, ni a la luz divina que podría haber disipado la oscuridad que poblaba sus almas; cuando decían «poderes superiores» se referían al líder de distrito del partido, a la Gestapo o al gobierno del *Reich*.

»Me sentía inquieto e infeliz. A menudo pensé que debería caer otro diluvio que fuera una señal de que “los poderes superiores”, y me estoy refiriendo a los que habitan el cielo, no se habían olvidado de nosotros y nos rechazaban de plano, sino que aún nos consideraban dignos de su castigo y capaces de arrepentimiento, pues el peor de mis temores era que los poderes divinos hubieran renunciado a nosotros por habernos alejado tanto de ellos.

Al pastor se le quebró la voz, pareció que de cansancio. A Xaver se le encogió el corazón. Nunca antes había escuchado un sermón con tanto entusiasmo. Al fin y al cabo, el doctor Gebhardt acababa de pronunciar un sermón en honor a sus compañeros de celda: el empresario Fritz Breuninger y el muchacho de pueblo que estaba acostumbrado a asistir a la misa desde que era niño, la Iglesia era parte de su vida cotidiana, como respirar y comer, pero nunca había ocupado un lugar dominante en su corazón. Con la llegada de los nazis, la transformación de la Iglesia no había afectado a su conciencia. Sin embargo, ahora se daba cuenta, aterrorizado, de que se encontraba entre aquellos a quienes se había referido el pastor, los que habían cedido «casi sin luchar ante cualquier fuerza impía y diabólica».

«¡Y que tenga que tomar conciencia de esta espantosa realidad por las palabras de un pastor protestante! —pensó el mozo—. Soy católico y es la primera vez que escucho a un cura protestante. Pero eso da igual, nada importa que me bautizaran en la fe católica o protestante, lo que importa es lo que el cura dice, si tiene razón, si tiene coraje y si se refiere al “bien” cuando habla de “Dios”. Este protestante tiene razón y se refiere al “bien”, me gustaría oírle hablar más. Me gustaría escucharle y que me contara todas esas cosas de las que tomé conciencia anoche y que aún no entiendo».

Pero Fritz Breuninger, cuyo espíritu alegre y liviano era poco dado a la reflexión, estaba más interesado en el aspecto criminal del «caso Gebhardt» que en el moral.

—Bueno —dijo, volviéndose hacia el pastor—, y díganos, ¿qué fue eso tan horrible y peligroso que dijo en su discurso, doctor? ¿Fue algo indecente?

Sus impúdicos y atolondrados ojos azules se posaron sobre el rostro de pastor.

—No, amigo mío —respondió este—, desde luego no fue nada indecente, y me temo que usted habría considerado que no valía la pena.

A Xaver le pareció que responder a la estúpida pregunta de Breuninger con tanta amabilidad era una muestra de algo más que mera consideración cristiana, pero en realidad no parecía que el pastor se la hubiera tomado mal.

—Hoy es martes —dijo— y no toca afeitado hasta el viernes. ¡Pero mirad qué barbas tenemos ya!

Era verdad, ambos tenían una barba casi cerrada, tanto el pastor como Breuninger, cuyo pelo rubio quedaba equilibrado por la pelambrera rojiza del mentón. El mozo era el único que tenía la piel más o menos suave. También era el único que llevaba aún su propia ropa, la camisa de diario y el jersey de lana encima. Los otros dos, con sus uniformes de recluso, parecían los criminales desesperados en los que Xaver había soñado hacía tiempo, los ladrones y asesinos que frecuentaban sus sueños de infancia.

Durante el tiempo de «recreo» se encontraron con los demás prisioneros. Todos salieron de sus celdas con barba de varios días, macilentos y flacos, con los ojos vueltos hacia la luz del sol, de la que disfrutaban tan solo una vez al día. Había varios policías montando guardia. Era un consuelo saber que allí no había soldados de las tropas de asalto de servicio. Desde luego, los policías habían recibido un «reciclaje» en el espíritu nazi, pero a pesar de ello no eran realmente nazis sino oficiales; habían conocido otros tiempos. Trataban al pastor con cierto respeto cordial. Incluso se dirigían a él como «doctor», mientras que a los demás prisioneros los llamaban por su nombre.

El doctor Gebhardt no tomó parte en el paseo acreedor del patio, sino que se quedó apoyado en el muro de la pared, en compañía de quienes tenían los pies doloridos. Cuando se quitaba las gafas su rostro adquiría un aspecto cadavérico, con aquellas mejillas hundidas y aquella piel tan pálida en la que contrastaba la mirada febril de sus penetrantes ojos. Tal vez fuera debido a la miopía, pero sus ojos parecían estar iluminados por un fuego indefinible. Era como si tuviera la mirada vuelta hacia el interior y aquella abstracción espiritual enfatizara la intensidad de su presencia física.

Se suponía que los prisioneros no tenían permiso para hablar durante el paseo recreativo. A pesar de aquella orden, sin embargo, el campesino recibió valiosa información de parte del hombre que caminaba tras él. Se enteró de que una vez al mes había un transporte que iba de la cárcel al campo de concentración. Todos consideraban que los «criminales» tenían suerte, pues el campo de concentración no tenía nada que ver con ellos: tenían el «privilegio» de cumplir sentencia íntegramente en la cárcel. La situación era distinta para el contingente de «presos políticos». Muchos de ellos no sabían siquiera de qué se les acusaba, no tenían ni idea de la duración de sus condenas y temblaban solo con pensar en el campo de concentración. La orden de «traslado» podía llegarles en cualquier momento y, entonces, de nada servían ni la «buena conducta» ni la inocencia absoluta.

Dentro de las celdas, la vida seguía su rutina habitual. El quinto día de estadía de nuestro joven amigo llegaron dos presos nuevos. Uno era un soldado de las fuerzas de asalto de uniforme. Antes de entrar en la celda, y tal como se hacía con todos los presos, le habían quitado los tirantes. También le habían confiscado el machete y el reloj. El otro prisionero era un apuesto suizo del cantón de Tesino que hablaba alemán con un marcado acento italiano y que presentaba un estado de frenética agitación. Lloraba, rezaba y soltaba maldiciones sin parar. Cuando Fritz Breuninger, con su carácter alegre e imprudente, le preguntó por qué lo habían llevado allí, respondió con una retahíla de maldiciones, aunque había un deje de súplica en su voz.

—Tengo que salir de aquí, tengo que salir inmediatamente —exclamaba una y otra vez—. Soy un oficial suizo, tengo que presentarme para cumplir con el servicio militar. Estaba de visita en Alemania por motivos de salud y de estudios. Mis padres me escribieron cartas de recomendación para varios monasterios de la zona, que es donde siempre me hospedo y como. Un día salí a pasear con el padre Bonifacio y nos arrestaron a los dos. No sé dónde está el padre y tampoco sé qué quieren de mí. Dicen que estaba espiando y que quería llevarme secretos a Suiza. ¡Están locos de remate! Tengo que salir de aquí, tengo que presentarme a cumplir con el servicio. ¡Soy un oficial suizo!

Fue el doctor Gebhardt quien, todo amabilidad y simpatía, intentó calmar y consolar al joven.

—Usted es extranjero —le dijo—. Le va a ir mucho mejor que a los demás. Su cónsul intervendrá, de eso estoy seguro, y como, efectivamente, no existe ningún cargo en su contra, tendrán que ponerle en libertad.

Pero Fritz Breuninger, molesto por el trato de favor del que gozaba joven suizo, protestó:

—Vamos, doctor, que no tenemos prisa. El caballero ha declarado ser un oficial extranjero que fue detenido en compañía de monjes. Así pues, su arresto fue un asunto serio, ¿no? Prepárese para pasar seis meses de vacaciones bien buenos entre nosotros —le aconsejó al suizo, que ya había comenzado a recuperar el coraje—, porque no va a costarle menos, créame.

El joven soldado les confesó que tenía cierta experiencia carcelaria. Tenía la cabeza cuadrada y el pelo corto y tieso como un cepillo. Su comentario inmediato fue que aquella cárcel era «un agujero de mala muerte», ni punto de comparación con la cárcel de Núremberg, donde lo habían encerrado la última vez.

—¡Tendríais que haber visto qué ventanas tenían allí! —exclamó—. ¡Así de grandes! Un día incluso creíamos que iban a quitar los barrotes, pero no cayó esa breva. Fuera, en el patio, había una verja de hierro antigua, con pájaros y flores y florituras, pero la arrancaron para llevarla a una fundición, para el plan cuatrienal. En su lugar colocaron una reja con alambrada de púas, naturalmente. Pero, aun así, había más probabilidades de fugarse que aquí.

No era que estuviera pensando en escaparse, se apresuró a añadir el soldado. Era solo que le interesaban esas cosas, nada más.

A pesar de los cordiales intentos del doctor Gebhardt por animarle, parecía que el joven suizo se sentía más atraído hacia el soldado que hacia sus otros compañeros de celda.

—Usted es soldado —le dijo—. ¿Cómo puede ser que haya terminado aquí?

El soldado soltó una carcajada seca, nasal.

—Nuestro líder de grupo tiene una casa de campo. No, más que una casa es una mansión, créanme, un castillo en toda regla, con un lago con cisnes y una bodega tan grande como el lago. Hace dos años era más pobre que una rata y hace seis no era más que un ex empleado de banca al que habían condenado por desfalco. Fue amnistiado con la llegada de Hitler al poder, porque era un veterano del movimiento. Y ahora tiene un castillo. Constantemente tenemos que oír que nuestros líderes cobran un pequeño salario y se sacrifican por la patria. Bueno, eso me ponía furioso, porque mi salario sí era pequeño, no me daba ni para comprarme un *schnapps*, mientras que el líder de grupo se presentaba cada día borracho al servicio; venía directamente de la bodega privada de su castillo privado.

»¿Saben qué hice? Conseguí un cartel y pinté en letras bien grandes: HE COMPRADO ESTE CASTILLO Y SU BODEGA CON MI PROPIO SALARIO: EL LÍDER DE GRUPO. Y colgué el cartel en la fachada de su casa de campo. Dio la casualidad de que el líder de grupo estaba fuera de casa aquel día, estaba de servicio... en la bodega de un amigo suyo; de modo que el cartel estuvo allí colgado veinticuatro horas y lo vio todo el mundo. Y a todos les pareció gracioso; no lo descolgó nadie, ni siquiera la policía. Pero cuando el jefe regresó a su casa se acabó la broma. Alguien debió de delatarme, tal vez fue mi hijo, que me vio trasegando con pinturas por casa. En cualquier caso, el gordo se puso hecho una furia y aquí me tenéis. ¿Alguien tiene un cuchillo?

Los prisioneros, pasmados, le aseguraron que les habían quitado los cortaplumas; ¿de dónde quería que sacaran un cuchillo?, preguntaron. El

soldado se sacó el zapato y el calcetín derecho y, con mucho cuidado, despegó una metálica que llevaba sujeta a la planta del pie. Era un recorte de lata, les explicó.

—Hay que ser previsor —dijo—. Jamás iría a una cárcel sin llevarme un cuchillo. ¿Veis? Corta bien. Se puede utilizar para muchas cosas.

Los otros se quedaron boquiabiertos. Fritz Breuninger silbó entre los dientes.

—Creo que voy a aprender muchas cosas —dijo.

Entonces le habló al soldado de su «negocio» y le preguntó si no era una pena haber perdido aquella pequeña mina de oro «yéndome de la lengua como un imbécil».

Cada mañana los prisioneros debían entregar sus bancos, colchones y mantas, pero los últimos dos días habían permitido al doctor Gebhardt conservarlos. Demacrado, casi translúcido, estaba tan débil que le era literalmente imposible mantenerse en pie. Sin embargo, y a excepción del locuaz Fritz Breuninger, era el más animado de todos: hablaba con los demás presos, discutía, los exhortaba y les daba ánimos. A menudo recitaba poesía, no solo del cantoral, sino también de escritores seculares como Eichendorff o Claudio. ¿Por qué se sabía tantos poemas de memoria?, le preguntaron sus compañeros de celda.

—Sabía que un día terminarían trayéndome aquí —respondió— y que entonces no tendría libros ni ninguna fuente de consuelo aparte de mí mismo, de modo que me preparé. Aprendí todos estos poemas para poder mantenerme cuando llegara el momento.

Una tarde, al final de un día que había dejado su rastro gris y monótono, como todos los demás (excepto el día en que el joven suizo había tenido una especie de ataque y los celadores lo habían tenido que atar) el joven campesino se acercó al pastor en oscuridad de la celda y susurró:

—Doctor, ¿de qué trató su discurso? ¿Qué dijo para que lo arrestaran?

El pastor respondió:

—Era un día de penitencia. Subí al púlpito y ofrecí las plegarias de costumbre; entonces me volví hacia mis feligreses y dije: «Nunca nuestro pueblo ha necesitado una penitencia pública tanto como hoy, pues lo que ha pasado en los últimos años y lo que sucedió en noviembre, cuando las casas de plegaria de nuestros hermanos judíos fueron consumidas por las llamas, claman al cielo e invocan sobre nosotros el juicio de Dios. Y la Iglesia debe asumir su parte de culpa en todo lo sucedido, todo lo que nos llenó de miedo y dolor. Arrepentimos e implorar el perdón de Dios para nosotros y nuestro

pueblo, hundido en el pecado, y para nuestra Iglesia, que se ha descarriado del mensaje del Evangelio, será nuestro deber en esta hora solemne. No nos hemos hecho merecedores de que la luz del Señor nos ilumine con sus rayos y no lo seremos hasta quedar limpios de lo que es una deshonra para todo cristiano.

»Entonces apagué las velas y seguí hablando: “Somos juzgados ante la vara de Dios y a nosotros nos corresponde abrir no solo las orejas, sino también el alma a las acusaciones que se nos formulan. Permitidme que repita esas acusaciones en el nombre de Dios. Acuso a la Iglesia de traición al Señor y, sobre todo, a su mandamiento de amor fraternal, que ha ignorado por completo. Acuso al consistorio de ceder a un miedo cobarde hacia los hombres y de evadir su sagrado deber para con su gente y con la Iglesia. Acuso al arzobispo del *Reich* Müller de traicionar a la comunidad y conducirla a la idolatría. Nos acuso a todos nosotros de pusilánimes, de falta de fe por haber tolerado unos pecados inauditos hasta ahora entre los cristianos y de haber participado, directa e indirectamente, en los hechos vergonzosos que se han cometido y se siguen cometiendo”.

El muchacho de campo se quedó inmóvil en su banco. Tenía la cabeza apoyada en las manos y, en la oscuridad, vio los ojos resplandecientes del hombre que, con un penetrante y fantasmagórico susurro, iba repitiendo aquella letanía de cargos, un «acuso» tras otro.

—Me detuvieron media hora después de la misa —dijo finalmente el pastor.

Xaver, que tenía un nudo en la garganta por la emoción, carraspeó. No quería decir nada; simplemente acarició levemente la áspera manta bajo la cual yacía el acusador. Por un breve instante, su enorme mano de campesino reposó sobre la colcha. Y entonces rezó. Pronunció las palabras que solía murmurar durante sus oraciones, mientras su mente estaba ocupada con el ministerio de Alimentación del *Reich* y todas las preocupaciones que se habrían añadido a las que ya tenían los que se habían quedado en la granja. Por primera vez desde hacía muchos años, aquellas palabras estaban cargadas de trascendencia y sentido. Con un susurro inaudible repitió todas las plegarias que se sabía de memoria, incluso las plegarias infantiles que había pronunciado de niño, antes de irse a dormir.

—Dios amado, lléneme de piedad.

Pero, finalmente, lo único que se oyó fue el ritmo regular de su respiración, pues se había dormido.

El cura, por el contrario, no lograba conciliar el sueño. Se atormentaba con reproches y con un sinfín de ideas febriles y confusas. «¿Por qué —se preguntaba— no me marché de este país, por ejemplo cuando me expulsaron de mi comunidad? ¿Podía quedar aún alguna duda de que mi lugar ya no estaba aquí? ¿Acaso no veía a mi alrededor las señales del día del juicio que se acercaba? ¿Fue por el amor ciego a mi tierra natal por lo que decidí quedarme desafiando al sentido común? ¿O fue simplemente por inercia y debilidad? Y el curso de los acontecimientos que me fueron dados observar pero que no pude detener, ¿no se convirtió en una pesada carga y un tormento?». Pero Dios guardó silencio ante sus preguntas. El suyo era un silencio lejano, que parecía emanar de un reino de paz. El pastor, torturado, no osaba levantar la mirada hacia Él, pero finalmente lo hizo:

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—¡Huye! —fue la respuesta.

—Pero ¿cómo voy a huir? —exclamó el pastor de forma inaudible y el corazón se le encogió de miedo—. Estoy solo y me ha llegado el fin; aquí, por lo menos, tengo gente a mi alrededor, tengo amigos.

—Debes abandonarlo todo —dijo la voz, sin piedad.

—¡Pero entonces estaré perdido!

El hombre, tendido sobre el banco de la prisión, se enfrentaba al que está por encima de toda razón.

—Aquí es donde estás perdido —dijo el poderoso—. Solo la muerte te liberará de esta prisión.

—¿Y no es mejor morir en tu patria que al borde del camino, en tierra extraña? —preguntó el pastor, ansioso. Pero la voz repitió:

—No has de morir, aún no. Aún tienes deberes que cumplir.

—No puedo cumplir con ellos, decrépito y mortalmente cansado como estoy.

El hombre se retorció en el banco como si lo estuvieran azotando.

—La fuerza te será devuelta —le respondió su Dios—. Y creerás como ya crees en lo profundo del corazón.

Presas del terror, el anciano buscó refugio batió los muros de la prisión y se enfrentó con aquella voz oscura y triunfalmente despiadada.

—¿Cómo voy a fugarme? —preguntó—. ¡Es imposible! Nadie puede escapar de este lugar.

La voz respondió y en sus palabras pareció adivinarse una leve carcajada:

—Te encuentras ya en el camino correcto.

—Pero carezco de todo —exclamó el hombre—. Del coraje y la fuerza, y del tiempo y la oportunidad. Y aunque logre escaparme, ¿adónde iré? No tengo posesiones y no conozco a nadie en el barrio. No puedo confiar en nadie...

—¡Aquello de que carezcas, confíamelo a mí! —le espetó con repentina severidad la apabullante voz.

A la mañana siguiente, los demás comprobaron con horror el aspecto de su compañero de celda, el pastor.

—Vaya a ver al médico, hombre —exclamó Fritz Breuninger—. Y que le dé algo. ¡No queremos despertarnos una mañana y descubrir que se ha convertido en un espectro!

Siguió hablando y contó la historia del fantasma de Heinrich, el ladrón y asesino, que hacía apenas seis semanas había sido ejecutado en el patio. Y él, Fritz, había heredado sus zapatillas. Sí, esas eran, esas cómodas zapatillas de fieltro gris. Le iban a traer suerte, se lo decía cada noche el fantasma del ejecutado.

Pero el soldado no permitió que siguiera haciendo bromas a costa del muerto.

—Era un buen amigo mío —dijo con voz amenazante, y el campesino se estremeció al pensar que un miembro de nuestras «orgullosas tropas de asalto», aunque fuera uno que había vulnerado la ley, pudiera presumir de su amistad con un criminal.

—¿Era realmente un ladrón y un asesino? —preguntó Xaver.

—Ya lo creo —dijo el soldado— y nunca lo habrían pescado si no se hubiera roto la pierna durante su último trabajo.

De camino hacia el paseo «recreativo» el doctor Gebhardt fue a ver al médico. Le permitieron llevarse el sombrero y la manta debido a su precario estado de salud. Más tarde, al ver que no regresaba ni al patio ni a la celda, tanto sus compañeros como los celadores asumieron que el médico lo había declarado enfermo y que lo habían trasladado al hospital. Además, aquellos días reinaba en la prisión una confusión general, pues el transporte al campo de concentración estaba por llegar. Provocándole un horror indescriptible le ordenaron a Fritz Breuninger que se cambiara de ropa y empaquetara sus cosas.

—¿Me van a liberar? —preguntó, aunque la voz le tembló y el fugaz brillo de esperanza que cruzó sus atolondrados ojos azules no logró ocultar la sensación de terror que tiñó sus palabras. El celador no respondió.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó el joven suizo, que repitió por enésima vez que él era un oficial suizo y que tenía que presentarse al servicio, ¡inmediatamente!

—Al campo —dijo el celador y le dirigió una mirada de compasión a Breuninger, que se desplomó medio desnudo sobre el banco, al tiempo que la celda y los rostros de quienes lo rodeaban comenzaban a darle vueltas.

En compañía del «empresario» Fritz Breuninger, abandonaremos la prisión de la ciudad, aquella celda estrecha, oscura y con olor a tierra. Pero no seguiremos al infeliz, desposeído de su prolija confianza, hacia el lugar de terror y dolor que le espera. Echaremos un último vistazo a quienes quedan atrás: primero está el soldado de las tropas de asalto, tipo rudo, duro e imperturbable. A ese lo soltarán, de eso no hay duda. Hay demasiados como él y no pueden tenerlos a todos en la cárcel indefinidamente. Necesitan a los «orgullosos soldados de las tropas de asalto» para mantener a raya al enemigo interior, y más que los van a necesitar cuando llegue la guerra. «Deberemos luchar en tres frentes —había declarado el *Reichsführer* Himmler—. ¡En las trincheras, en el aire, y en casa!». Todos en Alemania sabían qué quería decir y todos los soldados (incluido el de la prisión) sabían que los destinarían al «frente interior».

En cuanto al joven suizo, su cónsul, tras interminables negociaciones y protestas en nombre de su gobierno, logrará finalmente salirse con la suya. Tendrán que soltarlo a regañadientes, aunque aún pasará varias semanas más en la celda, retorciéndose las manos de pura perplejidad, incapaz de comprender qué sucede.

Xaver va a pasar en la celda más tiempo que nadie; se convertirá en el «veterano» que da la bienvenida a los nuevos, los inicia en los misterios de la vida carcelaria, les enseña el truco del cuchillo de lata y les habla de los prisioneros que han sido liberados o trasladados. Pero será al pastor a quien recuerde con más afecto, pues este tuvo una influencia decisiva en su vida, lo «cambió», o así lo creía el mozo y le proporcionó la determinación necesaria para, una vez cumplida la sentencia, salir adelante y demostrar el alcance de aquel cambio interior. Ahora sabía que uno podía luchar en las filas de los justos, convertirse en un rebelde contra los falsos dioses que se habían encumbrado para controlar el Estado, un soldado del verdadero Dios, cuyo juicio esperaba el mundo. «Lucharé —se dijo a sí mismo—, para que las velas puedan volver a arder en el altar».

Durante dos días nadie reparó en la fuga del Pastor Gebhardt de la prisión de la ciudad. Los celadores creían que estaba en el hospital y el médico creía que estaba en su celda. En el hospital ni siquiera sabían de su existencia. No narraremos la historia de su fuga, que suena como un cuento de hadas. Si lo hiciéramos, nos sentiríamos tentados de recurrir a la palabra «milagro», una palabra que hay que usar con moderación en la narración objetiva. En lugar de ello, escucharemos el relato del hombre que fue rescatado y que ahora está sentado a la mesa de una sacristía, en lo alto de las montañas suizas, y escribe «La historia de la Voz»:

«Cuando el médico me mandó de vuelta a la celda —leemos en el documento—, me escondí tras una de las columnas hasta que mis compañeros terminaron el recreo y fueron guiados de nuevo al interior de la prisión. Sabía que era o ahora o nunca, pues en aquel momento los hombres que había apostados en el patio se dirigirían a la cantina para comer. Dejarían a un guardia vigilando la puerta y si cruzaba el patio lo bastante rápido, nadie me vería. Pero las grandes ventanas con barrotes de la primera planta daban al patio y cien pares de ojos podían estar observando desde allí. Con la cabeza ligeramente inclinada, pasé con paso vacilante frente a la cocina y hacia la pocilga. En cualquier momento esperaba oír un grito o un disparo. Me temblaba todo el cuerpo y sollozaba de debilidad. ¡Ahora, va a ser ahora!, pensaba. “¡Ciégales los ojos!”, exclamé presa de la angustia y creo que lo dije en voz alta, hasta tal punto estaba fuera de mí. Llegué a la pocilga. La ventana de la cocina estaba a cinco pasos, abierta de par en par. Oí la conversación de las cocineras en el interior.

»¿Que cómo me sentía? La sangre no me llegaba al cerebro, que se negaba a cumplir su cometido. Tuve que hacer un gran esfuerzo para ordenar mis pensamientos y me sentía incapaz del menor esfuerzo físico. Me temblaban las rodillas y tuve que esperar a que el corazón dejara de latirme frenéticamente. La puerta de la pocilga estaba entreabierta y entré. Los cerdos, al notar la presencia humana, se pusieron a gruñir con fuerza y di un respingo, aterrorizado. Mis ojos escudriñaron la pocilga; me pregunté si había algún lugar donde esconderse un rato. Todas las paredes estaban cubiertas con balas de heno, pero no vi ningún vacío. Dejé caer los brazos con impotencia y desespero. Entonces apreté los dientes y una vez más me acerqué cautelosamente a la salida. Mi primer objetivo era la verja que había junto a la ventana; logré llegar hasta allí. Coloqué el pie derecho sobre el alféizar y me agarré a la reja con los dedos de la mano derecha. Intenté impulsar mi cuerpo por encima de la verja, pero ya no me quedaba fuerza en los dedos. Caí

violentamente hacia atrás. Terminé de nuevo sobre el montón de basura, medio inconsciente.

»Sollocé en voz alta. Había quedado demostrado: era imposible escaparse. Mi cuerpo se negaba a cumplir con su deber. La oportunidad estaba allí, la Voz había cumplido con su promesa, pero yo había fracasado. Aunque, ¿podía permitir que fuera así? Debía seguir adelante, tenía que demostrarme que era digno de la voz. Debía intentarlo de nuevo y, en esta ocasión, me mantendría tan cerca de la ventana como pudiera. Saqué fuerzas de flaqueza y, en un susurro, dije: “¡Ayúdame!”. De pronto estaba de nuevo en la verja. Una vez más tenía el pie sobre el alféizar y los dedos asidos a la reja. Pero de nuevo fui víctima de mi debilidad. Me pegué a la verja, pero aquel esfuerzo era demasiado para mí. Los dedos estaban a punto de ceder una vez más cuando, de repente, pegué un tirón y acerqué la hoja de la ventana hacia mí. Intenté pasar la pierna izquierda por encima, pero el abrigo me lo impedía. Levanté la rodilla y aparté el abrigo. Me agarré a los gabletes metálicos del tejado y me subí a este. Estaba encima de la hoja de la ventana, que oscilaba de un lado a otro. Solo había logrado pasar la rodilla derecha por encima del gablete. Me quedé un instante más allí colgado y noté cómo me sangraba la mano. Hice un último esfuerzo y, finalmente, logré encaramarme al tejado. Me arrastré a toda prisa y me senté en la cornisa. En el suelo vi una manguera de bombero. Me colgué con las manos del borde de la cornisa y me dejé caer. La distancia hasta el suelo daba miedo, pero salté y aterricé en cuclillas.

»Entonces me levanté y miré a mi alrededor. Jamás olvidaré la paralizante sensación de impotencia y decepción que sentí en aquel momento. Había ido a parar a uno de los patios externos de la prisión. Otra verja, más alta aún que la que acababa de escalar, se interponía entre mí y la libertad. Y aquí no había pocilga. El nuevo obstáculo se alzaba vertical y liso ante mis ojos, encerrando el patio completamente. Recorrí el muro tres veces, como un animal acorralado, y entonces me entraron ganas de dejarme vencer por el cansancio y la frustración y echarme al suelo. Pero una vez más logré mantener la calma. ¿Osaría abandonar a medias el milagro de aquella fuga? Cerré los ojos, respiré profundamente y eché otro vistazo a mi alrededor. Vi que solo había una ventana de la prisión que diera a aquel patio, por lo que era bastante improbable que alguien me viera. Y como aún no me habían descubierto, tenía tiempo por lo menos hasta la hora de cenar. Para entonces, debía haber encontrado la forma de superar también aquel obstáculo.

»Me llamó la atención un frutal raquíutico que había a la sombra del muro. No lo habían podado y dos de los brotes alcanzaban más o menos la altura de

la pared, pero aun así eran demasiado delgados para soportar el peso de un adulto. Me coloqué entre el árbol y la pared, tomé una rama con cada mano y flexioné los brazos, pero las ramas se doblaron y caí de espalda contra el muro. Sin embargo, este me sostuvo y así, poco a poco, fui trepando por la pared. Me faltaba solo un metro para llegar a lo más alto. Me di un último impulso, avancé un poco y cuando ya parecía que las ramas iban a partirse, me propulsé con los talones. Con ese último paso logré asirme firmemente con una mano en el borde del muro. Será siempre un misterio para mí cómo lo logré. Entonces terminé de trepar, con los pies en la pared y la mano izquierda aún agarrando la rama. Finalmente logré pasar una pierna por encima del muro y, al cabo de un momento, monté a horcajadas en él. El milagro conservaba aún toda su fuerza.

»Miré hacia abajo. Debía de tener un aspecto de lo más pintoresco ahí arriba, con el sombrero y el abrigo. Las manos me sangraban con profusión, pero no sentía el dolor. El suelo, al otro lado, hacía pendiente; no me atrevía a saltar. Además, la pendiente seguía durante un buen trozo. Avancé por el borde de la pared hasta llegar a un murete que formaba un ángulo recto con la parte exterior del muro de la prisión. Quedaba unos dos metros por debajo de donde me encontraba; reuní el valor necesario para saltar y logré aterrizar sano y salvo en lo alto del murete, que sostenía un tejado de guijarro cubierto de cartón alquitranado. Trepé por el tejado y, con la ayuda de un arbusto de saúco que crecía junto al muro, llegué al suelo. Por fin me sequé las manos ensangrentadas en el pañuelo que llevaba en el bolsillo, me coloqué el sombrero recto y con paso uniforme me acerqué a una furgoneta cargada con latas de pintura, alrededor de la cual había varios trabajadores trabajando.

»“El Señor esté con vosotros”, los saludé y me toqué el sombrero. Ni siquiera en aquel momento de extremo peligro fui capaz de pronunciar el pecaminoso “¡Heil Hitler!”. Entonces di la vuelta al edificio y me encontré frente a una enorme puerta doble. Se me cayó el alma a los pies, pero estaba tan metido en la tarea que, instintivamente, calculé a ojo la altura de la nueva pared. Sin embargo, el pasador de la puerta izquierda estaba abierto y al instante me encontré en una de las calles de nuestra ciudad.

»Todo era como de costumbre: mujeres con los cestos de la compra, ancianos sacando el perro a pasear, niños que regresaban del colegio. ¿Había estado soñando todas esas semanas? ¿O estaba soñando ahora? Notaba como si un aro de acero me oprimiera la frente y me escocían los ojos. Le pedí la hora a una mujer que se acercaba. Mi voz sonó tan ronca y apagada que me asusté al oírla, lo mismo que la mujer. Había perdido conciencia de mi

debilidad y mi enfermedad. Estaba empapado en sudor de pies a cabeza. Caminé una eternidad. Llegué a un pozo, me lavé las manos ensangrentadas y seguí andando, cada vez más lejos. Crucé calles y callejones hasta que ya no reconocí la ciudad, con sus casas que asomaban por entre la niebla. Pero cuando finalmente me detuve y levanté los ojos hacia los cielos, que no estaban cubiertos de nubarrones de lluvia y que me habían mandado su mensaje la noche anterior, supe con certeza que mis esfuerzos serían recompensados: la fuga tendría éxito, el milagro continuaba obrándose a toda máquina. No iba a morir en el mismo lugar donde habían ejecutado al asesino Heinrich y donde había quedado el buen campesino, mi compañero en aquella noche de gracia. Lamentablemente no puedo salvarle, no puedo liberar a mi compañero. Pero yo estoy salvado, he sido liberado del mal; eso es seguro y cierto...».

No seguiremos leyendo «La historia de la Voz», que el Pastor Gebhardt transcribió en el pueblecito de los Alpes donde ahora trabajaba. Siempre que miraba por la ventana de la venerable sacristía, sus ojos se posaban en los prados donde florecía la genciana y, más allá, en las altas cumbres nevadas que penetraban en el azul del cielo. En aquel lugar había vuelto a encontrar la paz tras muchos días de peligro mortal, dando tumbos en su huida febril y de repetidos y misteriosos golpes de fortuna que solo podían explicarse por la fuerza del milagro. Fue conducido hasta nosotros y apareció una noche en la puerta de nuestra casa, a orillas del lago Zúrich, como un espectro. Teníamos noticia de su detención, así que cuando le tuvimos frente a nosotros nos costó creer lo que estábamos viendo.

Desde el día en que había oficiado el bautizo de nuestra hija menor y le había puesto el nombre de Elizabeth, habíamos contado a aquel hombre como uno de nuestros amigos. Creíamos que estaba perdido hasta que el milagro lo trajo a nuestra puerta. Estaba muy pálido, débil y exhausto, casi al borde del colapso. Y, sin embargo, desprendía una gran fuerza. La luz de una prueba superada resplandecía como un halo en su rostro exangüe.



VIII

El último viaje

En Navidad nuestra ciudad estaba más encantadora que nunca. Las plazas se convertían en alegres mercados al aire libre, decorados de fiesta. No se podía comprar demasiado, pero uno podía ver el brillo y percibir el ambiente. Al fin y al cabo, era Navidad.

A principios de noviembre, Max Murks mandó una postal desde Hamburgo. El joven marinero le escribía a su madre, que vivía en un piso de dos habitaciones en el viejo centro de nuestra ciudad junto con su hijo pequeño, Friedel. El «mayor» escribía solo muy de vez en cuando y la señora Murks observó largo y tendido la colorida postal antes de dársela a Friedel.

—¡Tonterías! ¡No escribe otra cosa! «La próxima semana nuestra chalana parte hacia Nueva York y yo parto con ella. No puedo decirte lo feliz que estoy: hace meses que no he salido de esta ratonera, meses desde la última vez que pisé tierra firme. Pero tengo un presentimiento, ¡creo que este va a ser mi último viaje!».

Friedel se encogió de hombros.

—Tiene razón —dijo—. Yo también he oído rumores, ¿sabes? Dicen que cambian la tripulación con cada viaje al extranjero, pues no quieren que los hombres tengan demasiado contacto con esos países donde oyen todo tipo de cosas que no deberían oír. A un marinero le dejarán ir una vez a Estados Unidos, no más. La siguiente vez que su barco parta, lo hará con otra tripulación que aún no haya cruzado el Atlántico, que no pueda aprovechar el viaje ni ningún mal. ¿Te imaginas? —dijo con una sonrisa de desdén—. Una tripulación que viaje demasiadas veces al otro lado, si es siempre la misma, quiero decir, ¡la de cosas que pueden organizar con los camaradas de allí!

La madre suspiró.

—Así que es eso, a eso se refiere. Oh, Dios, hoy en día hay que ser astuto como un lince para entender una simple postalita.

Friedel tomó su abrigo de la percha.

—Hasta luego, me voy a servir al frente de la basura.

No era una broma, aunque el joven acompañó la frase con una de sus habituales sonrisas socarronas. Aquel, ni más ni menos, era el nombre oficial de uno de los «sectores» de uno de los muchos «frentes» donde el pueblo alemán libraba incansablemente batalla dentro del plan cuatrienal del mariscal Goring. Friedel servía en el «depósito de recogida de papel usado» y el suyo no era ni mucho menos un trabajo sencillo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? La pequeña tienda de té, café, cacao y otros productos coloniales donde había trabajado como aprendiz de dependiente y repartidor había cerrado al no ser considerada un activo «para la economía nacional». Y aunque la tienda no hubiera cerrado, Friedel tampoco habría podido evitar el «depósito de recogida de papel usado». El Estado opinaba que los compradores debían llevar ellos mismos las compras a casa. Era intolerable que una unidad humana de trabajo se viera apartada del servicio nacional para desempeñar una tarea afeminada y debilitante como la de repartidor. Friedel había leído su destino una mañana en la portada del *Anzeiger*, el periódico local. Era un poema de tono jocoso pero inspirado claramente en fuentes oficiales. Friedel se había detenido en la última estrofa:

*Que se lea en un cartel colgado
en escaparates y mostradores:
el país necesita trabajadores
el S. A. C. se ha terminado.*

S. A. C. significaba «servicio al cliente», y aquellos alegres versos habían puesto a Friedel de patitas en la calle.

Entonces, la alternativa había sido el «frente de la basura»: diez horas al día yendo de puerta a puerta, de casa a casa, recogiendo papel usado. Ni su posición ni su actividad habían hecho crecer su popularidad. Ahora era algo así como un oficial al servicio del plan cuatrienal y si alguien no le daba suficiente papel o si, Dios no lo quisiera, tenía razones para sospechar que alguien derrochaba papel o lo utilizaba de forma extravagante (si alguien lo tiraba, lo rasgaba o incluso lo quemaba), debía amenazarle con denunciarlo. Y si persistía en su ofensiva actitud, debía cumplir con la amenaza. De lo contrario, se exponía a recibir un castigo, pues, en el frente de la basura, «capturar» demasiado poco papel y no denunciar a los responsables del fracaso era una ofensa punible.

—Lo que necesitamos —dijo uno de los jóvenes superiores de Friedel— es la movilización de las *escrituras*.

Friedel asintió. Estaba tan acostumbrado a que los de arriba le dieran instrucciones como si fueran órdenes militares que ya ni siquiera se daba cuenta de la vaguedad y el sinsentido de algunas frases. Claro, se dijo, la movilización de las escrituras, ¿por qué no?

La señora Murks, la misma señora Murks que tanto sufría con los simulacros de ataques aéreos nocturnos y cuyo nada disimulado resentimiento amenazaba con traerle funestas consecuencias, aceptaba todo el tinglado del «régimen» como la revelación de una Providencia inescrutable. En cuanto a sus hijos, amaba más al mayor. Era más apuesto y, desde luego, algún día sería capitán; era alto, robusto y rubio, y tenía los ojos azules. «Tiene una frente tan clara y despejada», pensó su madre mientras tomaba de nuevo la postal con el Alster Pavilion de Hamburgo y la observaba como si fuera una foto de su «hijo mayor». Realmente es una frente de niño, no ha cambiado nada.

Entonces se sentó a escribirle unas líneas a su hijo.

«Querido Max —escribió—, trae algo de café de tu último viaje. Friedel me acaba de explicar qué significa eso, yo ya no entiendo nada. En fin, que traigas algo de café porque aquí ya no nos queda y ya sabes cuánto me gusta beberme una taza de vez en cuando. Además, es necesario para los nervios. Pero hay algo que debo pedirte con urgencia: por favor, no compres café sin tostar como la última vez. Ya sé que es más barato, pero es que tú no sabes lo que pasó con el café sin tostar que nos mandaste. Lo tostamos nosotros mismos, por supuesto, porque no puedes llevar algo tan valioso para que lo tuesten en una tienda. ¿Y qué pasa con el café cuando lo tuestas? Pues que huele tanto y tan deliciosamente que se enteró todo el mundo en tres bloques a la redonda. No hace falta que te cuente la de gente que se reunió en nuestra puerta en cuanto olieron el café. Pues bueno, de aquel regalo del cielo al final apenas quedó algo para nosotros, aunque fui tan tacaña como pude. Para empezar, el supervisor de bloque se llevó la mitad bien buena, claro, ya sabes que eso es inevitable. Así pues, querido mío, esta vez que sea café tostado, aunque solo entre la mitad por el mismo precio. Sé feliz y déjanos saber de ti; América está muy lejos y yo preferiría mil veces que estuvieras aquí, en casa, sirviendo en algún “frente”, y no allí fuera, en medio de las olas, donde puede pasar cualquier cosa. Con todo el cariño y muchos besos, tu madre».

Era una carta larga y la señora Murks estaba bastante cansada cuando terminó. Sin embargo, antes de cerrar el sobre hizo unos cálculos: «Comienza

la semana que viene; eso es mediados de noviembre, por lo que debería regresar a principios o, como mucho, mediados de diciembre. Y entonces tal vez, *tal vez* (seguro que no, sería demasiado bonito), *tal vez* mi niño esté en casa por Navidad. Si se ha portado bien, incluso es posible que le den permiso en Nochebuena. Sacó la carta del sobre y añadió una posdata expresando aquel ardiente deseo. Hace más de un año que no le veo, se dijo. Ya es hora de que vuelva a casa...».

Por la noche, cuando el viento aullaba alrededor de la casa y Friedel ya había regresado, exhausto, de «servir en el frente», madre e hijo se sentaron juntos. La señora Murks estaba ocupada tejiendo algo y Friedel estaba toqueteando la radio.

—Pero no pongas emisoras extranjeras, por favor —imploró la señora Murks.

Friedel, que trasteaba en el interior del aparato con un alambre y una lima, respondió en tono distraído:

—¿Emisoras extranjeras? ¿Quién quiere emisoras extranjeras? Estoy buscando Estrasburgo y Londres, ahora emiten también desde Alemania.

Su madre sacudió la cabeza en un gesto de impotencia.

—Déjalo, hijo.

—¡Toma! ¡Ahí está! —exclamó este—. Luxemburgo. ¡Genial!

El muchacho tenía aspecto pálido y cansado, pensó la madre. No le gustaban las profundas arrugas que le poblaban la frente y las comisuras de los infantiles labios. Tenía dieciocho años, ¿cómo iba a ser cuando tuviera treinta y hubiera cumplido con el servicio militar... y hubiera ido tal vez a la guerra? La madre soltó un suspiro.

—Fuera hay mal tiempo —dijo—. ¿Hace mal tiempo en el mar, también?

Friedel, con el oído pegado aún a la radio, no respondió. Su rostro juvenil, cansado y envejecido a pesar de su edad, estaba vuelto hacia su madre, que seguía tejiendo ansiosamente.

—Este suéter era viejo y ya no servía, de todos modos —dijo—. Si deshago toda la lana, me dará para tejer tres pares de medias: uno para ti y dos para tu hermano mayor.

Friedel sonrió.

—Claro —dijo en tono burlón—, dos pares para el grandullón, para el buen marinerito, y ninguno para mí. ¿Cómo no lo había imaginado?

La señora Murks se levantó y le acarició el pelo con dulzura.

—Vamos —le dijo—, ¿a qué vienen esos celos? Con un poco de suerte tendremos café por Nochebuena. Ya he escrito.

Pasaron tres semanas, largas, grises y monótonas. Y frías también, pues el carbón escaseaba y la vieja casa donde estaba el piso en el que vivían la señora Murks y Friedel, en la tercera planta, no tenía calefacción central.

—¡Ni se te ocurra echar papel a la estufa! —dijo Friedel, el «oficial», en tono amenazante. Pero no sonrió al decirlo. Llevaba sus calcetines nuevos. Eran buenos y cálidos, y la señora Murks tenía razón cuando decía que no se podían comprar unos calcetines como aquellos en toda Alemania.

—Es que el jersey del que están hechos lo compramos en tiempos de paz —dijo, y ella tampoco sonrió. No encontraba nada raro en el hecho de que en toda Alemania no se pudieran comprar productos de «tiempos de paz» aunque no estuvieran en guerra. Escondidos en uno de los cajones había los otros dos pares de calcetines para el «grande», cuidadosamente envueltos en papel de seda viejo. La madre sabía que el «pequeño», Friedel, cogería el papel y lo llevaría al depósito si lo encontraba, de modo que había escondido el paquete entre unas camisas, como un tesoro prohibido.

Llegó diciembre y la señora Murks adquirió la costumbre de bajar a la segunda planta tres veces al día, por la mañana, al mediodía y por la noche, para interceptar al cartero.

—¿No tiene nada para mí? —le decía—. ¿Ni una carta, ni una postal de Hamburgo o de otra parte?

Pero la mayor parte de las veces el cartero no tenía nada para ella excepto el *Anzeiger* y si había alguna carta, generalmente era del recaudador de impuestos o de alguna otra oficina gubernamental, cartas que la señora Murks abría con más temor que ilusión.

El 22 de diciembre, la señora Murks y Friedel se enteraron de que el barco de Max había llegado a Hamburgo, pero aún no tenían noticias de él. «Llegará mañana —pensó—, la señora Murks nos va a dar una sorpresa». Eso sí, no se atrevió a decirlo en voz alta por miedo a llamar la mala suerte. Pero el día pasó y llegó el veintitrés. Friedel llevó a casa un escuálido arbolito de Navidad que parecía una escoba de cocina.

—Tenemos que proteger los bosques alemanes —dijo—. Ya no se pueden comprar buenos abetos de Navidad.

Sin embargo, sabía perfectamente que los bosques alemanes estaban siendo arrasados como si fueran tropas enemigas en el campo de batalla. También en los bosques alemanes se dejaba sentir con furia el plan cuatrienal de Göring: para producir la goma artificial necesaria para fabricar un neumático había que talar cuarenta árboles adultos. La señora Murks había comprado algo de chocolate para la fiesta, aunque en realidad el paquetito era

escasamente festivo. La hermosa caja de cartón de colores donde iba metido el chocolate tenía muy buen aspecto desde fuera, proclamando alegremente que se trataba de un «producto de los tiempos de paz». Pero dentro no había ni envoltorio, ni papel encerado, ni siquiera un poco de papel de seda. Las tabletas de chocolate, finas como una película, iban sueltas dentro de la caja. Por extraño que parezca, no eran ni negras ni marrones, sino de un color gris mosca, como si estuvieran cubiertas de moho. Y cuando te ponías un trozo en la boca, era como si estuvieras mordiendo polvo cocido. En cualquier caso, no tenías la sensación de estar comiendo chocolate. Era un terrón áspero y arenoso que amargaba la lengua y en cuya fabricación, desde luego, no habían intervenido ni el cacao en polvo ni la leche. Tampoco había mucho que decir de los cigarrillos que la madre había colgado en el árbol para sus dos hijos. Un papel grueso y sucio y, dentro, una hierba de origen inequívocamente doméstico: los países extranjeros que cultivaban tabaco exigían cobrar en oro y en moneda extranjera.

La señora Murks se pasó toda la mañana sentada en casa, esperando a su hijo. Sin embargo, cuando sonó la puerta había salido a buscar unas cuantas velas. Friedel, que estaba echado en el sofá, entre cansado y malhumorado, dejó que el timbre sonara dos veces antes de ir a abrir.

—¿A qué vienen esas prisas, ambicioso capitán? —murmuró y, sin embargo, en el fondo de su corazón, se alegraba ante la perspectiva de volver a ver a su hermano, aunque jamás lo habría admitido.

Pero no era Max quien estaba en la puerta. Era un joven desconocido con un traje moteado azul oscuro. En la mano derecha llevaba una pequeña maleta de fibra y retorció nerviosamente su gorra con la izquierda.

—¿Sí? —dijo Friedel, y un inexplicable miedo le atoró la garganta. Intentó dominarlo añadiendo una entonación firme, casi severa, a sus palabras—. No, gracias, hoy no queremos comprar nada. Si es que vende algo, claro. En cuyo caso, ¿dónde está su permiso?

El extraño sacudió la cabeza.

—¿Puedo pasar? ¿Está la madre, quiero decir la señora Murks, en casa?

Friedel dijo que la señora Murks regresaría enseguida e invitó al desconocido a pasar, faltaría más; es decir, si no vende nada.

Ya era oscuro en el exterior. Los dos jóvenes se sentaron a una mesa redonda, bajo la lámpara que colgaba en el centro de la sala de estar que era también el dormitorio de la señora Murks. Tras una pausa, el desconocido dijo:

—Soy amigo de Max. Quiero decir que era amigo de Max.

Friedel, con la garganta paralizada de terror, solo acertó a decir:

—¿Dónde está Max?

La puerta se abrió y la señora Murks, que había buscado velas por todas partes y no había encontrado ni una, entró en la sala, la cabeza envuelta con un pañuelo y las mejillas coloradas de frío. El desconocido se levantó y la señora Murks se detuvo en medio de la sala, incapaz de hablar.

—Señora Murks —dijo el desconocido—. Tengo que... tengo que decirle algo... pero no sé cómo empezar...

La madre, muy quieta, impertérrita, dijo con voz suave y sin el menor deje de interrogación:

—Max está muerto.

El desconocido se le acercó, le puso la mano cariñosamente sobre el hombro e intentó acompañarla hacia el sofá. Friedel se había puesto en pie de un salto.

—¿Cómo? —exclamó—. Pero ¿qué dice? ¿Se ha vuelto loco?

Pero el desconocido, aún con el brazo sobre el hombro de la madre inmóvil, dijo:

—A veces uno cree que está loco, pero no es así. Los que están locos son los otros, los asesinos.

Finalmente la madre habló; sus labios se movieron y formaron palabras audibles, pero el resto de la cara seguía estática, como tallada en madera.

—Max está muerto —repitió—. Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo es posible?

El desconocido, en lugar de responder, dijo:

—Mi nombre es Paul Behrens. Yo estaba allí cuando lo mataron... le vi morir. Era muy buen amigo mío; de hecho, era mi mejor amigo. Pero no pude hacer nada. Me sentí tan impotente...

El recio cuerpo de la señora Murks se sacudió como si hubiera recibido una violenta descarga eléctrica. A continuación, se quedó de nuevo totalmente inmóvil. Se sentó muy rígida junto al desconocido, junto al joven Paul Behrens que había visto morir a su hijo mayor, que había visto cómo lo mataban, porque estaban locos, los asesinos. Friedel, en mangas de camisa y zapatillas de fieltro, se inclinó sobre la mesa, frente a su madre y al desconocido.

—¡Vamos! —dijo en tono amenazante—. O nos cuenta de una vez lo que sucedió o...

Y levantó el puño derecho como si fuera a golpear al desconocido. Este apartó el brazo del hombro de la madre, se levantó y se acercó a la ventana.

Con la espalda apoyada en el alféizar y los brazos cruzados, comenzó a hablar. Lo hizo en voz inusualmente alta, como para vencer una cierta ronquera que amenazaba con dejarle sin palabras. Mientras hablaba, no miraba a ninguno de los dos.

—Era la segunda visita al otro lado para Max y para mí —dijo—, y ya teníamos amigos en Nueva York. Allí hay un gran sindicato de marineros o varios, no lo sé, y hay otra organización fundada especialmente para nosotros... o sea —añadió, bajando la voz un instante— para marineros antinazis. Ya me entienden, claro; habíamos estado allí en nuestra primera visita y nadie se había dado cuenta. Pero en esta ocasión habían puesto espías para que nos siguieran, miembros de la propia tripulación. Me di cuenta en cuanto desembarcamos y advertí a Max.

»“No vayas —le dije—. No vayas con los antinazis esta vez, por favor; nos están siguiendo”.

»Max me juró que no iría y, de hecho, por lo que yo sé, no fue. Donde sí acudió, en cambio, fue a un mitin de trabajadores. Ahí celebran muchos mítines de esos, donde critican abiertamente a su gobierno, dicen un montón de cosas en contra y nadie los arresta por ello. ¡Si supieran lo bien que viven bajo su gobierno! Pero bueno, no es eso lo que he venido a contarles. Max acudió a uno de esos mítines, aunque no creo que supiera que los trabajadores americanos eran roclos tan antinazis y que iban a atacar al *Führer* más aún que a su propio gobierno. Solo lo supo cuando ya era demasiado tarde. El orador principal dijo que Hitler era un gánster, un asesino y una bestia salvaje. Si en aquel momento Max se hubiera levantado y se hubiera marchado a modo de protesta... tal vez eso lo hubiera salvado. Pero estaba demasiado emocionado, pues por primera vez oía a alguien decir la verdad alto y claro en presencia de miles de personas, como si nada; la misma verdad de la que a veces osábamos hablar entre cuchicheos, cuando estábamos de guardia en la cubierta y sabíamos que nadie podía oírnos.

El joven se detuvo y, por primera vez desde que había comenzado a hablar, miró a la cara a sus oyentes.

—Sí —dijo—, eso lo emocionó muchísimo. Más tarde me dijo que había sido víctima de una especie de embrujo y que no habría podido moverse del lugar ni queriendo. Pero, por supuesto, no quería. Quería oírlo todo, ver cómo los trabajadores americanos, a pesar de las muchas cosas que tienen que decir contra su gobierno, están orgullosos de su bandera y aman su país y su libertad.

Hizo una pausa.

—Quería ver todo eso. El espía que mandaron para que lo siguiera también lo vio, pero no sé si le causó alguna impresión. Aunque sí, imagino que sí le causaría impresión, seguro que tomó notas para más adelante. Pero de momento, lo primero y lo más importante que tenía que hacer era denunciar a Max al capitán y a uno de los cocineros, que era un alto cargo del partido y contra cuya palabra el capitán nada podía hacer. El cocinero no le dijo nada a Max en relación con la denuncia, pero el capitán lo mandó llamar al poco de embarcarnos y salir del puerto y le dijo que lamentaba tener que informarle de que existían informes contrarios a él y que era recomendable que se anduviera con ojo. Y nos anduvimos con mucho ojo, Max y yo; tuvimos mucho cuidado, prestamos muchísima atención. Pero ¿de qué sirve prestar atención cuando los tienes detrás? Lo mejor que podría haber hecho Max era saltar por la borda de noche y tratar de nadar a puerto seguro. Sin embargo, y aunque sabíamos lo cerdos que eran aquellos nazis, no los creíamos capaces de hacer lo que hicieron.

Friedel, con su pálido rostro juvenil transido de terror y rabia, gritó, fuera de sí:

—Pero ¿qué fue? ¿Qué le hicieron?

Paul Behrens se sentó en el alféizar en el que estaba apoyado.

—Cuando llegamos a puerto, y me refiero al puerto franco, donde el empleado de aduanas sube a bordo, cuatro soldados, aún puedo verlos, salieron hacia la popa, donde Max montaba guardia, y le dispararon. El cocinero debió de avisar por cable de que mandaran soldados al barco; de lo que estoy seguro es de que no fue el capitán. Cuando vi aquellos tipos subir al barco a las cuatro de la madrugada me dio una náusea. Corrí a avisar a Max, pero ya era demasiado tarde. Llegué a tiempo de ver cómo Max se subía a la barandilla, como si fuera a saltar por la borda, y oí a los hombres insultarle, llamarle «rojo traidor» y «cerdo bolchevique». Entonces le dispararon y Max cayó de espalda, pues se había vuelto hacia ellos; cayó de espalda al agua y se hundió al momento y no tenía ningún sentido saltar a por él, pues sin duda estaba... estaba muerto.

Hubo algo espantoso y antinatural en el silencio y la inmovilidad en que se había sumido la señora Murks desde que había visto al desconocido. Si no fuera porque estaba tan erguida y con los ojos de par en par, uno podría haber pensado que se había desmayado. Friedel se puso a caminar alrededor de la habitación, tropezando con los muebles como si fuera ciego. El joven Behrens se había cubierto los ojos con las manos. Tal vez no podía soportar ver cómo la madre de su amigo, y su hermano también, se habían tomado la noticia. Tal

vez lo atormentaba la imagen que se había apoderado de su memoria: los cuatro soldados y Max, que se había medio vuelto hacia ellos un momento antes de los disparos.

—Tengan —dijo, fue hacia el maletín de fibra artificial y lo abrió—. Lo he traído para ustedes.

Sacó un paquete envuelto en papel marrón y se lo tendió a la madre que, sin embargo, no alargó la mano para tomarlo.

—Max lo compró el último día en Nueva York y... es tostado —añadió, tragando saliva—, tal como usted le había pedido.

Finalmente, la madre salió de su sopor: dio un respingo, se abalanzó con su fornido cuerpo sobre la mesa, donde había el paquete marrón, y se echó a llorar. Lloró con tanta fuerza que se echó a temblar de los pies a la cabeza. Estiró los brazos y se agarró al borde de la mesa, y entonces le dio un cabezazo al tablón de madera como si quisiera partirlo. Una y otra vez, la cabeza de la madre golpeó la mesa, mientras Friedel y el joven Behrens intentaban, en vano, detener aquel terrible espectáculo.

—¿Quieren que me vaya? —preguntó el desconocido con un susurro.

—No, por favor —dijo Friedel con voz temblorosa, como si temiera quedarse con su madre a solas—; quédese a pasar la noche. Puede dormir en mi cama, de todos modos yo no voy a pegar ojo.

La madre seguía dando cabezazos contra la mesa. No había vuelto a decir nada desde aquel «Max está muerto. Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo es posible?». Friedel decidió ocuparse de ella; fue a buscar un poco de agua y echó unas gotitas en el pelo de su madre, que no reaccionó. Sacó la última postal de Max del aparador, pero no logró que la mirase. Intentó levantarla de la mesa y apartarla. Sin embargo, la mujer era pesada y la desesperación le daba fuerzas, de modo que no logró moverla. Finalmente se sentaron frente a ella, al otro lado de la mesa, pero no osaron decir nada, pues la madre parecía haber perdido la razón.

Pasaron varios minutos; pasó una hora y luego otra más. Friedel estaba vuelto hacia Behrens, hablando en susurros, mientras la madre había parado de dar cabezazos de puro agotamiento. Finalmente había caído de espaldas sobre el sofá con los ojos abiertos de par en par; en su mirada brillaba una trémula luz de locura.

Friedel tenía la frente cubierta de sudor, aunque aún iba en mangas de camisa y en la habitación hacía cada vez más frío. Tenía las manos en los bolsillos, con los puños cerrados, y hablaba en susurros con Paul Behrens, que lo escuchaba en silencio, asintiendo de vez en cuando para mostrar su

asentimiento o para darle ánimo. Finalmente, Behrens puso las manos sobre los hombros del muchacho, que seguía susurrando, nervioso.

—Tranquilo —dijo—, tranquilo, muchacho. Claro que lo vengaremos, pero debemos ser pacientes y astutos. Debemos esperar a que llegue el día y entonces... entonces...

Se levantó, tomó el paquete marrón de la mesa, se acercó a la ventana, la abrió y dejó que el aire frío y brumoso de la noche llenara la habitación.

—¿Tienen un colador? —preguntó, sosteniendo el paquete.

Friedel asintió.

—Buena idea —dijo, esbozando incluso una débil sonrisa—. Tal vez haga entrar en razón a mamá. El café es su gran debilidad, ¿sabe?

Prepararon café. Friedel sacó las tazas «buenas» del aparador, las del mango dorado y los dibujos color azul nomeolvides. El café desprendía un olor fuerte y agradable. La señora Murks refunfuñó y por primera vez desde hacía horas, levantó la cabeza.

—Dale los calcetines a Max —dijo, haciendo con la cabeza un gesto hacia el joven Behrens—. Los encontrarás entre mis camisas.

Friedel encontró el paquete envuelto en papel de seda. Desembaló los calcetines y arrojó el papel al horno, donde los rescoldos lo hicieron arder.

—Eran para Max —dijo—, pero usted era su amigo.

Paul Behrens los tomó con un gesto avergonzado e hizo una torpe reverencia de colegial.

—Gracias —dijo—. Y ahora metamos a la madre en la cama. Está helada.

La señora Murks, que había dejado que su humeante taza de café se enfriase sin ni siquiera tocarla, se sacudía entre convulsiones y temblores, pero era evidente que no estaba consciente. Totalmente abúlica, dejó que los dos chicos se encargaran de ella. Tras lograr sentarla en una silla, Friedel sacó las sábanas del armario del sofá. Paul Behrens preparó la cama con ágiles movimientos.

—Cosas que se aprenden a bordo —dijo.

—Gracias, Max —dijo la madre, y en su mirada volvió a brillar la locura—. Gracias, hijo mío.

Entonces se quedó bastante quieta; las convulsiones y los temblores habían cesado.

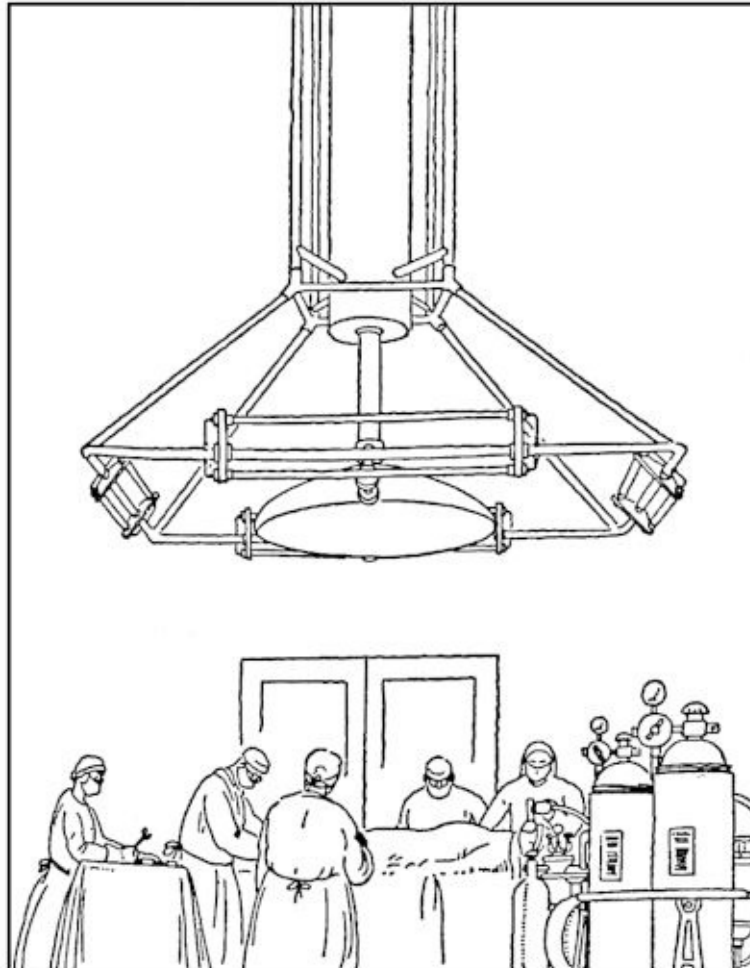
Sin embargo, no fue una quietud tranquilizadora la que la sobrevino y el estado en el que se sumió no era el sueño. Tampoco se había desmayado. Los dos chicos, que se habían trasladado a la habitación de Friedel con las tazas de café, escucharon con atención aquel silencio como si fuera un sonido

sinistro. De vez en cuando la madre comenzaba a hablar. Hablaba de forma extraña, inquietante, consigo misma, y en un par de ocasiones soltó una carcajada.

—Está enferma —dijo Friedel—. Mañana por la mañana tendremos que ir a buscar al médico.

Paul Behrens no hizo ningún comentario. Entonces Friedel, sentado en el frío suelo, con los hombros encogidos y su rostro juvenil transfigurado, le dedicó al otro una mueca y dijo:

—Mañana es Navidad.



IX

Órdenes del médico

El famoso hospital de nuestra ciudad aún se mostraba a los extranjeros como un ejemplo excepcional del alto nivel de la ciencia en Alemania. Tenía un moderno quirófano, amplio y pulcro. Todo el instrumental parecía estar hecho de acero y cristal; brillaba con la armonía de los objetos perfectamente diseñados para desempeñar específicamente su objetivo.

El hospital local de la Goetheplatz había pertenecido hasta hacía poco a una orden religiosa católica. Las hermanas que lo administraban tenían no solo una sólida formación médica, sino que también poseían un agudo sentido de la belleza y la importancia de la profesión a la que se dedicaban. Eran de espíritu dulce y jovial, y vivían fuera del alcance del mundo que había al otro lado de los muros del hospital. Ni la ambición, ni la sed de ganancias, ni ningún interés egoísta perturbaban la pureza de sus relaciones con los enfermos que habían sido confiados a su cuidado. Y si bien había quienes opinaban que el paso suave y la inalterable, la imperturbable tranquilidad espiritual de las hermanas resultaba poco creíble y natural, no tenían más remedio que admitir que los enfermos no podían tener cuidadoras mejores y más útiles que los miembros de aquella orden religiosa católica.

En mayo de 1938, el gobierno de Adolf Hitler decidió «reemplazar» el personal del hospital de nuestra ciudad. «Las piadosas hermanas», declaraba un día tras otro el *Führer* a través del *Anzeiger*, estaban completa y profundamente corrompidas. No solo habían sacado oro del país a escondidas, no solo habían mantenido relaciones indecentes con el médico jefe (un católico de casi setenta años que era sospechoso de tener inclinaciones monárquicas), sino que también tenían por lo menos un asesinato sobre su conciencia (un importante oficial del partido había muerto en nuestro hospital el invierno anterior tras ser operado de cáncer). En pocas palabras, había que

actuar con contundencia. El doctor jefe huyó, las hermanas se mudaron fuera de la ciudad y la orden religiosa no recibió ningún tipo de compensación por las pérdidas económicas que les suponía la expropiación. Dos o tres de las hermanas lograron huir al extranjero. Otras fueron arrestadas y esperaron en vano a que las llevaran a juicio. El «material» del que disponía el fiscal era tan escaso y estaba tan plagado de mentiras o de testimonios de niños, idiotas y soplones, que las autoridades no quisieron arriesgarse a un proceso convencional. El profesor de derecho criminal de nuestra universidad, el doctor Habermann, había desaconsejado el juicio con vehemencia, y las autoridades habían tenido el sentido común de escucharlo. Sin embargo, eso no les había impedido relevar al doctor Habermann de su puesto el semestre siguiente y cerrar su facultad «hasta próximo aviso». Sabían que habría sido difícil convencer a los alumnos de Habermann de que asistieran a las clases de un profesor nuevo, nazi al cien por cien.

El puesto del doctor jefe se lo ofrecieron al consejero privado doctor Scherbach. Este gran cirujano gozaba de reputación mundial y podría haber logrado un puesto de prestigio en París, Nueva York, Tokio o Buenos Aires, pero prefirió quedarse en Alemania. Cuando le llegó la invitación dudó un instante, pero, finalmente, tal vez porque debajo de su dureza superficial le corría una vena sentimental, terminó cediendo. Así, en el sexto año de gobierno de Hitler, aceptó el nombramiento en la ciudad que lo había visto nacer y crecer.

Físicamente, el profesor Scherbach era un hombre común de mediana edad, de altura y aspecto corrientes. Un mechón de pelo rubio le caía sobre la frente, ancha e inteligente. Sus ojos, probablemente de color azul, se escondían tras unas gafas de grosor triple. Tenía la boca ancha, llena y deseosa de vida. Era de complexión robusta y sus manos, fuertes y toscas, eran las cuidadas manos de un cirujano, y podrían haber sido tan tiernas como las de una mujer. Aparte de su profesión, el doctor tenía dos grandes pasiones: la música y la escultura. No tenía el menor interés en política, aunque el ejercicio de su profesión debió de ponerle en contacto con todo tipo de problemas sociales. Hacía bien su trabajo, extraordinariamente bien, y era un jefe dominante pero alegre. Nunca se había casado, tal vez por su aversión a las obligaciones sociales. A pesar de los muchos años de servicio profesional en diversas ciudades alemanas, conservaba un fuerte vínculo con su ciudad natal, donde había oído los primeros conciertos y había visitado por primera vez una galería de arte.

Con la llegada de Hitler al poder, Scherbach rechazó la idea de que algo había cambiado en Alemania.

—¡Quiá! —gruñía—. Un club de bolos ha cambiado de presidente, eso es todo.

Entonces el gobierno obligó a todos los médicos judíos a abandonar sus puestos. Scherbach, que tenía en gran estima a su asistente judío, protestó. Sin embargo, no protestó demasiado alto y fue lo bastante inteligente (o posiblemente lo bastante discreto) como para no presentar ninguna objeción de principios. Simplemente dejó que las autoridades supieran que él, el consejero privado doctor Scherbach, personalmente, no podía prescindir de los servicios de su joven ayudante y que debería renunciar a sus diversos puestos si se veía privado del doctor Schlesinger. El gobierno cedió. Scherbach, consideraron, era un hombre demasiado importante, demasiado distinguido (un ejemplo demasiado brillante del conquistador ario) como para perderle por un asunto tan trivial. No fue hasta al cabo de cinco años, cuando el mundo parecía ya acostumbrado a los métodos del tercer *Reich*, cuando se aprovechó el nombramiento del doctor Scherbach como médico en nuestra ciudad para apartar a su asistente personal y reemplazarlo por «un viejo veterano del movimiento», un hombre que respondía al nombre de doctor Killinger.

Vale la pena prestar atención al desarrollo que la carrera del profesor Scherbach (aquel hombre de gran talento y típico carácter alemán) había experimentado durante esos años. En apariencia, su vida no se había visto en absoluto afectada por lo que sucedía en el mundo. Las clases que impartía dos veces por semana en la facultad de medicina de la Universidad de Berlín (especializadas, por supuesto, en la ciencia y la práctica de la cirugía) sufrieron pocos cambios. Era cierto que los nuevos libros de texto que le llegaron contenían estúpidas referencias a la raza y la sangre, pero el famoso especialista tenía la sensación de que no debía prestar demasiada atención a esas cosas. A veces incluso se había permitido alguna broma al respecto, como cuando les había dicho a sus alumnos:

—Y si la herida no sangra, caballeros, la salud del paciente corre peligro, independientemente de que la sangre que no mana sea sangre aria o no aria. ¡Tomen buena nota de ello!

Sin embargo, las bromas terminaron de forma abrupta el día en que uno de los estudiantes se puso en pie durante una de las clases de Scherbach y gritó con insolencia:

—Profesor, en nombre de la asociación de estudiantes nacionalsocialistas, me niego a escuchar esos vulgares chistes sobre lo que es la más sagrada posesión de nuestra nación.

Scherbach se ruborizó como un colegial y se quedó callado. En la sala de la facultad, durante el intermedio, se había mostrado también extrañamente taciturno. Meses más tarde, cuando el mismo joven se presentó a examen, el profesor Scherbach le dio una nota mucho más alta de la que merecía, aunque no habría sabido explicar por qué.

Pero a veces (y últimamente le sucedía bastante a menudo), tenía la sensación de que, de alguna forma, estaba sucio; tenía las manos pegajosas, no lo bastante esterilizadas. Sin saber muy bien cómo, se había dejado arrastrar por el juego de los nazis. ¿Acaso había subestimado la revolución? ¿Se la había tomado menos en serio de lo que debía? ¿O simplemente el distinguido profesor había creído imposible que pudiera tener un efecto tan destructivo en su esfera vital más íntima? Seguramente se tratara de esto último.

La situación, de hecho, era más o menos la siguiente: Scherbach tenía talento, era inteligente y muy educado. No solo era un maestro en su especialidad (probablemente sin parangón en toda Alemania), sino que tampoco era un ignorante en general y estaba sumamente informado en asuntos que eran un misterio para la mayoría de cirujanos. Sus conocimientos de música eran profundos y auténticos y tenía una perspectiva de los secretos del arte plástico mucho más profunda que la de muchos artistas. Pero, y ese era el factor decisivo de su vida, consideraba correcto e indicado establecer una división clara e incluso violenta entre las diversas esferas de interés que había desarrollado.

«¿Qué tiene el arte que ver con la cirugía? —se preguntaba—. ¿Y qué demonios me importa a mí que el nuevo gobierno haya proclamado una nueva filosofía de vida? Yo voy a seguir con la mía. No tengo intención de molestar al gobierno y estoy convencido de que el gobierno no me va a molestar a mí». Tuvo que pasar bastante tiempo antes de que el profesor admitiera para sus adentros que la vida en Alemania se había echado totalmente a perder con la deificación del «estado totalitario».

Pues muy bien; al profesor no le interesaba en absoluto «la vida en su totalidad» en tanto que las vidas que se vieran afectadas fueran las de los demás. La persecución de judíos y católicos, la persecución de oponentes políticos, la corrupción de la juventud, la política exterior criminal ordenada por el jefe de Estado... nada de eso lograba perturbar la paz de espíritu de

aquel cirujano brillante y trabajador. Con su éxito y su riqueza podía permitirse el lujo de mostrarse cínico ante el sufrimiento y la locura de los demás. Pero cuando fueron sus propios intereses y sus asuntos personales y privados los que sufrieron las agresiones y se convirtieron en el objeto de la más asquerosa de las interferencias estatales, vivió momentos infelices, momentos en los que lamentó amargamente no haber sabido reaccionar inmediatamente, adoptar la actitud apropiada a su debido momento. «¡Lo que podríamos haber hecho, al principio! —pensó—. ¡Si nosotros, los científicos alemanes, nos hubiéramos unido y hubiéramos protestado! Estoy seguro de que habríamos logrado algo con nuestra protesta. Yo podría haber sido el líder de ese movimiento de protesta, y si en un primer momento hubiera fracasado en Alemania, por lo menos habría disparado las alarmas en el resto del mundo. Y nuestra ciencia, por lo menos, seguiría fuera del alcance de esa monstruosidad a la que llaman el estado totalitario».

Era una nueva forma de pensar que la vida le había obligado a adoptar. Por primera vez se vio enfrentado a aquel concepto colectivo: «nosotros». ¿Alguna vez había utilizado algún pronombre que no fuera «yo», y luego «yo», y al final también «yo»? Sus pensamientos comenzaron a fluir demasiado tarde. «Mi diagnóstico llega demasiado tarde. Bueno, al fin y al cabo soy cirujano; la medicina interna no es mi especialidad. Otros deberían haber hecho el diagnóstico cuando aún tenía validez». El profesor intentó aplacar sus ánimos con esas analogías extraídas de su entorno científico. Deberían haberlo hecho otros, fue su conclusión. «¿Por qué iba a preocuparme precisamente yo, el gran Scherbach, que aún puedo salir más o menos adelante?».

Pero, por desgracia, al poco tiempo quedó bien claro que ni siquiera él, «el gran Scherbach», iba a poder seguir su camino en el tercer *Reich* sin ser molestado. No solo eso, sino que las molestias no se limitaron a las interferencias estatales en aspectos teóricos de las cosas, que los poderes dominantes calificaban de ideológicos o filosóficos. Comenzó a sufrir intrusiones serias en asuntos prácticos. Jamás el profesor había creído posible que un doctor, o un cirujano, se viera atacado de forma tan intolerablemente desagradable por culpa de cuestiones políticas que «no eran asunto suyo».

Cuando nuestra ciudad le ofreció al profesor Scherbach el puesto de cirujano jefe en el hospital local, este desconocía cuáles eran los verdaderos motivos que se escondían tras el nombramiento. Lo único que se le comunicó fue que el titular anterior era ya demasiado viejo para el puesto y que nuestra ciudad, orgullosa de su hijo, le quería de vuelta a casa. Por ello, Scherbach se

quedó estupefacto al comprobar que las hermanas católicas, que él conocía y consideraba «profesionales de primera», habían sido sustituidas por la «hermandad marrón»^[1], la organización de enfermeras nacionalsocialistas, que consideraba que una rígida ortodoxia nazi era mucho más importante que las capacidades profesionales. Por lo general, las «hermanas marrones» eran muchachas rellenitas y ruidosas que no sabían cerrar una puerta sin hacer estruendo, no digamos ya cambiar un vendaje tal como quería el doctor. Cuando un paciente tenía dolor, o se mostraba nervioso o impaciente, las hermanas marrones le decían que al *Führer* no le gustaban los llorones, y que si el paciente quería llegar a algo cuando saliera de allí, más le convenía dejar inmediatamente de gemir y de quejarse. Donde las hermanas católicas habían intentado consolar a los enfermos citando el ejemplo de Jesús, las hermanas marrones se referían al *Führer* en tono amenazante. Encima, el profesor Scherbach constató, furioso, que ni siquiera eran suficientes: donde antes había habido una hermana católica por cada cuatro o cinco camas, ahora cada hermana marrón tenía que hacerse cargo de entre seis y ocho camas.

—Y eso es un escándalo —le dijo el profesor Scherbach a nuestro alcalde. Este asintió con tristeza y prometió que se ocuparía de que la situación mejorase, pero pronto quedó claro que no estaba en condición de cumplir con su promesa.

El nivel de los subordinados médicos y de los internos era igualmente «escandaloso», tal como Scherbach afirmaba a menudo. Los resultados devastadores de la intrusión política en todas las esferas de la vida en Alemania resultaban evidentes en la preparación de los estudiantes de medicina. En algunos distritos alemanes, por ejemplo en Württemberg, había una nueva ley según la cual solo serían admitidos en los exámenes de acceso a la universidad aquellos alumnos que, al terminar el instituto, pudieran presentar el certificado deportivo de las tropas de asalto. Sin embargo, los jóvenes debían dedicar todo su tiempo y energía a la obtención de dicho certificado deportivo, por lo que era impensable que cualquier alumno que hubiera logrado esa distinción, hubiera recibido también una preparación científica sólida. Basándose en eso, hacía poco se había establecido por ley que el «ejercicio físico» sería una «asignatura» de suprema importancia en los exámenes. Si Scherbach hubiera seguido la prensa diaria con algo más de atención, habría sabido que un estudiante cuyos logros académicos le habían merecido un «aprobado», recibía automáticamente un «bien» si había destacado en el «ejercicio físico». El problema se discutía una columna tras otra: ¿Cómo era posible que estudiantes ignorantes y vagos que, sin embargo,

eran buenos gimnastas accedieran al mundo profesional con unas calificaciones académicas excelentes?

Los estudiantes que ingresaban en las escuelas de medicina eran, por lo general, un hatajo de ignorantes, que no estaban acostumbrados a pensar. Si las facultades universitarias hubieran tenido la oportunidad y el permiso para filtrar a sus candidatos, tal vez habrían podido relativizar el daño; pero nunca se les concedió ese permiso. Los nuevos gobernantes alemanes redujeron en dos años la carrera de medicina. Las facultades de medicina, que incluso antes de esa reducción se habían preguntado, en vano, cómo se suponía que debían meter en el cerebro de aquellos jóvenes poco preparados todo lo que había que enseñarles, se llevaron las manos a la cabeza con la nueva norma.

—No es culpa mía —decía el profesor Scherbach— si sueltan a mis estudiantes sobre una humanidad indefensa cuando aún son unos carniceros incompetentes, homicidas y peligrosos. Yo no puedo hacer nada al respecto.

Pero aún peor que la drástica amputación del período de formación de los estudiantes de medicina era el nuevo estatus de que gozaban curanderos y sanadores naturales, que los equiparaba con los doctores cualificados. La ley decía que «quienes sientan en su interior la llamada de la medicina natural, quedarán exentos de educación superior y de cualquier tipo de examen».

El profesor Scherbach, naturalmente, se negaba a aceptar curanderos en su plantilla. Sin embargo, cada vez eran más los casos de personas que ingresaban en nuestro hospital tras pasar por las manos de uno de esos curanderos: casos de envenenamiento incurable o de miembros mal colocados. Y nadie en Alemania tenía el poder suficiente para protestar de forma efectiva contra el peligro que suponía esa práctica. Por cada cuatro licenciados en medicina (muchos de los cuales estaban bastante mal preparados) había un sanador natural que ni siquiera fingía haber recibido formación alguna.

Y por si eso no bastara para convertir la práctica de la medicina en Alemania en un siniestro negocio, se aprobó un nuevo decreto que prohibía a los pacientes cambiar de médico de cabecera más de una vez al año. Aunque el médico de cabecera practicara la medicina natural, hubiera demostrado ser un fracaso absoluto, hubiera diagnosticado cáncer en lugar de gripe y gripe en lugar de fiebre tifoidea, el paciente tenía prohibido despedirlo y buscarse un médico diferente y menos peligroso.

Los efectos desastrosos de la nueva política gubernamental sobre sanidad pública y sobre las posibilidades de devolverla siquiera a su nivel de antaño habían minado la alegría natural del profesor Scherbach.

—No tiene ningún sentido —dijo en voz alta una noche, mientras pasaba revista al trabajo del día ante una botella de vino—. No tiene absolutamente ningún sentido seguir adelante, no sirve de nada.

Sus ojos se posaron en un llamamiento publicado por el líder del sindicato unificado, el doctor Ley, y en el que se insistía que «es la obligación suprema de todos los miembros de nuestro pueblo mantenerse sanos». A Scherbach le entró un ataque de risa.

—¡Pues los miembros de nuestro pueblo se niegan a cumplir con su obligación! —se rio—. ¡Se niegan rotundamente a mantenerse sanos!

Además, parecía que precisamente los «miembros del pueblo» que vivían bajo la dirección del doctor Ley eran los más negligentes con su obligación. Las estadísticas de las empresas de seguros laborales mostraban que, entre 1933 y 1936, el número de casos de enfermedad entre los trabajadores había aumentado un 20,3 por ciento. Sin embargo, y lejos de descender, desde 1936 los casos habían experimentado otro incremento del 12,9 por ciento. La oficina de estadística no podía negar los hechos. «La incapacitación de trabajadores por causa de enfermedad ha alcanzado tales proporciones que representa la retirada permanente de 700 000 trabajadores de la industria». El profesor estaba al corriente de todo ello; de repente sabía todas esas cosas, él, que en otra época había sido tan indiferente a todo lo relacionado con los temas sociales. De pronto, sin embargo, todos aquellos asuntos se abrían paso hasta su trabajo y hasta su ser más íntimo. En el hospital no había sitio para todos los pacientes que necesitaban ser ingresados. Solo los casos de accidente, que entre 1935 y 1937 habían experimentado un incremento de 450 000 casos en todo el país, suponían una carga insoportable para el hospital. Un aumento forzado de la velocidad de trabajo, trabajadores poco formados y mal alimentados, protección inadecuada... esos eran los factores que explicaban el aumento.

—¡Pero aun así sigue siendo un escándalo! —exclamó Scherbach, que tuvo que decirle a un paciente que se había quemado ambas manos que volviera a su casa y que acudiera a diario al hospital a recibir tratamiento, pues no disponían de espacio para él.

—No le hará ningún daño —dijo su asistente, el doctor Killinger—. De todos modos, sospecho que se ha quemado aposta para poder venir aquí.

Al oír eso, Scherbach se puso morado de cólera.

—Por supuesto que le hará daño... ¡so burro! —bramó—. Naturalmente que le va a hacer daño, ¡en ciertas circunstancias incluso puede provocarle la muerte! El hombre tiene la fiebre muy alta, no debería siquiera andar por la

calle. Yo ni siquiera le permitiría entrar en el quirófano. Si tuviéramos una habitación libre le haría guardar cama y que le cambiaran los vendajes allí. Pero, en cambio, tiene que salir de la cama y venir hasta aquí en un trolebús hasta los topes. Si en su estado no sufre una infección séptica, tendremos más suerte que cerebro. ¡Y dice que «no le hará ningún daño»! ¡Burro, más que burro!

Al parecer no se le ocurría ningún otro epíteto para describir al jovial Killinger, que dejó que le cayera la caballería encima sin abrir la boca. «Ya se lo haré pagar con creces —pensaba el joven, seguro de la victoria final—. Le daré una lección a la primera oportunidad».

Pero por extraño que parezca, al doctor Killinger nunca se le presentó la oportunidad de pasar cuentas con su superior. La gran carencia de personal médico hacía que el gobierno se abstuviera de actuar contra los pocos hombres capaces que tenía a su disposición. La incidencia de enfermedades no paraba de aumentar en todo el país y, paralelamente a ese incremento, se producía una disminución constante de médicos capaces. El *Schwarze Korps* publicaba algo respecto del deterioro de la sanidad pública en casi cada edición: «Acuda al médico a tiempo», ordenaba un editorial con un titular gigante. «Según muestran las estadísticas de enfermedades venéreas —seguía diciendo el texto—, es un hecho tristemente innegable que el 75 por ciento de todos los varones alemanes sufren o han sufrido alguna vez una enfermedad de ese tipo... Científicos de renombre han calculado que, por culpa de ello, solamente dentro del viejo *Reich* perdemos unos dos millones de nacimientos al año». Y en un artículo sobre «el incremento programático de la tasa de natalidad, para el cual este hecho supone una seria amenaza», el *Schwarze Korps* exigía la introducción de un «carné sanitario policial» que en adelante todo alemán debería llevar consigo y mostrar cuando así se le solicitara, y que hasta ahora solo se les exigía en Alemania a las prostitutas registradas. Este carné indicaría las enfermedades venéreas que hubiera sufrido o sufriera el titular; asimismo, el titular tendría la obligación de mantenerlo al día y no se le permitiría ningún tipo de «acto sexual» sin previa comprobación de los registros de sífilis de la pareja deseada.

Sin embargo, no fueron solo las enfermedades venéreas y ocupacionales y los accidentes los que registraron un incremento tremendo en aquellos años.

—No sé qué le pasa a esta ciudad —dijo un día el doctor Killinger—. Deben de ser una gente particularmente degenerada. No hay tanta gente enferma en ninguna otra parte de Alemania, ¿verdad?

El profesor Scherbach se encogió de hombros.

—Mire —dijo, y tomó una publicación de encima de su mesa—. Échele un vistazo a esto, doctor, y aprenda algo para variar.

El doctor Killinger le echó un rápido vistazo a las cifras.

—Difteria, 1933: 77 340 casos; 1938 (solo Austria): 149 424. Escarlatina, 1933: 79 830 casos; 1938 (solo Austria): 114 243. Parálisis infantil, 1933: 1318 casos; 1938 (solo Austria): 5757 casos.

El joven doctor dejó la revista.

—¡Dios mío! ¡Eso es grave!

Scherbach le dedicó una dura mirada al joven y asintió enfáticamente varias veces:

—Sí, tumba de espalda, ¿verdad?

Pero a Killinger, tipo duro y curtido, no lo tumbó de espalda, ni mucho menos. En el fondo, nada le interesaba menos que el estado de salud de su pueblo. Sin embargo, Scherbach prosiguió:

—Está estupefacto, absolutamente vencido, ¿verdad, joven? Pues tome nota: ese es el resultado natural de cómo se están haciendo las cosas en la «nueva Alemania». Cuando la gente, *a*, no come lo suficiente; y *b*, está obligada a un sobreesfuerzo constante, lo normal es que enferme. Y cuando, *c*, los jóvenes doctores no aprenden lo suficiente; y *d*, no hay los suficientes, porque hoy en día las profesiones intelectuales son solo objeto de desdén y, además, *e*, no hay tampoco suficientes enfermeras y camilleros; y *f* no hay espacio suficiente para los pacientes; y *g*, hay carestía de medicamentos y una dolorosa falta de material higiénicamente aceptable, lo que sucede es que los enfermos no se curan, sino que empeoran más aún. Más claro que el agua, ¿verdad?

Killinger, con un mohín de resentimiento, dejó pasar el sermón sin hacer ningún comentario y, finalmente, dijo:

—En fin, voy a ir a echar un vistazo a mis pobres pacientes abandonados.

Scherbach se sentó a en su escritorio y se puso a leer el *Anzeiger*. «MÚSICA CONTRA LAS BACTERIAS», decía el titular, bien grande. El profesor se limpió las gafas, pues creía que no lo había leído bien. El artículo decía: «Numerosos científicos investigan el poder curativo de la música. En esta era de trabajo feliz en que vivimos, se le exige mucho a nuestra capacidad de resistencia. No es de extrañar, pues, que se descubran constantemente sedantes y tónicos pensados para conservar la salud. La música mata la bacteria de la pereza...», y el texto seguía por esos derroteros.

—Es para volverse loco —dijo Scherbach, hablando en voz alta—. Desde luego, es para perder completamente la cabeza, ¡las cosas que se les permite

escribir a esta gente sin terminar en la cárcel! «Música contra las bacterias». ¡Cuánta idiotez criminal!

Dobló el *Anzeiger* con la mano derecha, con un gesto violento, y tomó con la izquierda el periódico de la asociación médica nacionalsocialista, prometiéndose que allí por lo menos encontraría algo más de decencia profesional. Un médico llamado Jehn, profesor en la clínica quirúrgica de la Universidad de Marburgo, publicaba un artículo sobre el «Necesario ahorro de medios en los hospitales». En lugar de desinfectarse las manos de la forma habitual (lavándolas con una solución de alcohol y sublimado corrosivo), los doctores debían poner a prueba la «desinfección rápida» para, así, «ahorrar jabón, alcohol y sublimado corrosivo». En cuanto a la sutura de heridas y el uso de catgut e hilo de seda, se recomendaba no cortar los puntos demasiado largos, pues «una hebra de dieciocho a veinte centímetros de longitud basta para una sutura superficial». Para ahorrar material de vendaje, se recomendaba a los doctores utilizar las «siempre adecuadas» tiritas. «¿Para qué necesitamos una gasa entera —se preguntaba el doctor Jehn—, y luego, encima, una o dos capas de algodón de celulosa y, sujetándolo todo, una tira de esparadrapo? Debemos tener siempre presente la necesidad de ahorrar, pues la propiedad del Estado se ha convertido de nuevo en la propiedad de cada alemán».

Scherbach, que aún tenía el *Anzeiger* arrugado en la mano derecha, pegó un puñetazo sobre la mesa. Sin embargo, continuó leyendo las recomendaciones del profesor Jehn, que lo fascinaban por cuanto constituían una amenaza increíble a la sanidad pública. «Hay que evitar cambiar los vendajes demasiado a menudo», afirmaba el profesor, que a continuación sugería que, en lugar de algodón de celulosa, siempre se podía utilizar «musgo». Pero ¿era este médico de Marburgo el único que formulaba ese tipo de propuestas? ¡Ni mucho menos! El doctor Kallius, médico jefe del hospital estatal de Zwickau, en Sajonia, realizaba constantemente las más drásticas recomendaciones para ahorrar. En particular, el científico de Zwickau era un acérrimo defensor del ahorro de combustible y era de la opinión que había llegado el momento de abandonar el hábito extravagante y sin sentido de utilizar agua caliente para lavarse las manos, pues el agua tibia, a una temperatura de aproximadamente treinta grados, cumplía perfectamente con su cometido. Pero sus ideas no terminaban aquí: recomendaba que, en adelante, debería colgarse una pastilla de jabón junto al grifo, metida dentro de una redecilla, y que bastaría con que el doctor se frotase las manos en la red para lavarse.

El profesor leía todo aquello con unos ojos como platos. «Dios mío —pensó—. ¡Dios mío! ¿Dónde iremos a parar? ¿Cómo vamos a encargarnos de los heridos de guerra si debemos observar estas espantosas directrices ya en tiempos de paz?». Finalmente arrojó ambas publicaciones, el *Anzeiger* arrugado y la revista médica, a la basura. A continuación se quitó las gafas y apoyó la cabeza, que le ardía, en las manos.

Era 24 de diciembre y, a menos que sucediera algo extraordinario, Scherbach iba a marcharse temprano del hospital y celebrar la velada en casa, con una buena botella de vino. Estaría solo en casa, así era como iba a pasar aquella noche. No podía pensar en nadie con quien le gustaría celebrar la Nochebuena. «El hospital está lleno —pensó—; no hemos encontrado lugar para ningún paciente nuevo. Ya he hecho todas las visitas y no hay operaciones previstas».

Estaba a punto de cambiarse la bata blanca de médico por la chaqueta marrón cuando el doctor Killinger irrumpió en su despacho sin llamar a la puerta. Lo seguía un joven desaliñado y despeinado, con el pelo húmedo pegado al rostro pálido y ojeroso. Scherbach, en mangas de camisa y con la chaqueta ya en las manos, pateó el suelo con violencia.

—¡Alto ahí! —exclamó—. ¿Cómo se atreven...?

Pero de pronto se detuvo: algo en la mirada del muchacho lo dejó sin palabras.

Killinger abrió la boca como si quisiera explicarse y defenderse, pero el joven se le adelantó. Ligerero y ágil como un gato, se acercó de un salto donde estaba el doctor y le susurró al oído:

—Tiene que admitir a mi madre, ¿me entiende? ¡Tiene que hacerlo! Está abajo, en un taxi. Está medio paralizada y creo que ha perdido la razón. El médico dice que no hay ninguna habitación para ella, pero alguna tiene que haber. Y usted la admitirá, ¿verdad?

Scherbach, actuando como si no hubiera nada raro en aquella intrusión y como si él, el doctor jefe, fuera el médico de guardia de la recepción, dijo con tono de voz profesional:

—¿Su nombre? ¿El nombre de su madre? ¿En qué momento se produjo la parálisis? ¿Desde cuándo ha perdido el juicio?

Killinger intentó interrumpirlo pero el profesor lo mandó callar con un gesto. Friedel Murks, con la voz aún reducida a un leve suspiro, contó su historia con tensa, trémula exactitud. Scherbach le pidió que se sentara, pero Friedel no le oyó.

—Y esta mañana —susurró—, esta mañana no me ha reconocido y seguía creyendo que Behrens era Max; además, tampoco puede moverse. La hemos bajado al taxi entre los dos y desde entonces no ha dejado de reírse...

El muchacho tragó saliva.

Scherbach se volvió hacia Killinger.

—El paciente de la 118 puede ser trasladado, ¿verdad? —preguntó.

—Pero... pero... el paciente de la 118 es comandante de las tropas de asalto y no tiene casa en la ciudad...

—Entonces habrá que llevarlo a un hotel —dijo Scherbach—. Hay que liberar su habitación para el nuevo ingreso, inmediatamente, ¿me ha entendido?

Solo entonces Friedel se hundió en la silla.

—¡Gracias a Dios! —dijo, y aquellas fueron las primeras palabras que pronunció sin suspirar.

El profesor, tras echar un vistazo a la nueva y risueña paciente de la habitación 118, le indicó a Friedel que se marchara.

—¿Va a morir? —preguntó el hijo, de pie en el umbral.

El profesor no le respondió.

—Hemorragia cerebral —dijo, volviéndose hacia Killinger—. Prepare una inyección de Luminal, bolsas de hielo y el instrumental para una sangría... ¡Pero vamos, maldita sea, muévase!

Hora tras hora, a lo largo de toda la tarde y la noche del 24 de diciembre, el doctor montó guardia junto a la cama de la señora Murks, que ya había dejado de reírse; la inyección de Luminal y la sangría habían tenido su efecto calmante, pero era incapaz de hablar. También le costaba respirar, pero de momento no tenía fiebre. Fue el propio profesor quien le fue cambiando las bolsas de hielo de la frente. La enfermera de guardia se retiró, sacudiendo la cabeza. Estaba bastante claro que el doctor quería estar a solas con la nueva paciente. Desde fuera, de pie junto a la puerta cerrada, la enfermera oyó con estupefacción que el doctor hablaba con ella. En su voz, sonora y viril, había, sin embargo, un reconfortante deje de ternura con la que pretendía paliar el sufrimiento de la mujer.

—¿Me oye? —preguntó el profesor. La mujer, incapaz de asentir, pestañeó abriendo unos ojos como platos que, a continuación, volvió hacia el doctor. Este sabía que le oía—. Lo que está pasando es horrible, abominable, imperdonable. Y no quiero que crea que vamos a dejar que siga durante

mucho tiempo. Me he quedado aquí a propósito para poder decirle esto, porque no seré capaz de ayudarla demasiado.

La mujer emitió un débil sonido que parecía salirle del fondo de los pulmones y al que siguió un ligero silbido. El profesor le levantó la cabeza y le acarició la mejilla con dulzura.

—Tiene fiebre —dijo en voz alta y pensó: los pulmones, me lo temía.

La mujer le dedicó una mirada ansiosa, como si le rogara que continuara donde lo había dejado.

—Estoy al corriente de su historia —dijo— y no es la única que conozco. No está sola, señora Murks, y sus hijos tampoco están solos; ni su hijo muerto, ni el que aún vive y que aún verá el final y un nuevo comienzo. ¿Oye lo que le estoy diciendo?

La mujer comenzó a gemir ligeramente e intentó con gran esfuerzo girarse sobre la cama, aunque apenas logró moverse. Tenía el rostro colorado, la fiebre estaba subiendo, pero aún había aquella mirada ansiosa en sus ojos.

—Es culpa de todos —dijo el profesor Scherbach, inclinándose hacia ella—. Me he quedado aquí a propósito, para decirle que soy consciente de ello.

Y entonces, como si hablara consigo mismo, bajó la voz hasta un murmullo apenas audible:

—Aquí y ahora vuelvo a sentirme limpio, solo Dios sabe cuándo fue la última vez.

La mujer estaba sufriendo. Además, estaba absolutamente consciente, el doctor no dudó al ver la reacción en sus ojos. Por ello continuó hablando con ella.

—Me ocuparé de su hijo Friedel —dijo—. No se preocupe por él. Estudiará y me encargará de que viaje al extranjero. O, si lo prefiere, se quedará aquí y ayudará a preparar «el final», a derrocar a los falsos ídolos. Sea como sea, yo velaré porque no le pase ni le falte nada, para que se convierta en un hombre de bien y haga algo con su vida. Se lo prometo, señora Murks.

Los ojos de la madre se llenaron de lágrimas que resbalaron por su rostro febril, pero sus ojos y su expresión permanecieron impasibles.

—Espere un momento —le dijo el doctor—. Voy a aliviar su sufrimiento.

Salió al pasillo y le dio instrucciones a la enfermera, que le pidió que se las repitiera.

—Eso es una sobredosis —dijo al entregarle la aguja hipodérmica al doctor—. Es demasiado.

El doctor Scherbach le indicó que se retirara y la enfermera se marchó.

—Ahora voy a ayudarla —dijo y le subió la manga a la mujer, le colocó un vendaje ceñido y le frotó la piel con un pedazo de algodón empapado de alcohol—. Dentro de un momento se encontrará mejor.

No había ninguna esperanza, se dijo mientras le daba la inyección. Habría podido aguantar una noche, tal vez habría pasado el día de Navidad... pero qué noche y qué día tan horribles habrían sido para ella. Por supuesto, podría haberlo ido a buscar yo mismo, no tenía por qué mandarle a la enfermera que me trajera la sobredosis; pero esta noche quería mantenerse limpio y no andarse con engaños... Con mucho cuidado retiró la aguja del brazo de la enferma.

La morfina, inyectada por vía intravenosa, hizo efecto inmediatamente. El rostro de la mujer se relajó, la tensión desapareció y se le cerraron los ojos. El doctor, que le sostenía la mano derecha, notó cómo su pulso se iba debilitando paulatinamente hasta que el corazón dejó de latir. Poco a poco la fiebre fue abandonando su cuerpo inerte, del que, finalmente, desapareció todo rastro de calor. La boca de la mujer, antes abierta de angustia, se había cerrado. Había una vaga sonrisa en sus labios, pero el semblante de la mujer fallecida ya no era el rostro impasible de la buena de la señora Murks. El rostro de la madre era hermoso, la frente se había alisado y había adquirido lustre; parecía la de un niño, como la del hijo al que habían disparado cuando su barco había llegado a puerto.

Silenciosamente, como si temiera perturbar el sueño de la fallecida, el profesor Scherbach salió al pasillo.

—Ya está —le dijo a la enfermera—, se acabó.

En el piso de abajo, sentado en las escaleras de piedra de la entrada, encontró a Friedel, esperando.

—Se acabó —dijo el doctor—. Suba a verla.

Friedel apenas se movió, se limitó a hundir la cabeza. Entonces levantó la vista y, desde abajo, miró al doctor.

—¿Ha hecho todo lo que ha podido? —preguntó.

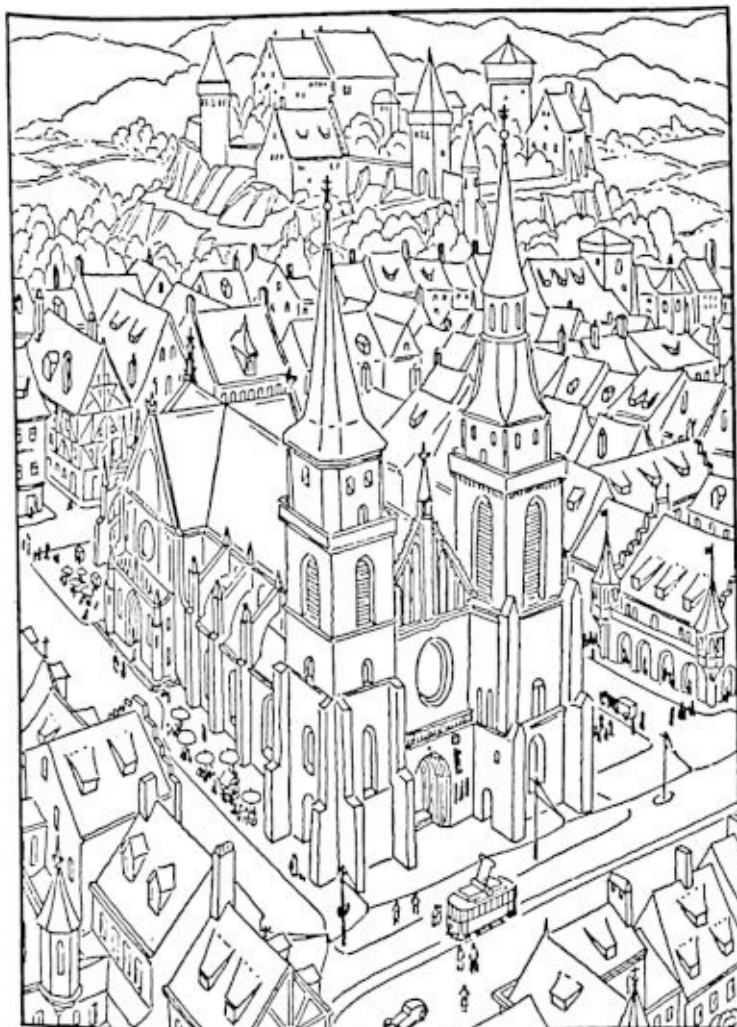
—Todo —respondió el doctor—. Todo... y un poco más —añadió con voz apenas audible.

Pero Friedel le había oído. Se levantó y le tendió la mano.

—Gracias. Es mejor así.

Scherbach cruzó las calles con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Las casas estaban ya a oscuras; solo de vez en cuando se veía el brillo de un árbol de Navidad en una ventana.

—Sí, es mejor así —se dijo, levantó la cabeza y miró hacia el cielo encapotado a través de las gruesas gafas—. Pase lo que pase, será mejor... todo será mil veces mejor.



X

Las luces se apagan

La vida continuaba en nuestra ciudad. El centro, tan industrializado, era impresionante, pero el paisaje de las afueras era aún más hermoso. Allí había paz: anchas praderas, colinas amables, aguas tranquilas. Uno envidiaba al hombre que vivía en una de aquellas sencillas casas, ocultas tras los árboles y los espesos matorrales.

Hans Gottfried Eberhard, miembro del partido, era el editor literario de nuestro más importante periódico matinal, el *Anzeiger*. El suyo era un trabajo decente y bien pagado, que había conseguido poco después del acceso de los nazis al poder, a principios de 1933. El nombramiento fue, en parte, una recompensa a sus largos años de servicio a la causa del nacionalsocialismo y, en parte, debido a que todos sus textos olían a tierra, pues el editor estaba completamente impregnado del espíritu alemán de la sangre y la tierra. Como escritor, de hecho, se encontraba en las antípodas de lo que llamaban los «literatos del asfalto», los bolcheviques culturales. Hans Gottfried Eberhardt escribía historias de caza y había logrado una modesta reputación entre los amantes de este particular género ya durante los tiempos de la república. En sus libros había bellas descripciones de paisajes, vividos retratos de elegantes ciervos, orgullosos venados, jugosas ocas salvajes y el cazador esperando emboscado «cuando la niebla gris de la mañana colgaba aún como un velo de plata sobre los valles y las gotas del rocío engalanaban la hierba como collares de perlas».

Hans Gottfried Eberhardt era un hombre modesto y no se consideraba un gran artista. Se había unido al partido nazi por su aversión a los judíos y, en especial, a ciertos colegas de profesión que eran demasiado ingeniosos, ágiles

y listos. Tenía la sensación de que los judíos sobresalían entre esos escritores y que tenían tendencia a reducirlo todo a fragmentos, a analizar la vida en un sentido puramente negativo y a arrastrar las cosas más sagradas por el polvo simplemente para resultar más efectistas. Creía que la llegada de los nazis al poder tendría una influencia purificante sobre la literatura en Alemania. Preveía el nacimiento de un nuevo idealismo, un resurgir de las instituciones e ideales que él tanto amaba: la patria y el honor, la franqueza y el coraje, los usos y costumbres tradicionales, la amistad viril y la glorificación de la mujer como guardiana del hogar.

Sus libros y sus colaboraciones ocasionales en revistas dedicadas a la vida al aire libre le proporcionaban los ingresos justos para cuidar de sí mismo y de su familia. Ahora, como editor literario del *Anzeiger*, ganaba quinientos marcos adicionales al mes y estaba absolutamente satisfecho. Seguía viviendo en una casa junto al bosque, fuera de la ciudad. Ahora que podía permitirse un automóvil, el viaje diario a la ciudad se había convertido en un agradable interludio durante el cual pasaba revista a sus pensamientos y se preparaba para el trabajo. Por la noche, era un placer dejar atrás las calles y el gentío y regresar a su reino.

—Mira ahí —le decía a su mujer, señalando a través del gran ventanal del estudio, que cubría casi toda la fachada de la casita de Eberhard—. ¡Mira! Todo esto es nuestro *Reich* privado. El canal en calma, el oscuro brezal, la brillante pradera y el bosque oscuro, todo esto es nuestro *Reich*, nuestro imperio. Aquí no hay ni amo ni señor, tan solo tú y yo.

Su mujer sonreía. La esposa del escritor Eberhardt era una mujer hermosa y dulce. Llevaba unas gruesas y pesadas trenzas de su pelo enroscadas como una corona sobre la cabeza y había dado un toque artístico a su vestido campesino eligiendo cuidadosamente sus adornos, el collar de perlas de madera y el broche de coral antiguo.

Había tres niños en esa casa junto al bosque, dos hijas, de seis y cuatro años, y Hans Adolf, que tenía once meses cuando su padre se convirtió en el editor literario del *Anzeiger*.

Para celebrar el primer aniversario del hijo menor, que llevaba el nombre del padre y también el del *Führer*, los Eberhardt dieron una fiesta. Todos los vecinos estaban invitados. Acudieron amigos de la ciudad, pintores, actores y escritores. En medio de la sala había un enorme barril de cerveza. Diana, de seis años («la diosa de la caza es su madrina», dijo su padre con orgullo), y Elfi, de cuatro (a la que habían bautizado en honor a los elfos que, según aseguraba solemnemente su padre, cada noche bailaban en corro alrededor en

el brezal más próximo), recitaron los versos que su padre había compuesto para la ocasión. Cuando llegaron a la parte que hablaba del *Führer* como «el señor y protector que ahora como siempre anda invisible entre nosotros», las niñas levantaron el brazo derecho. En aquel momento, el pequeño homenajeado, que estaba sentado en su floreada sillita infantil, se asustó y rompió a llorar.

A las ocho metieron a los niños en la cama y los adultos continuaron con la celebración. Los honores de la velada se los repartieron la señora Eberhard que, arrebolada y agitada, estaba espléndida con su *dirndl*^[1] de noche de brocado antiguo, y la joven Greta Metz, la estrella de la ópera de nuestra ciudad. La señorita Metz llevaba un vestido tricolor de crepé de satén que, según sus propios comentarios, favorecía su «esbelta figura». Llevaba el pelo rubio platino meticulosamente ondulado y cubierto con una reluciente diadema que fue objeto de numerosas burlas. De hecho, se produjo una situación que amenazó con arruinar la velada y el señor Eberhardt tuvo que emplearse a fondo para evitar el desastre. Greta Metz se ofendió y, además, hubo ciertos comentarios que bordearon lo políticamente peligroso.

—Han bebido demasiada cerveza —susurró la señora Eberhardt, dirigiéndole a su marido una mirada de preocupación, y fue a preparar café mientras el anfitrión se esforzaba por restablecer un ambiente agradable.

Lo que sucedió fue lo siguiente: uno de los invitados, un pintor, ardiente y secreto admirador de la señorita Metz, había atraído la atención de los presentes hacia la diadema de la señorita y, riéndose con ganas, había afirmado que «nuestro honorable líder de distrito» tenía el gusto artístico de Luis II de Baviera.

—Los adornos son muy favorecedores para la mujer —exclamó—, pero no estaría de más un poco de sentido del estilo. Usted, como artista —añadió, volviéndose hacia Greta—, no debería permitir que su hermosa cabeza adquiriese un aspecto tan ridículo por culpa de alguien que no tiene el menor gusto en esos asuntos, ni que fuera mil veces más poderoso que el honorable líder de distrito.

Pero la señorita Metz negó aquella insinuación en redondo.

—Fue mi cuñado quien me regaló la diadema —dijo—. El marido de mi hermana la compró para mí hace poco.

Pero nuestra ciudad era demasiado pequeña y el líder de distrito demasiado grande para que un asunto como aquel pasara desapercibido. Todos los presentes en la sala sabían de qué joyería había salido la diadema y quién había sido el intermediario. Todo el mundo sabía también que Greta

Metz, que era considerada y aceptada como la amiga y futura esposa del director, había estado a punto de perder su posición porque, inicialmente, había reaccionado con frialdad a las insinuaciones del líder de distrito. Pero al pintar la situación lo tocaba particularmente de cerca y se negó a abandonar el tema que había sacado a colación.

—Greta —dijo—, sea franca. El teatro de la ciudad va de mal en peor, y no solo artísticamente, por la falta de gusto del líder de distrito y porque el director no tiene fibra; y moralmente también, porque todos tenéis que bailar al son que marca el líder. Nuestro teatro se ha convertido en una institución pública, pero en el peor sentido; y también en un coto reservado a uniformados. Cualquier soldado puede presentarse allí y hacer lo que le venga en gana, y Dios se apiade de vosotros, los «artistas libres», si vuestras inclinaciones no van en ese sentido...

Llegados a ese punto, el horrorizado anfitrión trató de detener la tormenta verbal.

—¡Mi querido Gustave! —exclamó—. ¿Has perdido completamente el sentido del humor? Los uniformes forman parte del teatro, son como una pieza más del decorado. ¿Y por qué no iban a «ir en ese sentido» las inclinaciones de los artistas? Nuestros soldados son tipos apuestos y en cuanto a nuestro líder de distrito...

—¿Vas a decir que también es guapo —cacareó el pintor—, patizambo y con esa barriga de un metro de diámetro? Vamos, Greta, confíéselo: ¿van sus inclinaciones en ese sentido?

Pero Greta le dio la espalda sin responder. Quien habló fue, en cambio, el editor jefe del *Anzeiger*, el superior de Eberhardt.

—Vamos, cálmate —le recomendó al excitado pintor— o vas a meterte en un problema.

El pintor, que estaba rojo como un tomate, se tragó con evidente esfuerzo lo que ya tenía en la punta de la lengua.

—Era una broma —dijo—. Porque aún se pueden hacer bromas, ¿verdad?

Eberhardt suspiró aliviado. En aquel momento entró su mujer con el café y se restableció la paz.

Por la noche, ya en la cama, los Eberhardt rememoraron la fiesta y el incidente.

—¿Te imaginas? —preguntó el escritor después de contarle a su mujer lo que había sucedido en su ausencia—. Yo ya no sabía hacia dónde mirar.

La señora Eberhardt, con sus gruesas trenzas negras sobre la almohada y los brazos cruzados sobre el pecho, contempló pensativamente el techo.

—La situación no es demasiado buena... la situación en el teatro, en la ciudad y en Alemania, quiero decir. Pero tal vez sea solo algo temporal y, en cualquier caso, no sirve de nada montar un escándalo por algo que no puedes cambiar.

Su marido asintió.

—Espero que el jefe no se lo tomara muy a pecho, aunque sabe Dios que no ha sido culpa mía.

El aire húmedo y fresco de la noche entraba por la ventana abierta del dormitorio. La luna, casi llena, cruzaba el cielo. Sus rayos iluminaban las dos camas estrechas. La puerta de la habitación de los niños estaba abierta y la madre estaba convencida de poder distinguir la respiración de cada uno de ellos. En realidad, ningún sonido perturbaba el silencio de la noche.

No era fácil ser periodista en «los grandes tiempos» que vivía Alemania. Eso era algo que experimentaba a menudo Hans Gottfried Eberhardt, escritor de historias de caza. Sus descripciones del mundo natural y animal aún gozaban del reconocimiento de los círculos más importantes. Lo cierto, sin embargo, era que desde que había dejado de escribir por placer y tenía que producir según las órdenes gubernamentales, la alegría que le proporcionaba el trabajo había disminuido en gran medida. Además, era un hombre con ojos en la cara y una cierta honestidad, y lo que tenía que pasar por alto en silencio lo atormentaba más aún que lo que tenía que escribir.

La vida cultural de nuestra ciudad (la programación del teatro, el currículum escolar y universitario, la posición de la Iglesia) entraba de lleno en el ámbito del editor literario. Sin embargo, resultaba difícil tratar temas que no solo no se podían cuestionar, por prudentes y tímidas que fueran las críticas, sino que eran considerados tabú en sí mismos, por lo que resultaba peligroso siquiera mencionarlos.

Ese era el estado de las cosas en 1936. La situación había ido cambiando de forma paulatina, de modo que Hans Gottfried Eberhardt no era capaz de decir en qué momento había comenzado a sentirse preocupado e indignado. Recordaba claramente que en 1935 había escrito un pequeño artículo en el que, con extrema cautela y de la forma más velada, había incluido una crítica hacia el *Führer*. El acontecimiento que, teóricamente, había motivado el artículo se había producido fuera de la ciudad: el conductor de un autobús lleno de pasajeros había perdido el control del vehículo, que había caído en una zanja. El editor Eberhardt se explayó a gusto reflexionando sobre cómo la

actuación de «un conductor irresponsable» podía poner en peligro la seguridad pública.

«Los pasajeros —escribió—, inocentes y confiados, ponen ciegamente sus vidas en manos del hombre que debe conducirles a su destino. Este, sea por falso orgullo o simplemente porque no conoce su trabajo, conduce a una velocidad de vértigo. No presta atención a las curvas, a la carretera y a otros peligros. Finalmente pierde el control del vehículo, que se deja llevar. Solo entonces los pasajeros toman conciencia de que el conductor ha traicionado su confianza, pero ya es demasiado tarde. El autobús, lleno de hombres, mujeres y niños, cae dentro de la zanja. Dios se apiade de los pasajeros que se pongan en manos de un conductor así y que no se den cuenta a tiempo, cuando este cometa el primer error, de que corren peligro y que es absolutamente necesario cambiar de conductor».

El comentario del editor literario se había publicado en la cuarta página del *Anzeiger*, en letra menuda. Sin embargo, había llamado la atención de los círculos más diversos de la ciudad. El recorte pasó de mano en mano y fue motivo de excitadas discusiones en reducidos círculos de amigos. Nadie dudaba de quién era el «conductor» al que se refería el editor en su advertencia. Sin embargo, y ante la sorpresa del propio Eberhardt, las autoridades locales no investigaron su fechoría. Ni siquiera su jefe le dio una reprimenda y en poco tiempo el incidente cayó en el olvido.

Pasaron los meses y los años. Hans Adolf había cumplido ya cinco; era un niño rubito y cautivador, con ojos oscuros y una piel morena preciosa. Según la ley, había llegado el momento de mandarlo dos horas al día al jardín de infancia, aunque la señora Eberhardt habría preferido que se quedara en casa. Sin embargo, la joven que las autoridades nazis habían nombrado para dirigir el instituto local se había presentado en persona en casa de los Eberhardt y se había esforzado por demostrar la importancia de acostumbrar al niño desde una temprana edad a «la vida comunitaria con sus pequeños compañeros». El editor Eberhardt no había osado negarse a cumplir con aquella exigencia. Diana y Elfi no pasaban demasiado tiempo en casa; además del colegio estaba el B. D. M., la unión de chicas alemanas, con sus cursos, ejercicios y salidas. Lo cierto, sin embargo, era que a la señora Eberhardt le habría costado dedicarles a sus hijos el tiempo que necesitaban; también ella pasaba buena parte de sus días y varias noches cumpliendo con sus obligaciones en la organización de mujeres nazis, antes incluso de que, en 1938, la «llamaran» como trabajadora habitual a la fábrica metalúrgica.

En aquellos años, el editor Eberhardt raramente hablaba de su «*Reich* privado». De hecho, ya no poseía ningún *Reich*, pues todo había quedado sujeto a las órdenes del *Führer* y sus satélites. Cerca de la casa de Eberhardt se alzaban los barracones de madera del campo de concentración. La vista desde el ventanal del taller ya no era tan agradable. Pues aunque uno admitiera, y con toda la razón, que había que tratar a los enemigos del Estado con la máxima severidad, los barracones eran unos tristes símbolos de la época.

—No permitas que nuestro Hansi corra solo por el porche de la casa —le pidió el señor Eberhardt a su mujer—. Desde que construyeron esos barracones, esto está infestado de vagabundos.

La señora Eberhardt asintió. No tenía nada claro a quién se refería su marido cuando hablaba de que el lugar estaba «infestado de vagabundos», ya que los prisioneros estaban encerrados y los guardias uniformados difícilmente podían clasificarse como «vagabundos».

—Ya le vigilaré —prometió—. Pero tú deberías dejar de llamarle Hansi. Se llama Hansi Adolf; parece como si quisiéramos esconder su segundo nombre, llamándole siempre Hansi. Además, los niños en el colegio se burlan de él porque Hansi es nombre de niño mimado o de canario, pero no de alguien que algún día va a ser soldado.

El verano de 1938 trajo el primer incidente realmente desagradable vinculado con su trabajo. El día del arte alemán había habido una celebración y, como de costumbre, el momento álgido de los actos solemnes había sido un discurso sobre el arte del propio *Führer*. Como en todos los periódicos de Alemania, el discurso había aparecido en la portada del *Anzeiger*. Al editor literario se le encargó redactar un artículo introductorio y otro de conclusión que destacaran la naturaleza histórica de las observaciones del *Führer*.

No hace falta decir que estaba prohibido recortar el discurso o atreverse a cualquier tipo de corrección editorial: lo que el *Führer* decía era definitivo y sacrosanto. Aunque el editor y escritor de historias cortas Eberhardt no era ni un estilista de primer nivel ni un maestro de la lengua alemana, no podía evitar reírse por dentro ante los errores gramaticales que plagaban todos los discursos del *Führer*. Cada vez que tenía un discurso del *Führer* en su escritorio, el lápiz rojo que sostenía en la mano parecía sacudirse y estremecerse. Estaba ahí sentado, tratando de pensar qué iba a decir en la introducción al discurso del *Führer* sobre el arte y qué adjetivos laudatorios iba a emplear cuando, de repente, su lápiz comenzó a moverse por encima de la copia del texto; casi sin darse cuenta estaba subrayando todas las frases mal

construidas, las metáforas y los símiles erróneos. A continuación contó los tachones. Había treinta y tres, treinta y tres errores gramaticales y estilísticos en un solo discurso.

Hans Gottfried Eberhardt, con el lápiz rojo entre los dedos, rio para sus adentros y se sentó tras su escritorio.

—Treinta y tres errores; ¡el alumno está suspendido! —dijo y escribió la nota bien grande tras la última frase que, para que no faltara, tenía dos errores.

Se volvió asustado: el editor jefe estaba en la puerta, que había abierto sin llamar.

—¿Está lista la copia? —preguntó.

Eberhardt se levantó de golpe y escondió precipitadamente el discurso lleno de tachones rojos debajo de varios periódicos.

—Echémosle un vistazo —dijo el editor jefe, sorprendido por la extraña actitud de su subordinado. Eberhardt no se movió y el editor jefe recuperó el cuerpo del delito de debajo del montón de periódicos.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el editor literario—. Eso era solo para mí, no quiere decir nada... es solo una broma estúpida, yo solo...

El rostro del editor jefe adoptó una expresión severa.

—Una broma extraordinaria y excepcionalmente estúpida —dijo y le dedicó una mirada asesina a su subordinado, que estaba temblando. «Ojalá se abra la tierra —suplicó Eberhardt en voz baja—; ojalá se abra y se me trague». Pero no pasó nada de eso—. A veces me pregunto si estás en tu sano juicio —añadió el editor jefe en tono algo más suave—. De hecho, me lo pregunto bastante a menudo. Por ejemplo, me lo pregunté cuando escribiste ese editorial horrible sobre el conductor del autobús. Y, más tarde, en otras ocasiones que sin duda recordarás bien. Hombre de Dios, ¿se puede saber qué te propones?

Eberhardt se quedó mudo, así que el otro siguió diciendo:

—¿Acaso las cosas no te van bien? ¿No te van mucho mejor que nunca? ¿No tienes un trabajo de primera y la sensación de que todo lo que sucede en Alemania es magnífico, todo o, por lo menos, casi todo?

Eberhardt asintió, resoplando.

—¡Treinta y tres errores! —dijo el editor jefe, blandiendo el artículo—. ¡Pues muy bien, hay treinta y tres errores! Pero ¿qué te importa a ti eso? ¿Qué le importa a nadie que el *Führer* escriba en su propio alemán? ¡Concéntrate en tu trabajo! —exclamó de repente y una inquietante vena azul se le hinchó en la frente—. ¡Porque, déjame que te lo diga por si te interesa, tu trabajo no es en absoluto satisfactorio, de hecho deja bastante que desear!

Eberhardt constató con sorpresa que su jefe había perdido su glacial autocontrol.

—Camarada del partido —le dijo e incluso esbozó una sonrisa encantadora—. Me alegro de veras de que mi estúpida e inoportuna broma me haya brindado por lo menos la ocasión de conocer tu verdadera naturaleza. Porque, permíteme que te hable con franqueza, más de una ocasión he tenido mis dudas sobre el tema. Recuerdo que hace un tiempo, un día en que fuimos juntos a un mitin, te acordarás porque era el cumpleaños de tu mujer, dijiste que ya te sabías de memoria todo lo que el orador iba a decir y que Dios sabía que era una pérdida de tiempo tener que rumiar lo mismo una y otra vez. Y cuando tuvimos que publicar el artículo elogiando a los asesinos de Dollfuss y dijiste que...

El editor levantó las cejas.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió—. Son cosas que se dicen después de una larga jornada de trabajo. Además, sabes perfectamente que mis opiniones han sido siempre absolutamente inobjectables.

—Las mías también —dijo Eberhardt—. Mis opiniones también han sido siempre inobjectables, camarada del partido. Y estoy seguro de que no hay nada más lejos de tu intención que cuestionarlas seriamente por culpa de cuatro marcas de lápiz rojo en esos papeles.

Sin decir nada más tomó las hojas de la mano de su jefe, las rompió en pequeños pedazos y los arrojó a la papelera.

—Por favor, ten la bondad de traerme otra copia —dijo— y en cinco minutos estaré en el taller de composición.

El jefe se marchó y regresó con otra copia.

—Muy bien, en cinco minutos —dijo.

Eberhardt se quedó solo.

Solo entonces le comenzó a sudar la frente al tiempo que le temblaba todo el cuerpo. «Esto podría haber terminado mal para mí. Sí, podría haber terminado muy mal». En realidad, sabía que no había terminado muy bien y que a partir de aquel momento debía considerarse un hombre vigilado de cerca. En esta ocasión, su frialdad le había permitido mantener el tipo; pero sería precisamente su frialdad lo que su jefe no iba a perdonarle, aunque optara por olvidar el asunto de los treinta y tres errores. Eberhardt se había atrevido a recordarle a su jefe ciertos comentarios sediciosos que se le habían escapado a este y, lo que era peor, lo había amenazado con delatarlo. Eso era imperdonable y, a largo plazo, sería lo que le valdría a Eberhardt la ruina, aunque de momento hubiera cumplido con su cometido.

Sin embargo, aún pasó un año entero hasta que el editor literario del *Anzeiger* se vio relevado de su puesto. Desde el incidente de los treinta y tres errores se había mostrado extremadamente circunspecto. No había incurrido en la menor provocación y había evitado cualquier falta que pudiera servir de excusa para despedirle. Incluso cuando tuvo aquella espantosa carta frente a él, Eberhardt fue incapaz de recordar un solo paso en falso, ni una sola ocasión en la que se hubiera pasado de la raya o hubiera actuado conscientemente contra el espíritu de «las intenciones del gobierno», mucho menos que hubiera (como en el caso del accidente de autobús) osado criticar al *Führer* de forma agresiva y poco disimulada. «El ministerio de Educación y Propaganda —decía la carta de despido— es de la opinión que el miembro del partido Hans Gottfried Eberhardt debe ser relevado de su puesto a la mayor brevedad posible». El editor jefe se veía obligado «con gran pesar» a despedirle sin previo aviso.

Eberhardt, que experimentó una curiosa sensación de alivio al pensar que aquel era su último día «de servicio» y que nunca más tendría que escribir introducciones a los discursos del *Führer*, ni artículos solicitando un mayor *Lebensraum*^[2] rastreó su memoria a conciencia buscando algún desliz que hubiera cometido. Sin embargo, su búsqueda resultó absolutamente fallida y, finalmente, acudió al despacho del editor jefe, que lo recibió con una sonrisa victoriosa.

—Lo lamento profundamente, camarada del partido —dijo el jefe—. Pero ese artículo sobre el Tirol del sur... era bastante difícil de defender. Alguien debió de enviar tu encantador texto al ministro, pues no quiero hacerme ilusiones de que allí estudien nuestra edición del *Anzeiger* con demasiada regularidad.

—¿El Tirol del sur? —preguntó Eberhardt—. ¡Pero si el artículo estaba completamente en sintonía con las intenciones del gobierno!

El jefe se encogió de hombros.

—Es una pena —dijo—. No hay duda de que estaba en sintonía con las intenciones del gobierno cuando lo escribiste, pero para cuando lo publicaste era diametralmente opuesto a estas. Porque, entretanto, las intenciones del gobierno sobre el asunto del Tirol del sur han cambiado completamente y tú deberías saberlo, camarada del partido. Nos enviaron las nuevas directrices hace poco, ¿te acuerdas?

No, Eberhardt no se acordaba; pero de repente comprendió claramente lo que había sucedido. El editor jefe no le había pasado las nuevas directrices. Paciente, obstinado, había pasado esos once meses esperando una oportunidad

y, finalmente, esta se había presentado. Había leído el texto del editor literario sobre el Tirol del sur y sabía que en él Eberhardt hablaba del Tirol del sur como «la zona más antigua de la cultura alemana» y los alemanes tiroleses como «alemanes integrados eternamente al sagrado suelo de su patria inmemorial». «¿Qué sentido tienen las fronteras políticas? —se preguntaba el escritor de artículos de caza—. ¿Qué diferencias de moneda y administración existen entre ambas áreas? No tienen ningún sentido, ninguna utilidad ni razón de ser, tal como sucederá siempre allí donde la sangre y el idioma, las tradiciones y la forma de pensar provengan de la misma e inmortal fuente germánica. Que nuestro gran y amistoso vecino del sur extienda sus brazos protectores sobre el Tirol del sur; nuestros hermanos de allí no tienen nada que temer de él. La tierra que aran les pertenece y vivirán dichosos mientras sigan arraigados a ella».

Junto con esas observaciones, que le habían dejado un mal sabor de boca, Eberhardt había incluido una de sus famosas descripciones naturalistas. Consideraba aquel artículo no solo un modelo de prosa nacionalsocialista sino que, además, le parecía perfecto desde el punto de vista ideológico. La publicación, sin embargo, se había retrasado. Con sus seis columnas, había tenido que esperar hasta que le habían encontrado espacio. Mientras tanto se había desarrollado la nueva línea de pensamiento. Eberhardt, que la ignoraba completamente, había publicado el artículo en un momento inoportuno. No hacía falta preguntarse quién le había llamado la atención del ministro de Educación al respecto. Podía haber sido cualquier lector, aunque a Eberhardt le bastó una mirada a la cara de su jefe para saber quién era ese lector cualquiera.

Sin embargo, presa aún de esa abrumadora sensación de alivio, se limitó a decir:

—Debió de pasarme por alto. ¿Qué ha sucedido? ¿Van a evacuar a nuestros hermanos del Tirol del sur y renunciar definitivamente a esa parte de nuestro «espacio vital»? Eso resultaría sorprendente, ¿verdad?

El editor jefe dio unos golpes impacientes con el bolígrafo sobre la mesa.

—Eso no es asunto tuyo, camarada del partido. «Hasta próximo aviso, hay que evitar a toda costa el tema del Tirol del sur». Esas eran las directrices. Las órdenes no incluían nada más, pero no por ello dejaban de ser órdenes; y tú las has contradicho frontalmente.

El editor jefe golpeó de nuevo sobre la mesa, como indicando que la conversación había terminado, y se inclinó de nuevo sobre sus papeles. Eberhardt estaba despedido.

Durante seis años, Hans Gottfried Eberhardt, poeta en prosa de la caza, había sido editor literario del *Anzeiger*. Durante seis años había escrito lo que el gobierno quería que se escribiera y había callado lo que el gobierno quería que se reprimiera. Y durante seis años había cobrado un buen salario por ello. Había llevado una vida frugal en su casita de las afueras y, al cabo de tan solo tres años, había acumulado una pequeña fortuna de quince mil marcos. Por razones que ni él mismo sabía explicarse, no había ingresado el dinero en el banco, sino que lo había invertido en pinturas y tapices antiguos. Más tarde (en 1937), había mandado todas esas pinturas y tapices a Inglaterra, naturalmente con permiso del gobierno. La pequeña colección había sido increíblemente sobrevaluada por los tasadores oficiales, de modo que Eberhardt había tenido que pagar una suma relativamente alta (entretanto su mujer había heredado la finca de su padre) en concepto de aranceles de exportación. Entonces la colección había sido empaquetada bajo supervisión de la comisión de empaquetado y la había mandado al extranjero. Muchos nazis de posición poseían objetos de valor en el extranjero (tenían incluso depósitos bancarios, aunque en secreto y sin autorización estatal) y, en definitiva, el editor literario del *Anzeiger*, el camarada del partido Eberhardt, estaba en la parte alta de la organización.

Cuando supo que su colección estaba a salvo en Inglaterra, Eberhardt le hizo una visita al cónsul americano en nuestra ciudad. Sin contárselo a nadie, ni siquiera a su mujer, había recopilado toda la documentación necesaria para emigrar a América y un año más tarde había recibido el visado. «Nunca se sabe», se dijo; aquel visado con su número de cuota lo tranquilizaba como un poderoso talismán. Sin embargo, a pesar de ello, la idea de emigrar, de limpiar la tierra de su patria de sus zapatos, nunca le había atraído realmente. Podían pasar cosas horribles y extrañas a su alrededor, pero él seguía siendo alemán, un poeta de la sangre y la tierra, un ciudadano de nuestra ciudad que consideraba el mundo exterior como algo hostil o, cuando menos, completamente ajeno a él. ¿Cómo iba a huir y convertirse en un refugiado de su propio país?

Despedido del periódico y consciente de que aquel despido iba a suponer también su expulsión del partido, aún no tenía la menor intención de recurrir a su talismán. Se quedó en su casa escribiendo historias de animales, como en los viejos tiempos. Mientras tanto, habían mandado a la señora Eberhardt a trabajar a una fábrica metalúrgica y el propio Eberhardt sabía que, tarde o temprano, él mismo debería cumplir también con algún tipo de servicio. Pero

no estaba tan mal, en todo caso era mejor que pasarse el día sentado en la oficina de la editorial, obligado a venderle el alma al diablo. De pronto, cualquier trabajo monótono «al servicio de la patria» le parecía mucho más tolerable que aquel proselitismo con unas frases que nunca le habían salido realmente del corazón.

Incluso su actitud hacia los judíos había sufrido un cambio durante esos años. Ya no creía que, en tanto que grupo, fueran particularmente «destructivos» y «corrosivos». En cambio, le parecía que la persecución a la que se veían sometidos era injusta y carente de toda dignidad (por debajo, sin duda, de la dignidad de sus perseguidores). En particular, lo atormentaba la visión de los prisioneros del campo de concentración que trabajaban en el brezal que había frente a su ventana. Entre ellos había judíos, católicos, comunistas y demócratas (personas de todo tipo) y, en su corazón, Eberhardt había llegado a la conclusión de que eran inocentes, todos y cada uno de ellos, tan inocentes como él mismo, que había sido despedido sin previo aviso.

Los prisioneros (figuras escuálidas y encorvadas) trabajaban a pico y pala ante sus ojos. Estaban en todo momento vigilados por guardias armados hasta los dientes que los observaban ociosamente sentados, bebiendo, riendo y charlando. A menudo los prisioneros no trabajaban lo bastante deprisa, o la pala que levantaban no estaba cargada de hierba hasta el borde, o se detenían para recuperar el aliento. Entonces se encontraban con la bota de uno de los soldados en la espalda, o con un puñetazo en el rostro empapado de sudor. Eberhardt, sentado en su escritorio, no era capaz de concentrarse. Era difícil escribir piezas bucólicas sobre la vida animal cuando ahí fuera, delante de sus propias narices, hombres como él mismo eran atormentados peor que si fueran animales. Enfadado, hizo una pelota con el papel que estaba escribiendo: se acababa de dar cuenta de que le había atribuido a su héroe, un cazador, un sentimiento ridículo y totalmente impropio de compasión por los animales que cazaba.

—Esto no va a quedar así —dijo en voz alta, se levantó y salió de casa.

Le hizo un gesto a un soldado, que acudió con presteza.

—Mire —dijo Eberhardt—, no quiero tener que ver cómo sus compañeros golpean a los prisioneros. Simplemente me molesta mientras trabajo. Si tienen que golpearles, tengan la bondad de hacerlo dentro de los barracones y las zonas alambradas. No está bien hacerlo aquí, donde todo el mundo puede verlo. Además, del mismo modo en que lo veo yo pueden verlo también otros, personas desautorizadas que luego pueden contarlo en el extranjero. Desde

luego, no es la intención del gobierno alentar aún más la propaganda contra nosotros en otros países.

El soldado lo había escuchado en silencio.

—Daré parte de su queja —le dijo—. Aunque no creo que sirva de nada. Personalmente, yo maltrato a los prisioneros tan poco como puedo, pero si mis camaradas actúan de otra forma, es asunto suyo y, además, el gobierno no tiene nada en contra. De hecho, el gobierno es de la opinión que hay que tratar a los prisioneros con «violencia despiadada». Daré parte de su queja, pero no puedo hacer nada más.

La «queja» fue transmitida pero no tuvo el menor efecto. En realidad, Eberhardt constató que los prisioneros recibían un trato peor cada día y eran víctimas de torturas más abominables. Habló con un buen amigo (el pintor que a punto estuvo de «meterse en un buen problema» en la fiesta de aniversario de Hansi) de aquel espantoso espectáculo. No lograba sacar adelante su trabajo, los atormentados prisioneros no lo dejaban descansar ni concentrarse.

Unos días más tarde fue arrestado.

Pasó seis largas semanas en la cárcel de nuestra ciudad, las más largas de toda su vida. Una vez a la semana se le permitía la visita de su mujer, que podía llevar consigo a uno de sus hijos. Diana, Elfi y Hans Adolf acudían por turnos para ver a su padre durante un cuarto de hora. El celador estaba presente todo el rato, por lo que no podían decirse gran cosa y todos, a excepción del niño, que era demasiado pequeño para comprender la gravedad de la situación, se mostraban deprimidos y avergonzados durante la visita. Ver a su hijo de seis años era lo que más feliz hacía al escritor.

—¡Hansi! —le dijo una y otra vez, acariciando el pelo rubio del pequeño—. ¡Hansi! Vaya, diría que has crecido más aún, estás hecho un buen gigantón.

Sin ningún tipo de pudor, Hansi miró a su alrededor.

—Esto es muy feo —exclamó con su vocecita infantil—. No te gusta estar aquí, ¿verdad?

Eberhardt le dijo que no era tan feo y entonces el niño quiso saber por qué estaba allí. Aquella, sin embargo, era una pregunta que escapaba a los parámetros permitidos y el celador se les acercó para recordarles que las conversaciones políticas estaban prohibidas. La señora Eberhardt, que estaba pálida y tenía mala cara, sacudió la cabeza en respuesta a la pregunta muda de su marido: no, aún no sabía por qué lo habían arrestado.

Eberhardt sufría un verdadero martirio pensando que tenía que haber sido su amigo el pintor quien había informado en su contra. No había hablado de las condiciones en el campo de concentración con nadie más y la situación por la que pasaba en aquellos momentos no podía deberse a otra cosa que no fuera aquella opinión; había pasado demasiado tiempo desde su despido del *Anzeiger* por culpa del error sobre el Tirol del sur para que ese fuera el motivo de su castigo actual. «Si por lo menos me llevaran a juicio —rezaba Eberhardt—. La incertidumbre es lo que me resulta más difícil de sobrellevar».

Y lo llevaron a juicio. Ese golpe de fortuna debía agradecersele ni más ni menos que al soldado al que había presentado su queja. Casi por casualidad, el soldado se había enterado de la detención del escritor y había acudido inmediatamente a hablar con el oficial al mando del campo de concentración y, a continuación, con la Policía Estatal. Informó que el señor Eberhardt había actuado de forma correcta y que, con su queja sobre el trato a los prisioneros solo había pretendido evitar una posible expansión en el extranjero de la propaganda sobre atrocidades cometidas en Alemania. Por ello, el soldado estaba convencido de que lo que Eberhardt le había dicho al pintor no podía haber sido hostil al Estado y creía que el prisionero debía poder gozar de un juicio convencional.

La Policía Estatal estuvo de acuerdo y se le permitió a Eberhardt que preparase su defensa.

Le costó hablar en presencia de su amigo, el pintor, que compareció como testigo de la acusación. Lo cierto es que el pintor también habló con voz ronca y que no se atrevió a mirar al acusado a la cara. Eberhardt se reconcomía con una pregunta: ¿por qué demonios lo hizo? Sin embargo, no sentía odio hacia el pintor, sino más bien lástima por lo bajo que había caído aquel hombre en los últimos años.

El soldado realizó un discurso de súplica extraordinario, excelente, que convenció al juez por su simplicidad.

—Yo creo que no tenía en mente otra cosa que el bienestar general, señoría —dijo—. Es un escritor y un buen patriota y estoy seguro de que también es un buen hombre...

Pronunció esa última frase en voz baja, casi como si estuviera hablando consigo mismo, pero esas palabras surtieron efecto. Eberhardt fue declarado inocente y puesto en libertad ese mismo día.

¿Cuándo tomó forma su decisión de escapar, de dejar de «jugar a su juego» y comenzar de nuevo? ¿En qué momento preciso tomó la

determinación de recurrir al talismán mágico de su pasaporte? Él mismo no sabía responder a aquellas preguntas. No podía haber sido durante el encarcelamiento, pues allí había estado bastante convencido de que jamás volvería a ser libre. Las ruedas del terror nazi molían a conciencia y, una vez atrapado en ellas, parecía no tener sentido tomar ninguna decisión.

Pero en cuanto se vio sentado con su mujer y sus tres hijos en el coche, conduciendo por las calles de nuestra ciudad, estuvo seguro de que ya había dejado atrás todo aquello, que iba a marcharse y que tal vez no volviera a verlo jamás. Había la vieja plaza del mercado con la eterna estatua ecuestre; la estrecha Glockenstrasse y la avenida ancha y elegante que llevaba a la estación de trenes y al campo. Los miró como si fueran amigos extraviados. El aire veraniego, cargado del olor de las montañas, era irreal, como el aire en los sueños. Su propia casita, el escritorio frente al gran ventanal y las estrechas camas, situadas una junto a la otra, ya no le parecían suyas. Solo sus hijos le pertenecían, y su mujer, que estaba tan delgada y extenuada que se le encogía el corazón cada vez que la miraba.

Pero su convencimiento de que lo tenía todo preparado para dejar el país resultó ser un garrafal error de cálculo. Hans Gottfried Eberhardt entró en un verdadero aquelarre, una danza enloquecedora de cuestionarios, normas, prohibiciones, reglas y formalidades.

Los requerimientos militares supusieron la primera barrera. Eberhardt era un alemán ario en edad de prestar el servicio militar, por lo que en su caso quedaba descartada la emigración. Inmediatamente informó que uno de los tíos de su esposa vivía en Estados Unidos, era miembro de la asociación germano-americana y un asiduo propagandista a favor del tercer *Reich*. Se trataba del mismo tío que había tramitado el visado americano, especificó el abogado de Eberhardt en su solicitud. Ese mismo tío afirmó que necesitaba inmediatamente a un asistente capaz que, recién llegado de Alemania, estaría en una posición excelente para poner al descubierto las mentiras sobre Alemania que se contaban en Estados Unidos. Aquel argumento le pareció sumamente convincente a un poderoso funcionario de la Policía Secreta, especialmente cuando Eberhardt le entregó otro documento en el que, «en liquidación de una vieja deuda», le asignaba su casa y su automóvil al funcionario en cuestión.

Y, sin embargo, ¡cuántos sellos debía reunir aún de los subordinados, cuántas peticiones había que firmar, cuántas estaciones tenía aquel vía crucis! El asunto más espantoso era el de los impuestos, pues hasta que estuviera resuelto a la entera satisfacción del Estado, Eberhardt no iba a obtener el

último sello sin el cual no podía partir. En el fondo, la cuestión era de lo más sencilla o, por lo menos, así se lo parecía a él: lo único que tenía que hacer era renunciar a todo lo que poseía. No era mucho: tenía doce mil marcos en el banco y no hacía falta decir que iba a dejar atrás aquella cantidad. Por eso se quedó estupefacto el día en que el inspector Jefe de Aduanas Bartel se presentó en su casa por sorpresa.

El alto funcionario parecía estar de muy buen humor.

—Así que quiere dejarnos, camarada del partido —dijo sin andarse por las ramas—. ¿Todo en orden? ¿Tiene su permiso de equipajes?

Eberhardt, que tenía a Hansi sobre las rodillas y un cuento infantil en la mano, se puso de pie.

—Por lo que sé está todo en orden —dijo con cautela—. Pero he ido a la comisaría de policía cinco veces esta semana y, por extraño que parezca, no he logrado recuperar mi pasaporte. Primero no lo encontraban ¡y ayer me dijeron que estaba en Berlín!

—Su pasaporte está aquí —replicó el inspector jefe de aduanas, dando unas palmaditas en el bolsillo de la chaqueta—. Pero aquí, en el bolsillo izquierdo de la pechera, tengo otra cosa, otro documento. Si tiene la bondad de hacer salir a su hijo, hablaremos del asunto de hombre a hombre.

—Ve, Hansi —dijo el padre y el pequeño se marchó corriendo a la cocina.

—Tiene usted determinadas posesiones en Inglaterra, cuadros y otros objetos de valor, ¿no es cierto? —preguntó el inspector de aduanas.

Eberhardt dio un grito ahogado de asombro.

—Sí, por supuesto. ¿No recuerda que tasó usted la colección y yo pagué el total de la tasa de exportación?

El inspector Bartel esbozó una amistosa sonrisa.

—Claro que lo recuerdo —dijo—. Muy bien. ¿Ha vendido los cuadros?

—Pues no, no los he vendido; están en una caja fuerte, en Londres.

El inspector echó un vistazo a su libreta.

—En su momento, tasamos su valor en veintidós mil marcos; una suma nada despreciable. Si vendiera esos artículos en Inglaterra, podría obtener no menos de mil quinientas libras; si los vendiera a un precio medianamente razonable, claro está.

—¿Qué porcentaje quiere que le envíe? —preguntó Eberhardt, que estaba dispuesto a entregar el cien por cien a cambio de que el otro le devolviera el pasaporte.

—¿Enviar? —preguntó el inspector de aduanas—. ¿Enviar, camarada del partido? ¿Quién ha hablado de enviar nada? Tiene que reunir esa cantidad

aquí, antes de marcharse; si no, ya puede despedirse de la idea de marcharse. ¡Esa es la situación!

Eberhardt se había puesto pálido.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó—. ¿Cómo espera que lo haga? Apenas conozco a nadie en Inglaterra. Además, esas pinturas y tapices no valen todo eso. La verdad es que hinchó... es decir, hinchamos algo la tasación... En mi vida voy a lograr mil quinientas libras por esa colección.

El señor Bartel se acarició el bigotito, llenando la sala de un desagradable sonido.

—Mil quinientas libras —repitió—. Ni un penique menos.

Viendo que su caso era desesperado, Eberhardt dijo, con alegría forzada:

—Tengo una propuesta para usted, inspector, y estoy convencido que no podrá negarse. Telefonaré inmediatamente a mi banco y les pediré que manden mis pertenencias de Inglaterra; en cuestión de unos días, mis cuadros estarán aquí y yo podré marcharme del país.

Pero el funcionario desechó la propuesta con una sonrisa desdeñosa y ligeramente compasiva.

—No queremos sus cuadros, señor Eberhardt —dijo—. Queremos mil quinientas libras en billetes ingleses, nada más.

—¿Y si no consigo moneda extranjera? —preguntó Eberhardt, que notó la sangre correr por su labio inferior de lo fuerte que se lo había mordido—. ¿Qué pasa si no logro reunirla?

El inspector se encogió de hombros.

—Ya se lo he dicho; no solo tengo su pasaporte, sino que también estoy en posesión de otro documento —explicó muy lentamente, enfatizando cada sílaba—. Para serle franco y hablando de hombre a hombre, lo que tengo en mi otro bolsillo es una orden de arresto contra usted. Sería lamentable que fuera poco razonable y me obligara a hacer uso de mis poderes.

La sala, que de pronto le resultaba extraña, y la figura del inspector de aduanas comenzaron a girar alrededor de Eberhardt.

—Mil quinientas libras esterlinas —musitó—. Mil quinientas libras esterlinas. ¿Y de cuánto tiempo dispongo?

El inspector se levantó con el rostro radiante de satisfacción del hombre que ha cerrado un trato justo.

—Una semana —dijo—. Una semana entera. Hasta entonces, buena suerte y adiós.

La semana pasó y Eberhardt logró lo imposible. Sus cuadros y tapices (todo lo que tenía para comenzar su nueva vida) se vendieron en Londres. La

cantidad obtenida fueron novecientas libras, que fueron ingresadas en la cuenta del servicio de aduanas alemán en la sucursal londinense de un banco alemán. El desesperado emigrante logró reunir las seiscientas libras restantes gracias a su único conocido inglés, un empresario que había tenido una oficina en nuestra ciudad durante la república y a quien Eberhardt llamó a la desesperada, sin pensar realmente que fuera a conseguir nada.

—Es una cuestión de vida o muerte —le dijo a su conocido—. Mi vida y la de mis hijos.

El empresario inglés dudó un instante, pero finalmente accedió a ingresar las seiscientas libras restantes en el banco nazi de Londres, que mandó el telegrama correspondiente al servicio alemán de aduanas.

Eberhardt estaba salvado y el inspector Bartel le deseó de corazón toda la suerte del mundo.

—¿Lo ve? —preguntó con entusiasmo—. ¿No le dije que quien la sigue la consigue?

Y le entregó el pasaporte al tembloroso escritor como si fuera una alta condecoración militar. Pero Eberhardt aún no había terminado: aún le quedaba el último sello, el definitivo.

—Bueno, bueno —lo tranquilizó bondadosamente el inspector—. Eso es una pura formalidad. Lo único que tiene que hacer es ir a la secretaría correspondiente y dejar que echen un vistazo a sus papeles; le pondrán el sello en un santiamén.

Eberhardt acudió a la secretaría en cuestión. Tenía que pasar por nueve ventanillas donde nueve funcionarios revisarían sus documentos. Ocho de ellos lo encontraron todo en orden, pero el noveno tenía sus dudas.

—¿Dónde está el último recibo del impuesto del agua? —preguntó finalmente—. Ascendía a dos marcos y veinte pfennigs, pero no encuentro el recibo entre sus documentos.

Eberhardt, que notó como la sangre le subía a la cabeza y creyó que le iba a salir por los poros, dijo con un ronquido:

—Lo mandé hace semanas; no sé qué puede haber pasado. En cualquier caso, aquí tiene el dinero: dos marcos y veinte pfennigs. Y ahora, haga el favor de devolverme el pasaporte inmediatamente.

—No es tan sencillo como eso, apreciado señor —respondió el funcionario—. Debemos estudiar el asunto a fondo. Es muy posible que ya haya pagado y, en ese caso, no podemos aceptar su dinero, sino que debemos encontrar el recibo original. Pero si no ha pagado, es un claro caso de

negligencia por su parte y debemos actuar en consecuencia. Necesitaremos algo de tiempo, regrese dentro de una semana.

—¡Esto es el colmo! —gritó Eberhardt, que notó cómo perdía el último resquicio de autocontrol. Ante sus ojos bailaban puntitos rojos y verdes, y se agarró a la rejilla de la ventana para no caer al suelo—. ¡Es el colmo de los colmos! ¡Me lo han quitado todo! ¡Mi casa, mi coche, mi fortuna, mi vida, mi honor, mi patria, todo! ¡Todo! ¡He contraído deudas con desconocidos del extranjero por ustedes, por los locos que están arruinando Alemania y las vidas de todos los que viven aquí! ¡Y eso va también por usted, ahí detrás de su ventanilla! Y encima quieren retenerme, quieren retenerme por dos marcos y veinte pfennigs que ya he pagado, ¡y todo porque no pueden encontrar el recibo! ¡Es el colmo! —gritó, levantando los brazos—. ¡Devuélvame el pasaporte ahora mismo! ¿Me ha oído? ¡Ahora mismo!

Pero, simultáneamente, pensó: «¡Se acabó! ¡Se acabó! ¡Me van a matar! ¡Acabo de firmar mi sentencia de muerte!». Sin embargo, lo cierto es que se sintió algo mejor, se había quitado un buen peso de encima con todos esos gritos y se sentía algo más aliviado.

La gente a su alrededor, los que hacían cola en otras ventanillas y en la suya, se habían quedado helados. Unos pocos lo miraban, paralizados, aunque la mayoría hacía como si nada hubiera sucedido. También los funcionarios en sus sillas giratorias continuaron silenciosamente con su trabajo. El hombre que tenía frente a él, el funcionario que no lograba encontrar el recibo, le tendió a Eberhardt con mano temblorosa el pasaporte abierto. Este, que había perdido el mundo de vista, tomó el documento de color marrón y vio, como a través de una espesa neblina, aquel sello que lo significaba todo, principio y fin. Un momento después se encontró en la calle sin saber cómo había llegado hasta allí.

Su mujer se asustó cuando le vio entrar en casa, con el rostro demacrado y hundido. Había en sus ojos una mirada desquiciada, como si hubiera perdido quince o veinte kilos en una mañana. Mientras revoloteaba por la habitación, empaquetando las últimas bagatelas, su cuerpo tenía un aspecto vagamente enfermizo y etéreo. A continuación telefoneó a las compañías naviera y aérea, y cuando el hombre que lo atendía comenzó a darle complicadas explicaciones, Eberhardt, tapando a medias el micrófono del teléfono, le dijo a su mujer:

—Deberíamos haber empezado a gritarles a estos majaderos desde el principio. Ni siquiera ahora sería demasiado tarde.

—Disculpe, ¿cómo dice? —preguntó estupefacto el hombre al otro lado de la línea.

—Nada, que muy bien —dijo Eberhardt—; que perfecto.

Ahora que habían superado el trámite fatídico, pareció que la suerte comenzaba a sonreírles a los Eberhardt. El 24 de agosto de 1939 el hombre de la ventanilla le había entregado el pasaporte a aquel loco chillón; el 28 de agosto la familia iba a tomar un avión a Inglaterra y, unos días más tarde, salía un barco en el que habían reservado dos camarotes; en el primero iban a instalarse la señora Eberhardt y las dos niñas, mientras que el segundo iban a compartirlo el señor Eberhardt y Hansi... y el resto de pasajeros a quienes asignaran una plaza en él.

Una profunda inquietud se apoderó de la ciudad aquellos últimos días de agosto de 1939. Los Eberhardt tenían la sensación de que sus conciudadanos colaboraban amable y cordialmente en los complejos procesos vinculados a su emigración.

—Entonces ¿ha llegado el momento? —se preguntaban unos a otros en la calle.

Y la señora Eberhardt, que había ido a comprar un abrigo para Hansi, se dijo: «Ya lo creo que ha llegado el momento, antes de cuarenta y ocho horas nos marchamos para siempre». En el fondo sabía que la ansiedad generalizada de sus conciudadanos no se debía a su marcha y la de su familia. Y si los que se quedaban atrás se enfrentaban a la perspectiva de una guerra, ¿no era igualmente cierto que ellos, los Eberhardt, partían hacia otra guerra en la que las alternativas eran la conquista o la muerte?

La señora Eberhardt no prestaba demasiada atención a los cambios políticos de aquellos días. En la casa de las afueras de la ciudad apenas tenía tiempo para echarle un vistazo al *Anzeiger* y estaba demasiado inquieta para poner la radio y prestar atención a la mezcla de noticias y música que esta emitía. Se había firmado un pacto con la Rusia Soviética y Eberhardt opinaba que aquel paso por parte del *Führer* era, desde luego, la última palabra de desprecio cínico por todo lo que había predicado y jurado hasta entonces. Inglaterra y Francia, desde luego, estarían «muertos de miedo» y no osarían mover ni un dedo cuando los ejércitos del tercer *Reich*, como todos esperaban, marcharan sobre Polonia.

—No creo que vaya a haber una guerra —dijo Eberhardt, cuyas ganas de partir lo más pronto posible, de salir del país cuanto antes mejor, nacían no tanto del temor específico a un estallido bélico como a un vago delirio de que

lo perseguían, que venía atormentándolo desde la mañana en que el inspector de aduanas se había presentado en su casa.

En general, los habitantes de nuestra ciudad no compartían la visión de Eberhardt del asunto y, en vísperas de la guerra, eran víctima de un pánico contra el que no había nada que valiera. Ese pánico era aún más devastador porque nadie sabía a quién había que odiar y responsabilizar de la situación. ¿A británicos y franceses? Sí, desde luego, habían rodeado a Alemania e iban a hacerle pasar hambre como habían hecho durante la gran guerra; eran egoístas y rencorosos, ricos y despiadados; Inglaterra y Francia eran nuestros enemigos desde tiempos inmemoriales. Pero esos enemigos ¿nos atacaban? ¿No era cierto que todo dependía de que llegáramos a un acuerdo amistoso con Polonia? ¿Realmente necesitábamos tener Gdansk? ¿Qué significaba esa ciudad para nosotros? ¿Qué interés teníamos por el corredor polaco^[3]? ¡Ni el más mínimo! Por ello, había la esperanza de que el interés del *Führer* por el corredor no fuera tan apasionado como para provocar una guerra por culpa de unos territorios tan alejados.

Desde luego, una guerra aislada contra Polonia prometía una victoria rápida y valiosa. Y si bien los ciudadanos de nuestro país habían sido educados para contemplar con horror la Unión Soviética y considerarla la escoria de la humanidad, no era menos cierto que admiraban la sutil habilidad política de su propio gobierno, que había convertido al enemigo rojo de ayer en el dócil y útil aliado de mañana. Sin embargo, Inglaterra y Francia decían contrariamente a lo que creía Eberhardt, serán lo bastante estúpidas y anticuadas como para mantener la palabra dada a Polonia; son países democráticos y siguen aferrándose a ideas caducas, que ya no pertenecen a estos tiempos. Por supuesto que somos más fuertes que Inglaterra y Francia, pues disponemos de nuestros aliados italianos y rusos y, por si eso fuera poco, tenemos una disciplina totalitaria. Y, sin embargo, van a hacernos pasar hambre. Además, ¿de qué nos va a servir la victoria si nuestros hijos caen en la guerra, si matan a nuestros padres y nuestros pequeños mueren de hambre?

Era cierto, el *Führer* había prometido solemnemente que no habría guerra. Había tenido una idea, el gran invento del siglo para conquistar nuevos territorios sin tener que recurrir a la guerra y habíamos visto ya suficientes «victorias sin derramamiento de sangre» como para tener fe en el invento. Pero si por lo menos los periódicos no hubieran ido tan llenos de amenazas, si no se hubieran dejado llevar por los ataques de rabia. «Los hermanos de sangre alemana» habían sido torturados y asesinados a miles en Polonia. Fuera cierto o no, el simple hecho de que aquellos artículos se publicaran por

orden del gobierno era un mal augurio de cara al futuro. Los checos, desde luego, se habían comportado de forma similar con nuestros hermanos en los Sudetes y, sin embargo, no había habido ninguna guerra. Eso sí, los checos no contaban con la promesa de auxilio de los ingleses y, al verse abandonados, no les había quedado más remedio que pasar por el aro.

Hubo movilizaciones. Muchos ya habían embarcado con destino al Este, otros desfilaban por las calles de uniforme. El empresario Huber era oficial en la reserva. Vestido de uniforme, con la cruz de hierro de primera clase^[4] en la pechera, se dirigió a la asamblea de trabajadores y les habló de los grandes sacrificios que se les iban a pedir. Los trabajadores recibieron su llamamiento con un silencio glacial. Al final del discurso, sonaron los primeros compases del Horst Wessel y el empresario observó que un número considerable de sus empleados no cantaban. Uno de los capataces mantenía los labios bien apretados, como si guardara un secreto. Acababa de llegar del campo y, al parecer, había cumplido condena en prisión, aunque parecía un tipo atento y honesto. Ninguno de los miembros del grupo de trabajadores a su alrededor cantaba; se limitaron a inclinar la cabeza, como antes de una tormenta. «Esta gente son un peligro público —pensó el industrial—. Alguien debería vigilarles de cerca». Pero inmediatamente se dijo que eso no era asunto suyo y que, en el fondo, le daba igual que el gobierno tuviera que hacer frente a esas dificultades. «Por mi parte —pensó—, que tengan esas dificultades... y unas cuantas más, qué demonios». Si lo pensaba, se sentía como alguien a quien hubieran hecho prisionero en un barco enemigo y se alegrara de ver que el barco se hundía. «Ojalá no tuviera que hundirme con él», se decía. Entonces la canción terminó y los reunidos se dispersaron.

En el hospital de la ciudad la actividad era febril. El miembro del *geheimrat scherbach* tenía más trabajo del que podía atender, no solo por los interminables exámenes a los hombres que llamaban a filas, sino porque, una vez más, las salas y las habitaciones privadas estaban llenas hasta los topes. Había habido un gran incremento de los descarrilamientos de trenes y las colisiones, y en la ciudad la cifra de accidentes había crecido enormemente por culpa de los frecuentes *blackouts*^[5]. La movilización nacional y los preparativos de guerra estaban causando estragos. Al parecer, el profesor de derecho Habermann había caído de cabeza por las escaleras y ahora se encontraba, con una complicada doble fractura de fémur, en la habitación 118, donde había muerto la señora Murks.

Friedel Murks, su hijo, trabajaba en el hospital. Scherbach había conseguido que, inicialmente, lo contrataran como camillero. Al poco tiempo,

el consejero privado lo nombró su camillero personal. Friedel acompañaba al doctor jefe en sus visitas por las salas del hospital y le pasaba las tijeras, los fórceps y las vendas. Era un chico hábil, callado y educado que se ganaba la confianza de los pacientes. Para Scherbach era como si hubiera encontrado a un hijo.

—No permitiré que te manden al frente —le dijo—. Requeriré tus servicios, aquí eres absolutamente indispensable.

Lo cierto era que el consejero privado ya no podía imaginarse su vida sin el chico. Volvería a sentirme sucio y pegajoso o, cuando menos, poco esterilizado, pensaba, y se fijaba en la expresión de su protegido. Friedel aún tenía un rostro demacrado y cansado, pero había perdido ya aquella expresión cínica, amargada y desahuciada.

A primera hora del 28 de agosto los Eberhardt tomaron un taxi a la plaza del mercado. Su propio coche había pasado a manos del poderoso funcionario de la Policía Secreta al que ya hemos mencionado. De todos modos, en el pequeño automóvil familiar tampoco habrían cabido los cinco miembros de la familia y todo su equipaje. Abandonar la vieja casa no les resultó excesivamente duro. Hansi fue el único que se volvió para ver la casa donde había nacido.

—Adiós —le dijo—. Nos vamos.

Y entonces, muy emocionado, había aplaudido y había preguntado si el avión iba a despegar directamente desde la plaza del mercado. Pero pronto descubrió, con gran decepción, que solo los esperaba el autobús de la compañía aérea.

Sin embargo, en la plaza del mercado había un gentío enorme y era imposible que todos pretendieran coger un avión. La multitud, formada mayoritariamente por mujeres, parecía estar agitada. Todo el mundo gesticulaba y hablaba a gritos. Mientras Eberhardt contaba el equipaje, la señora Eberhardt se enteró de qué pasaba. Se estaban distribuyendo cartillas de racionamiento, de jabón y de otras clases. Todo iba a ser racionado y, aparte de las nuevas privaciones e incomodidades que los esperaban, los habitantes de la ciudad vieron en esas cartillas la prueba definitiva de que la guerra estaba a punto de estallar.

—¡Tendré que pasar por todo esto otra vez! —le dijo a la señora Eberhardt una anciana, las lágrimas cayéndole por las mejillas—. ¿No basta con tener que vivir una época tan espantosa una vez?

La señora Eberhardt apartó la mirada. ¿Era correcto marcharse precisamente entonces, escaparse justo cuando su patria corría un serio

peligro? Pero de pronto llegó el momento de montar en el autobús que iba a llevarlos al aeropuerto, y ayudó a Hansi a subir la escalerilla. «¡Los niños! —pensó—. Es por los niños que estoy tan feliz, porque podrán crecer en paz y libertad».

El vuelo pasó a una velocidad asombrosa. Los niños se negaron a creer que se encontraban en suelo inglés cuando hacía tan poco que el avión había despegado.

La familia pasó tres días en Londres, durante los cuales apenas osaron salir de la modesta pensión a la que los habían mandado. En una ocasión, Eberhardt se reunió con el empresario inglés que los había salvado. Sin embargo, este no quiso recibirle en su despacho, se negó incluso a reunirse con él en un restaurante e insistió en acudir personalmente a la pensión.

—Viejo amigo mío —le dijo—, nuestra relación debe seguir siendo la misma pase lo que pase. Tenga cuidado mientras estén aquí. No hablen en alemán por la calle y márchense tan rápido como puedan.

Eberhardt se tomó el consejo de su amigo al pie de la letra y el 1 de septiembre la familia tomó un tren a Liverpool.

Y llegó el 1 de septiembre, el día en que Alemania invadió Polonia: ¡el día que estalló la guerra!

Los trenes iban abarrotados de soldados y marineros. Los periódicos abrían con grandes titulares que asustaban incluso a los más indiferentes. Mucha gente (el país se había puesto en marcha de forma masiva) llevaba ya, colgadas del cuello con una cuerda, unas cajas de cartón cuadradas que parecían fiambreras, pero que en realidad contenían máscaras antigás. En las fachadas de muchos edificios se amontonaban los sacos de arena y los cielos de Londres y de otras grandes ciudades estaban llenos de los ligeros globos de barrera.

La población parecía estar calmada.

Eberhardt advirtió a su familia: ¡no debían hablar ni una palabra de alemán! Como sus hijos no conocían ningún otro idioma y el inglés de la señora Eberhardt era exiguo, el viaje transcurrió sin una sola palabra. Eso les brindó la ocasión de observar qué sucedía a su alrededor y de escuchar a sus compañeros de viaje. Los británicos, observó Eberhardt, estaban decididos a plantar cara e iban a luchar con fiereza, de eso no había duda. Sin embargo, su determinación no iba acompañada de una histeria patriótica y tampoco habían desarrollado un odio ciego contra el país enemigo. Eberhardt tenía incluso la

sensación de que él y su familia podrían haber hablado tranquilamente en alemán. Los jóvenes que vestían el uniforme de la armada de su majestad tenían un porte franco y una mirada tranquila y amistosa. No iban a luchar contra los alemanes, sino contra aquellos que los habían obligado a ir a la guerra. Era a esos a quienes había que parar los pies. Y había que resolver el conflicto de una vez por todas. Hacía demasiado tiempo que se intentaba por las buenas y no había funcionado; había pasado ya el tiempo de las probaturas, todo el mundo era consciente de ello.

Todos los hoteles de Liverpool estaban llenos. No sin dificultades, los Eberhardt lograron encontrar una habitación con dos camas. Diana y Elfi durmieron con su madre. Hans Adolf, agotado tras el largo viaje y el silencio forzado, estaba nervioso y desconcertado por tantas novedades. Tendido junto a su padre, no podía dejar de hablar:

—¿Va a haber bombas? —preguntó Hans Adolf—. ¿Y tendremos que escondernos en el sótano? ¿Hay sótanos en el barco? ¿Y quién va a tirar las bombas, los ingleses o los alemanes? ¿Van a atacarnos los ingleses? Y en América, ¿también hay guerra?

Pero no esperó a obtener respuesta a sus preguntas, sino que inmediatamente se enfrascó en el relato confuso de todo lo que había visto, oído y hecho durante el viaje, como si los demás no hubieran estado ahí para verlo por sí mismos.

—¡Y había tantos soldados! —les informó con unos ojos como platos—. Pero no llevaban ni música ni tambores, creo que estaban todos muertos...

Eberhardt le puso la mano sobre los ojos; era tan grande que le cubría toda la cara. El niño aún habló un rato más, pero finalmente soltó un suspiro, volvió la cabeza hacia un lado y se durmió.

El barco, pensaban los niños, era colosal. Era mayor que cualquier cosa que hubieran visto hasta entonces.

—Es más grande que una casa —dijo Hansi—. Más grande que un castillo, más grande que todos los barracones del campo de concentración.

Sin embargo, los dos camarotes asignados a los Eberhardt eran bastante pequeños y estaban alejados el uno del otro, de modo que Hansi se perdió la primera noche y se echó a llorar con todas sus fuerzas, hasta que uno de los camareros lo acompañó de vuelta al camarote de su padre. En el comedor había música y una comida excelente. Cualquiera que fuera capaz de leer podía elegir su plato favorito del extenso menú y a Hansi le costó trabajo

comerse todo lo que pidió. Había cuatro tipos distintos de helado alineados frente al pequeño, que ya había aprendido a decir *thank you* a los camareros.

En el camarote de Eberhardt, aparte de él mismo y de Hansi, había un joven que resultó ser americano. Hansi le contó al desconocido de qué ciudad venían y resultó que el hombre había estado allí, se había hospedado en el Reichshof e incluso había bebido un *schnapps* «en una taberna de Glockenstrasse». Hansi brincó de alegría ante aquel descubrimiento y el americano le dijo a Eberhardt:

—Aún tengo esperanzas de que esta guerra se pueda evitar. Los alemanes no quieren la guerra, por lo menos esa fue la impresión que tuve cuando estuve allí el año pasado; ¿por qué debería haber una guerra si nadie en el mundo la quiere?

La noche fue desagradable, ni siquiera los niños lograron dormir bien, y el día que siguió fue largo, porque no sucedió nada y parecía como si el barco flotara sin moverse en medio de la inmensidad del mar.

Las niñas habían estado jugando al tejo. Ahora estaban sentadas en el salón, cansadas y aburridas. Hansi lloraba y nadie sabía por qué. A las siete los Eberhardt metieron a sus hijos en la cama. La señora Eberhardt se quedó un rato sentada junto a las literas donde dormían sus hijas. Eberhardt había salido a la cubierta de paseo a fumar un puro. Se encontró al joven americano apoyado en la barandilla y este le dijo que acababa de oír en su radio portátil que Inglaterra y Francia le habían declarado la guerra a Alemania.

—Supongo que era inevitable —añadió.

Y entonces se produjo la explosión. Fue terrorífica. Fue como si aquel barco gigantesco y todos sus pasajeros hubieran estallado en mil pedazos con un ensordecedor estrépito metálico. Casi simultáneamente al fragor de la explosión estallaron los gritos de los heridos y de los pasajeros que sufrían un ataque de pánico. Eberhardt y el americano cayeron sobre la cubierta. Al americano, al que le había caído encima un montante, le salía sangre por la boca. En el otro extremo de la cubierta, una masa confusa de cuerpos humanos se retorció como un gigantesco animal herido. Cuando algunos de los cuerpos lograron desasirse de la maraña humana y arrastrarse lejos de allí, los demás se quedaron inmóviles donde habían caído.

Eberhardt, que aún no se había dado cuenta de lo que acababa de suceder, se puso de pie, pero una nueva explosión lo arrojó contra la ventana del salón de fumadores. De repente se encontró en el suelo, con las manos sobre el linóleo que cubría el salón. La mitad inferior de su cuerpo se negaba a moverse, atrapada bajo una enorme viga que había entrado a través de la

ventana. En el estado de aturdimiento que se apoderó de él, Eberhardt se aferró a un único pensamiento: mi mujer, mis hijos, Hansi. Entonces, con un esfuerzo titánico, logró liberarse.

Hubo una tercera explosión, aunque fue distinta a las dos anteriores, parecía provenir de arriba. Eberhardt se dirigía hacia la cubierta C. Como un poseso se abrió paso por entre los escombros, el humo, los gritos y los cuerpos ensangrentados.

Hansi yacía ileso en su litera, llorando.

—¡Papá! —exclamó al ver a su padre—. Tengo miedo de los truenos. ¿Nos ha caído un rayo encima?

Ahora que las «bombas» con las que había soñado y de las que había hablado sin cesar habían caído realmente, no podía imaginar que la mano del hombre fuera responsable de aquella terrorífica furia asesina. El padre sacó al hijo de la cama, le colocó la bufanda y el abrigo, cogió los dos salvavidas del portaequipajes y se precipitó hacia el pasillo con su hijo en brazos.

El acceso al otro lado de la cubierta, donde se encontraba el camarote de la señora Eberhardt y las niñas, estaba bloqueado. Había hombres y mujeres desesperados, histéricos, atrapados en aquel colérico infierno.

—Tal vez hayan subido ya a cubierta —dijo Eberhardt, hablando más consigo mismo que con Hans Adolf—. Tal vez el pasillo haya quedado bloqueado solo con la última explosión y ellas ya hayan logrado ponerse a salvo después de la primera o la segunda.

Subió como pudo por la escalera hasta el exterior. El panorama era peor aún que hacía unos minutos. Había, sin embargo, una actividad febril y nada desordenada. Se estaban arriando los botes salvavidas, los oficiales daban órdenes con voz clara y mesurada, y mujeres y niños se iban reuniendo y se veían separados a la fuerza de maridos y padres. Eberhardt, aún con su hijo gimoteando en brazos, cruzó la cubierta dando tumbos. Gritó los nombres de su mujer y sus hijas sin ningún sentido hacia la multitud, que engulló su voz. No hubo respuesta. En aquel momento se dio cuenta de que estaban preparando el último bote salvavidas para arriarlo. Alrededor del buque, que se hundía lentamente, flotaban aquí y allá, llevados por las olas, los demás botes, abarrotados de gente. La oscuridad era absoluta y eso intensificaba la sensación de terror. Eberhardt observó impasible los rostros de los que iban a salvarse en ese último bote. En él había más mujeres que hombres, pero no vio a su esposa por ninguna parte.

El bote estaba lleno. De repente se produjo un alboroto entre los pasajeros; una anciana que iba sentada cerca de donde se encontraba

Eberhardt gesticulaba frenéticamente y repitió con gran excitación unas frases en un idioma que nadie comprendió. «¿Será ruso? —se preguntó Eberhardt—. ¿O tal vez checo?». No se le pasó por la cabeza que la agitación de la mujer pudiera tener algo que ver con él. Sin embargo, una cosa era clara: la anciana quería bajarse del bote como fuera. Finalmente, uno de los marineros que quedaban en cubierta acudió a ayudarla, a pesar de la peligrosa demora que entrañaba la maniobra. En cuanto la anciana se encontró en la cubierta, se abalanzó sobre Eberhard y, tirándole de la manga, le indicó que debía ocupar su lugar en el bote. Al mismo tiempo señaló a Hans Adolf y, en un inglés fragmentario, dijo algo que sonó como:

—Pequeño... ¡no puede morir! ¡Rápido, rápido!

Durante una centésima de segundo Eberhardt dudó, pero la anciana seguía tirándole de la manga como una incómoda mendiga. Tampoco el bote podía esperar un instante más. Y así, sosteniendo a su hijo en brazos, se encaramó a aquella incierta salvación. Mientras arriaban la embarcación, levantó la mirada y vio a la anciana apoyada en la barandilla, con los brazos cruzados sobre el pecho y una apacible expresión dibujada en el ancho rostro.

Cuando el padre comenzó a no sentirse los brazos, bajó al niño y lo colocó junto a él, en el bote. El pequeño se acurrucó a sus pies y los demás pasajeros, a pesar de su excitación, evitaron pisotearle. Eberhardt notó cómo Hans Adolf se le abrazaba a las rodillas y una oleada de cariño y ternura le embargó el corazón.

Las olas eran altas y el bote oscilaba sin parar. Una de esas olas se llevó a uno de los marineros por la borda. Unos minutos más tarde, otra ola arrastró a la mujer que iba sentada junto a Eberhardt. ¿Cuántas horas pasaron? La noche parecía interminable. Desesperados, los pasajeros del bote salvavidas rezaron para que llegara el final, cualquier final; incluso la muerte parecía preferible a aquel horror sin fin. Pero Eberhardt no deseaba morir. La cálida criatura que se agarraba a sus pies le impedía ceder a aquel deseo. Y, sin embargo, ¿iba él a ser capaz de seguir viviendo si su mujer había desaparecido y, con ella, las dos niñas? No lo sabía. No sabía nada excepto que la noche era fría, que él tenía fiebre y que el agua salada le corría por la cara. No sabía ni siquiera si estaba llorando.

Cuando finalmente el cielo se aclaró, el mar se calmó un poco. Eberhardt, que había caído en un estado entre el sueño y la vigilia, miró hacia el agua y creyó ver caras. El hermoso rostro de su esposa le sonrió, enmarcado por sus largas trenzas. Diana y Elfi emergieron junto a ella de entre las olas, pero eran mucho más jóvenes y pequeñas a como las recordaba del día anterior y

llevaban unos vestiditos descoloridos que les había visto hacía muchos años. Entonces la imagen cambió: de repente, era como si una ciudad se reflejara sobre el agua, su ciudad. Reconoció las torres y las casas con gabletes. Torres y casas estaban bocabajo, por supuesto, y se balanceaban y temblaban como si estuvieran a punto de desmoronarse y hundirse. Pero eso era por culpa de las olas, que distorsionaban la imagen reflejada. Todas las luces de la ciudad parecían estar apagadas, incluso la plaza del mercado con la estatua ecuestre yacía desolada y destrozada en la oscuridad.

De repente hubo un clamor. Sobresaltado, Eberhardt levantó los ojos del agua. La gente a su alrededor señalaban algo lo lejos, gritaban, reían.

—¡Mirad! ¡Luces! —exclamaban—. ¡Un barco! ¡Estamos salvados!

Entre la penumbra logró atisbar la enorme silueta de un barco de vapor que se aproximaba. El pequeño dormía a sus pies.

—¡Despierta, Hansi! —dijo y puso de pie a su hijo.

Hansi se frotó los ojos.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó.

—Sí —dijo su padre—, ya hemos llegado.

A primera hora de la mañana del 4 de septiembre de 1939, doscientos veintitrés pasajeros y marineros fueron subidos a bordo del vapor estadounidense City of Flint. Hacinados en los botes salvavidas y agarrados en tablones, luchando desesperadamente contra el frío, el cansancio y la furia de las olas, habían estado tan cerca de la muerte durante ocho horas que cuando, contra todo pronóstico, la vida salió a su encuentro, contemplaron la realidad como si fuera un espectro.

Hans Gottfried Eberhardt y su hijo Hans Adolf fueron llevados al salón. Allí improvisaron una cama para Hansi, que se tendió en ella, temblando; su padre no sabía si temblaba de frío o por la impresión de las aventuras nocturnas. Al parecer, creía que el relámpago los había arrojado a todos al mar y que ahora estaban de nuevo en el viejo barco.

—¿Por qué no volvemos a nuestro camarote? —preguntó—. Tengo escalofríos —añadió en tono de reproche con una mirada que salía acongojada de su cuerpecito tembloroso.

El padre lo dejó y fue a buscar algo de té caliente.

Cuando regresó, encontró a la señora Eberhardt sentada junto al pequeño. Diana y Elfi, una envuelta en un enorme abrigo, la otra en una manta marrón, estaban sentadas frente al sofá, abrazadas. Eberhardt, que llevaba una bandeja

con una tetera y una taza, se quedó paralizado en la puerta, incapaz de moverse por miedo a que la visión pudiera desvanecerse. Fue Hansi quien vio a su padre y lo llamó con su aguda voz infantil:

—¡Estamos todos aquí! —exclamó y extendió los brazos—. ¡Volvemos a estar todos juntos!

Eberhardt, que notó como si fuera a caérsele la bandeja de las manos y como si él mismo fuera a desplomarse de rodillas para darle gracias a un Dios en el que nunca había creído, se acercó en silencio a la mesa que había junto a la cama de Hansi. Dejó la bandeja sin decir una palabra y, aún sin hablar, extendió los brazos hacia su esposa. Solo entonces, cuando finalmente la tuvo entre sus brazos, se convenció de que era real.

—Volvemos a estar todos juntos —dijo.

Apéndices

Hechos

Cuando la autora de este libro buscaba un título que describiera su contenido, pensó en titularlo *Hechos*, pues todas las historias, tragedias, personajes, acontecimientos, sucesos, leyes, estadísticas y declaraciones que figuran en estas páginas están basados en hechos; son hechos. No hay nada inventado, todo ha sucedido realmente y no hay un solo episodio que no haya llegado a conocimiento de la autora ya sea por experiencia propia o a través de algún testigo de confianza.

De entre una gran cantidad de material, de entre cientos de historias reales que podría haber usado, la autora ha elegido un número relativamente pequeño. La autora está en deuda de gratitud con todos aquellos que le dieron permiso para que contara su historia y cuyos nombres deben permanecer en el anonimato. A la hora de llevar a cabo la difícil elección, se ha basado en dos principios:

1. Todas las historias tenían que ser típicas. En este libro no hay lugar ni para los abominables delitos cometidos por una minoría de poderosos criminales, ni para los actos heroicos llevados a cabo por un grupo igualmente reducido de buenos alemanes. Por reales que sean, tanto las atrocidades como los sacrificios personales no son la norma; son excepciones, lo mismo en el tercer *Reich* de Hitler que en cualquier otra parte del mundo. Así pues, la autora decidió contar historias verdaderas de naturaleza corriente que hubieran sucedido a personas perfectamente corrientes que no eran ni particularmente poderosas, ni particularmente heroicas, ni especialmente miserables, ni especialmente criminales. ¿Cuál era la situación en Alemania cuando estalló la guerra? ¿En qué estado anímico, moral, económico y de salud se encontraba el pueblo alemán al entrar en esa guerra? Para responder a esas preguntas había que reproducir la atmósfera de la clase media alemana y fue precisamente de esa atmósfera la que finalmente sugirió el lírico título de este libro de hechos: *Cuando las luces se apagan*.

2. Al limitarse a diez historias, la autora ha podido describir el oscuro trasfondo en el que todas ellas transcurren, un trasfondo basado en hechos

cuya existencia está totalmente documentada. La autora tenía la sensación de que no bastaba con describir la vida cotidiana de «un» abogado, «un» empresario, «una» madre o «un» cura en la Alemania nazi, a menos que quedara claro que debido a las leyes nazis (que había que citar) y a las intenciones nazis (que había que hacer visibles), la vida de todos los abogados, empresarios, madres y curas del país eran necesariamente de naturaleza similar.

Para aligerar la lectura del texto, todas las referencias y datos se han incluido en el apéndice. En las páginas siguientes se detallan las referencias a textos publicados por testigos o personas involucradas.

Apéndice

CAPÍTULO I

«Un niño problemático de primer orden», *Das Schwarze Korps*, 16 de marzo de 1939.

«La inadecuada preparación de los abogados, apreciable de forma generalizada, muestra que los actuales tres años de estudios resultan insuficientes para proporcionar una formación completa durante la carrera de derecho», *Kölnische Zeitung*, 22 de enero de 1939.

El discurso del *Reichsführer* Himmler fue publicado en *Das Schwarze Korps*, 11 de mayo de 1939.

CAPÍTULO II

La referencia a la liquidación obligatoria de las empresas «no rentables» aparece citada en *Das Schwarze Korps*, 30 de marzo de 1939.

CAPÍTULO III

El gran premio de Francia, 9 de julio de 1939.

El gran premio de Alemania en el circuito de Núremberg, 23 de julio de 1939.

Accidente de un avión suizo ocurrido el 20 de julio de 1939.

«Año tras año, los aviones americanos Douglas repiten su registro de cien por cien de regularidad y fiabilidad al servicio de las Swiss Air Lines; no ha habido ni un solo accidente... En todos los casos [de accidentes en el servicio aéreo militar suizo] se trata de alguno de los aviones Messerschmitt», *Zürcher Nachrichten*, 24 de julio de 1939.

El discurso del doctor Ley, líder del *arbeitsfront*, sobre «el consumo insensato de prendas de vestir» fue publicado en *Das Schwarze Korps*, 20 de julio de 1939.

Las restricciones sobre la libertad de decisión de los empresarios aparecen citadas en el *Frankfurter Zeitung*, 30 de noviembre de 1938.

Decreto del comisario de precios declarando su poder para fijar los precios, 12 de agosto de 1939.

CAPÍTULO IV

La ley debe interpretarse a través del partido nacionalsocialista: *Deutsche Allgemeine Zeitung*, 23 de agosto de 1939.

Ernst Rudolph Huber, *Verfassungsrecht des Grossdeutschen Reiches* [«La ley constitucional del gran Reich alemán»], Hanseatische Verlaganstalt, 1937. Revisado y ampliado en 1939.

El discurso del doctor Freisler, secretario del ministerio de Justicia del *Reich*, sobre las ventajas concedidas a los hombres con más hijos, aparece en *Die Deutsche Justiz*, agosto de 1939.

Los datos sobre el incremento de la delincuencia juvenil han sido extraídos de *Junge Deutschland*, núm. 10, 1937.

CAPÍTULO V

Todos los documentos usados en este capítulo, incluida la orden gubernamental titulada «Acción sobre la cuestión judía», se encuentran en posesión de la autora.

CAPÍTULO VI

La declaración de que el pueblo alemán está inmerso en una batalla por el espacio vital fue realizada por el portavoz del departamento de agricultura del gobierno en el periódico nacionalsocialista *Landpost*, 7 de julio de 1939.

- Los datos sobre distribución, administración y consumo improductivo aparecen citados en *Volk und Wirtschaft*, 14 de julio de 1939.
- Los salarios de los jornaleros se han extraído del informe del experto del gobierno en el distrito de Magdeburgo. De acuerdo con el informe del distrito de Hessen, los jornaleros solteros recibieron un salario anual de 980 marcos hasta el año 1933; posteriormente, el gobierno de Hitler redujo esa cantidad hasta los 820 marcos anuales.
- La declaración sobre los granjeros y campesinos austriacos ha sido extraída del informe del líder de los ganaderos del distrito del Danubio, que aparece citado en el nacionalsocialista *Landpost*.
- La «advertencia» del ministerio de Alimentación del *Reich* fue publicada el 14 de julio de 1939.
- La declaración sobre el descenso de la productividad aparece citada en la *Circular de la oficina de distribución de ladrillos*, Berlín, 20 de junio de 1939.
- Importación y exportación de carbón: *Neue Zürcher Zeitung*, 15 de agosto de 1939.
- Visita de los generales a las fábricas y referencia a la llegada y al discurso del general Brauchitsch, jefe del estado mayor alemán, en la fábrica metalífera del Rin, agosto de 1939.

CAPÍTULO VII

Todo este capítulo, incluidas las diversas historias de los compañeros de prisión, se basa en el relato del «Pastor Gebhardt», que se encuentra en posesión de la autora. La descripción de la conversación con Dios y de la huida ha sido transcrita literalmente.

CAPÍTULO VIII

Estrofa citada en *Das Schwarze Korps*, 30 de marzo de 1939.

CAPÍTULO IX

Sobre el exceso de importancia dada a las aptitudes físicas en las escuelas, ver doctor Günther Scheele, «El ejercicio físico como asignatura escolar», en el periódico nacionalsocialista *Landpost*, 7 de julio de 1939. El editorial «Acuda al médico a tiempo», dedicado al deterioro de la sanidad pública, apareció en *Das Schwarze Korps*, 11 de mayo de 1939. «Música contra las bacterias», *Cellesche Zeitung*, 7 de julio de 1939.

CAPÍTULO X

El discurso de Hitler sobre arte (publicado por el *Frankfurter Zeitung*, el 17 de julio de 1939) contenía, en efecto, treinta y tres errores gramaticales.

Epílogo

«Por la noche, lectura de Erika en la Library de *Cuando las luces se apagan*»^[1], anotó Thomas Mann el 27 de diciembre de 1939 en su diario; tres días más tarde, Klaus Mann escribía: «E. nos lee, a él [Fritz Landhoff] y a mí, el final del libro, la catástrofe del Athenia; conmovedor y acertado»^[2]. En pocos meses, Erika Mann había terminado su libro de historias que en realidad debía titularse *Our Nazitown* y que ya había apalabrado con el célebre editor Paul Willert para la Oxford University Press. Erika Mann había comenzado a escribir el libro durante el verano de 1939, en Arosa, paralelamente a la redacción del libro que escribía junto con su hermano, *The Other Germany*, de numerosos trabajos periodísticos y, sobre todo, bajo la amenaza, primero, de un conflicto bélico inmediato y a partir del 1 de septiembre, con la invasión alemana de Polonia, de la guerra que acababa de estallar.

Erika Mann, periodista política y reportera antinazi comprometida, se encontraba prácticamente en la misma situación que el joven americano que, en su novela, llega a una ciudad universitaria mediana del sur de Alemania y percibe, por un lado, el peculiar ambiente de romántica cotidianeidad y, por otro, la irritante unanimidad del inminente conflicto bélico. Ella misma había renunciado a la nacionalidad alemana en 1935 después de casarse con el escritor Wystan H. Auden para obtener el pasaporte británico y desde entonces no había osado regresar a Alemania. Observaba el desarrollo de los acontecimientos políticos desde Suiza; allí, donde hasta 1936 estuvo instalada la «tertulia» de su cabaré *Die Pfeffermühle* (El molinillo de pimienta), reunió material, habló con emigrantes de todos los orígenes sociales, se reencontró con viejos conocidos y fue desarrollando la idea de un libro con «historias reales del Tercer Reich» (ese iba a ser el subtítulo); un libro que tenía que ser un relato verídico y vivo, lo que hoy en día llamaríamos «documental de ficción».

Cuando en 1940 fue publicado en Nueva York por Farrar & Rinehart y en Londres por Secker and Warburg, traducido por Maurice Samuel, era un libro

de rabiosa actualidad, algo que se confirmó no solo en el círculo familiar o a través del editor. Hasta llegar al capítulo final, Erika Mann desarrolla historias sobre la guerra y la época, y refleja el día a día y los grandes acontecimientos mundiales mediante una serie de cautivadores episodios. El redactor literario y poeta de la sangre y la tierra, Hans Gottfried Eberhardt, que tras una carrera contra el tiempo y las arbitrariedades administrativas, logra abandonar Alemania en compañía de su familia literalmente en el último minuto, termina siendo rescatado por el carguero estadounidense City of Flint junto con cientos de otros emigrantes que habían naufragado. El barco en el que viajaba con su familia había sido presumiblemente bombardeado y se había hundido. Con ello, Erika Mann incorpora directamente a su narración la «catástrofe del Athenia», que Klaus Mann menciona en su diario. El mercante estadounidense Athenia, que debía llevar a un gran número de emigrantes alemanes de Liverpool a Estados Unidos, se hundió el 3 de septiembre. Fue la primera catástrofe naval provocada por la guerra y causó una verdadera conmoción mundial. En cambio, el City of Flint, que en la historia de Erika Mann rescata a los emigrantes, fue en realidad alcanzado por un acorazado alemán un mes más tarde, el 9 de octubre de 1939; sin embargo, el buque no se hundió y logró regresar a Estados Unidos^[3].

Erika Mann opta por hacer que la familia Eberhardt sobreviva a esa situación aterradora y, con ello, da a su libro un prudente final feliz. No obstante, apenas un año más tarde, en septiembre de 1940, las descripciones de las escenas del barco yéndose a pique cobrarían una significación brutal para la familia de Thomas Mann: la noche del 17 de septiembre de 1940 y como consecuencia del ataque de un submarino alemán, el City of Benares, un vapor de pasajeros británico, se hundía en las aguas del Atlántico Norte con casi cuatrocientos pasajeros a bordo. Entre esos pasajeros se encontraban la hermana de Erika Mann, Monika, y su marido, el historiador húngaro del arte Jenő Lányi. Si bien Monika Mann pudo ser rescatada, su marido perdió la vida. De los noventa y dos niños ingleses que iban a bordo del City of Benares, solo sobrevivieron diecinueve. Erika Mann les dedicó un pequeño homenaje literario en su libro infantil *A Gang of Ten*, publicado en 1942^[4]. El libro trata de diez niños de diversas nacionalidades que estudian en una «Nueva Escuela Mundial», en California, y que logran pararle los pies a una banda de saboteadores comandada por un tal *Mister X.*, que opera a las órdenes de Hitler. El final optimista de ese libro infantil y el hecho de que el punto de arranque de la historia sobre la vida cotidiana del «Tercer Reich» esté situado en el futuro no supone una contradicción con la intención

estrictamente realista e historicista de *Cuando las luces se apagan*: más bien son una advertencia (una vez más con propósito claramente historicista) contra el cinismo y la indiferencia política que pretende camuflarse de sentido práctico y de realidad.

La última historia es también un ejemplo en ese sentido. El escritor conservador nacionalista y apegado a la tierra, Gottfried Eberhardt, que pierde su trabajo porque su jefe no le transmite la última circular sobre el trato periodístico de la cuestión del Tirol del sur y, por lo tanto, publica un artículo de corte étnico que, sin embargo, no se ciñe a las últimas directrices gubernamentales, experimenta, a causa de su empeño por emigrar, la péfida combinación del ansia de enriquecimiento estatal y la arbitrariedad de las autoridades. Eberhardt había invertido su fortuna en pinturas al óleo y tapices antiguos que, con permiso estatal, es decir, abonando unas tasas de exportación abusivas, envía a Inglaterra. A pesar de conservar todos los recibos y todos los sellos, de haber pagado todos los impuestos, e incluso de haber entregado todas sus propiedades al estado nacionalsocialista, la oficina de aduana le niega el pasaporte por culpa de los bienes patrimoniales que este posee en Inglaterra. Si quiere conseguir su pasaporte, Hans Gottfried Eberhardt debe, sin salir de Alemania, vender las pinturas y tapices que guarda en Londres por mil quinientas libras. Sin embargo, resulta imposible reunir la cantidad exigida, por lo que, además, Eberhardt debe pedirle dinero a un conocido de Londres. Pero el vía crucis que supone reunir los sellos, certificados y documentos (tal como describe Erika Mann con gran emoción y vivacidad) aún no ha terminado, falta «el último sello, el definitivo». Y están a punto de negarle ese sello porque el funcionario de turno no encuentra entre los documentos un recibo de dos marcos y veinte céntimos a cuenta del servicio de aguas que Eberhardt ya ha presentado. En este punto, Erika Mann le hace perder los estribos a su protagonista, que protesta airadamente, insulta al funcionario, a quien acusa de ser la encarnación de «los locos que están arruinando Alemania» y, así, en el último minuto, arriesga su propia vida y la de su familia. Sin embargo, el atónito funcionario le devuelve el pasaporte completo. «Deberíamos haber empezado a gritarles a estos majaderos desde el principio. Ni siquiera ahora sería demasiado tarde», le comenta más tarde Eberhardt a su mujer, al explicarle lo sucedido.

Tal como se desprende de los diarios de Thomas y Klaus Mann, Erika Mann escribió ese último capítulo en diciembre de 1939. Habían pasado ya cuatro meses desde que, en dramáticas, degradantes e infamantes circunstancias, los abuelos de Erika Mann, Alfred y Hedwig Pringsheim,

habían logrado abandonar Munich literalmente en el último segundo y refugiarse en Suiza. También en su caso se había tratado de una carrera de obstáculos contra la burocracia, y en las cartas que mandó desde Arosa, donde entre otras cosas escribió *Cuando las luces se apagan*, Erika Mann intentó aconsejar a sus padres como mejor supo. El 20 de julio de 1939, en una carta a su padre relacionada con la emigración de los abuelos Pringsheim, escribió:

- 1) Que se marchen en cuanto obtengan el pasaporte (no será tan fácil, pues [...] según las últimas ordenanzas, *después* de lograr el pasaporte el emigrante debe presentarse *nuevamente* en la delegación de Hacienda para obtener el último sello).
- 2) Que se preparen para el chantaje final y que lo resuelvan lo antes posible para ahorrarse un ataque al corazón.
- 3) Que, en la medida de lo posible, averigüen cuánto tiempo puede demorarse el asunto desde el momento de la «subasta»^[5].

De hecho, la célebre colección mayólica de Alfred Pringsheim sufrió una considerable pérdida de valor en la «subasta» solicitada por el Estado^[6]. Es posible que la historia de Erika Mann sobre el redactor literario afecto al régimen Eberhardt, que al verse obligado a emigrar planea financiar la nueva vida en el exilio mediante la colección artística que había mandado a Londres y que finalmente se ve obligado a malvender, se inspirase en las vivencias de su abuelo. En cuanto a las desconcertantes y arbitrarias prácticas del régimen nacionalsocialista en relación a los «permisos de salida» (tal como se menciona en la citada carta de Erika Mann de julio de 1939) eran algo habitual y muy extendido.

De hecho, Erika Mann deseaba que todas las historias que se incluyeran en su libro pudieran calificarse de «habituales». En todos los casos, las historias debían basarse en hechos, en realidades comprobables, fuentes verificables y material documentado. Según sus propias declaraciones, en el momento de la redacción disponía de muchísimo más material del que podía utilizar. En diversas cartas a sus padres^[7] se quejó a menudo de su «libro de Oxford», que le proporcionaba gran placer pero también interminables trabajos.

Sin embargo, no hay duda de que este libro la entusiasmaba mucho más que otro que estaba escribiendo al mismo tiempo, conjuntamente con Klaus Mann, titulado *The Other Germany*, que ilustraba el discurrir de Alemania por la dictadura y la guerra, al tiempo que cuestionaba la supuesta propensión natural de los alemanes hacia las personalidades autoritarias, las tendencias antidemocráticas y las actitudes de sumisión^[8]. Desde una perspectiva historiográfica monocausal el libro repasa la historia alemana desde Martín Lutero hasta Hitler e intenta ilustrar la opinión, expresada con mayor éxtasis, sobre todo, por el inglés lord Vansittart, de que el carácter alemán presenta

una inclinación hacia el despotismo fascista. El libro, que gozó de una breve popularidad en Estados Unidos y fue ninguneando en Alemania, no figura desde luego entre las obras maestras de los hermanos Mann, si bien fue una de las fuentes de la literatura política de la época a las que recurrió Thomas Mann para la redacción de su *Doctor Fausto*^[9]. *Are the Germans nazis?*, ¿son los alemanes nazis?, es la pregunta que aparece una y otra vez en el segundo libro americano de los hermanos Mann, tras el éxito de *Escape to Life* (1939). Ese debía ser, originalmente, el título del libro; subrayado todavía más la proximidad temática con el nuevo libro de Erika Mann que, bajo el nombre de *Our Nazitown*, estaba previsto que apareciera simultáneamente. Ya en *The Other Germany*, a la pregunta de si todos los alemanes son nazis o de si su procedencia nacional los predispone a una actitud servil y obediente, la respuesta no es que «sí». Sin embargo, el libro plantea otra pregunta que no solo ocupó a los escritores de la familia Mann, sino que se convirtió en uno de los principales temas de la literatura alemana en el exilio y que sigue siendo objeto de investigación historiográfica. La pregunta en cuestión es la que se interroga sobre las causas y los motivos por los que el «pueblo de los poetas y los pensadores», cuyas obras eran admiradas en todo el mundo como símbolo del humanismo y la civilización, no solo fue testigo de la implantación de un régimen bárbaro en su seno, sino que le brindó su entusiasta aprobación.

Las historias que Erika Mann cuenta en este libro se derivan fundamentalmente de esa pregunta, aunque ni aportan una respuesta teórica definitiva ni, naturalmente, pretenden hacerlo. Al contrario, siguen la máxima implícita según la cual uno debe explicar, es decir, convertir en historias verosímiles, palpitantes y verificables, todo aquello que no se puede reducir a un enunciado sencillo y abstracto. Al mismo tiempo, los cuentos ilustran el único principio que se puede extraer de ellos: que solo la voluntad y la capacidad de aprender de la historia garantiza un futuro mejor y más pacífico. Habrá quien asegure que esa didáctica histórica es ingenua y obsoleta, y habrá quien querrá ver en su ímpetu racionalista una moralidad pasada de moda, que la propia historia del siglo xx se encargó de rebatir. Sin embargo, es indudable que la obra profesional y literaria de Erika Mann nace de una perspectiva que (como ella misma siempre resaltó) no procede de la cuna, sino de sus propias experiencias políticas y personales.

Nacida en 1905 en el seno de una familia célebre, Erika Mann vivió una infancia plácida y privilegiada a pesar de la primera guerra mundial y de las

convulsiones revolucionarias. Según declaró más tarde, de joven no le interesaba la política. No solo eso: durante los *roaring twenties* tampoco sus conocidos (escribiría más tarde de forma autocrítica desde el exilio) sentían ningún interés por la política. Aquella fue una época de escenarios y bares en que uno seguía con pasión los grandes y pequeños escándalos que tenían lugar al otro lado del telón si es que no se veía incluso enredado en ellos. La generación de jóvenes artistas, actores e intelectuales de los años veinte, a los que pertenecían Erika y su hermano Klaus y que con orgullosa autocompasión se definía a sí misma como una *lost generation*, se interesaba por todo excepto por la política cotidiana y la democracia de Weimar, amenazada por todas partes; era una generación que disfrutaba de la libertad y la aprovechaba al máximo. Sus miembros se consideraban modernos, innovadores y huérfanos de ilusiones. Las mujeres llevaban el pelo a lo *garçon* y fumaban cigarrillos con una boquilla larga. Erika Mann se dedicó al teatro —escribía críticas para el periódico berlinés *Tempo*, que se había fundado en 1927—, a conducir a toda velocidad su propio automóvil (en ocasiones incluso como piloto de la marca Ford) y a bailar por la noche. La juventud de Erika Mann estuvo marcada por una actitud vitalista, despreocupada y aventurera que caracteriza el estado de ánimo de los círculos en que se movió durante los años de la República de Weimar. El auge del partido nazi, vivido con preocupación y repugnancia desde 1931 en casa de Thomas Mann, y finalmente la llegada de Hitler al poder convirtieron a la talentosa y vitalista Erika Mann, a pesar de su desinterés por la política, no solo en una emigrante, sino también en una artista de cabaré, periodista, corresponsal de guerra y conferenciante, que ya no escribía libros infantiles, sino «tratados políticos»^[10]; esa fue la etiqueta que eligió para sus dos obras literarias documentales, *School for Barbarians* (1938)^[11] y *Cuando las luces se apagan* (1940).

Actriz y periodista, piloto de *rallies* y fumadora apasionada, Erika Mann fue una mujer de múltiples pasiones y temperamento complejo, si bien su pasión principal fue la que profesó por las personas. Entre estas la más importante, junto con su padre, fue su hermano Klaus, que fue tal vez la más próxima a ella, la de mayor confianza. Los dos hijos mayores de los Mann ocuparon a menudo los titulares de la prensa y en numerosas ocasiones supieron aprovecharse de su popularidad para hacer dinero. Y lo cierto es que en muchas ocasiones el dinero era angustiosamente necesario, pues si los ingresos derivados de compromisos escénicos y de algún artículo ocasional no eran demasiado cuantiosos, las exigencias de su nivel de vida y del

ambiente en el que se movían eran considerables. La constante escasez económica y la inquebrantable necesidad de lujo y aventuras desembocaron en un proyecto que acabaría traducéndose en la primera producción literaria conjunta. La vuelta al mundo de Erika y Klaus Mann, que comenzó en enero de 1927 y terminó apenas un año más tarde, quedó descrita en un libro publicado en 1929 por la S. Fischer Verlag bajo el título de *Rundherum*^[12], y divirtió enormemente a lectores y críticos.

Los dos hermanos cruzaron Estados Unidos, Japón, China y la Unión Soviética, y muchos episodios de aquel viaje, si no la propia forma de vida del viaje, iban a prefigurar los años de exilio que estaban a punto de empezar. Aquel proyecto fue literalmente «la aventura de la vuelta al mundo», pues si de algún modo se puede calificar el viaje y su financiación, es con la palabra «aventura». Su plan consistía en ofrecer conferencias sobre literatura y cultura europeas en Estados Unidos y, gracias a la popularidad de su apellido, encontraron un agente en Alemania del que lograron obtener un generoso anticipo con la promesa de los ingresos futuros. El viaje, en el que abundaron las situaciones y los episodios más diversos, les permitió conocer a numerosas celebridades, desde Emil Jannings a Ernst Lubitsch^[13] a Greta Garbo; no solo eso: la aventura del viaje trajo también consigo la aventura de la escritura. Erika Mann no logró esquivar la «maldición familiar»^[14]:

La situación financiera quedó seriamente tocada a raíz de un viaje alrededor del mundo, por lo que decidí por primera vez escribir un libro. [...] Mi destino estaba decidido; pues no solo el libro fue todo un éxito, sino que no pude disimular por mucho tiempo que aquella labor me había proporcionado un placer enorme. Así, aunque continué dedicándome a las cosas más diversas (actué en el teatro, participé en carreras automovilísticas, fundé cabarés, me casé y viajé sin parar), publiqué un libro tras otro. Siguiendo el consejo vehemente de mis hermanos menores, en el año 32 salió a la luz mi primer libro infantil. Más tarde fueron mis sobrinos y sobrinas quienes me obligaron, con comentarios no carentes de cierta severidad, a publicar varios libros juveniles.^[15]

A partir de aquel momento, viajar y escribir se convirtió en una constante en la vida de Erika Mann que penetró también de forma peculiar en el ámbito personal, profesional, privado y político. Lo que comenzó como una vuelta al mundo y como la narración de esa vuelta al mundo, tuvo su continuación en el exilio. Erika Mann viaja por toda Europa ofreciendo conferencias, es testigo directo de la guerra civil española, está en la Praga de la ocupación y en el Londres bombardeado por los alemanes. Viaja a Francia y Egipto, a Palestina y al Oriente próximo como reportera de guerra de las fuerzas armadas estadounidenses. Desempeñando esa misma función regresó a Alemania en 1945 y fue la única mujer a la que se permitió la entrada en la

penitenciaria de Mondorf-les-Bains, donde los principales criminales de guerra esperaban el inicio de los procesos de Núremberg^[16]. También escribió artículos sobre esos viajes para periódicos y emisoras de radio, en conferencias y en debates públicos. Viajar y escribir se convirtió en la forma de vida de Erika Mann, una forma de vida a la que inicialmente se vio empujada por el exilio, pero que encajaba perfectamente con su dinámica personal.

Ese dinamismo fue la fuente de intensas pasiones y obsesiones que ya se dejaban entrever en su afición juvenil por la escenificación, en su fascinación por los dialectos, sobre todo el bávaro, por el teatro y por las actividades aventureras. Por todo ello, para Erika Mann las exigencias políticas fueron más que una mera obligación personal. La ayudó su habilidad para sentirse a gusto en cualquier lugar y su facilidad para escenificar y verbalizar entre extraños cualquier situación que hubiera presenciado en otro lugar. Lo nuevo y lo extraño es percibido a través del tamiz de la escritora, la reportera, la intérprete, es decir, en función de si puede ser relatado. La suya fue una existencia vital y profesional de alcance mundial, en movimiento constante, que a partir de 1933 adquirió además un profundo enfoque político.

En 1932 se produjeron dos acontecimientos que marcaron de forma trascendental el futuro profesional y político de Erika Mann. En enero fue invitada, en calidad de actriz y conferenciante, a participar en una asamblea pacifista organizada por la Liga internacional de mujeres por la paz y la libertad. Si hemos de creer sus palabras posteriores, ese fue el primer acto de naturaleza propiamente política en el que tomó parte. Al parecer, la asamblea despertó su pasión y su conciencia política o, en otras palabras, su conciencia sobre la necesidad de plantarle cara a Hitler, y convirtió a aquella excéntrica hija de una familia ilustre en una luchadora convencida contra los nazis. Aunque varias brigadas de camorristas nacionalsocialistas intentaron sin éxito reventar el acto, Erika Mann fue duramente atacada desde las páginas del *Völkischer Beobachter*.

Uno de los episodios más desafortunados de la velada fue la actuación de Erika Mann quien, como actriz, y según sus propias palabras, pretende consagrar su arte al servicio de la paz. Con el porte y el ademán de una muchachita indolente, soltó una serie de disparates sobre el «futuro alemán». [...] Poco a poco, la historia de la familia Mann va adquiriendo proporciones de un escándalo muniqués que, tarde o temprano, habrá que liquidar.^[17]

También el segundo suceso tuvo que ver con el auge del nacionalsocialismo. Por consideración a determinados «círculos de relevancia nacional», la dirección del Teatro de Weissenburg se vio obligada a rescindir

un contrato ya firmado con la actriz Erika Mann. Esta inició una disputa legal que se prolongó hasta finales de enero de 1933 y que le supuso no solo un entretenimiento, sino que también le reportó publicidad. El Teatro de Weissenburg fue condenado a abonar una indemnización y, ante su incapacidad para satisfacerla Erika Mann no dudó en exigir el cumplimiento de la sentencia. El alguacil procedió sin más demora a la incautación del vestuario del teatro, lo que estuvo a punto de provocar la suspensión de varias representaciones y festivales.

La actriz y la activista política Erika Mann interpretaba un nuevo papel empujada por el fenómeno hitleriano, y no haría más que ampliar su repertorio, tanto en este como en otros campos. De hecho, uno de los sus papeles principales se lo brindará el *Pfeffermühle*, el cabaré donde política y teatro, sátira, diversión y compromiso contra los nazis se combinan para formar un todo.

El 1 de enero de 1933 Erika Mann abrió su cabaré en Munich. Aquella empresa, a la que más tarde se referiría como su «hijo más amado», estuvo operativa apenas dos meses en Munich y dos años y medio en Suiza y en otros países del exilio europeo^[18]. Se trataba de un cabaré contra Hitler y el fascismo alemán, que desde las primeras representaciones cosechó un gran éxito de público y crítica en toda Europa. Therese Giehse y Magnus Henning, Sybille Schloß y Lotte Goslar formaban parte de una compañía de apenas diez miembros, de la que Erika Mann era directora, organizadora, redactora, cantante, presentadora y representante ante la prensa. Hasta finales de febrero de 1933 actuaron en Munich ante plateas siempre abarrotadas, con una gran repercusión y asumiendo riesgos nada desdeñables para la compañía y su directora. Más tarde, Erika Mann se complacería en contar algo que probablemente no fuera del todo cierto:

En marzo tuvimos que hacer una pausa. Nuestra sala se había quedado demasiado pequeña, por lo que llegamos a un acuerdo con el venerable Serenissimus, en Schwabing, que fue reconstruido especialmente para nosotros. Pretendíamos inaugurar allí la nueva temporada el 1 de abril. Sin embargo, tras el incendio del Reichstag se produjeron las primeras detenciones en masa y muchos de nuestros amigos terminaron en los campos de concentración. Fue un milagro que los miembros de la compañía siguiéramos en libertad. Fui a ver al propietario del Serenissimus para rescindir nuestro contrato. El hombre se puso hecho una furia; por muchas convulsiones políticas que hubiera, él era un miembro veterano del partido y sabía que sus amigos no iban a tolerar jamás que sufriera tales perjuicios comerciales.

Pretendía colocar un servicio de orden de las SA en la sala y nos amenazó que a nosotros nos correspondía asegurarnos de no hacer nada que pudiera provocar la ruptura del contrato, o él se encargaría personalmente de que termináramos en la cárcel. [...] Le dije que sí a todo... y acto seguido nos marchamos del país.^[19]

En cualquier caso, comenzaron los viajes. Primero a Suiza, donde el 1 de octubre de 1933 tuvo lugar la reapertura del *Pfeffermühle*. Siguió una gira por Checoslovaquia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. «Siempre directo» y «puramente literario»; así reformuló Erika Mann el principio satírico fundamental del *Pfeffermühle*. En un discurso pronunciado durante una función extraordinaria en Praga, expuso su concepto del cabaré:

Ante todo deseamos no ser exclusivos, no apelar tan solo a quienes ya están al corriente de lo que decimos, sino a un público más amplio y diverso; queremos que los campesinos de los pueblecitos de Suiza y los vendedores de cañas de pescar holandeses odien la estupidez tal como la odiamos nosotros; y como sabemos que no servirá de nada si les decimos: «Haced el favor de odiar la estupidez», elaboramos un espantajo, un espectro enorme, imponente, que suelte los disparates heroico-apocalípticos que nosotros ya nos hemos acostumbrado a oírles a los estúpidos [...]
[20]

En realidad, «la estupidez» se convirtió en uno de los grandes números de Therese Giehse. Vestida con un largo vestidito de bebé de color rosa y una peluca rubia hasta los hombros (medio Loreley, medio bacante), representaba a Germania, la estupidez personificada, eternamente pagada de sí misma, de linaje diabólico y con un odio satánico a la inteligencia. La estupidez está encantada con su habilidad para confundir el entendimiento de la gente («Yo les carcomo la sustancia, su embrutecimiento es mi sustento [...]»), la embelesa especialmente haber sabido imponerse a los poderosos del mundo («Los soberanos hacen mi voluntad / presos de una sangrienta locura. / Y los pueblos callan / pues mi presencia perdura»)^[21]. Con terror, sin embargo, al final debe reconocer que terminará arruinándose también a sí misma y cayendo víctima de su propia estupidez. El entendimiento y la plácida luz de la razón hacen acto de presencia y la estupidez mortal pierde todo su poder.

Lauter Märchen (Cuentos hablados), ese era el nombre nada fortuito de la segunda parte del programa, que fue interpretada con gran éxito en Praga y en Bohemia, en Ámsterdam y en Luxemburgo. Con ese espectáculo, el *Pfeffermühle* llevaba a escena los personajes más conocidos y queridos de los cuentos populares alemanes: «Juan en la prosperidad» y «Katerlieschen», «La bruja» y «La sirenita», «El pescador y su mujer» y el «Príncipe del país de las mentiras». El Juan del cuento de los hermanos Grimm se convierte, en la adaptación de Erika Mann, en un emigrante «feliz» por su trabajo, su fortuna, sus derechos civiles, su patria, su pasaporte y, finalmente, su visado de

tránsito robado. La bruja le confía sus penas al público: siempre la han acusado de los males y las desgracias del mundo, pero finalmente, por fortuna, «parte de las injurias y los azotes / se la llevan los judíos»^[22].

Al final aparece Erika Mann como el «príncipe apuesto», con un gorro de aviador, un látigo y el uniforme negro de las SS, y ensalza el noble arte de la mentira («Al que mienta una vez no le van a creer / Al que mienta sin parar le creerán siempre»). En casa, en «el país de la mentira», ya nadie puede decir la verdad, el *Reich* está cubierto por una prodigiosa «telaraña de mentiras», se conceden condecoraciones que tienen «el brillo y la desfachatez de la mentira»: «Ya podemos matar a nuestros enemigos»^[23]. Igual que en los cuentos, en los anticuentos de Erika Mann el mal nunca termina por vencer del todo. La esperanza perdura y las canciones se reinterpretan sobre la certeza de que la verdad siempre termina saliendo a la luz y que el bien triunfa sobre el mal, la razón sobre la estupidez y el afán heroico sobre la pereza humana. La visión de un mundo gobernado por el humanismo y los ideales, y la confianza en que un día iban a despertar de aquella pesadilla empujaba a Erika Mann y a su cabaré a oponerse a un imperio nazi que se iba consolidando tanto en la política interior como en la exterior.

Como es bien sabido, la sátira se nutre de la parodia y las indirectas, de la exageración caricaturesca y la manipulación de citas. Sin embargo, debido al exilio y la amenaza del destierro, el número de equilibrista entre el camuflaje satírico y el entretenimiento inofensivo resultó cada vez más difícil. Un ejemplo es el *sketch* «la profetisa»^[24], escrito a medias con Klaus Mann y dividido en tres partes, una pieza brillante del género de la «sátira hitleriana». La señora Motzknödel, una portera de apariencia sencilla, se regodea en su odio al progreso y la civilización, el «corrosivo diablo del intelecto»^[25]. La esencia de ese mal es para ella el teléfono: solo la erradicación de ese invento tan poco alemán permitirá salvar el mundo. La señora Motzknödel llega al poder y el teléfono y sus usuarios terminan en la hoguera. La soberana, con su inteligencia limitada y su odio gigantesco, pronuncia desde una «casa limpia de cables» un grandioso discurso de radio dirigido a sus súbditos, enmudecidos y desprovistos de teléfono. Se trata de otro número para el lucimiento de Therese Giehse, que con desenfreno, desgañitándose de furia y con una gesticulación de lo más vulgar, emplea para componer su imitación y su caricatura todos los registros que los alemanes tan bien conocían por haberlos oído en la radio de su casa o por haberlos visto, por ejemplo, en el palacio de deportes de Berlín.

El cabaré había ofrecido ya más de mil representaciones cuando, en 1936, sus responsables decidieron ir a Nueva York a buscar fortuna. Pero el público americano le dio la espalda al *Pfeffermühle*. Tal vez se debiera a la falta de afición por la sátira y el cabaré de contenido político, o a las diferencias irreconciliables entre la exigencia americana de entretenimiento, espectáculo y chicas, y el formato del teatro europeo en cuya tradición se inscribía el *Pfeffermühle*. En cualquier caso, en enero de 1937 (apenas tres años después de su fundación) la compañía se disolvió y el *Pfeffermühle* dejó de existir, si bien el exilio se convirtió en un estado permanente.

En 1935, tras el fracaso del *Pfeffermühle* y después de obtener la nacionalidad británica gracias a una boda celebrada con ese fin, Erika Mann comenzó su segunda carrera en América. Cruzó el continente en solitario y comenzó a dar conferencias en ciudades grandes, pequeñas y medianas de Estados Unidos. Habló en clubes femeninos y en organizaciones de auxilio a los refugiados judíos, en sociedades benéficas, en institutos y en universidades populares.

Se trataba de una actividad extendida entre los emigrantes, se contrataba a un agente que se encargaba de organizar la gira y los actos y que se llevaba el cincuenta por ciento de los honorarios^[26]. Como conferenciante Erika Mann daba cuatro o cinco recitales a la semana, y cada gira o temporada duraba normalmente cuatro o cinco meses. Eso significaba estar viajando continuamente y, ante todo, la obligación de hablar cada noche ante un público distinto que debía llevarse la impresión de que uno había ido allí especialmente para él. Los conferenciantes eran libres de elegir los temas de las charlas, si bien se les exigía que hablaran de memoria; a la experimentada actriz Erika Mann aquel oficio le fue como anillo al dedo. Las críticas en la prensa de la época fueron positivas, en ocasiones incluso entusiastas. Klaus Mann, que hace un retrato literario de su hermana en la figura de Marion von Kammer de su novela *El volcán*, escribe en su biografía *Cambio de rumbo*:

Su especialidad seguía siendo el discurso directo y el comentario hablado, la narración sazónada de anécdotas, la charla amena aparentemente improvisada, aunque en realidad estuviera preparada hasta el último detalle, que convence y cautiva en parte por el encanto de la oradora, en parte por solidaridad con el mensaje. Erika se convirtió en una de las oradoras más cotizadas del continente porque tenía cosas que decir (*She has a message!*) y porque las decía con una gran intensidad (*She has personality*).^[27]

Sin embargo, en una carta escrita en mayo de 1937, Erika Mann le contó a su madre algo distinto sobre su nuevo «trabajo»:

En Cleveland hablé cinco veces en tres días, algo que, al no ser ni tan joven ni tan fuerte como el querido Z., me dejó al borde del colapso; especialmente porque tuve que dar una charla libre e *improvisada* (¡en inglés!) *about my father* que pudo haber acabado conmigo solo por la de tonterías que llegué a decir. Sin embargo, por lo demás mi visita a la ciudad fue gloriosa y mis éxitos como oradora pública *number one* son cada vez más frecuentes. Mi forma algo infantil de contar historias y, por lo tanto, de extraer tan solo conclusiones evidentes, se granjea las simpatías de los sencillos americanos. Y si no fuera porque me resulta un poco demasiado aburrido viajar sola, como una mujercita audaz, de una ciudad aburrida a otra, podría sin duda vivir de ello y no tener la sensación de que lo que hago no sirve de nada^[28].

La autoironía y una fingida ingenuidad marcan el estilo tanto epistolar como literario de Erika Mann, así como también su forma de entender el periodismo político. Las dificultades del trabajo se convierten constantemente en objeto de divertidas anécdotas, al tiempo que las experiencias de viaje definen el marco histórico. Erika Mann informaba y promovía sus ideales, apelaba a ellos y los defendía; esa fue su forma de proceder, por ejemplo, con el boicot a los productos alemanes en Estados Unidos y con todo tipo de comités de apoyo y ayuda a los refugiados. Erika Mann habló sobre la situación de las mujeres y los niños en el exilio, sobre las mujeres que estudiaban en la Alemania de Hitler, sobre el colegio y la educación en el estado nacionalsocialista, sobre el peligro de guerra que suponía la Alemania nazi y sobre la vida diaria bajo la cruz gamada^[29].

Desde 1939 y durante todos los años de guerra, habló de sus experiencias y vivencias en diversos escenarios bélicos de Europa y del resto del mundo. Sus esfuerzos retóricos y argumentativos iban ante todo dirigidos a convencer a la opinión pública estadounidense, a sus numerosos oyentes de pequeñas y grandes ciudades del Medio Oeste americano, de la necesidad de que Estados Unidos participase en la guerra. El elemento central de su discurso eran los testimonios y vivencias personales sobre el bombardeo de Londres, donde pasó varias semanas entre 1940 y 1941.

A partir de 1940, a su labor como conferenciante hubo que sumarle sus trabajos de radio, en especial sus intervenciones intermitentes en las emisiones de la BBC en alemán. Para la «guerra narcótica» de los aliados contra Alemania, Erika Mann ideó un concepto propio, semejante al principio narrativo-documental de sus libros. Su teoría era que cualquier programa de radio que se emitiera en Alemania debía tener en cuenta el riesgo que asumía la población alemana que escuchaba «emisoras enemigas». Era totalmente absurdo e irresponsable poner en antena programas aburridos, malos y superfluos que convirtieran en innecesario el riesgo que corrían los oyentes alemanes solo por conectar sus aparatos. Una cabaretera que dijera la verdad

en Alemania tan solo ponía en peligro su propia vida, pero una emisora inglesa que dijera la verdad de forma aburrida y superflua ponía en peligro la vida de muchas más personas. Solo una información precisa y verídica combinada con una intervención personal del locutor garantizaba el efecto deseado y compensaba el peligro que asumía un oyente alemán que recibía un programa de esas características desde Alemania. Los cuadros de género de la cervecería de la corte de Baviera eran tan ineficaces e inapropiados como las descripciones de las atrocidades de los campos de concentración.

Había que tener presente (como no se cansó de repetir Erika Mann) que la mayoría de los oyentes eran «buenos nazis» y «buenos alemanes», patriotas y gente bienintencionada que querían actuar «como es debido» a pesar de la precariedad que imponía la guerra. Pero era precisamente esa precariedad lo que les provocaba una irritación, una insatisfacción y una desilusión crecientes, al tiempo que la desnutrición propia y ajena y la enfermedad y la muerte de maridos, padres e hijos incitaba su escepticismo. Al estado de ánimo y la situación material, que repercutía en la vida de los alemanes, en especial entre las mujeres, había que apelar en los programas de radio, a las condiciones cotidianas cada vez más duras que se derivaban de la guerra. Con todo, había que evitar a toda costa emitir consignas y manifiestos políticos que tan solo provocarían rechazo y que los oyentes no se tomarían en serio. Los programas de radio británicos solo tendrían efecto si ponían el acento en aquellas cosas que los «buenos nazis» alemanes habían ido descubriendo poco a poco por sí mismos. Naturalmente, entre esas cosas estaba la evidencia de que ellos mismos eran responsables tanto de aquella guerra como de sus miserias cotidianas.

Un comentario publicado en el *Völkischer Beobachter* da una idea de hasta qué punto las emisiones radiofónicas de Erika Mann eran un azote para el régimen nacionalsocialista:

¿Acaso *mister* Duff Cooper se ha rebajado a la altura de Erika Mann? Mejor aún que todas las majaderías inventadas que este proclama a diario, es la opinión de la ramera política de la casa de los Mann; solo de allí donde la sal ha perdido todo su sabor, de donde la vulgaridad va de la mano con la inmundicia de la alcantarilla, puede salir una alhaja como esta, que llama padre a Thomas Mann, ese hombre de sórdido carácter que fuera otrora bastión literario.^[30]

Cuando a finales de octubre de 1940 Erika Mann regresó de pronto a América, el ministerio de Propaganda de Goebbels transmitió las siguientes instrucciones a la prensa:

Hay que aprovechar el hecho de que Erika Mann haya volado de Inglaterra a Nueva York para presentarla como el ejemplo de cómo determinados círculos se dedicaron

en un primer momento a atizar y promover la guerra contra Alemania desde el lado inglés y de cómo ahora esos mismos círculos pretenden desaparecer marchándose a América.^[31]

Las conferencias, las intervenciones radiofónicas y los libros que Erika Mann publicó en el exilio americano son sugerentes, auténticos, episódicos y documentales. En ellos se destacan las «singularidades» concretas y anecdóticas, y precisamente por ello no se basan en principios políticos. Desde luego se pueden inferir conclusiones y posiciones políticas de los textos, pero en cualquier caso estas no son su punto de partida. La actriz, la cabaretera y también la escritora de libros infantiles se hace cada vez más visible en los principios periodísticos. Para Erika Mann, la realidad del exilio y las exigencias de la batalla política contra Hitler no fueron una invitación a escribir tratados, ensayos o relatos político-filosóficos, ni tampoco obras épicas cerradas en sí mismas, sino una oportunidad para contar historias cotidianas y anécdotas, unas veces divertidas, otras sobrias. El resultado son unas historias escritas por y desde la vida misma; tristes, pero no desesperadas; conmovedoras, pero no deprimentes; morales pero, no dogmáticas.

«Conmovedor» y «certero» fueron las palabras que utilizó el hermano de Erika Mann para describir su libro sobre la realidad cotidiana del Tercer Reich. Se trata de un juicio emitido desde el conocimiento de las numerosas obras literarias producidas por la emigración de habla alemana en las que, «con la vista» vuelta hacia Alemania, se describe la vida bajo la dictadura de Hitler o el camino de Alemania a través de esa dictadura. De entre ellas cabe destacar la novela de Lion Feuchtwanger *Los hermanos Oppenheim*, publicada con gran éxito ya en 1933, *Eme Jüdin erlebt das neue Deutschland* (Una judía en la nueva Alemania), de Lili Körber (1934), *Después de medianoche*, de Irmgard Keun (1937) y la aportación al género de la novela sobre Alemania del propio Klaus Mann, *Mefisto* (1936). Asimismo, cabe mencionar la obra teatral de Bertolt Brecht estrenada en el exilio de París, *Terror y miseria del Tercer Reich*, *La séptima cruz* (1942), de Anna Seghers y el estudio literario-metafísico de Anna Gmeyner *Manja. Roman um fünf Kinder* (Manja. Una novela sobre cinco niños) (1938), y finalmente *El hacha de Wandsbek*, de Arnold Zweig (cuya versión en alemán fue publicada en 1947). Todos esos textos literarios intentan, por diversos medios narrativos o dramáticos, representar la realidad cotidiana de la Alemania nacionalsocialista, desentrañar las causas materiales y la disposición mental

que llevó a la mayoría de la población alemana de finales de los años veinte y principios de los treinta a llevar a los nacionalsocialistas en volandas y a no darle importancia al peligro que suponían. En todos los casos se trata de tentativas literarias que pretenden comprender y procesar un suceso social y psicológico, a pesar de que ya se había esfumado la esperanza inicial de un fin rápido de la dictadura.

Atacar la bajeza moral y política del régimen y poner en evidencia la mediocridad intelectual y de carácter del *Führer* y sus seguidores fue el objetivo político, el desafío estético y a menudo también la misión programática a la que se sintieron obligados muchos escritores y escritoras en el exilio. Al mismo tiempo, con ello pretendían dar voz a la literatura alemana interior que, a su entender, había sido condenada al mutismo, y conservar los vínculos entre la cultura y la literatura en lengua alemana que había emigrado y la que no lo había hecho. La confianza en una tradición espiritual y humanista alemana común, inmune a la incultura reinante, y la reivindicación, tan comprensible como intangible en sus efectos, de un lugar que garantizara la libertad y la dignidad humana en el arte y la literatura, y que dejara constancia de las adversidades de la vida de los exiliados, hizo que mediante las obras mencionadas surgiera una literatura alemana del exilio, cuyo redescubrimiento y análisis teórico no puede darse en absoluto por concluido.

Casi sesenta y cinco años después de su publicación en Estados Unidos, la novela de Erika Mann sobre la vida cotidiana durante el Tercer *Reich* está disponible en alemán por primera vez. Este libro se distingue de los demás citados no solo por el momento de su publicación, sino también por su estilo narrativo. A finales de 1938 la mayoría de escritores exiliados se habían pasado ya a otros temas y motivos: la experiencia del exilio en sí misma, la novela histórica, la biografía literaria... Erika Mann, que venía de los libros infantiles, el cabaré y las obras épicas de pequeño formato, encontró ya con su libro *Diez millones de niños. La educación de los jóvenes en el Tercer Reich* (publicado en 1938 en alemán e inglés) una fórmula que no hizo más que perfeccionar y ampliar en *Cuando las luces se apagan*.

El libro incluye diez historias enmarcadas en una estructura sencilla: un americano que visita el escenario de los acontecimientos y que, al final, se encuentra «casualmente» en el mismo barco de refugiados que el protagonista de la última historia. El lugar de los hechos es siempre el mismo: una ciudad universitaria católica del sur de Alemania, con su catedral, su hospital, su central de policía y su cárcel, su fábrica y sus casas de alquiler. Los callejones pintorescos y la plaza del mercado medieval evocan la alta burguesía y

también la pequeña burguesía acomodada. El visitante extranjero está fascinado por todo ello y (como pronto se verá) llega a la precipitada conclusión de que en Alemania las cosas no solo van bien, sino que con Hitler irán aún mejor. Pero el aura romántica de la pequeña ciudad se ve alterada por el retumbar de botas y el ruido de los altavoces. El americano se ahorra una amonestación solo porque, al ser extranjero, no pueden obligarle a seguir el discurso público de Hitler. La incertidumbre que aflora en ese turista extranjero que el lector encuentra en el primer capítulo se va confirmando a medida que avanza la narración; la incertidumbre se traslada también a la visión de la narradora, que adopta el papel de guía imaginaria y omnisciente que permite al lector tener acceso al interior de las casas, una visión entre bastidores de la vida cotidiana de quienes se conforman con la realidad del régimen.

El planteamiento temático y compositivo del libro recuerda un género literario nacido a finales del siglo XVIII y que desde principios del siglo XX (con un cambio de acento característico) había gozado de gran popularidad sobre todo en Estados Unidos: la *small town literature* que, mediante una combinación de escenas nostálgicas y retratos satíricos, pretendía capturar la vida de las pequeñas ciudades americanas^[32]. Con ello, el Medio Oeste americano, con sus pueblos y pequeñas ciudades dispersas, se convirtió en material literario y dramático. La *Antología de Spoon River* (1915) de Edgar Lee Masters, *Winesburg, Ohio* (1919), de Sherwood Anderson y, sobre todo, *Calle Mayor*, de Sinclair Lewis, son los ejemplos más representativos del género. A partir de 1928 los dos últimos escritores compartieron amistad con Erika y Klaus Mann^[33].

Esos textos, cuyo interés se basa en la exposición de las convenciones y los conflictos de la vida cotidiana en pequeñas ciudades, se mueven entre el experimento literario y el estudio sociológico. El título del primer estudio empírico-sociológico de Helen M. Lynd y Robert S. Lynd se tituló *Middletown: un estudio sobre la cultura americana* y apareció en 1929^[34]. Con el subtítulo de la edición americana de su libro, *Middletown - Nazi Version*, Erika Mann parece adentrarse si no en la investigación de carácter sociológico, sí en un tema muy popular en su época; y eso era algo que, desde luego, iba de la mano con el objetivo de su libro, dirigido a un público americano y no, como la mayor parte de literatura del exilio en lengua alemana, a la emigración alemana. Desde un punto de vista actual e historicista, podemos decir que, con su pequeño estudio literario sobre el sur de Alemania, Erika Mann se sirvió de un género en boga en Estados Unidos

de aquellos años, se movió según patrones establecidos e ilustró con material comprobable la transición entre la cotidianeidad carente de hechos notables y la realidad vital en un estado totalitario.

Es posible que en sus historias Erika Mann se inspirase también en la obra teatral de Thornton Wilder *Our Town* (Nuestro pueblo), estrenada en 1939. En noviembre de 1939, los dos hermanos asistieron a una representación de la popular obra; Erika y Klaus Mann conocían bien a su autor, que había logrado el premio Pulitzer en 1938. El primer capítulo del libro de Erika Mann se titula «Nuestra ciudad», y del mismo modo que el director escénico de la obra de Thornton Wilder acompaña al público con sus comentarios retrospectivos, la narradora acompaña con su voz al lector a través de «nuestra ciudad» del sur de Alemania. Con sus libros, que pretendían servir información política al público americano al tiempo que cuestionaban el aislacionismo de su política exterior, Erika Mann se inscribía de lleno en la literatura contemporánea americana, tanto desde el punto de vista compositivo como temático. En su obra, Thornton Wilder demuestra que las situaciones ordinarias de las personas normales (amores, enfermedades, muertes) forman parte de un orden universal, en el que las cosas corrientes tienen también su lugar y su valor. El *Middletown - Nazi Version* que Erika Mann presentó casi dos años después al público angloamericano, ilustra en cambio la amenaza y la perversión que la dictadura y la barbarie suponen para esa vida cotidiana.

Así pues, las relaciones intelectuales con la *small town literature* americana saltan a la vista y quedan corroboradas por la amistad personal de los hermanos Mann con Sinclair Lewis. Con su libro *Calle Mayor* (1920), Lewis no solo es considerado uno de los fundadores del nuevo género, sino que con su novela *It Cant Happen Here* (Aquí no puede pasar), publicada en 1935, quiso poner en cuestión el convencimiento americano según el cual el fascismo era un fenómeno exclusivamente europeo o alemán. El mismo año en que se publicó *Cuando se apagan las luces*, 1940, apareció en Estados Unidos el libro de diálogos de Erika Mann *Don't make the same mistakes*^[35] (No cometáis los mismos errores), en el que ahonda aún más en la advertencia de Sinclair Lewis. Durante un viaje en tren de varios días entre Chicago y Los Angeles, la narradora mantiene largas e intensas conversaciones con un americano joven y culto que encarna la filosofía central de *It cant happen here*, pero que muestra una creciente inseguridad ante los argumentos y experiencias de su interlocutora. Al final ambos coinciden sobre todo en la

valoración de las consecuencias políticas: ni la política interior ni la exterior podrán garantizar la verdadera seguridad si la seguridad es el único objetivo de la acción política. El diálogo político define también el concepto literario de esta narración, que podría considerarse perfectamente una continuación del capítulo final de *Cuando las luces se apagan*. La transformación de la realidad en ficción se convierte en un medio del periodismo político, y la narración sin adornos de la cotidianeidad en la llave para explicar complejas circunstancias políticas.

«Aquí hay algo que falla —pensó—. Algo no funciona en Alemania», leemos al inicio de la séptima historia de *Cuando las luces se apagan*, que trata sobre el destino de tres hombres de diferente edad y extracción social. Dos de ellos, el joven campesino y el avisado joven emprendedor y afecto al régimen que había logrado una pequeña fortuna fabricando las señales de «Prohibida la entrada de judíos», terminan en la cárcel por motivos triviales, como solía suceder bajo el régimen nazi. El campesino había contravenido el programa de reconstrucción nacional por alimentar sus gallinas con cebada, algo que estaba prohibido, mientras que el joven emprendedor había insultado el honor del *Führer* con una broma. El tercero, el Pastor Gebhardt, representa la resistencia cristiana; tras los pogromos del 9 de noviembre de 1938, pronuncia un sermón contra el régimen y termina en la cárcel. La historia de su milagrosa salvación se puede leer como una adaptación político-realista de las leyendas cristianas del martirio. No es casual que en el apéndice, cuyas fuentes son comprobables casi en su totalidad, Erika Mann recurra en este caso a la ficción: las cartas y el relato del Pastor Gebhardt no se encontraron entre sus legajos.

Los personajes, sus motivaciones y sus patrones de comportamiento son contruidos de forma casi antitética. Al igual que el americano del primer capítulo, que inicialmente tiene una opinión positiva de Alemania, el resto de «héroes» del libro son personas corrientes que, por desinterés, oportunismo, convencimiento o indiferencia, tienen una visión positiva del régimen nacionalsocialista.

La señora Murks se queja de los simulacros de ataques aéreos, pero es fiel a su *Führer*; el fabricante Huber quiere casarse con su secretaria, pero cuando descubre que ella es «medio judía» opta por no arriesgarse; entonces busca el consuelo en la nata montada artificial y en los pensamientos sobre la prosperidad de su negocio, que produce bienes de interés bélico. El poeta de

la tierra y de la sangre, Eberhardt, encuentra treinta y tres errores gramaticales en un discurso del *Führer* y termina en la cárcel, si bien el artículo en cuestión no llega siquiera a ser publicado. Una joven pareja, nacionalsocialistas convencidos los dos, termina suicidándose después de que la chica pasara unos días en la clínica de un médico «liberal». Aunque el doctor descarta un embarazo, los días de ausencia los convierten en sospechosos de aborto. El comerciante de productos ultramarinos se ve obligado finalmente a falsificar sus libros de cuentas, pues de otro modo no cumpliría con las normas estatales de rentabilidad y no podría pagar los elevados impuestos correspondientes. Solo tolerando la «relación» entre su mujer y el supervisor de bloque logra impedir que le denuncien por sus prácticas fraudulentas pero necesarias para su supervivencia.

En el día a día del Tercer *Reich* no hay protección posible contra la calumnia y la denuncia. Al contrario, el régimen se basa en el oportunismo y la denuncia, en el arribismo más primitivo y el egoísmo más vil (¡el doctor Killinger!). El caos de la economía planificada y las leyes absurdas, sumado a los preparativos económicos y mentales para la guerra, convierte a quienes albergan una conciencia política, si no en enemigos convencidos del régimen, sí en personas permanentemente malhumoradas que (como en el caso de la joven pareja del libro) se ven abocadas incluso a la locura y la muerte. Según el mensaje del libro, no explícito pero sí ilustrado con numerosos ejemplos, el día a día en Alemania no satisface a sus ciudadanos; la normalidad por decreto ha despojado a lo cotidiano de su cotidianeidad. Con interesantes episodios extraídos de diversos medios sociales, Erika Mann muestra destellos de un mundo destruido por la dictadura y la guerra, y tiranizado por la absurda ideología racista y los desvarios de la agresiva política del «espacio vital».

Sin embargo, algo parece impedir la sumisión completa de las personas al «poder de las circunstancias», como si en su interior hubiera algo que el terror y la dictadura no pueden destruir. En ninguna parte del libro encontramos fórmulas programáticas, ninguna de las diez historias tiene un tono moralizador. Y, sin embargo, los afectos pequeñoburgueses, los defensores civiles del régimen no pierden del todo el sentido común, en la mayoría de ellos aún no se ha extinguido el sentido de justicia y decencia humana, más bien al contrario: de forma discreta pero clara, Erika Mann presenta a muchas de sus figuras y escenas bajo un prisma subversivo o resistente. El joven campesino Xaver Weber entra en contacto con un centro obrero de la ciudad, el clandestino club de Los *Déclassée*, y el marinero Max Murks acude a una

concentración antinazi en Nueva York. A ambos personajes les espera un destino fulgurante: el primero termina en la cárcel y el segundo es fusilado. La madre recibe la mala noticia en Nochebuena. También la conciencia del jefe local de la Gestapo se rebela contra la perversión de los principios cristianos occidentales, hasta el punto de que no solo se niega a participar en los preparativos de los pogromos del 9 de noviembre, sino que advierte a los judíos de la ciudad y facilita su emigración autorizando los pasaportes necesarios. No obstante, de nada le sirve advertir al doctor Wolf, también judío, pues el hombre ni puede ni quiere creer que puedan hacerles algo a «los judíos inocentes»:

Fue una escena extraordinaria: un judío mostrando su fe inquebrantable en la honestidad del estado nacionalsocialista mientras el superintendente de la Gestapo intentaba convencerle de la necesidad de la desconfianza absoluta y la huida inmediata.

Ese es el lacónico comentario de la narradora, que con esa historia ilustra la lealtad de los judíos alemanes asimilados hacia las autoridades, de la que existen numerosos ejemplos históricos. La actitud claramente política de Franz Deiglmeyer no surge de una oposición frontal al régimen, sino que según Erika Mann es la consecuencia de una conciencia y una moral indestructibles que, en algunos casos, el régimen despierta incluso entre sus partidarios y representantes.

Que el jefe de la Gestapo tenga que pagar por sus actos refugiándose en Suiza y que finalmente (a pesar de las protestas y los intentos por ayudarle) se vea entregado a la Alemania nazi no resulta demasiado sorprendente; en cualquier caso, ilustra la política suiza de «neutralidad» frente a la Alemania nacionalsocialista, que Erika Mann criticó con vehemencia, desde muy temprano. No es casualidad que los representantes de la élite local del libro de Erika Mann (junto al jefe de la Gestapo están el director del hospital de la ciudad, el profesor de derecho criminal y el redactor literario) se opongan de forma abierta o encubierta, directa o indirecta, a la estupidez y la mala fe que pretenden instituirse por ley. El jurista con inclinaciones nacionalistas alemanas, un tipo «germánico» (tal como le describe explícitamente la narradora), les debe su carrera a los nazis, por escasa que sea su simpatía para con la sofistería de los dogmas del «estado nacional» y la capacidad «legislativa» del *Führer*. Sus clases, que despiertan el entusiasmo de los asombrados estudiantes, son una sátira camuflada. Con un montaje de citas extraídas del recién publicado *Verfassungsrecht des Großdeutschen Reiches* (La ley constitucional del gran Reich alemán) de Ernst Rudolf Huber, pero

sobre todo mediante una cómica casuística solo al alcance de un sentido común aún sano, el profesor Habermann desmonta en un entorno académico y público el absurdo planteamiento legal nacionalsocialista. Sin embargo, su discurso no incluye ni una sola palabra de crítica directa. En ningún otro pasaje del libro asoma tan claramente el sarcasmo del cabaré.

El célebre cirujano y director de la clínica local, el profesor Scherbach, que se siente profundamente orgulloso de su ciudad natal, sufre una transformación provocada por las situaciones de las que es testigo en su entorno laboral inmediato. Las experiencias cotidianas lo convierten si no en un crítico, sí en un observador escéptico, dispuesto a pasar a la acción en aquello que concierne a su ética profesional. Se rebela ante la incompetencia profesional del personal del hospital, ante la indiferencia de sus colegas, conoce las circunstancias que han provocado el ataque de apoplejía de la señora Murks, le proporciona el único alivio posible mediante una inyección letal y se hace cargo de su hijo menor. En el profesor Scherbach, Erika Mann retrata al científico dotado para su trabajo y también para el arte, cuyo único comentario ante la llegada de Hitler al poder es: «Un club de bolos ha cambiado de presidente, eso es todo». Scherbach encarna esa mezcla tan alemana de alta competencia profesional, una afición artística profundamente culta y, al mismo tiempo, una actitud de abstinencia agresiva frente a cualquier cuestión y responsabilidad política. Pero ni siquiera esa clase de hombre, de importancia indudable en la tradición de la burguesía ilustrada alemana, es tan obtuso o insensible como para permanecer impasible ante las medidas irracionales y brutales que rigen su propio mundo.

A pesar de las diferencias de entorno y formación, de los variopintos objetivos profesionales y concepciones vitales de sus protagonistas, todas las historias del libro de Erika Mann se basan en la contraposición de un sentido común saludable y de la barbarie nacionalsocialista, e ilustran cómo el régimen se sustenta a sí mismo aprovechándose de la capacidad de adaptación de una mayoría de la población, a la que niega una vida normal y corriente. El día a día en el estado nacionalsocialista está lleno de situaciones ridículas y grotescas: la gran cantidad de reglas contradictorias, la incompetencia manifiesta de los (eso sí) fieles representantes gubernamentales (el médico asistente o el jefe del periódico local), los motivos por los que uno puede terminar en la cárcel... de la mano de Hitler, la «estupidez» (tal como Erika Mann la caricaturizara ya en el *Pfeffermühle*) accede al poder y con ella, la barbarie. En el mejor de los casos, Hitler y sus acólitos son malos actores, unos meros comicasts y, sin embargo, con su crudeza primitiva representan

una amenaza para toda la civilización. En una nota de prensa publicada en Londres en octubre de 1940 a propósito del libro de Erika Mann, se puede leer:

A terrifying book that furnishes proof —if proof still will be needed— that Nazism must be destroyed if Christian civilisation is to live.^[36]

Erika Mann dispone sus historias sin irritación disimulada y sin levantar el dedo en gesto acusador. Se trata de historias sobre cómo los ciudadanos participan y toman parte en los hechos, pero también sobre cómo simplemente absteniéndose (como hacen el jefe de la Gestapo o el cura) pueden dejar de hacerlo. En ninguno de los dos casos se derivan consecuencias trágicas para el protagonista y (con la excepción del doctor Gebhardt) en este relato de la vida cotidiana en Alemania no hay «héroes». En su lugar, están la experiencia y la esperanza de que, a pesar de la oscuridad que se extiende sobre Alemania con el inicio de la guerra, la llama de la decencia humana y la integridad moral aún no se haya extinguido del todo. Así, el título del libro y también el último capítulo se ven rebatidos por esa misma historia, lo mismo que por la mayoría de las demás.

En otro sentido, el libro de Erika Mann también puede leerse si no como una refutación, sí como una relativización de las ideas modernas y al uso formuladas por determinados sectores de la opinión pública interesada y también por algunos historiadores. Una parte limitada de estos da por buena la tesis según la cual fueron personas «completamente normales» quienes no solo apoyaron aquel régimen criminal, sino también quienes ejecutaron los crímenes. No fueron ni monstruos humanos, ni locos patológicos, ni figuras diabólicas, ni caracteres anormales quienes sustentaron aquel sistema, sino la maldad banal de alemanes normales y corrientes. El libro de Erika Mann ofrece ejemplos de esa maldad banal y también de valor cívico; pero, sobre todo, permite atisbar la disposición mental de los ciudadanos corrientes, que no se sentían inclinados ni hacia un lado ni hacia el otro y que tan solo querían seguir adelante con su vida cotidiana. Erika Mann atribuye la siguiente actitud al fabricante Huber:

El señor Huber, el fabricante, era el ciudadano típico de nuestra ciudad. Los otros también se sentían como él, desdichados y confundidos [...]. «Es el destino —pensaban—, nuestro destino, el destino de Alemania». Y solo en raros momentos de lucidez se formulaban la pregunta de cuya respuesta dependía todo. «¿Por qué? —se preguntaban en esos momentos—, ¿por qué seguimos con obediencia ciega un destino llamado Adolf Hitler? ¿Por qué obedecemos?». Pero como no obtenían respuesta, continuaban (de momento) obedeciendo.

Asimismo, el libro de Erika Mann tampoco da crédito a la extendida opinión según la cual los alemanes, con los bombardeos y el destierro, fueron las primeras víctimas del régimen nacionalsocialista. Bajo el efecto de una guerra atizada por la Alemania nazi, y a pesar de esta, van desfilando una galería de imágenes narrativas de una Alemania en la que no tienen cabida ni monstruosos criminales ni heroicos miembros de la resistencia, sino un amplio espectro social y mental formado por personas corrientes. Su rasgo común es que todos poseen una conciencia y un sentido común sanos y que el poder del régimen totalitario no puede corromper totalmente (es decir, para siempre) su fe cristiana, su ética profesional, su sentido de la realidad o su amor por el arte y la literatura. La periodista y escritora Erika Mann sintió siempre que su misión consistía en defender la delicada pero reveladora luz de la razón, algo que refuerza aún más la actualidad y la validez de este documento literario sobre el día a día en la época del Tercer *Reich*.

IRMELA VON DER LÜHE

Observaciones editoriales

El libro de Erika Mann *The Lights Go Down. Middletown - Nazi* fue publicado en 1940 por la editorial londinense Seeker and Warburg y, simultáneamente, en la neoyorquina Farrar & Rinehart. El libro original, escrito en alemán, fue traducido al inglés por el escritor norteamericano Maurice Samuel (1895-1972), amigo de Erika y Klaus Mann; el original alemán se ha dado por perdido. Así pues, esta primera edición alemana es una retraducción del inglés^[1]. Las ilustraciones de John O'Hara Cosgrave II proceden de la primera versión estadounidense. Algunos capítulos del libro aparecieron traducidos al francés por separado y en formato de opúsculo, probablemente entre 1941 y 1943, bajo el título *Ténèbres sur l'Allemagne. Lahore: The Civil and The Military Gazette* (véase el *Archivo del exilio alemán 1933-1945* y la *Colección de literatura del exilio 1933-1945. Catálogo de libros y opúsculos*, vol. 2, Stuttgart/Weimar 2003, nr. 9939).

Al final de su libro, Erika Mann explica que todas las historias y acontecimientos a los que alude están basados en hechos reales. Para corroborarlo, y con excepción de dos capítulos («En memoria de un héroe» y «Compañeros de infortunio»), Erika Mann incluyó en el «apéndice» referencias a periódicos de la época como el *Frankfurter Zeitung* y a publicaciones nacionalsocialistas como el *Das Schwarze Korps*. Todas esas referencias se han comprobado para esta edición: de las veintiocho fuentes citadas, solo ocho no se pudieron verificar por falta de datos o porque la fuente era demasiado remota. En todos los demás casos, el texto de Erika Mann reproducía literalmente la fuente alemana original. Asimismo, se ha corregido algún pequeño error de la autora (por ejemplo, los miembros de las SS no llevaban uniforme «marrón»).

La pretensión de Erika Mann de elaborar un retrato del día a día en el Tercer Reich basado en hechos demostrables (es decir, extraídos a menudo de publicaciones oficiales de la prensa nacionalsocialista) no excluye, naturalmente, que en determinados casos la autora recurra a información obtenida en conversaciones privadas. Eso es así especialmente en la historia

del pastor doctor Gebhardt del capítulo 7, que logra escapar milagrosamente de la cárcel y refugiarse en Suiza. En el último párrafo del capítulo «Compañeros de infortunio», Erika Mann ofrece una pista que permite la identificación de su héroe; se trata del doctor Kuno Fiedler (1895-1973), cura protestante y teólogo polémico que mantuvo correspondencia con Thomas Mann desde 1915 (véase *Asu dem Briefwechsel von Thomas Mann und Kuno Fiedler*^[2], en *Blatter der Thomas Mann Gesellschaft*^[3], Zürich, cuadernos 11 y 12, 1971/72, edición de Hans Wysling). En 1918, Fiedler bautizó a la hija menor de Thomas Mann, Elisabeth, hecho al que el autor hace alusión en su *Gesang vom Kindchen*^[4] (1919).

La polémica catilina de Fiedler *Luthertum oder Christentum*^[5], aparecida en 1921, le valió la expulsión del servicio eclesiástico; a continuación trabajó como profesor de instituto en Turingia, pero el gobierno nacionalsocialista lo metió en la cárcel por falta de lealtad hacia el régimen, pero pronto fue puesto en libertad. El 2 de septiembre de 1936 fue detenido, y el 19 de septiembre logró huir de la prisión de Wurzburg y refugiarse en Suiza. Hasta 1955 fue rector de la parroquia de St. Antönien in Graubünden. Kuno Fiedler, que después de exiliarse pasó un tiempo en casa de Thomas Mann en Küsnacht, habló extensamente con Thomas y Katia Mann sobre las dramáticas circunstancias de su fuga, sus vivencias en Alemania y las condiciones de vida en la cárcel de Wurzburg (véase Thomas Mann, *Tagebücher 1937-1939*^[6], Peter de Mendelssohn (ed.), Frankfurt del Main, 1980, p. 371, y también Thomas Mann y Heinrich Mann, *Briefwechsel*^[7], Hans Wysling (ed.), Frankfurt del Main, 1984, p. 244).

No se puede descartar que el libro de Erika Mann incluya más historias basadas en testimonios «reales»; sin embargo, seguirles el rastro a todas habría superado el marco de esta edición.

Aun así, la búsqueda de las fuentes citadas por Erika Mann ha sido una tarea ardua y en ocasiones fatigosa. Mis colegas de Göttingen, Kora Baumbach, Nadja Lux, Renate Namvar, Birte Werner e Insa Wilke han llevado a cabo esta labor con sagacidad y compromiso, competencia y tesón. Para ellas mi más sentido agradecimiento.

IRMELA VON DER LÜHE

Notas del traductor

[1] Titulada en realidad *De Fahne hoch* (*La bandera en alto*), era el himno del partido nazi. La letra es obra de Horst Wessel, miembro del partido de los primeros tiempos asesinado en extrañas circunstancias y convertido en mártir del movimiento por el aparato de propaganda de Joseph Goebbels. <<

[2] Nombre que dieron los Aliados a una línea defensiva alemana contrapuesta a la Línea Maginot francesa durante la Segunda Guerra Mundial. El nombre que los alemanes dieron a la línea fue Muro del Oeste (Westwall). <<

[1] El *Eintopfionntag* (domingo de plato único) fue instaurado el 1 de octubre de 1933 por el régimen nacionalsocialista: cada primer domingo de mes, de octubre a marzo, las familias alemanas debían comer un único plato que no podía costar más de 50 pfennigs por persona. El dinero ahorrado se donaba a la organización benéfica Wintershilfswerk, fundada hacía poco con el doble objetivo de aliviar las pérdidas que el subsidio de desempleo ocasionaba al Estado y de mejorar la imagen exterior del régimen nazi. <<

[1] Las Leyes de Núremberg (*Nürnberger Gesetze* en alemán) fueron unas leyes de carácter antisemita adoptadas por unanimidad en la Alemania nazi el 15 de septiembre de 1935 durante el séptimo *Reichsparteitag* (congreso anual del NSDAP), celebrado en la ciudad de Núremberg. <<

[2] El sindicato unificado nacionalsocialista. <<

[1] El *Anschluss* (palabra alemana que significa «anexión» o «unión política») denomina la inclusión en 1938 de Austria dentro de la Alemania nazi. <<

[1] *Braune schwestenschaft*, hermandad nacionalsocialista de enfermeras. <<

[1] Vestido tradicional del sur de Alemania y Austria basado en el traje histórico de los campesinos de los Alpes. <<

[2] Término alemán que significa «espacio vital», acuñado por el geógrafo Friedrich Ratzel, que establecía la relación entre espacio y población. Sin embargo, más tarde Adolf Hitler se sirvió del concepto para denominar la voluntad de su Alemania nazi para expandirse hacia los territorios del Este, no solo para asegurar el sustento a la población, sino, y sobre todo, para garantizar su supervivencia, a expensas de las «razas inferiores». <<

[3] Denominación del territorio establecido en el tratado de Versalles que se extendía a lo largo del río Vístula, para dotar a Polonia de un acceso al mar Báltico, a expensas del territorio que hasta ese momento pertenecía a la Pomerania de Prusia. <<

[4] Condecoración de la Alemania nazi que se entregó durante los años 1939 a 1945 y que se otorgaba como reconocimiento a la valentía en el campo de batalla o por éxitos de liderazgo de tropas. <<

[5] Oscurecimiento de la ciudad para que esta no fuera visible desde los aviones enemigos. <<

[1] Thomas Mann, *Tagebücher 1937-1939* [*Diarios 1937-1939*], Peter de Mendelssohn (ed.), Frankfurt del Main, 1980, p. 515. <<

[2] Klaus Mann, *Tagebücher 1938-1939* [*Diarios 1938-1939*], Joachim Heimannsberg, Peter Laemmle (ed.), Wilfried F. Schoeller, Munich, 1990, p. 150. <<

[3] Véase Jürgen Rohwer y Gerhard Hümmelchen, *Chronik des Seekriegs 1939 bis 1945* [*Crónica de la guerra naval de 1939 a 1945*], Oldenburg, Hamburg, 1968, p. 12. <<

[4] Erika Mann, *A Gang Of Ten*, Nueva York (L. B. Fischer), 1942. <<

[5] Erika Mann, *Mein Vater, der Zauberer* [*Mi padre, el mago*], Irmela von der Lühe y Uwe Naumann (eds.), Reinbek, 1996, p. 138. <<

[6] Véase, entre otros, Thomas Mann, *Tagebücher 1937-1939* [*Diarios 1937-1939*], e Inge y Walter Jens, *Frau Thomas Mann. Das Leben der Katarina Pringsheim* [*La señora Thomas Mann. Vida de Katarina Pringsheim*], Reinbek, 2003, pp. 218-221. <<

[7] Véase Erika Mann, *Briefe und Antworten I* [*Cartas y respuestas I*], Anna Zanco-Prestel (ed.), Munich, 1984, p. 144 y ss. <<

[8] Para más detalles, véase Irmela von der Lühe, *Erika Mann. Eine Biographie* [*Erika Mann. Una biografía*], 6.^a ed., Frankfurt del Main, 2002, p. 244 y ss. <<

[9] Hans Rudolf Vaget, «Germany: Jekyll and Hyde. Sebastian Haffners Deutschlandbild und die Genese des Doctor Faustus» [«Alemania: Jekyll y Hyde. La imagen de Alemania de Sebastian Haffner y la génesis del Doctor Fausto»], en Eckhardt Heftrich y Helmut Koopmann (eds.), *Thomas Mann und seine Quellen* [*Thomas Mann y sus fuentes*], Frankfurt del Main, 1991, pp. 249-271. <<

[10] El concepto lo acuñó la propia Erika Mann. En respuesta a un cuestionario de Sternfeld y Tiedemann (Wilhelm Sternfeld y Eva Tiedemann, *Deutsche Exil-Literatur 1933-1945. Eine Bio-Bibliographie* [*Literatura alemana en el exilio 1933-1945. Una biobibliografía*], Heidelberg, 1962), lo propuso como nombre colectivo para todos sus libros. <<

[¹¹] Erika Mann, *Zehn Millionen Kinder. Die Erziehung der Jugend im Dritten Reich* [*Diez millones de niños. La educación de los jóvenes en el Tercer Reich*], Ámsterdam, 1938. Reedición alemana: Reinbek, 1997. <<

[12] Erika y Klaus Mann, *Rundherum. Das Abenteuer einer Weltreise* [*Dando vueltas: la aventura de un viaje alrededor del mundo*], Berlín, 1929. Reedición alemana: Reinbek, 1996. <<

[13] Actores de gran popularidad en el período de entreguerras. Lubitsch fue también director cinematográfico. <<

[¹⁴] Klaus Mann, *Der Wendepunkt. Ein Lebensbericht* [*El punto de inflexión. Una reflexión vital*], Munich, 1976, p. 219. <<

[15] Erika Mann, *Briefe und Antworten I* [*Cartas y respuestas I*], Anna Zanco-Prestel (ed.), Munich, 1984, p. 15. <<

[16] Véase Irmela von der Lühe, «“The Big 52”, Erika Manns Nürnberger Reportagen» [«“El gran 52”: Los reportajes de Nüremberg de Erika Mann»], en «*Bestien*» und «*Befehlsempfänger*». *Frauen und Männer in NS-Prozessen nach 1945* [«*Bestias*» y «*mensajeros*». *Mujeres y hombres en los procesos contra el partido nazi desde 1945*], ed. Ulrike Weckel y Edgar Wolfrum, Göttingen, 2003, pp. 25-37. <<

[17] *Völkischer Beobachter* del 16 de enero de 1932. Para más detalles, véase Irmela von der Lühe, *Erika Mann. Eine Biographie* [*Erika Mann. Una biografía*], 6.^a ed., Frankfurt del Main, 2002, p. 84 y ss. <<

[18] Helga Keiser-Hayne, *Erika Mann und ihr politisches Kabaret «Die Pfeffermühle» 1933-1937. Texte, Bilder, Hintergrunde* [Erika Mann y su cabaré político «Die Pfeffermühle» 1933-1937. Textos, fotos y trasfondo], Reinbek, 1995. <<

[19] Erika Mann, *Briefe und Antworten I* [*Cartas y respuestas I*], Anna Zanco-Prestel (ed.), Munich, 1984, p. 30 y ss. <<

[20] Erika Mann, *Blitze überm Ozean. Aufsätze, Reden, Reportagen* [*Relámpagos sobre el océano. Artículos, discursos y reportajes*], Irmela von der Lühe y Uwe Naumann (eds.), Reinbek, 2000, p. 115. <<

[21] Helga Keiser-Hayne, *Erika Mann und ihr politisches Kabaret «Die Pfeffermühle» 1933-1937. Texte, Bilder, Hintergrunde* [Erika Mann y su cabaré político «Die Pfeffermühle» 1933-1937. Textos, fotos y trasfondo], Reinbek, 1995, p. 107. <<

[22] Helga Keiser-Hayne, *Erika Mann und ihr politisches Kabaret «Die Pfeffermühle» 1933-1937. Texte, Bilder, Hintergrunde* [Erika Mann y su cabaré político «Die Pfeffermühle» 1933-1937. Textos, fotos y trasfondo], Reinbek, 1995, p. 146. <<

[23] Helga Keiser-Hayne, *Erika Mann und ihr politisches Kabaret «Die Pfeffermühle» 1933-1937. Texte, Bilder, Hintergrunde* [Erika Mann y su cabaré político «Die Pfeffermühle» 1933-1937. Textos, fotos y trasfondo], Reinbek, 1995, p. 150. <<

[24] Helga Keiser-Hayne, *Erika Mann und ihr politisches Kabaret «Die Pfeffermühle» 1933-1937. Texte, Bilder, Hintergrunde* [Erika Mann y su cabaré político «Die Pfeffermühle» 1933-1937. Textos, fotos y trasfondo], Reinbek, 1995, pp. 214-218. <<

[25] Helga Keiser-Hayne, *Erika Mann und ihr politisches Kabaret «Die Pfeffermühle» 1933-1937. Texte, Bilder, Hintergrunde* [Erika Mann y su cabaré político «Die Pfeffermühle» 1933-1937. Textos, fotos y trasfondo], Reinbek, 1995, p. 214. <<

[26] Para más detalles, véase Irmela von der Lühe, *Erika Mann. Eine Biographie* [*Erika Mann. Una biografía*], 6.^a ed., Frankfurt del Main, 2002, p. 208 y ss. <<

[27] Klaus Mann, *Der Wendepunkt. Ein Lebensbericht* [*El punto de inflexión. Una reflexión vital*], Munich, 1976, p. 411. <<

[28] Erika Mann, *Briefe und Antworten I* [*Cartas y respuestas I*], Anna Zanco-Prestel (ed.), Munich, 1984, p. 120 y ss. <<

[29] El libro Erika Mann, *Blitze überm Ozean* [Relámpagos sobre el océano] contiene una muestra representativa de esos «Aufsätze, Reden, Reportagen» [Artículos, discursos y reportajes]. <<

[30] *Völkischer Beobachter* del 8 de octubre de 1940, p. 2. <<

[31] Willi Alfred Boelcke (ed.), *Kriegspropaganda 1939-1941. Geheime Ministerkonferenzen im Reichspropagandaministerium* [*Propaganda de guerra 1939-1941. Conferencias secretas de ministros en el ministerio de Propaganda del Reich*], Stuttgart, 1966, p. 554 y ss. <<

[32] Ima Honaker Herron, *The Small Town in American Literature* [*La pequeña ciudad en la literatura americana*], Nueva York, 1971; y también Hans Bertens y Theo D'haen (eds.), *The Small Town in America. A Multidisciplinary Revisit* [*La pequeña ciudad en América. Una revisión multidisciplinaria*], Ámsterdam, 1995; especialmente, el artículo de Dwight W. Hoover, «Social Science Looks At The American Small Town», pp. 19-29. <<

[33] Véanse los pasajes sobre Sinclair Lewis y su mujer, la periodista y germanófila Dorothy Thompson, en Erika y Klaus Mann, *Escape To Life. Deutsche Kultur im Exil* [*Escapar a la vida. La cultura alemana en el exilio*], Múnich, 1991, p. 368 y ss. <<

[34] Dwight W. Hoover, «Social Science Looks At The American Small Town», p. 20 y ss. <<

[35] “Un libro aterrador que ofrece pruebas (si es que estas son aún necesarias) de la necesidad de destruir el nazismo para la pervivencia de la civilización cristiana”, Erika Mann, «Don’t Make The Same Mistakes», *Zero Hour. A Summons To The Free*, Nueva York 1940, pp. 13-76. <<

[36] V.«Our Booking Office», *Punch, or the London Charivari*, véase 16 de octubre de 1940, p. 391. <<

[1] La traducción al castellano también se ha realizado a partir de la versión inglesa. <<

[2] Correspondencia entre Thomas Mann y Kuno Fiedler. <<

[3] Papeles del círculo de Thomas Mann. <<

[4] El canto de los niños. <<

[5] Luteranismo o cristianismo. <<

[6] Diarios 1937-1939. <<

[7] Correspondencia. <<